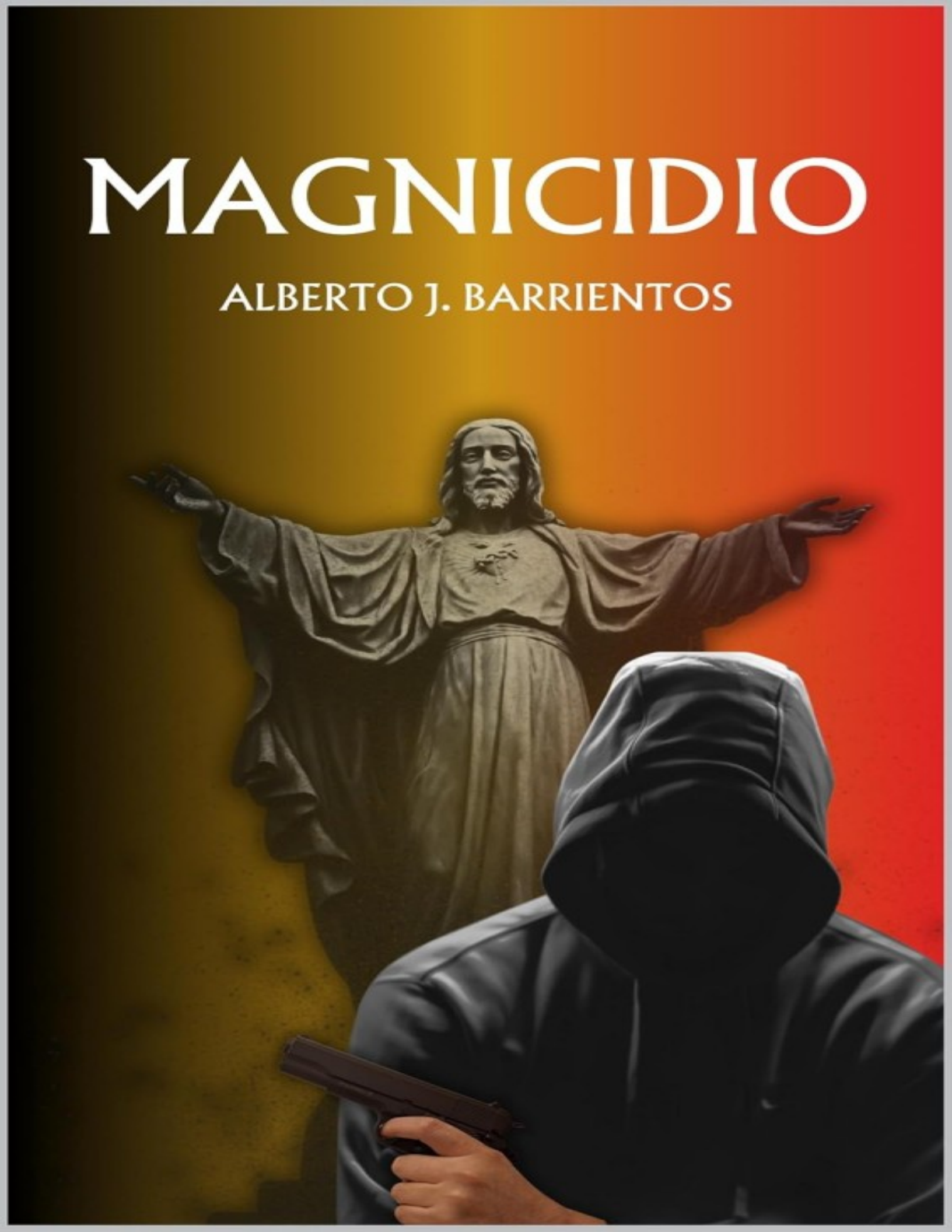
MAGNICIDIO

ALBERTO J. BARRIENTOS



Magnicidio

Alberto J. Barrientos

© Alberto Barrientos,
2025
© Amazon.com Services LLC (Kindle Direct Publishing)
2025

ASIN: B0DWFPFXNR
Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o fotocopia, sin el permiso previo por escrito del autor.

Parte I. El complot

"El mayor truco del diablo fue convencer al mundo de que no existía."
Charles Baudelaire

Madrid. Septiembre de 1996.

- Van a pagar por lo que hicieron, mijo. Te lo juré… y lo voy a cumplir – dijo en voz baja, algo quebrada, el hombre en sus cincuenta bien llevados y de inmediato consultó su reloj de pulsera.

El coronel Arsenio Robledo sintió otra vez el dolor en el pecho, como si respirase fuego en vez de aire. Estaba atravesando por otro de aquellos episodios recurrentes en los que, a pesar del tiempo transcurrido, los recuerdos quemaban, dolía estar vivo. Sentía como arrastraban su alma, condenada por el juicio de su propia vida, a una hoguera cuyas lenguas rojizas trepidaban impacientes. Comenzó a sentir la humedad en el rostro, el sabor salado en sus labios. Y como tantas otras veces, apuró de un golpe el whisky reposando en el vaso sobre la mesa de noche. Poco a poco, con el líquido ardiente resbalando por su garganta y el ejercicio relajatorio de respiración, su psique voló a una dimensión más agradable, regresó a su compostura habitual.

Arsenio miró hacia la avenida, desde la ventana del hotel Tryp Cibeles. La impresionante vista de la Gran Vía le produjo sentimientos encontrados. Por un lado, aquellas maravillas arquitectónicas, de valor patrimonial inconmensurable, le dejaban boquiabierto. Por el otro, se le hacía inevitable la comparación. Su Habana, una ciudad cuyos valores culturales nada tenían que envidiar a los de la antigua Metrópolis, se derrumbaba sobre sí misma, como una aristócrata venida a menos en medio de una feria de antigüedades. *Y pensar que el Prado de la Habana podría ser esto mismo, caballero… ¿a dónde han llevado esta gente a mi país?* – se dijo en voz baja el exmilitar cubano, ahora realizando su cuarta visita a Madrid. Una visita que, como las anteriores, estaba financiada por el bolsillo de un hermano a quien alguna vez repudiara… por diferencias ideológicas.

Mientras esperaba por el encuentro que definiría el curso de su vida, y tal vez el de su nación, pensó en el largo camino que le había llevado hasta esa habitación del Cibeles. Estaba a punto de saltar una barrera que años atrás hubiese considerado infranqueable, una muralla moral por entonces más sólida que las piedras medievales de *Notre Dame* de París. Estaba a punto de traicionar cada una de las decisiones tomadas durante treinta años, período en el que la ideología se había apoderado de su materia gris, convirtiéndole en un instrumento de muerte que defendía, paradójicamente, lo que en su opinión era el derecho a la vida. Por suerte, siete años de reflexión y media década de pruebas fehacientes, contundentes, acusando a sus patrocinadores ideológicos de manipulación mezquina, le inclinaban la balanza a su favor etiquetando de traidores a los otros…y no a sí mismo.

Los toques secos, tres veces con intervalos cortos, sacaron al viejo coronel de sus cavilaciones. Tras mirar por el visor y ver a su hermano Ignacio, el hombre abrió la puerta dejando pasar a los dos visitantes. Luego de un largo abrazo, el cubano emigrado a Madrid inició las presentaciones:

- Señor Rudolph, mi hermano Arsenio…Arsenio, el señor Rudolph Van der Rein
- Un placer finalmente conocerle…pero pensé que usted era americano – dijo el exmilitar estrechando la diestra del hombre alto y estilizado.
- Lo soy, coronel. Nací en Estados Unidos, pero mis padres fueron inmigrantes holandeses. Un honor conocerle también. – respondió el recién llegado y apretó con fuerza la mano ofrecida.
- Imagino que una historia muy común en su país, construido por inmigrantes. Pero por favor, tomen asiento… ¿qué puedo ofrecerles de tomar?
- Para mí está bien un whisky a la roca, imagino que para Ignacio también – respondió el señor Rudolph y miró a Ignacio, a lo que el inmigrante cubano, naturalizado español, asintió con un gesto facial.

Todos se sentaron alrededor de una pequeña mesa circular. Tras llenar los vasos con la bebida y adicionar un trozo de hielo a cada uno, brindaron en silencio por lo que, se suponía, sería un encuentro poco ortodoxo. Estaban allí reunidos dos hombres cuyas vidas se habían dedicado a causas contrapuestas, antagónicas, arbitrados por un tercero que había compartido convicción y esfuerzos entre ambas.

- Entonces, señor Rudolph…Me dice Ignacio que tenemos *Luz Verde*, que sus jefes aprobaron la operación – inició el juego Robledo, sentándose en una butaca e invitando a los presentes a imitarle con un gesto de mano.
- Así es. La jefatura de la Agencia considera viable el "proyecto". Vamos a ayudarle con la logística y con todo lo que necesite – respondió Rudolph y degustó un poco del whisky, luego continúo – Tenemos confianza en usted y le vamos a apoyar cien por ciento. No obstante, los jefes quieren asegurarse de que nadie más en Cuba sabe de esta operación, así que debo preguntarle: ¿Nadie que usted haya contactado, por ejemplo, para buscar información operativa, tiene una mínima idea de lo que se está planeando?
- Señor Rudolph, salvo los espíritus que rondan en esta cabeza - explicó Arsenio tocándose la testa con el índice - mi hermano aquí presente y usted, nadie más conoce de esto. Si no fuese así no estaríamos aquí reunidos. En mi país, créame, las paredes tienen oídos. Y yo vengo de los propios aparatos de Inteligencia cubanos, sé cómo trabajan. Solo piense que me tomó tres años decidirme a pedir su ayuda… ¿Por qué cree que fue así? – concluyó el ex oficial y se tragó de un golpe la bebida,
- Esto es realmente personal para usted, ¿cierto? – preguntó el visitante, mirando con profundidad a Robledo.
- Mucho más de lo que imagina – respondió el exmilitar y se quedó observado con atención los dos trozos de hielo dentro del vaso que sostenía en la diestra. Tras unos segundos, continuó - Una cosa es aceptar que has apostado al caballo equivocado y malgastado tu vida en algo fútil, y otra que has

comprometido el futuro y la supervivencia de tus hijos, que los has condenado al fracaso…incluso a la muerte prematura. Haberse hundido en el lodo uno mismo es mala suerte, haber hundido a los tuyos es un pecado. Y de alguna manera, los pecados deben redimirse – y el viejo coronel terminó su disquisición filosófica como si se hubiese sacado una espina del cuerpo, como si la frustración se ablandara con la perspectiva de la expiación. A continuación, llenó su vaso y saboreó una pequeña porción de la bebida.

- Lo entiendo, créame que lo entiendo – dijo Rudolph y pareció quedar pensativo - No por experiencia personal, sino por haber hablado con gente como usted en otras ocasiones. Personas de la antigua Europa comunista…puedo asegurarle que no está usted solo en este Vía Crucis. Ahora, dígame algo, ¿está convencido de que, llegado el momento y con los recursos necesarios, podrá realmente hacerlo? – tras la pregunta, Ignacio comenzó a alternar la mirada de un hombre al otro, como si esperase una revelación.
- Absolutamente. Si usted es capaz de poner en mis manos un fusil de alta precisión, silenciado y con un alcance de ochocientos metros…yo mato a Fidel Castro - aseveró el excoronel y sonrió, o más ben hizo una mueca, mientras asentía con la cabeza.

La Habana. Septiembre de 1996.

Waldo miró la piel tersa e inmaculada de la muchacha, poblada por unos vellos apenas perceptibles. Sus ojos recorrieron la parte descubierta de aquella anatomía, cuyas curvas ondulaban como un mar de leva, dibujando trazos sensuales que luego se perdían bajo las sábanas. Estaba amaneciendo y un rayo de luz comenzó a penetrar por una hendija de la ventana, bañando progresivamente la figura que yacía inmóvil en la cama, develando una belleza atípica que, veintisiete años atrás, ciertos genes se empeñaran en construir. Ahora Waldo la observaba, totalmente dormida, preguntándose si aquella expresión angelical sería reflejo de la mujer que respiraba bajo esa piel, si su alma tendría esos mismos atractivos.

Le había costado trabajo llevarla a la cama, había tenido que gastar mucha tinta, mucha inspiración e imaginación, para convencerla de pasar la noche juntos y hacer el amor sin dejar espacio a las convenciones o las buenas costumbres. Y es que en realidad era distinta. No parecía pertenecer a su generación. Tenía unos dogmas nada contemporáneos para los finales del siglo veinte, en parte inculcados por una madre ultraconservadora y desconfiada de los hombres.

Laura era una mujer compleja, rara, pareciera que la belleza extrema no le hacía un ser feliz, sino más bien un alma condenada al tormento del escrutinio excesivo e indeseado. Ella no quería llamar la atención, quería pasar inadvertida y aquella supuesta perfección se lo impedía. Tal vez aquel esquema de existencia le hacía sufrir y, sin quererlo, la había convertido en una persona retraída y nada comunicativa.

- Buen día – susurró la joven removiéndose ligeramente sobre el colchón, esbozando una sonrisa algo tímida.
- Mejor no podía ser – respondió él con otra, completa y sincera – Ya preparé el desayuno. No sé qué te gusta tomar a esta hora, así que va a ser bien básico. Pero igual no hay mucho en el refrigerador. No había comida incluida en el alquiler.
- No te preocupes...cualquier cosa estará bien, no soy exigente. ¿Puedes cerrar la cortina, por favor? - pidió ella señalando con el dedo hacia la ventana.
- ¿La cortina? ¿Para qué?
- Porque voy a cambiarme, quiero vestirme. No estoy acostumbrada a que me vean desnuda. Sé que es raro, pero...
- Poder …puedo. Pero prefiero no hacerlo. Me gusta mirarte, y tocarte mucho más – explicó el joven sentándose en la cama, para luego recorrer con mirada lujuriosa la parte visible del cuerpo femenino, y terminar guiñando un ojo en señal de complicidad.

La muchacha sonrió, esta vez no lo pudo evitar. Waldo se acercó a ella despacio y le acarició la mejilla, mientras admiraba aquellos ojos

azules de expresión felina, que parecían jugar a su antojo con la luz. Waldo se volteó hacia el lado contrario, alcanzando el vaso de agua que reposaba en la mesa de noche. La mirada curiosa de Laura recorrió la espalda del hombre. Su mano se deslizó despacio por la superficie musculosa, acariciándola, agradecida por haberle hecho perder los escrúpulos...de nuevo. Había algo en Waldo que le hacía olvidar todos los traumas de su educación mojigata, de la perenne desconfianza en los machos de la especie inculcada por su madre. Tocando una cicatriz al nivel de la sexta costilla, detuvo sus dedos un segundo y preguntó:

- ¿Esto qué es? ¿Una herida de bala? …Me dijo Miriam, la que trabaja en La Terraza, que habías estado en la guerra de Angola – quiso saber Laura mientras estudiaba la marca en la piel del hombre.
- Sí, es cierto. Estuve, con Rolando el dueño de la Paladar, hace casi diez años. Y la herida no es de bala, es de una esquirla de granada – explicó el joven y se ladeó, mientras tocaba con su mano la cicatriz - Algún día te contaré, pero ahora no. Ahora vamos a desayunar
- Está bien. Pero igual corre la cortina. Debo vestirme – pidió ella, cubriéndose aún más con la sábana.
- Hmm…OK, la corro. Aunque de veras no entiendo, no sé qué podría ver que no haya visto ya. O que no haya tocado.
- No lo vas a entender, Waldo, soy yo que tengo mi manera de ser. Dame tiempo a acostumbrarme.
- Está bien, no hay problema. Te daré todo el tiempo que quieras – dijo él levantándose de la cama y caminó desnudo hacia la cortina, la cual cerró totalmente - ¿Sabes qué? – soltó de pronto, volteándose – No me parece justo que yo no pueda mirarte desnuda…y tú a mí sí. Acabo de verte vacilándome…sí, eso mismo, me estabas mirando las nalgas.
- Perdón – replicó ella sonrojándose un poco – No lo pude evitar.
- No te preocupes, yo no tengo pena ninguna. Puedes mirarme todo lo que quieras – dijo el hombre y regresó a la cama, sentándose al lado de la joven y poniendo su mano

sobre las rodillas de ella, las que hacían como una montaña bajo las sábanas. Luego continuó con expresión seria - Me gustas mucho, Laura, quiero conocerte, conocerte de verdad.

- Hay muchas cosas que no sabes, Waldo. Tal vez no soy quien tú crees – explicó la joven arqueando las cejas.
- Quienquiera que seas, eres especial. De eso no tengo dudas. Eres distinta, pero especial – y Waldo se alzó sobre sus pies tomando el pantalón de encima de una silla. Luego, volteándose, continuó - Bueno, voy a terminar de organizar la mesa…vístete y ven al *pantry* a desayunar, ¿OK?
- Sí, solo dame un segundo.

Vestido a medias y con el pulóver en la mano, Waldo se trasladó hacia un área fuera de la habitación, una especie de pieza integrada que hacía de sala-cocina-comedor. Laura le observó alejarse mientras se dejaba caer el vestido sobre el cuerpo. Se sentía muy atraída por él. De alguna manera, sus incómodos prejuicios no estaban funcionando como lo habían hecho hasta entonces. En esta relación que recién comenzada, a diferencia de cómo había funcionado con las anteriores, se sentía liberada. Con este hombre sentía que la lujuria no era un pecado, y que el placer no debía ser jamás etiquetado. Esta vez sentía una especie de complicidad compartida, donde no había juicios morales ni peligros. Con Waldo, los absurdos paradigmas tan repetidos por su madre perdían todo sentido.

Habían pasado la noche en aquel miniapartamento, parte de una casa amplia en la barriada de Miramar, que sus dueños habían dividido para alquilar a turistas extranjeros. En esa zona gris de la legalidad socialista, muchos ciudadanos recurrían a este tipo de economía alternativa, a la espera de que el gobierno definiera lo permitido y lo prohibido. En medio del desastre económico que devoraba la isla, esos modestos destellos ofrecían un tenue halo de esperanza.

Hacia finales de siglo, la vida del cubano promedio se había vuelto una pesadilla. El salario apenas alcanzaba para cubrir lo más esencial, ni siquiera para alguien como Waldo, directivo del Ministerio de Turismo. Sin embargo, durante sus viajes a ferias

internacionales, lograba ahorrar algunos dólares destinados a gastos de representación. Esa mínima liquidez lo apartaba de la masa desposeída y le permitía ciertos privilegios. Aquel apartamento, donde ahora yacía con Laura, lo había alquilado por veinte dólares la noche.

Euskadi (País Vasco). España. Octubre de 1996.

El excoronel Arsenio Robledo adoptó la posición que tantas veces, en su vida pasada, había adoptado frente a una silueta como aquella. A sus cincuenta y dos cumplidos, no era de esperarse que hubiese olvidado como apuntar un arma, como disparar con ella a un blanco distante unos cientos de metros. Solo que esta vez se trataba de un arma novedosa, desconocida para él, y el blanco se encontraba al doble de distancia que lo habitual. Tomando lentamente una bocanada de aire, lo retuvo en sus pulmones y mirando por el visor telescópico haló el gatillo muy despacio, buscando que el disparo le sorprendiera. El fusil, especialmente diseñado para matar a más de mil metros, dio un tirón en el hombro de Arsenio y quedó estático otra vez, apoyado en sus patas plegables. El humo azulado comenzó a salir por el extremo del cañón, elevándose, desvaneciéndose con un efecto un poco místico. El disparo no se había escuchado debido al silenciador, los presentes solo habían percibido el sonido de las partes móviles del arma, el clic producido por una pieza de metal chocando con otra.

- Nada mal, coronel. Un nueve limpio – sentenció el señor Rudolph, quien observaba el blanco con unos prismáticos parado al lado del tirador.
- No es suficiente. Debo lograr un diez a mil metros…y repetir la marca varias veces. Solo entonces me consideraré listo – respondió Arsenio poniéndose de pie.

Estaban en una finca del campo español nombrada Etxebarria, un caserío intramontano del país vasco en las afueras del pueblo de Soraluze. El área era bastante aislada, accesible solo a través de una estrecha carretera que serpenteaba loma arriba, atravesando una vegetación copiosa de notable belleza. Los árboles altos y frondosos, que debían haber nacido allí en tiempos inmemoriales, ofrecían un

manto perfecto de discreción a los inusuales visitantes del valle. El sonido de las ramas batidas por el viento producía un susurro constante, el olor a naturaleza pura era agradable. La finca en cuestión era propiedad de un antiguo militante de ETA, quien a pesar de haber abandonado las armas seguía soñando con una Euzkadi libre. El hombre les había alquilado la casa y sus terrenos sin hacer muchas preguntas.

- Aunque déjeme aclararle algo, Rudolph, el problema no es el fusil, sino el tiempo que hace que no disparo un arma. El equipo es excelente, la verdad– comentó el tirador y tras sacudirse las ropas, sostuvo el Barret con ambas manos a la altura de los ojos - No había visto nada así en toda mi vida. Es un calibre cincuenta y apenas culatea, es muy estable.
- Pues déjeme decirle que, para estar fuera de training, lo está haciendo usted muy bien. Estoy seguro de que en unas semanas dará en el centro de la diana, sin fallar una vez – dijo el americano, honestamente impresionado por la habilidad del ex militar, y dio una palmada en el hombro a Robledo.
- Eso espero, porque solo tendré un chance – explicó el excoronel y, tras poner el arma sobre una mesa rústica de madera, comenzó a hacer torciones laterales del tronco intentando que se desentumeciera su espalda.
- Claro, le entiendo, una vez que haga su disparo aquello se volverá un infierno – reconoció Rudolph, sentándose en el banco de madera tras la mesa.
- Exacto. Y tendré solo unos minutos para escapar. Teniendo en cuenta que debo desarmar el fusil y guardarlo en la mochila, esconder ésta en el closet, bajar veinte pisos hasta el lobby y caminar una cuadra hasta el auto…Yo diría que dispongo de los primeros veinte minutos – el coronel se sentó frente al hombre de la CIA, en el lado opuesto de la mesa - Pasado ese tiempo, no habrá una calle o acera por donde circular. El protocolo de cierre operativo del área y la evacuación, en estos casos, no demora más que eso en comenzar.

- Este es un Barret especial, coronel. Fue diseñado para acciones encubiertas, es mucho más corto que el usado por el ejército de mi país – explicó el oficial de Inteligencia haciendo girar el arma sobre la madera - Si se fija, es más sencillo de armar y desarmar. Y nosotros le vamos a entregar un contendor especialmente preparado para esconder el arma. El abastecimiento se hará con el fusil empaquetado en esa maleta. De hecho, le he traído una igual a la que usará en la operación, para que practique el arme y desarme. Eso le ahorrará tiempo durante el escape.
- Una buena idea. No tenga dudas de que practicaré. Aunque, ¿sabe una cosa? La preparación más importante va a ser aquí adentro – reflexionó Arsenio, apuntándose varias veces a la sien con el dedo índice – Es mi mente la que debe prepararse. Hace muchos años que estoy fuera de la acción.

El señor Rudolph asintió con un gesto breve. No podía estar más de acuerdo. Sabía que en combate real, una mente bloqueada por el miedo es un ticket directo al fracaso; solo quien aísla el temor y razona con frialdad evita ser devorado por el caos. En eso coincidían los dos hombres a punto de encaminarse hacia el caserío (o baserri, en lengua euskera): en que solo la práctica genera la destreza…y ésta ayuda a bloquear los miedos cuando más se requiere de ello. El coronel Arsenio era, además, versado en aquellos menesteres de caminar entre lenguas de fuego intentando no quemarse. Lo había hecho antes, muchas veces, pero cada vez lo recordaba menos. Habían pasado muchos años, había pasado la vida con sus cambios, monotonías y ajustes de rumbo. ¿Sería capaz el hombre de cincuenta y dos años, cansado y golpeado por el destino, de actuar con la prestancia y el aplomo requeridos?

- Coronel, hay un par de cosas que me preocupan, porque son variables sobre las cuales no tenemos control – soltó de pronto Rudolph, poniéndose de pie – La primera, ¿podrá usted obtener el *permiso de salida* de Cuba sin problemas? Y la segunda, ¿hasta cuándo es válida su visa española?
- Bueno. El *permiso de salida* hay que solicitarlo para cada viaje al exterior, pero hasta ahora me lo han otorgado unas

tres veces por año, así que no veo problemas en ese sentido – explicó Robledo e imitó al americano, levantándose de la mesa. Luego se terció el Barret al hombro y esperó que el oficial de la CIA terminara de recoger mapas, binoculares y un termo de café. El excoronel continuó con su explicación – Yo diría que se han acostumbrado a mis "visitas familiares". Deben estar convencidos de que no voy a quedarme en España. Ese es el miedo de ellos allá, que la gente no regrese.

- ¿Y el visado español? – inquirió el hombre de la CIA iniciando la marcha, tomando una especie de trillo entre las hierbas húmedas del campo vasco.
- La visa española es de entradas múltiples, por cinco años. Ahora mismo le quedan tres todavía – explicó Robledo mientras caminaba al lado del americano, muy cerca de este.
- En ese caso tenemos la mitad del problema resuelto. Con esa visa española está garantizado el proceso de entrenamiento en…digamos, tres viajes – comentó Rudolph y, extrayendo del bolsillo un tabaco Cohíba ya preparado, lo encendió usando una fosforera anticuada que portaba en la otra mano. Luego continuó - Pero es imprescindible que pueda salir de Cuba varias veces antes del fin de año, para completar su preparación. Y para que el fusil por un lado y usted por el otro, entren a la isla solo unos días antes de la acción. Si no le dejan salir de allí, todo esto habrá sido en vano.
- No se preocupe, sé lo que le digo – lo calmó Arsenio, cambiando el fusil de hombro - Mientras mantenga un perfil bajo, esa gente no va a negarme el permiso. Conozco el sistema, una vez que dejas de ser amenaza o peligro para ellos, te dejan tranquilo. Estaré aquí cuantas veces haga falta, ya lo verá – y dicho esto el excoronel se detuvo, haciendo que su acompañante también dejara de caminar. Sonriendo, el cubano comentó – Por cierto, veo que consume los productos del enemigo.

- Ah, lo dice por el Cohíba – dijo Rudolph con una risita medio burlona mientras miraba el habano – Es lo único bueno que produce su país hoy en día … ¿Por qué desperdiciarlo? Además, al enemigo hay que conocerlo hasta el último detalle – terminó su explicación el oficial de la CIA y Robledo rio, reiniciando ambos la marcha.

Mientras caminaban hacia la casa de dos plantas, el excoronel se deleitó con el olor a tabaco, aquel aroma peculiar que le transportaba a su isla distante. Pensar en Cuba le hizo recordar lo que, podría decirse, había sido su otra vida.

Arsenio recordó sus "años heroicos" dentro de la Revolución. Como un filme en cámara rápida, desfilaron escenas de Bahía de Cochinos: la batalla, la fe fanática que se contagiaba como un virus entre la multitud, los amigos muertos, niños convertidos en hombres antes de tiempo, y las aguas claras de una playa teñidas de púrpura. Después, los fragmentos de la "Limpia del Escambray", aquella otra orgía de sangre marcada por un descenso más profundo hacia los abismos humanos: fusilamientos, juicios sumarios a enemigos que apenas dejaban atrás la adolescencia, violencia bruta en nombre de un futuro luminoso. Como colofón, la guerra en África, donde volvería a matar sin misericordia, como en todas las guerras.

Al final de ese viaje interior, Robledo evocó la etapa de recompensa: los estudios en academias militares cubanas y soviéticas, los ascensos, el cargo de coordinador de inteligencia de la escolta de Raúl Castro; el coronel más joven del Ministerio del Interior a mediados de los ochenta.

Y luego, la caída: el fin del sueño y el comienzo de la pesadilla.

La purga medio estalinista de 1989, sus colegas fusilados, acusados de narcotraficantes y traidores. Su segundo nacimiento, el regreso al mundo dentro de un ser diferente; un anciano prematuro sin pasado reconocible y sin futuro previsible. La caída del Muro de Berlín —llevándose las piedras que sostenían su utopía—, el "período especial", el país a la deriva. Y el tiro de gracia: la salida de sus hijos por mar hacia las costas americanas, tratando de llegar a la quimera trasnochada en un barco diferente. Una expedición que, para el más

pequeño de ellos, terminaría en los abismos marinos del Estrecho de la Florida sin un lugar donde llorarle, donde poner una flor.

Rudolph y el coronel se sentaron junto a la ventana tallada de madera. Tras servirse sendos tragos de whisky con hielo, contemplaron en silencio el paisaje matizado de techos rojizos, pastos verdes casi perfectos y montañas robustas en lontananza. Ambos estaban repasando en sus mentes el proyecto común… y algunos detalles particulares del mismo. Detalles que solo ellos conocían y se ocultaban uno al otro, con la esperanza de asegurar sus propias agendas.

El sol comenzó a bañar con sus últimas luces el pequeño valle y los tejados, que ahora relucían un rojo encendido, en contraste con el verde oscuro de los abedules trepando en masa las laderas de las montañas vecinas. El coronel Robledo pensó en la lejana Habana, donde su mujer continuaba viviendo algo parecido a la vida, ajena a los acontecimientos que se avecinaban. *Si en vez de haber seguido a esos locos hubiera hecho lo que mi hermano Ignacio, hoy podría vivir con Carmucha en un lugar como este…y Arsenito no estuviera muerto. Es mi cabrona culpa, de nadie más…solo yo soy responsable de todo esto* – pensó el hombre mientras sentía la humedad invadiendo sus ojos y la pesadumbre hundiéndole los hombros.

La Habana.31 de diciembre de 1996.

Aquella noche sería distinta para Laura. No cenaría en casa con su madre y hermanos, sino en "La Terraza", junto a Waldo y sus amigos. Rolando los había invitado. Y aunque Waldo solía rechazar esas cenas —cada cubano en la mesa era un dólar menos frente a un turista—, esta vez había aceptado.

Tras su paso por Angola, él y Rolando habían abandonado la vida militar. Allá habían quedado el sudor, la sangre y los sueños rotos. Al volver, habían hallado un Ministerio del Interior en ruinas. Poco después, Fidel Castro había disuelto las Tropas Especiales. Sus antiguos líderes, acusados de narcotráfico, juzgados por vínculos con carteles y mafias.

Para Rolando, el cambio había sido sencillo. Para Waldo, no tanto. Se había visto envuelto en la debacle… y salvado apenas por un hilo.
Cuba ha cambiado, el capitalismo está regresando - pensó al cruzar la puerta de madera, insertada en el muro exterior de la mansión donde funcionaba el restaurante de su amigo. Como en todas las casas del barrio, construidas en la década de los cincuenta, la arquitectura moderna prevalecía allí: ventanales de madera estilo Miami con lucetas laterales de vidrio, techos planos, grandes terrazas, los garajes para autos en un extremo y casi siempre, encima de ellos, las habitaciones de servicio, y en el frente los amplios jardines con mucho Mar Pacífico. Sonriendo mientras apretaba la mano de Laura y esta le sonreía de vuelta, Waldo presionó el timbre junto a la puerta de cristal y hierros torneados.
Uno de los empleados recibió a la pareja y los condujo por la antigua sala, ahora el comedor principal con mesas adornadas y butacas modernas, hasta la terraza posterior, también repleta de mesas junto al bar de maderas preciosas. Laura observó los cuadros en las paredes, algunos clásicos de la pintura cubana, otros de jóvenes talentos; las plantas florecidas, el techo de tejas con columnas y vigas de madera estilo ranchón, y los canales de agua donde nadaban peces aparentemente felices. Atravesando la terraza y el patio, el empleado los guio por una escalera hasta el antiguo sótano, ahora un "reservado" oculto a la vista del público.
Finalmente, Waldo y su novia se sentaron en una mesa en penumbras, esperando al anfitrión.

- ¿Cómo te va, hermano? ¿Qué me cuentas del turismo? ¿Crece o no? —preguntó Rolando, apareciendo con una botella de Habana Club. Se abrazaron, él besó a Laura, y la luz roja del local le confirmó a la joven lo que su novio ya le había dicho: toda *paladar* exitosa tenía su área "extra", más allá de las doce sillas legales.
- Este año casi llegamos al millón, y el próximo esperan dos —dijo Waldo sirviéndose ron. Laura rechazó el vaso—. Vamos a ferias por todo el mundo… si los esquimales hacen una, el MINTUR manda delegación —bromeó.

- Qué bueno. Te lo pregunto porque dependo de esos turistas. Esto da, pero también gasta —dijo Rolando, haciendo una seña al camarero.
- Eso salta a la vista —admitió Waldo.
- Y te repito lo que te dije: cuando te canses del gobierno, ven a trabajar conmigo. Sé que tienes carro y viajecitos, pero aquí ganarías mucho más —dijo Rolando inclinándose—. Créeme.
- Gracias, pero la restauración no es lo mío. Para comer, cuenta conmigo. ¿Pero administrar un restaurante? ¿Tú me ves ahí?
- ¿Y tú alguna vez pensaste que yo tendría uno? Yo solo sabía de guerra y mapas, compadre. Esto lo aprende cualquiera con cerebro y ganas de plata —respondió Rolando y apuró el trago, sin quitarle el ojo a Laura.
- ¿Y los riesgos, Rolo? Para que funcione hay que violar la ley diez veces al día. Tú lo sabes.
- Sí, pero ahora me arriesgo por mí. Antes lo hacía pa' que se hiciera rico Dos Santos allá en Angola —dijo, tocándose la sien con el dedo.
- Ya tuve mi susto con la Causa Dos en el 89. Salí limpio, pero pasé trabajo —recordó Waldo. Laura le tomó la mano—. Además, esos inspectores que ustedes sobornan, son los primeros que te venden cuando los aprietan. Yo me iría a los alquileres, es más limpio.
- Cuando lo aprueben, lo pensaré. Pero esto da más plata —replicó Rolando, recostándose.
- Ya sé que no vas a cambiar. Así que mejor cambiemos de tema —propuso Waldo—. ¿Te parece?
- Anjá… Entonces dime tú, Laura, ¿cómo va la oficina? —preguntó Rolando, encendiendo un cigarro.
- Igual que siempre: buscando dinero para restaurar obras, donaciones que no aprueban, y lidiando con la burocracia tercermundista —dijo Laura, alejándose del humo—. Ahora quieren mandarme unos meses a Italia, al Vaticano. Hay un

proyecto de física nuclear aplicada al arte… pero no me he decidido.

- Pues decide pronto, antes que manden a otro. Y si puedes, llévate a este contigo. A lo mejor hasta se quedan por allá —bromeó Rolando, levantándose—. Los dejo solos, tengo que atender el negocio. Luego paso, que hoy llegan unos veteranos que Waldo debe saludar —y apagó el cigarro sin terminarlo.

Cuando se alejó, Waldo tomó la mano de Laura.

- ¿Un viaje a Italia? ¿Por varios meses? No me habías dicho nada. ¿Cuándo te enteraste?
- Hace dos días… Iba a contártelo hoy, pero bueno, Rolando preguntó —respondió, inquieta.
- ¿Y vas a aceptar?
- No sé, amor… Hablemos mañana. Hoy es Fin de Año. Vinimos a pasarla bien.

Waldo asintió, tratando de disimular el disgusto provocado por la manera en que se había enterado de los planes potenciales de su novia. En ese instante se escuchó en las bocinas la voz de Sabina cantando uno de sus mejores poemas: *Yo no quiero domingos por la tarde - Yo no quiero columpio en el jardín - Lo que yo quiero, corazón cobarde - Es que mueras por mí - Y morirme contigo si te matas - Y matarme contigo si te mueres - Porque el amor cuando no muere mata - Porque amores que matan, nunca mueren…*

Llevaban cuatro meses juntos, pero Waldo aún no podía determinar hacia dónde iba la relación. La atracción era intensa, y admiraba su inteligencia, su ternura discreta, su lealtad. El problema era que, a pesar de ello, Laura siempre trazaba una línea invisible. Tras cada encuentro —incluso después de hacer el amor— le pedía que se marchara. Como si necesitara recuperar un espacio del que él no debía formar parte.

Sabía que ella tenía familia, amigas a quienes protegía con devoción, pero no le permitía conocerlas. Intuía que algo —quizás alguien— la habitaba en secreto, la empujaba hacia la desconfianza. A veces,

cuando creía que dormía, la veía encender una vela frente a una foto arrugada dentro de un cajón que nunca le mostraba.

Para cuando las campanadas del reloj daban las doce, en la mesa de Waldo y su novia había un pintoresco grupo de jóvenes. Todos parecían bastante extrovertidos. Y sus gargantas ya habían experimentado cierto exceso de alcohol bajando al estómago y regresando al cerebro en forma de inhibidor - o quizás mejor decir - de acelerador de emociones. Todos habían bailado con la música viva de un grupo de salsa contratado por Rolando, despertando la envidia de muchos europeos que a esa hora desbordaban la Paladar.
De pronto, sin razón o conexión aparente con aquel ambiente de diversión, Rolando alzó su vaso y dijo:

- Caballero, quiero proponer un brindis. Es verdad que yo fui el jefe en Techipa… pero el alma y los cojones del pelotón fueron siempre este tipo al lado mío. Mi hermano Waldi. La Roca…!

Todos brindaron, excepto el homenajeado, quien con la voz algo quebrada aclaró:

- No, no. No es por mí que hay que brindar, caballero. Brindemos por Aníbal, Sergio Ernesto, Pelayo, José, Arencibia… por los que no regresaron.

Los nombres quedaron suspendidos en el aire. Los rostros se tensaron, las sonrisas parecieron congelarse. Todos bebieron sin una palabra más. Como si cada trago enterrase algo. Como si cada gota de alcohol limpiase una mancha oscura en la memoria.

Laura apartó la mirada, no queriendo que su novio viera una lágrima que, sin permiso, comenzaba a rodar por su mejilla.
La joven científica se sintió conmovida, enamorada, admirada; aun cuando no hubiese entendido nunca la necesidad de que los cubanos peleasen aquella guerra en África una década atrás. Sintió por primera vez que debía hacerlo y se tragó sin pensar mucho la línea de añejo Havana Club que, por toda la noche, en su vaso,

había escuchado las historias de aquel grupo de hombres. De aquel grupo de héroes cuya juventud se esfumase en un Valle de la Muerte muy lejano, ocho años antes, mientras creían estar ayudando a un país aliado. Un país que finalmente probaría la futilidad de la gesta, girando su curso de manera natural hacia el capitalismo tan aborrecido por La Habana.

La Habana. 1 de enero de 1997.

El sol comenzaba a despertarse y la luz del amanecer luchaba por franquear la gruesa cortina del cuarto de Laura. No sabría decir si había sido el alcohol, una avalancha de amor o un estallido incontrolable de deseo; pero la muchacha le había pedido a Waldo que "se la templara como un animal". Así mismo había dicho, tal vez por primera vez en su vida. Así, de pronto, en el momento en que él pretendía marcharse a su casa después de la fiesta. Y Waldo, obviamente, no iba a negarse ante un pedido semejante, si eso era lo que había estado deseando por buen tiempo.

Los cuerpos jóvenes estaban sudados producto del esfuerzo. Waldo apenas quería mirar la grupa exquisita de la mujer, que se movía con una fuerza brutal hacia atrás en cada penetración. Tenía miedo de vaciarse dentro de ella sin poder evitarlo, de que el placer lo poseyera y gobernara su cuerpo y su psique. Además, no había tenido tiempo de tomar un condón y colocárselo…tal vez por el alcohol, quizás por el desespero.

Los movimientos eran cada vez más violentos, la mujer apenas lograba agarrarse del espaldar de la cama. Cuando las cosquillas en su vagina estallaron, comenzó a soltar unos gemidos que parecían gritos. Y ya no importó si él miraba las nalgas perfectas, la espalda breve, o las piernas fuertes y bellas, el hombre tuvo un orgasmo irrefrenable. Segundos después ambos cayeron desfallecidos sobre el colchón, respirando agitados, creyendo que habían ido a la luna y regresado.

- Lo siento, no pude aguantarme – confesó él, contrayendo la comisura de los labios.
- No te preocupes, estamos "*seif*". Aun no estoy ovulando – jadeó ella y sonrió – ¡Dame un chance de bajar, que todavía

estoy en las nubes!

- OK, pero… dime una cosa. ¿Qué fue todo eso? ¿Tú te emborrachaste anoche? – preguntó él acariciándole la espalda, sintiendo como la piel se le erizaba.
- Quizás la bebida ayudó…pero igual fuiste tú, que me estás haciendo perder la vergüenza – explicó Laura volteándose, mostrando dos pechos redondos, medianos, perfectos – Gracias.
- ¿Gracias por qué? Si yo no te hecho ningún favor. Yo he disfrutado lo mismo que tú – razonó el joven.
- Por lo que te acabo de explicar. Por hacerme perder la vergüenza, por volverme loca de esa forma – respondió ella y se trepó con medio cuerpo encima del torso de Waldo – Tal vez no lo creas, pero me estoy convenciendo de que entre dos personas que se aman...no puede haber nada prohibido.
- Muy de acuerdo, es lo que he dicho siempre.
- Es que no quiero tener más tabúes absurdos, Waldo. Quiero ser tu mujer, y quiero que seas mi hombre, así, sin barreras. Quiero ser tuya, y que tú seas mío… ¿Me entiendes?
- Sí, te entiendo. Y me complace más de lo puedes imaginarte - explicó él mientras le acariciaba el cabello copioso y se deleitaba con el rostro estilizado, bello, con aquel par de ojos tan azules como un cielo de verano – Solo quiero saber por qué hoy. ¿Fue un regalo de fin de año o qué? – concluyó el, riendo.
- Tal vez sí. Pero, a decir verdad, Waldi, anoche en la "paladar" me pasaron cosas curiosas. Hubo un momento en que estaba tan feliz que sentí deseos de llorar – dijo la muchacha y se volteó sobre la cama, boca arriba, mirando seriamente al techo – No es solo que me gustes físicamente, o que me vuelvas loca con el sexo…es mucho más. Viendo el respeto de tus amigos y de Rolando hacia ti, me di cuenta de que contigo voy a estar protegida siempre. Tú eres capaz de dar tu vida por aquellos que aprecias y quieres…Ya no hay hombres así. Tú eres un caballero – en ese punto la joven se

interrumpió, y se mordió el labio. Tenía una pequeña lágrima rodándole por la mejilla.

- Gracias por pensar así, aunque a lo mejor no es para tanto – dijo Waldo sonriendo, sin querer desnudar su ego delante de ella. Luego se volteó a mirarla y continuó – Tal vez es el amor lo que te hace verme de esa forma.
- Es al revés. Verte como eres es lo que me hace amarte – razonó ella despertando la admiración en él. Sin dudas era una mujer profunda, inteligente.
- Yo te amo igual, Laura…Y sí, estoy dispuesto a defenderte con mi vida – dijo Waldo y se sentó en la cama. Luego, mirándola con una sonrisa en el rostro, se levantó diciendo - Voy a lavarme, ¿Vienes conmigo?

La joven abandonó la cama y, desnuda totalmente, sin decir una palabra, se adelantó a su novio y corrió hacia el baño. Waldo la observó embelesado, preguntándose como habían diseñado aquel cuerpo, aquella piel, aquella maravilla. Se dijo que debía encontrarle un defecto, pero para ello tendría que buscar con ahínco. Todavía sonriendo, se metió en la ducha junto a ella y dejó que el agua tibia rodara por su cuerpo. Laura se giró hacia su hombre y, descubriendo la vieja cicatriz en su costado, la acarició con el índice

- ¿Me vas a contar cómo te hicieron esto? Te he preguntado varias veces, pero siempre dices que después, que otro día.
- Está bien, por esta vez te contaré. No es una historia bonita, pero creo que mereces saberla…no quiero tener secretos contigo. Déjame secarme y vamos para el cuarto… ven conmigo.

Waldo se quedó pensativo unos segundos, bajo la mirada expectante de su novia. Ambos abandonaron la ducha, se secaron con la misma toalla y regresaron a la cama donde se habían regalado tanto placer minutos atrás.

El joven tomó las manos de Laura y las acarició. Tas soltar un suspiro largo, inevitable, comenzó a contar su historia en la medida en que ésta abrazaba su mente, su alma y su cuerpo, y los recuerdos le atenazaban la garganta, presionándolo contra el colchón.

Enero de 1988. Al Sur de Techipa, Angola, África. Luego de trece años de participación cubana en el conflicto angolano.

El grupo del teniente Rivero avanzó a través de la maleza mientras el eco de los disparos se hacía cada vez más lejano. La escuadra de Tropas Especiales, liderada por el joven oficial, tenía una misión importante: cortar la retirada de los comandos sudafricanos que, minutos antes, habían emboscado a una compañía de exploración cubana cerca de Techipa. Durante la marcha, efectuada cautelosamente a través de los bosques de mopanes, la unidad se había desplegado un par de veces en "zafarrancho de combate" debido a la presencia de unas gacelas. Los animales habían venido a beber a orillas de un riachuelo y al verse descubiertos, se habían alejado velozmente con movimientos enérgicos y elegantes. En otra ocasión, la alerta había sido provocada por la aparición de una manada de antílopes de cuernos torcidos que huían, despavoridos, de algún depredador natural. En un momento dado se escucharon unas voces y el oficial, con su puño en alto, ordenó detener la marcha. Luego, por señas también, pidió a un explorador adelantarse y reconocer el terreno. El resto de los hombres quedó agazapado dentro de una porción tupida de maleza, los sentidos aguzados, la adrenalina otra vez desbordándose. Según sus cálculos, tras los arbustos debía estar el vado del río – ¿Habrán cruzado ya estos cabrones? ¿Se habrá acabado esta mierda de una vez? – se preguntó el líder del grupo que, minutos antes, había participado en una carnicería humana de proporciones aberrantes.

Ninguno de los solados podía imaginar en ese instante que a La Parca le quedaba por hacer. Que en su manto extenso y etéreo cabía mucho más luto del que ellos hubiesen querido afrontar.

El explorador regresó a los suyos, trayendo una "buena" noticia. Un reducido grupo de enemigos estaba en ese momento cruzando el río, cargando un herido. El teniente Rivero ordenó entonces el avance, sigiloso, hacia el vado fluvial ubicado unos metros detrás del follaje. La escuadra ocupó posiciones, haciendo un abanico, camuflándose tras las ramas del bosque de sabana. Podían ver a los "Búfalos", los famosos soldados del Batallón 32 sudafricano, intentando llegar a la otra orilla. Iban alertas, pero inconscientes del

peligro. Viendo que sus hombres estaban listos, Waldo rompió la inercia con una ráfaga larga de su AKM. El sonido enervante del arma inició de nuevo el ciclo de violencia. El estruendo ensordecedor de varias ametralladoras, accionadas a una vez, convirtió a la pradera angolana en un Infierno preñado de olores a pólvora y gritos humanos desgarradores.

Lo que allí ocurrió podría describirse como una carnicería, o más bien como un fusilamiento brutal. La sorpresa, esta vez, había sido demasiado desfavorable para los sudafricanos. Los cinco soldados enemigos, dos de ellos transportando a su compañero herido, recibieron la andanada de proyectiles como una descarga electrificante. Waldo jamás olvidaría aquella escena, la contorsión de los cuerpos uniformados al recibir los balazos a tan corta distancia, los tejidos abiertos violentamente mientras la sangre salpicaba las ropas, la expresión de dolor en los rostros. Minutos antes había participado en una orgía sangrienta, matando a varios semejantes, era cierto, pero a una distancia que de alguna manera despersonalizaba el acto. Ahora acababa de realizar la ejecución de varios humanos a solo unos pasos, sin que éstos hubiesen tenido el menor chance de defenderse. La guerra, según el testimonio de quienes la han experimentado, tiene que ver más que nada con el lado oscuro de los hombres. La masacre había durado apenas unos veinte segundos, y tras ella, se había alzado un silencio luctuoso con olor a cordita de fondo. Ahora solo se escuchaba el roce de las aguas sobre la piedra, y la respiración agitada de los ejecutores.

Viendo que en la otra orilla del río solo había cuerpos inmóviles, cuyo fluido vital teñía cada vez más las aguas tornándolas rojizas, Waldo Rivero ordenó a sus hombres avanzar. Quería obtener toda la información de inteligencia posible. Debía revisar los cadáveres de sus enemigos en busca de documentos, mapas, equipos de radio.

Mientras tres elementos establecían un arco defensivo, el oficial y otros tres combatientes se acercaron a los cuerpos inmóviles, que yacían en la parte baja de la corriente fluvial. ¡Carajo, que jóvenes son…o eran! Casi niños… ¿Qué edad tendrían estos chamacos? No parecen siquiera estar muertos – se dijo Waldo mirando los rostros que todavía no presentaban el rictus post mortem. Fue entonces

que el destino, con ese sentido errático tan común a los escenarios violentos, jugó una mala pasada a los presentes. Pelayo, uno de los integrantes de la escuadra, estaba tratando de voltear a un "Búfalo" tendido sobre una piedra en forma de laja. Con bastante esfuerzo, pues el cuerpo era pesado, logró ponerle boca arriba. Hubiese querido arrepentirse, mas no tuvo tiempo. La certeza de la muerte paralizó sus piernas, se quedó sin opciones. En un último suspiro, el enemigo moribundo abrió la diestra y se escuchó un clic. La granada cayó al suelo…un segundo, dos…

- *¡Granadaaaaaa!*

El grito de Pelayo fue electrizante. Quizás alguien lo hubiese descrito como un acto heroico, un último aviso a sus camaradas para que se pusiesen a salvo. En realidad, había sido una reacción instintiva, un grito de miedo, de impotencia, nada más.

El aire se expandió con una fuerza brutal, acompañado de un sonido atronador. Los cuatro militares fueron arrastrados por aquel ente invisible, cayendo al suelo como ramas de árboles golpeadas por un huracán. Waldo aterrizó en el agua, sobre las sentaderas, pero el impulso lo arrastró de espaldas contra una piedra. Incorporándose, con mucho esfuerzo, miró a su alrededor y vio que Pelayo, a unos metros suyos, tenía destrozados los brazos, las piernas y el rostro. El joven guerrero era un fragmento del soldado enviado a África tres meses atrás, a pelear una guerra ajena que giraba cada vez más rápido en una espiral de locura.

Los tres hombres que mantenían el perímetro, más alejados y a salvo de la explosión, corrieron en ayuda de su teniente, quien señalaba en ese instante con el brazo hacia el camarada destrozado. Fue entonces que, de nuevo, la Guadaña atacó inmisericorde a aquel grupo de humanos sin hacer distinción de banderas.

Un paracaidista cubano, a punto de alcanzar al líder de su unidad, pisó la única mina que los sudafricanos habían sembrado minutos antes. Una mina, por demás, reforzada. Esta vez se vio un relámpago luminoso, envuelto en una repentina nube de polvo. El cuerpo del joven se desintegró mientras las esquirlas de metralla, cual navajas volantes, destrozaban la carne a sus dos compatriotas a

unos pasos de distancia. La onda expansiva había lanzado a Waldo violentamente, otra vez, contra el suelo.
El joven oficial quedó inconsciente en aquel recóndito paraje de África, a miles de kilómetros de su tierra natal, perdiendo su sangre, su juventud y su aliento; de la misma forma en que lo habían hecho otros tantos cubanos en los últimos trece años.
El viento comenzó a ulular cíclicamente, tal vez sintiéndose dueño y señor de aquel pedazo de sabana, donde unos cuerpos inmóviles y ensangrentados, vistiendo uniformes de dos ejércitos enfrascados en un duelo a muerte, servían de monumento a la futilidad de las guerras.

Langley, Virginia. Julio de 1997

Oficinas de la Agencia Central de Inteligencia

De estatura media, complexión delgada pero firme, y tez morena heredada de su madre —hija de dominicanos—, David Navarro podía pasar por cubano sin demasiado esfuerzo. Su padre, un judío habanero de familia acomodada, establecida en Cuba antes de la Revolución, había abandonado la isla en 1960 cuando David aún estaba en el vientre materno. Los Navarro habían huido de un comunismo en ciernes que ya revelaba su verdadero rostro, y pasado a engrosar las filas del exilio, ese que, con los años, acabaría replicando una pequeña Cuba en el sur de Florida.

David había crecido en Miami, rodeado de historias inconclusas, recuerdos con acento y un idioma que se le adhería a la piel como segunda naturaleza. Desde joven, había entendido que la patria no siempre es un lugar, a veces es una pérdida heredada que cobra vida en unas fotos amarillas.

La madrugada del 17 de abril de 1961, su padre, José León Navarro, recién exiliado, había descendido en paracaídas sobre el sur de Cuba como parte de una fuerza invasora nutrida por jóvenes de la antigua élite. Buscaban derrocar a Fidel Castro, pero muchos dejarían su sangre y su aliento en los pantanos de la bahía de Cochinos. Aquel fracaso había marcado para José el fin de toda esperanza. Y David,

por ósmosis, había heredado esa desesperanza. En la CIA, había optado por centrarse en Europa, lejos del dolor de su historia. Ahora, sin embargo, lo habían transferido —contra su voluntad— a la Sección Cuba, como parte de una ofensiva encabezada por el subdirector para América Latina, Edward MacNeill.

El motivo era claro. Un acontecimiento sin precedentes se avecinaba: Juan Pablo II, defensor de los valores cristianos y paladín del anticomunismo global, visitaría la isla en enero del año siguiente. La Santa Sede y el régimen cubano se proponían ensayar una tregua simbólica tras casi cuarenta años de mutua negación; de un divorcio ideológico que había dejado serios traumas en la sociedad cubana. Fidel Castro, hábil lector de escenarios, había extendido la invitación no como gesto de reconciliación, sino como maniobra calculada. Langley quería saber qué se tramaba tras bambalinas. Y David había sido asignado al equipo que debía anticipar el verdadero alcance de aquella visita: ¿Sacudiría aquel evento el tablero de las relaciones entre Cuba y EE.UU., o solo sería un espectáculo diplomático sin consecuencias reales?

Su nueva misión lo obligaba a regresar a los terrenos ideológicos donde se habían formado muchas de sus convicciones. Y justo al abrir el archivo, un recuerdo se le filtró con violencia, como un relámpago en el fondo de la conciencia: Berlín Oriental, octubre de 1989, pocas semanas antes de que el muro comenzara a resquebrajarse.

David había sido parte de una operación secreta para extraer a uno de sus mejores informantes: un oficial de la Stasi que, tras años de lealtad al régimen, había comenzado a filtrar información clave a la CIA, hastiado de la corrupción y la podredumbre moral del aparato comunista. Lo habían llamado "Ulrich", un nombre bien común en la cultura germánica…aunque el hombre no tuviera nada común en su existencia. Aquel día, tras semanas de vigilancia, se había activado el protocolo de extracción. David había cruzado el Checkpoint Charlie con documentación falsa y, tras una hora de espera agazapado en una vieja librería del Este, se había reunido con Ulrich en una

estación secundaria del tranvía. Los nervios flotaban en el aire como electricidad. En el trayecto hacia el punto de evacuación, interceptados por dos patrullas de la Volkspolizei, se había generado un forcejeo breve, un disparo que no alcanzó su blanco, y una carrera frenética entre callejones húmedos y fachadas desconchadas. Al llegar al sótano de una antigua fábrica textil —el punto de extracción—, Ulrich sangraba por el hombro y David tenía las manos cubiertas de tierra y sudor. Solo entonces se había escuchado el zumbido grave del helicóptero que bajaba por encima de los techos como un ángel sin alas.

Aquella noche, mientras volaban hacia el lado occidental con las luces de Berlín difuminándose bajo sus pies, David había comprendido algo. La historia, cualquiera de ellas, puede quebrarse en cualquier momento; romperse como un hueso cansado de sostener cuerpos pesados. El muro caería semanas después. Pero él ya había visto todo venirse abajo en los ojos de aquel hombre traicionado por su país y por su causa.

David abrió el expediente aún caliente, dejó que el aroma del café le despejara la mente, y hojeó las primeras páginas. Sobre la mesa, un mapa de Cuba con marcas en tinta azul, y al borde, dos portadas de revista: en una, el Comandante, de verde olivo, rostro adusto, parecía advertirle a su interlocutor que no se hiciera ilusiones; en la otra, el Papa lo miraba con piedad y cierta indulgencia. David sonrió. Aquello era más que política. Era teatro. Un duelo de símbolos.

Recordó lo que no muchos historiadores estaban dispuestos a decir en voz alta: en Cuba había habido una guerra civil. No oficialmente, no declarada, pero sí feroz y prolongada. El modelo comunista había triunfado por aniquilación. Los opositores, arrinconados, habían sido empujados al exilio. La Iglesia, bastión de una era pasada y una cultura anterior, defensora de las tradiciones hispánicas, se había negado a abandonar el campo a pesar de haber perdido en todos los frentes. No se había marchado, como lo hiciesen muchos de sus feligreses; había mutado, se había vuelto invisible. Los templos habían resistido tras sus gruesas piedras – las reales y las filosóficas.

Durante décadas, las misas se celebrarían ante auditorios escuálidos. Muchos acudirían a los templos mirando a los lados, temerosos de ser observados. La Iglesia no había sido desterrada, más bien había quedado sitiada. Las nuevas generaciones habían crecido en Cuba sin saber lo que era una procesión, una homilía, una novena.

Entonces, ¿por qué invitar al Papa ahora? ¿Qué esperaba conseguir Fidel de ese abrazo incómodo? ¿Legitimidad internacional? ¿Simpatía mediática? ¿Una tregua moral con sus propios fantasmas?

David tomó un sorbo de café. El informe hablaba de posibles rutas, interlocutores, planes paralelos. Se mencionaban templos reabiertos a las apuradas, figuras de la iglesia rehabilitadas para la ocasión, y una prensa internacional expectante. Todo apuntaba a un espectáculo cuidadosamente coreografiado.

Y sin embargo, algo no cuadraba. Fidel Castro nunca se movía sin una jugada oculta. Aquel aparente acercamiento con el Vaticano no era una reconciliación. Era una operación. Y el Papa, si bien sagaz, ingresaría a un territorio donde el guion podía estar ya escrito.

David volvió a mirar las revistas. Imaginó a ambos hombres en una habitación vacía. Fidel, retórico, disfrazado de estadista; Juan Pablo, con la mirada de quien no teme al león. Un combate silencioso estaba por comenzar. Palabras contra símbolos. Dogmas enfrentados sin disparar un solo tiro.

Y acaso, pensó David, si el choque era lo suficientemente fuerte, si despertaba los ánimos del cubano de a pie, algo —finalmente— podría quebrarse. Tal vez no en el gobierno, pero sí en el alma colectiva de una nación dormida.

El oficial de la CIA apuró el último sorbo de café. La noche iba a ser larga.

La Habana. Julio de 1997.

El aeropuerto José Martí vibraba con el rumor monótono de las conversaciones, las despedidas y bienvenidas, las maletas rodando sobre el mármol del suelo. En el lugar podían percibirse nuevos

olores impregnando el aire, olores a extranjero, aromas de otras culturas que hasta hacía poco eran algo desconocido para los cubanos. El eco de voces se entremezclaba con los altoparlantes anunciando las salidas y llegadas de vuelos internacionales. En la sala de chequeo, Laura avanzaba lentamente en la fila de Air Europa con el pasaporte aferrado entre los dedos. A su lado, Waldo permanecía en silencio, con las manos en los bolsillos, la mandíbula tensa y los ojos fijos en un punto indefinido del suelo. No había querido venir, pero tampoco podía dejarla ir sin verla una última vez.

- Aún puedes cambiar de opinión - dijo él, con voz ronca.

Ella exhaló lentamente. No lo miró. Si lo hacía, temía que la convicción que había cultivado con tanto esfuerzo se desmoronara. Su futuro estaba allá, en Roma, entre manuscritos, pinturas y lienzos, entre siglos de historia que necesitaban su dedicación y entrega pero que, a la vez, le aportarían un conocimiento y experiencia invaluables. Su presente, en cambio, estaba aquí, en la Habana, con él. Y ese presente era lo único que importaba ahora mismo, cuando sentía que el alma se le saldría del cuerpo para quedarse separada de su ser, partiendo su existencia en dos mitades

- No es tan simple - murmuró, clavando la vista en la etiqueta de su maleta.

Waldo dibujó una risa amarga en su rostro.

- Claro que no lo es. Pero dime, ¿de verdad crees que lo nuestro sobrevivirá a un año de distancia? ¿Con un océano de por medio? - La desesperación se filtraba en su voz, la garganta se le apretaba. Lo había intentado todo: la promesa de un hogar juntos, un proyecto de vida con descendencia futura, con un par de niños correteando por toda la casa, la seguridad de poder enfrentar los retos como un equipo. Pero nada había sido suficiente para retenerla.

Laura sintió una punzada en el pecho. Había negado siempre la teoría de aquellos elevados y trasnochados poetas que, en plena creación estética, aseguraban que la tristeza y los males de amor duelen en el mismísimo corazón. Como científica podía separar la

materia del espíritu, mas no aquel día; aquel día los pensamientos dolían como si tuviesen espinas. Sabía que él tenía razón. Sabía que un año era un abismo difícil de cruzar. Pero ¿qué opción tenía? No podía dejar pasar esta oportunidad, no podía sacrificarse de esa manera, ni siquiera por él. Tal vez estaba siendo egoísta, pero ¿acaso no haría él lo mismo si le ofreciesen una oportunidad semejante en el turismo? ¿Qué haría Waldo si le nombrasen representante de su cadena en Londres, por ejemplo? ¿Rechazaría la oferta? Tal vez no, pero seguro buscaría la forma de llevársela con él; era lo que siempre decía que haría cuando hablaban de semejantes escenarios.

- No sé qué va a pasar, Waldo. Pero no puedo quedarme. Lo sabes.

Él apretó los dientes, sintiendo que la rabia y el dolor se mezclaban en su interior. Quería decirle que la amaba, que la necesitaba aquí, que ningún futuro valía la pena sin ella a su lado. Pero sabía que sería inútil. Ella ya había tomado su decisión.

La fila avanzó y la pantalla luminosa sobre el mostrador anunció que el vuelo a Madrid saldría en hora. El corazón de Laura dio un vuelco, apenas podía respirar de la apretazón en el pecho. Entendía que aquello la estaba lacerando, pero no lograba detenerse. Se giró finalmente para mirarlo. Waldo tenía los ojos vidriosos, intensos, llenos de algo que se parecía mucho al reproche, aunque también podría ser tristeza. Se preguntó si alguna vez volvería a verlos con el brillo limpio de antes, con el amor desbordado que se le escapaba al mirarla, con la ternura y el compromiso que solo un hombre enamorado es capaz de ofrecer. Se preguntaba cómo la mirarían aquellos ojos cuando regresara, y si sería el mismo hombre que había conocido quien la abrazaría en esa misma terminal aérea.

- Vendrás a verme, ¿verdad? Prométeme que vendrás - su voz apenas era un susurro – Puedes pensar de mi cualquier cosa, Waldo. Que soy una egoísta…- aquí las palabras se le habían enredado, trabadas en el nudo que le apretaba la garganta. La mujer tomó aire y continuó – Pero nunca

pienses que no te amo…porque lo hago con locura. Esto me tiene rota, yo….

La joven comenzó a sollozar sin control, mientras él la abrazaba. Verla en ese estado despertó su sentido de protección, y olvidó su propia sufrimiento e inconformidad.

- Sabes que iré a verte, Laura. Sabes que inventaré lo que sea y que tarde o temprano aterrizaré en Italia…Y estaré unos días allí contigo – explicó él con voz pausada - Pero eso no va a ser más que un parche, y lo sabes. Mi preocupación es qué va a pasar con nosotros a largo plazo.

Laura sintió una punzada de pánico. No quería perderlo. Tenía que decir algo que generara esperanzas, tanto para ella como para él. Sabía que Waldo planeaba tener hijos y que quería tenerlos pronto. Ella, a sus veintisiete, podía esperar, pero Waldo tenía treinta y tres.

- Yo te prometo que esto no va a pasar de un año – dijo la muchacha tomando una bocanada de aire, ya más controlada – Solo tenemos que resistir ese tiempo, e intentar vernos en el medio. Cuando yo regrese todo va a ser diferente, mi amor. Voy a estar más preparada, y voy a organizar mi vida aquí, contigo. Cuando llegue ese momento lo hablamos y decidimos. ¿Está bien?
- ¿Qué remedio? – se rindió él y la besó en la frente.

Laura tomó a su novio por la cabeza con ambas manos y lo besó en los labios. Fue un beso húmedo, profundo, pasional, pero sobre todo correspondido. La empleada de la aerolínea, sonriendo complacida, le pidió su pasaporte. Laura tragó en seco y se obligó a seguir adelante. Sus pasos fueron pesados, como si cada uno la arrancara de algo esencial. No miró atrás. No podía permitírselo.

Waldo la vio alejarse, sintiendo que con cada segundo su figura se volvía más lejana, más irreal. Y así, en medio del bullicio del aeropuerto, con el amor pendiendo de un hilo y un océano a punto de separarlos, se quedó allí, viendo cómo la mujer de su vida desaparecía tras las puertas del control de seguridad.

El joven directivo del Turismo se encaminó hacia el estacionamiento de la terminal aérea. Una tristeza invasiva se había apoderado de su cuerpo y de su mente, cada paso le costaba un gran esfuerzo, sentía que había plomo en sus zapatos.

Waldo recordaba pocos momentos así en su vida pasada. Algunos provenían, obviamente, de su experiencia bélica en Angola. El funeral militar de un amigo muy cercano caído en campaña. Su estancia en el hospital de Luanda, cuando un general de cara larga y expresión endurecida le comunicase el destino fatal de sus soldados. Pero el epítome de sus peores momentos o estados de ánimo negativos era, sin dudas, la muerte de su padre cuando él tenía solo trece años. Un accidente de carretera se había llevado al coronel Rogelio Rivero antes de tiempo, y marcado para siempre a Waldo con una especie de vacío afectivo que sería, a partir de entonces, parte de su personalidad. Después, los amigos de su padre se habían turnado en el rol de educadores, pero no era lo mismo. La orfandad había generado en Waldo su único miedo real: que le secuestraran la felicidad de repente. Y eso era precisamente lo que temía aquel día, en aquel lugar.

Cuando arribó al apartamento donde vivía en el barrio Miramar, aquel que había comprado su abuela en los tiempos en que la familia Rivero era parte de la burguesía habanera, Waldo hizo lo que cualquiera hubiese esperado de él: ahogar su pena en alcohol, combatir la sensación de soledad hasta verla desaparecer en el fondo de una botella de añejo. Su madre y su hermana estaban dormidas, por tanto, no se enteraron de su arribo a casa. Al día siguiente, con los primeros rayos del sol acariciando la terraza del tercer piso frente al mar, comprenderían que algo no estaba bien. Waldo estaba allí, rendido en el sofá de mimbre, enroscado como una serpiente a la que nadie debería acercarse.

Langley. Virginia. Finales de Septiembre de 1997.

Mientras esperaba en el salón adyacente a la oficina de Edward Mac Neill, jefe de la división América Latina de la CIA, David Navarro se

preguntó cómo habría sido trabajar en el negocio de su padre y no en la Compañía.

José León Navarro había logrado convertirse, tras veinte años de arduo esfuerzo, en un proveedor clave para numerosos restaurantes de Miami. Su empresa, **Wide Foods Inc.**, abastecía a la ciudad con productos de todo el mundo, desde langosta del Pacífico hasta dátiles de Irak. El cubano de origen judío había construido una red de importación y distribución envidiada por muchos, y su éxito hubiera sido el trampolín ideal para David si este hubiese querido hacer carrera en el mundo de los negocios. José León, consciente de ello, le había insistido en que siguiera el legado familiar mientras estudiaba en la Universidad de Miami, pero David había seguido su verdadera vocación y aceptado la oferta de reclutadores de la CIA.

- Señor Navarro, puede pasar ahora – dijo la secretaria al ver una luz verde parpadeando en la pizarra frente a ella.

David se levantó del cómodo butacón de fieltro y caminó hasta la puerta donde se leía: *Edward Mac Neill, jefe del Departamento América Latina*. Trasponiendo el umbral, accedió a la oficina de su jefe inmediato. El mobiliario era sobrio pero elegante: un escritorio de gruesa madera en el centro, con dos butacas de cuero negro en frente, a la derecha una estantería con cientos de libros sobre sobre historia militar, geopolítica o contrainteligencia, junto con manuales operativos y estudios de perfiles de líderes mundiales. Y en el lado izquierdo, varios monitores donde aparecían imágenes satelitales, informes de las bolsas y programas de noticias globales. Al fondo podían verse dos cuadros mostrando escenas históricas americanas, y entre ellos un set de archivos con combinación digital para su apertura. Al costado de estos había un minibar.

El hombre alto, estilizado y con cierta calvicie que se sentaba tras el buró, dejó de leer. Mirando por encima de sus espejuelos, Mac Neill ordenó:

- Toma asiento, David… ¿Cómo estás?
- Estoy bien, o al menos trato de estarlo – respondió el oficial sintiendo que podía sincerarse con el directivo, ubicado unos

escalones por encima suyo en la pirámide de jerarquías administrativas.

- Te entiendo. Ya sé que no estás feliz con el cambio, pero recuerda que es temporal. Apenas se termine la visita papal a Cuba te regresas a tu departamento – explicó Mac Neill cerrando el file y reclinándose en la silla hacia atrás.
- Eso espero – dijo David escueto, sin querer abundar en el asunto. Había trabajado con Mac Neill años antes y aunque no creía que se hubiese desarrollado una verdadera amistad entre ellos, reconocía la existencia de respeto mutuo y admiración.
- ¿Terminaste el informe? – indagó el jefe de espías, señalando con el índice a la carpeta que reposaba sobre el regazo de su subordinado.
- Aquí traje la copia impresa, como me pediste. Y la digital está en el sistema, puedes acceder a ella también – respondió el oficial alcanzando los documentos a su jefe.
- Perfecto, gracias. Solo dime una cosa, David. En general, ¿qué piensas del asunto? ¿Habrá algún impacto en la Habana con la visita o no? – y el hombre apoyó ambos codos sobre el buró, posando la barbilla sobre las manos entrelazadas.
- No creo que mi opinión sea la más centrada, Edward. Ya sabes que padezco de un pesimismo congénito cuando se trata de Cuba – explicó David recostándose en la silla y cruzando las piernas - Pero ya que me preguntas, no, no creo que haya impacto a largo plazo. Castro va a utilizar la visita para mejorar su imagen en la arena internacional. Y va a mantener el mismo control férreo sobre la gente allí. El chance lo tuvimos hace tres años, y lo perdimos – concluyó el oficial y se acarició la barbilla, mirando fijamente a Mac Neill.
- ¿A qué te refieres? ¿A la revuelta del noventa y cuatro? – quiso saber el jefe del departamento.
- Exacto, en aquel momento el país estaba como un bote haciendo aguas. Y la gente casi muriendo de hambre. Pero ahora han comenzado a desarrollar el turismo, tienen un

asidero, una fuente de ingresos. Lo suficiente como para entretener al hombre común, en otras palabras, la vieja fórmula romana de "pan y circo" - explicó David.

- ¿Y tú de veras crees que eso es suficiente? Castro perdió sus mercados comerciales con la caída del Comunismo Europeo, y aunque haya logrado algunos contratos con el mundo libre…no creo que sea lo mismo – razonó Mac Neill, jugando con el bolígrafo entre sus dedos.
- Edward, te repito que lo va a lograr. Esos contratos van a incrementarse poco a poco – David se inclinó hacia adelante, acercándose al buró, luego puso el antebrazo derecho en el borde y con el índice levantado, continuó - Además, el hombre va a apostar por el coronel Chávez en Venezuela y me parece que ese payaso va a ganar las elecciones allí, con lo cual se garantizaría el suministro de petróleo a Cuba. Cuando eso ocurra, y créeme que va a ocurrir, habremos perdido completamente la jugada.
- Hmm. Eres bueno en esto, David. De veras eres bueno – comentó Mac Neill sonriendo - En un mes te has hecho experto en el tema Cuba. Y sí, concuerdo contigo en lo de Venezuela.
- Me has tenido un mes encerrado como un topo en el centro de análisis… ¿qué esperabas? – y David sonrió de vuelta, mostrando las palmas de las manos.

Edward Mac Neill asintió con un gesto de cabeza y retrajo las comisuras de los labios esbozando una sonrisa. Por unos segundos quedó pensativo, mirando el documento sobre el buró. Una idea que desde hacía días rondaba su mente comenzó a echar raíces, a tomar una forma más concreta, acercándose a la certeza. El veterano jefe de espionaje consideraba que donde más podía rendir un oficial, casi siempre, era en el área dónde más cómodo este se sintiera. En el lugar donde la experiencia y la motivación danzaran al ritmo de una misma melodía. En el caso de David, en ese preciso instante, el grupo especial de Análisis sobre Cuba no se acercaba a ese modelo ideal.

- ¿Tú sabes qué? – soltó de pronto Mac Neill extrayendo un file de la gaveta y colocándolo frente a él - Creo que tengo una oferta de trabajo diferente para ti. Uno donde te vas a sentir mucho mejor, una operación de terreno.
- Seguro. ¿De qué se trata? – preguntó David recostándose hacia atrás en la butaca, entrelazando los dedos y poniendo ambas manos sobre la rodilla.
- Mira. La Compañía está creando una nueva Unidad Especial para trabajar desde nuestro territorio con las organizaciones anticastristas. Se trata de un grupo operativo en la Florida – explicó Mac Neill mientras leía algo dentro del documento, para luego observar a su interlocutor por encima del file y continuar con los detalles del proyecto - En estos momentos hay una efervescencia allí de los aparatos paramilitares del exilio cubano. Y tu padre es respetado en ese medio como veterano de Bahía de Cochinos, eso podría ayudar…Si te interesa, puedo asignarte como jefe de ese grupo. ¿Qué me dices?
- No sé qué decirte, Edward – dijo David y quedó pensativo, mientras se rascaba la nuca con la mano mirando hacia el suelo. Luego de unos segundos, su rostro pareció iluminarse y apareció en él una media sonrisa. Tras asentir con un gesto de su cabeza, el oficial miró a su jefe y continuo - Mira, siempre y cuando sea temporal y pueda regresar a mi departamento, creo que no me vendría mal. Pero ¿qué tiene que ver esto con lo de la visita de Juan Pablo II a La Habana?
- Tiene que ver. Y sí, es temporal, hasta que se termine la visita papal. Pero es clasificado, así que antes de explicártelo necesito saber si quieres el puesto – y dicho esto, el jefe de departamento cerró el file y lo devolvió a la gaveta, mientras observaba la expresión facial de su subordinado.
- ¿Por qué no? De lo que sea que trate, es trabajo de campo. Es mejor que estar encerrado aquí en Análisis. Así que …acepto – soltó David.

- OK. Presta atención. Lo que estás a punto de escuchar podría definir el curso de tu misión… y tal vez el balance futuro en la región.

La Habana. Noviembre de 1997.

Desde hacía tres años, noviembre era como un ciclo de tortura para Arsenio Robledo. Apenas cambiaba la hoja del almanaque, el viejo coronel comenzaba el conteo insoportable de los días, las horas, tal vez hasta los minutos, que faltaban para el final de mes, el aniversario del nacimiento de su hijo un 30 de noviembre de 1972.

El destino se lo había arrancado de los brazos, porque para los padres los hijos siguen en brazos no importa cuán adultos sean, un 6 de agosto de 1994, sin haber cumplido los veintidós. Sin haberse graduado como ingeniero mecánico, especialidad que cursaba por entonces en el ISPAJE, su obsesión desde niño. Al menos así lo había creído por un tiempo el coronel, hasta convencerse de que estaba culpando al responsable equivocado.

La causa de su dolor no había sido el destino, ni el mar traicionero, ni siquiera una Ley norteamericana que daba cobija legal inmediata a todo cubano huyendo de la isla. Había sido la desesperanza generada por un país sin futuro, hundido en la miseria durante el llamado "Período Especial". Mientras el gobierno culpaba a Estados Unidos por la emigración ilegal, él se preguntaba por qué también huían haitianos y mexicanos sin promesa alguna de asilo. La respuesta era evidente: la miseria compartida del Tercer Mundo. Para Arsenio, todo habría podido evitarse si se hubiese adoptado un modelo reformista como el chino o el vietnamita, pero Fidel Castro, temeroso del cambio, había impuesto su voluntad sin permitir debate alguno, condenando a una generación entera a remar en un bote que hacía aguas. Arsenito, su hijo, se había hundido con ese país sin futuro.

La mujer en sus cincuenta bien llevados, envuelta en una bata de casa, se acercó a la terraza trasera de la vivienda portando sendas tasas de café. Su rostro era hermoso, elegante, sus grandes ojos negros de ascendencia morisca eran muy expresivos, a pesar del fondo rojizo y la humedad. Con pasos cansinos, lentos como los de

quien ha recorrido ese trayecto demasiadas veces en los últimos años, Carmen llegó hasta el butacón de su esposo y colocó las tazas en una mesa pequeña, a un lado del coronel. El aroma hizo que el hombre cerrara los ojos, y disfrutara unos segundos de aquella mezcla mágica de olores: el café y las hierbas del jardín interior. Esa combinación lo transportaba a la casa modesta de su infancia, en el campo del occidente cubano.

Carmen se sentó despacio, como si no tuviera mucho interés en hacerlo, en otra butaca más cercana al patio de tierra y césped. Su mirada recorrió el techo, las columnas, el ventanal del comedor colindante, intentando recordar cómo había sido la mansión antes de tanta corrosión y falta de pintura. Luego de un suspiro profundo, tratando quizás de alegrarse la vida, aunque fuese brevemente, la mujer comentó a su marido:

- Esta mañana, cuando fuiste a la bodega, llamó Armandito. Dice que volverá a llamar esta noche para poder hablar contigo.
- ¿Y cómo está? ¿Cambió por fin de trabajo? – el rostro de Arsenio pareció iluminarse un poco, sus ojos tomaron algo más de brillo. El hombre sorbió un poco del café y devolvió la taza al platillo, que sostenía en la diestra.
- Dice que fue a la entrevista y le dijeron que le avisarían del resultado en una semana. Pero un amigo allí en la empresa, bien conectado, le aseguró que eso era pura formalidad porque el jefe lo quiere a él. Sus calificaciones son muy buenas, es el mejor entre todos los candidatos – explicó Carmen mientras ponía la taza de café sobre la mesa de cristal y observaba, con especial atención, unas manchas carmelitas en la frente de su esposo.
- Menos mal que la Revolución le enseñó bien lo que estudió. No le dio un trabajo digno, pero por lo menos le dio conocimiento – comentó el ex militar, arqueando hacia abajo las comisuras de los labios y asintiendo con la cabeza.
- No vamos a hablar de política Arsenio, por favor - el tono de voz de Carmen se había tornado de repente autoritario, su mirada se desvió hacia el techo unos segundos, para

luego regresar a su marido. La mujer esbozó una sonrisa, o lo intentó - Te estoy comentando sobre tu hijo, sobre las cosas buenas que le están ocurriendo, sobre una vida llena de perspectivas futuras para él.

- Es verdad, tienes razón. Y me alegro de que todo le vaya bien, pero es por culpa de la política que Armandito vive en Miami y no aquí…y que Arseni…- el hombre se interrumpió, comprendiendo que estaba a punto de echar más sal en la herida. Tomó una bocanada de aire y mirando a su esposa, le tomó la mano y soltó un suspiro – Disculpa, Carmucha, lo siento. Tienes toda la razón, hay que concentrarse en lo bueno…Entonces, ¿que más te dijo? ¿Cómo está su mujer, Rebeca?
- También me habló de ella. Está terminando el *College* ese de asistente de médico, ha sacado tremendas notas. Imagínate, habiendo sido doctora aquí, aquello debe ser un paseo para ella. Y hay una clínica privada que ya le ofreció plaza fija para cuando se gradúe – Carmen retiró el platillo con la taza de vacía de encima de la mesa, luego repitió la operación con la del marido y continuó informando sobre la vida del hijo radicado en Miami - Están pensando mudarse, cuando ya tengan los nuevos trabajos, para la zona de Miami Beach. Ya sabes que Armandito tiene obsesión con la pesca, y el mar…
- Sí, no sé cómo, la verdad, pero la tiene – murmuró el excoronel y apartó la vista, poniendo su atención aparentemente en las matas de plátano del traspatio.

La mención del mar devolvió el silencio a la terraza, mientras Robledo cerraba los ojos y recordaba agosto de 1994, cuando Fidel Castro, en un arrebato televisado, había anunciado que las fronteras estaban abiertas, liberando de golpe el freno represivo sobre quienes intentaran huir por mar. Lo que siguió fue un éxodo desesperado y masivo: multitudes exaltadas arrastrando balsas y armatostes flotantes hacia el litoral, entre lágrimas, gritos y una euforia teñida de miedo. Pero aquel espectáculo, transmitido al mundo como una crisis humanitaria más, solo había sido el prólogo del horror: ya en

alta mar, con la noche encima, muchas de esas embarcaciones colapsarían bajo el peso del pánico y la improvisación, entre luchas por sobrevivir, cuchilladas, ahogados, tiburones. Un vía crucis del que no todos saldrían con vida. Arsenito Robledo, que había preferido ser libre antes que ingeniero, se contaba entre los que habían hallado su calvario en el fondo del océano.

Carmen se fue a la cocina, tal vez a llorar en silencio por el hijo que no vería envejecer junto a ellos, o por los hijos de ese hijo que no serían siquiera engendrados. El coronel Arsenio quedó absorto en sus pensamientos, mientras observaba las cabriolas de humo elevarse desde el extremo de un tabaco que acababa de encender.

¿Q*ué será de Carmucha si esto sale mal?* se dijo el hombre en un susurro, recordando sus planes futuros. *Es que, aun saliendo bien, esta gente puede tomar represalias con ella. ¿Valdrá la pena el riesgo? ¿Y cumplirá el cabrón americano con su parte?*

El hombre sintió que las dudas le abrazaban, apretándole cada vez con más fuerza. Pensó que tal vez ya era tarde para la justicia. Pero nunca para la memoria.

Londres. Reino Unido de Gran Bretaña. Noviembre de 1997.

El recinto ferial de *Earl's Court* ya no era un hervidero de ruidos y colores. La marea humana que inundase por varios días aquellas naves gigantescas, los pabellones de exposición, las salas de presentación y los stands de venta, había disminuido sustancialmente. Con la tarde cubriendo de gris a la ciudad, los últimos ejecutivos, directivos, negociadores y visitantes se aburrían caminando de un lugar a otro, tal vez buscando algo provechoso que hacer en una feria que ya había cumplido su objetivo.

Waldo terminó de firmar el último contrato del día. El agotamiento y el estrés se hacían sentir después de setenta y dos horas de negociaciones, donde una amalgama de agentes de viaje europeos se disputaban el turno para realizar sus arreglos contractuales. Todos querían vender a sus clientes el destino Cuba, quizás el más popular del Caribe en esos momentos.

La isla era para entonces la novedad, una especie de paraíso tropical donde la fusión de culturas europeas y africanas, tras siglos de

práctica, había creado un identidad acrisolada e interesante. Sus playas, vedadas hasta hacía muy poco al visitante extranjero, tenían unas arenas fantásticas y una mar turquesa refulgente, bañados a toda hora por el ardiente sol del trópico.

El joven director comercial de la cadena Horizontes pensó en Laura, a quien no veía desde hacía meses, justo cuando ella se preparaba para abordar un vuelo rumbo a Roma, donde continuaba trabajando en los Museos Vaticanos con ese misterioso aparato de su invención, impronunciable para Waldo. Tras un año de relación, empezaba a temer que todo se le escapara de las manos, que el amor —como el tiempo— no se inscribiera sobre piedra. El océano, la frialdad de los correos electrónicos, la diferencia horaria, los italianos apuestos y las cubanas desinhibidas parecían confabularse en silencio contra lo suyo. Había intentado empujarla a una decisión, invitarla a concretar, a vivir juntos, a domar juntos los nudos de la vida; pero Laura, aunque decía extrañarlo, seguía aplazando el momento. Ahora, además, tenía una oferta para hacer un doctorado con apoyo internacional, lo que podría retenerla otro año en Europa y ensanchar, aún más, la distancia entre ambos.

Waldo tomó su maletín y trató de ubicar a los últimos de la delegación en el stand, agrupándose a esa hora para salir a compartir el taxi. Estaba a punto de cerrar el día cuando algo inesperado lo arrancó de sus pensamientos, algo que, sin él poder imaginarlo entonces, cambiaría el curso de su vida.

Un hombre alto, a quien no pudo ver el rostro, pasó dejando caer sobre la mesa un pequeño papel doblado varias veces sobre sí mismo. La curiosidad sobre el documento pudo más que el deseo de perseguir al desconocido e identificarlo, por lo cual Waldo se concentró en desenredar la pequeña hoja arrugada. Segundos después, cuando la figura había desaparecido, Waldo leyó detenidamente el texto impreso sobre el papel:

"En la Abadía de Westminster, mañana, 9:00 AM. Es muy importante, vital para mucha gente en su país, incluido usted, vaya solo. De un antiguo amigo de Cayo Anguila "

Waldo sintió que se le paralizaba la digestión, se sintió incómodo, los sentidos alerta y el cansancio relevado por un repentino estado de

vigilia. ¿Qué rayos era esto? ¿Quién de los involucrados en Cayo Anguila le enviaba la nota? ¿Y cómo sabían de su estadía en Londres? Pero por sobre todas las cosas, ¿por qué ahora, cuando ya él no tenía relación alguna con su vida pasada? - *¿Será posible que me echen a perder el encuentro con Laura? ¿Habré dejado yo un cabo suelto en el pasado y ahora viene a salir a flote, después de tanto tiempo? ¿Es qué no puede uno cambiar de vida y dejar los muertos dónde están? ¿Será que siempre voy a estar con esos fantasmas arriba de mí?* - Se dijo mientras caminaba por el ancho pasillo del recinto ferial. Sus colegas ya se habían marchado, por tanto, iría hasta la salida y descendería a la estación del metro para tomar el tren de la *Circle Line*. Un trayecto más largo hasta el *aparhotel*, pero también más barato.

La realidad acababa de cambiar para el joven directivo turístico. En un par de segundos su mundo se había volteado patas arriba. Hacía apenas un instante su mente navegaba en el mar de las incógnitas, el de su relación con Laura y la conversación ineludible que tendrían en pocas horas. Ahora su psique estaba retornando a un pasado del cual hablaba poco o casi nada; el de los tiempos inmediatos a su regreso del África cuando, por un periodo breve, había vivido inmerso en el oscuro mundo del espionaje y las acciones encubiertas organizadas por el gobierno de su país.

Con paso firme pero atrapado por un manto de preocupación y angustia, Waldo se sumergió en el *Underground* y abordó el tren que le llevaría hasta el hotel donde se hospedaba. De inmediato comenzó a aplicar medidas de contravigilancia y a sentir un *DejaVu* desagradable. El vagón de la *Circle Line* se introdujo en el primer túnel. A partir de ese instante, el peligro comenzó a tomar forma humana en el rostro de cada persona a su alrededor.

Doce horas más tarde. Londres, noviembre de 1997.

El interior de la Abadía estaba medio desierto a esa hora de la mañana. Waldo había decidido llegar un poco antes de la hora descrita en la nota. Quería evaluar el terreno, detectar si alguien le seguía. Entre las posibilidades que merodeaban su mente estaba la de un ajuste de cuentas, alguien a quien él hubiese perjudicado en

el pasado y que ahora quisiera "cobrar" por el perjuicio. ¿Qué tramaban con él? ¿Quién era el hombre que había dejado la misteriosa nota?, se preguntaba mientras simulaba rezar con el mejor empeño. Se sabía un fragmento del Padre Nuestro por pura casualidad, lo había aprendido en la época en que estudiaba la carrera de Derecho en la Universidad de la Habana. No porque fuera parte de la materia impartida, sino por su sed de conocimiento sobre el Derecho Canónico, que no se incluía en el currículo de las asignaturas de Historia.

A pesar de la tensión nerviosa, el joven apreció el majestuoso interior de la Abadía, con sus altos techos góticos sostenidos por imponentes arcos apuntados. La luz tamizada entraba a través de los vitrales medievales, proyectando colores sobre los suelos de mármol y piedra. Observó, de una pasada, las esculturas con detalles en bronce y oro en el Trono de San Eduardo, donde durante siglos se ha coronado a los monarcas. Por un par de segundos, recordó que allí descansaban los restos de grandes escritores como Shakespeare y Dickens. De inmediato su mente regresó a la realidad, a la observación del medio circundante, a la búsqueda de cualquier señal de peligro.

Media hora después de haber entrado a la emblemática abadía, Waldo sintió la presencia a su lado de otra persona. Volteó ligeramente su cabeza y reconoció aquel rostro, ahora cubierto por una ligera barba entrecana. Tenía los mismos ojos penetrantes, la nariz pronunciada y una vieja cicatriz bajo el pómulo derecho. El viejo conocido mostraba una prematura caída del cabello, sin llegar a ser calvicie declarada.

- ¿Cómo has estado, Leonardo? – preguntó en tono muy bajo el recién llegado, la mirada centrada en el altar.
- He estado bien…hasta que apareciste tú ¿se puede saber qué haces en Londres? - respondió Waldo, a quien evidentemente habían conocido alguna vez por aquel otro nombre, mirando de reojo al individuo.
- Ya sabes, un poco de esto y de lo otro. Escucha hermano, es muy sensible lo que tengo en la mano. ¡Quema de verdad! Necesito que te reúnas conmigo en una hora en el

pub que está a dos cuadras del *Tower Bridge*, el *Anchor Tap*, ¿lo conoces?

- Sí, lo visité ayer. Pero déjame decirte que estoy fuera del negocio hace rato, ahora tengo otra vida… - informó Waldo a su interlocutor y esta vez sí lo miró a los ojos con profundidad.
- Eso no importa, te tengo que ver allí. Yo te paso la bola y tú harás lo que creas conveniente, nos vemos en un rato - interrumpió el individuo a Waldo y, tras persignarse mirando a la imagen de Cristo en la cruz, se marchó.

Waldo permaneció en silencio, tratando de encajar las piezas del pasado en el rompecabezas del presente. Aquel personaje, recién aparecido de entre las brumas de su historia, era conocido como "El Tigre"; un cubanoamericano de Miami que se movía en el mundo del crimen: robo, drogas, extorsión, tráfico de personas y órganos. Estaba conectado con las autoridades de Bahamas, y había trabajado con él en 1989 en un trasiego clandestino de armas en cayo Anguila. En los años previos, la alta dirección cubana había autorizado a ciertos oficiales del MININT a delinquir en territorio extranjero, a ejercer como una especie de corsarios modernos para burlar el embargo comercial de los Estados Unidos. Y Waldo, por entonces parte de aquel engranaje, había justificado sus acciones diciéndose que no quedaba otro remedio, que aquello era un mecanismo de defensa de su país. Ahora el "Tigre" tenía algo que, según él, interesaba a Cuba.

Aunque en opinión de Waldo, el tipo estaba seleccionando al "receptor" equivocado. Ya él no estaba conectado con los Servicios Especiales cubanos. Entonces, ¿por qué no lo intentaban con alguien todavía activo en el negocio?

En todo esto iba Waldo pensando mientras caminaba hacia el nuevo punto de encuentro. Esta vez, sus viejos hábitos estaban también renaciendo, impulsados por una fuerza instintiva. Ahora su preocupación era encontrar a un hipotético oficial del MI-5 británico en su camino.

El exmilitar cubano realizó varios cambios de dirección, de tren en el metro y de bus, haciendo un periplo en apariencia más largo que el

necesario. Finalmente, arribó al *Anchor Tap*, una taberna londinense histórica y tradicional donde el tiempo parecía haberse detenido. La iluminación tenue, los grifos de cerveza de barril, la barra de caoba, las estanterías llenas de botellas y los carteles vintage junto a las sillas y mesas de madera, hicieron pensar a Waldo que se había teletransportado al siglo anterior.

Cuando el cubano entró al lugar, sus ojos se posaron de inmediato en el Tigre, sentado junto a la ventana. La gruesa cortina a su lado tamizaba la luz de la calle, mientras que la estufa cercana irradiaba un calor tenue. Encima de ella, el busto de un famoso personaje parecía cobrar vida en el mármol. El aroma a madera envejecida y cerveza artesanal impregnaba el aire.

Sin decir palabra, el cubano tomó asiento a su lado, acomodándose de manera que pudiera observar el interior del local y evaluar el ambiente. Durante varios segundos, un silencio denso y cargado de significado se extendió entre ellos. Sobre la mesa reposaban dos jarras de cristal repletas de cerveza, cuya espuma se movía haciendo pequeñas burbujas.

- Estás limpio. Veo que no has perdido tus hábitos de conspirador - dijo el Tigre y, agarrando una pinta, sorbió una buena cantidad de bebida.
- Al grano, Tigre, al grano. Ya te dije que estaba fuera, estoy representando a una compañía totalmente legal de mi país aquí – soltó Waldo y tras beber algo de su cerveza, colocó la jarra sobre la mesa y observó cuidadosamente a los otros clientes a su alrededor - Me voy mañana de Inglaterra y no quiero involucrarme en algo que me pueda poner tras las rejas. ¡Suelta lo que tengas y no te he visto! – concluyó el joven, dejando transpirar la incomodidad con una mirada medio retadora.
- Mira, colega, te juro que no había planeado nada de esto. Te encontré de pura casualidad y te seguí, porque pensé que te iba a interesar el asunto – explicó el Tigre y se inclinó hacia adelante, para continuar en un tono mucho más bajo - Es algo que tiene que ver con la seguridad de tu país, así que yo te paso la bola y tú sabrás que hacer con ella. Tú

eres un tipo de principios, un convencido, no un mercenario como yo.

- Bueno, si tú lo dices. Ahora dime de una vez qué quieres – requirió el cubano y empujó la pinta de cerveza hacia el otro, poniendo las palmas de las manos sobre la mesa en ademán de "*habla de una vez, o me largo de aquí*"

El Tigre sonrió. Waldo sintió que el pasado, por primera vez en años, le apuntaba entre ceja y ceja. Y en ese instante comprendió que ciertos pecados pueden olvidarse, pero sus consecuencias serán siempre inevitables.

Parte II. Decisiones difíciles.

"Un hombre que no arriesga nada por sus ideas,
o no valen nada sus ideas, o no vale nada el hombre."
Platón

Italia. Noviembre de 1997.

Al día siguiente del encuentro entre el Tigre y Waldo Rivero.

La aeromoza de *Alitalia* se acercó al pasajero sentado en la primera fila del avión y preguntó si deseaba algo de beber. Hubo de repetir dos veces su pregunta para lograr la atención del joven, quien miraba absorto hacia el techo de la aeronave. Este negó con la cabeza y respondió:

- *No, tante grazzie, non voglio niente di bere.*

Waldo Rivero tenía un torbellino de ideas en su mente. Por un lado, no podía controlar la excitación provocada por la idea de su encuentro inminente con Laura, por otro, no acababa de dar crédito a la espantosa revelación recibida en Londres unas horas antes. Si lo que el Tigre decía era cierto, un nubarrón cargado de aguas nada benévolas se acercaba peligrosamente a Cuba.

Muchas veces, desde la instauración del comunismo en la isla, la radicalización política había puesto a la nación insular en el centro de los conflictos regionales. El gobierno comunista había desafiado

repetidamente a su enemigo natural, La Casa Blanca, con la osadía de un soldado galo frente las legiones romanas. Y le habían respondido con la misma ira que los generales de Roma usaran contra sus oponentes, con la misma fuerza. El gobierno de la isla, no obstante, había sobrevivido a los embates del poderoso enemigo sacrificando a sus ciudadanos, pidiéndoles coraje, manipulando sus convicciones y su patriotismo. Esta vez, sin embargo, de ocurrir lo que según el Tigre podría pasar, iban a necesitar algo más que sabiduría, manipulación y coraje …Iban a necesitar a Houdini para salir de la caja metálica en que quedarían atrapados todos, los de arriba y los de abajo, los once millones de cubanos respirando el mismo aire a noventa millas de un vecino sin dudas beligerante.

En medio de su debate interno, Waldo no escuchó al piloto de la nave cuando informó que estaban a punto de arribar a la ciudad de Roma y aterrizar en el aeropuerto de Fiumicino. Una vez que la nave tocó tierra sus pensamientos se centraron en la imagen de Laura, en los planes que habían hecho, los lugares que visitarían…y en el sexo, sobre todo en el sexo imaginado sobre cualquier superficie que no se quejara por soportar el peso de sus cuerpos.

Tras pasar los controles de aduana e inmigración, el joven directivo encontró a su novia esperándolo en el área pública de recibimiento. Estaba más delgada, pero en su opinión le sentaba bien. Le parecía incluso más atractiva. Luego de un reencuentro emotivo, con abrazos y besos algo más largos que lo habitual para estos casos, ambos jóvenes tomaron el taxi que los llevaría a su destino.

El apartamento de Laura era una unidad pequeña de un cuarto, cocina, baño y sala comedor. Estaba ubicado en un edificio que debía datar de principios del siglo, y mantenía su aspecto original intacto, evocando la época de gloria de bombines y bastones. El elevador, pequeño y con puertas de rejilla, parecía tener todavía la esencia de sus primeros usuarios. La zona era céntrica, llena de edificaciones monumentales entre las cuales resaltaba, al otro lado de la avenida, la iglesia de *san Giovanni in Latterano*. A solo unos metros del inmueble, la muralla romana construida en tiempos del imperio se alzaba majestuosa, sin importarle los cambios de centuria. De no ser por los autos modernos circulando bajo los

muros, y los ruidos aplastantes de la modernidad, se diría que el reloj se había detenido. Con un mínimo de abstracción, cualquiera podría imaginar a los antiguos habitantes de la ciudad, faro de la civilización europea, con sus caballos y carros o simplemente a pie, entrando y saliendo de la antigua urbe. O a la guardia pretoriana, pasando bajo los arcos con sus uniformes y porte impecables, custodiando a un César orgulloso y déspota, admirado como ser divino por sus súbditos. A Waldo le impactó tanto la imagen que quiso ver de cerca los muros ancestrales, dilatando su arribo al apartamento.

Otra vez de vuelta a la realidad de su encuentro con Laura, un deseo salvaje comenzó a carcomerle las entrañas. Su mente se fue a navegar imaginando lo que podrían hacer muy pronto, desnudos, solos entre cuatro paredes. Y sin embargo, a pesar del fuego interior, algo seguía latiendo en su nuca: el recuerdo de la nota. La amenaza a su país, la incertidumbre de los próximos pasos.

El interior del apartamento, equipado con todo lo que la modernidad podía ofrecer, provocó en Waldo la sensación de haber atravesado un portal del tiempo. Como si después de haber sido secuestrado por la historia, hubiese regresado a la Roma que le recibiera tres horas antes en Fiumicino. Una vez que acomodaran los abrigos en la percha, en el pasillo de entrada, Laura se ofreció para preparar algo de comer.

- ¿Tienes hambre? ¿Quieres que cocine algo rápido? – preguntó ella, tal vez por cortesía, pues no se veía en realidad a sí misma haciendo nada en la cocina a esa hora.
- Tú sabes muy bien lo que quiero comer, y no hace falta cocinarlo – respondió él atrayéndola hacia sí, mientras comenzaba a desabotonarle la blusa y a besarla.
- Menos mal…porque te paraste en la dichosa muralla como diez minutos… ¿Qué querías, torturarme? – susurró ella jadeante, sintiendo el contacto corporal y el miembro masculino erecto bajo la ropa, presionándole la pelvis - ¿Quieres que nos bañemos?
- Seguro… ¿por qué no?

A partir de entonces todo fue una cadena de actos atropellados, de instintos reprimidos por demasiado tiempo que ahora se liberaban de forma explosiva. Las ropas fueron quedando a lo largo de cada pieza hasta que lograron meterse bajo el agua. Allí comenzaron a moldear el deseo con sus cuerpos en todas las formas posibles, a veces lentamente y con ternura, otras regresando al salvajismo primario de los humanos.

Esa noche, recordando las historias de una amiga de la infancia – muy puta ella y la única con quien conversaba esos temas – cuyos detalles describían los mejores orgasmos del mundo, Laura decidió ponerse creativa. Pidió a Waldo que la llevara a la sala y la cargara sobre sí mismo, dejándose caer sobre él; permitiendo que el cuerpo entero hablara aquel idioma antiguo que no requería traducción.

La joven se agarró del cuello de Waldo y subiendo ambas piernas, dejó que la penetrara. Mientras lo besaba en la boca y el cuello, y sus senos se apretaban contra el pecho firme del hombre que la sostenía por las nalgas, observó la figura de Waldo en el espejo y se excitó aún más. Minutos más tarde, entre movimientos cíclicos cada vez más rápidos, gemidos y uñas clavadas en la piel, terminaron su orgía de placer con un orgasmo simultaneo. Luego se dejaron caer sobre el sofá, agotados, esperando sobrevivir…y prometiéndose que dejarían alguna reserva de imaginación para las próximas horas.

Tras recuperar el aliento, Laura se dirigió a la entrada de la habitación y tomando una toalla del suelo se envolvió en ella. Luego fue hasta la cocina, sirvió dos copas de vino y las llevó hacia la sala.

Waldo se vistió a medias, tomando el pantalón de encima de la mesa, y se desplazó hasta el reproductor de CD. Tras echar una ojeada a los discos disponibles, se decantó por ABBA. Aquel grupo había sido un icono de los setenta, la era de su adolescencia y la de Laura en la Habana. La muchacha miró el torso desnudo y sonrió. Le gustaba demasiado aquel hombre, tenerlo tan cerca hacía que sus planes se tambalearan.

– Esto se parece a cómo debería ser nuestra vida… ¿No crees? – preguntó él tomando la copa ofrecida por la muchacha, mientras se deleitaba con la letra de "El ganador se lo lleva todo" en la voz de los cantantes suecos.

– ¿A qué te refieres? ¿A hacer el amor por toda la casa? – respondió ella con otra interrogante, sonriendo y sorbiendo brevemente de la bebida en la copa.
– Hmm, a eso también, claro. Pero sobre todo a vivir solos en un lugar como este…a tener un hogar, que es como se le llama - soltó el hombre removiéndose un poco en el sofá, buscando acomodo, sintiendo que la incertidumbre le regresaba al pecho. No entendía por qué se le hacía tan complejo abordar el tema.
– Bueno, Waldi. Ya hemos hablado de eso. El punto es que ahora estoy aquí, trabajando en Italia – dijo ella esquivando la mirada de Waldo y sorbió otro poco del vino. Las tonadas de ABBA, con aquella canción triste sobre una relación fallida, no le estaban ayudando.
– Pero eso no será siempre así – replicó él poniendo la copa sobre la mesa de centro, para luego mirar a su novia directamente a los ojos.
– Por supuesto que no. Solo que por ahora no hay fecha definida para terminar mi investigación, y está además lo del doctorado. Te lo comenté por email.
– Sí, lo recuerdo – reconoció Waldo y de inmediato escuchó una voz interior que le decía*… ¿Serás pendejo, Waldo Rivero? Te fajaste con los Búfalos del 32 Batallón, pero esta mujer te pone nervioso con solo mirarte y no logras hacer la cabrona propuesta de una vez. No logras dar el ultimátum para presionarla.*
– Aunque está la opción de hacerlo al revés – sugirió ella – Que te decidas a dar el salto, a venir para acá – y a continuación Laura rellenó la copa que su novio sostenía en la diestra – Ya sé que para ti eso son palabras mayores…pero podemos discutir la forma de hacerlo.

Por unos segundos la pareja se quedó en silencio, saboreando el tinto, evitando avanzar en la conversación que, como siempre, los llevaba a un callejón sin salidas.

Y mientras tanto ABBA cerraba la conversación, abrazándolos con la nostalgia de una adolescencia que sabían no regresaría a ellos

jamás: *So the winner takes it all - And the loser has to fall - Throw the dice, cold as ice - Way down here, someone dear - Takes it all, has to fall - And it's plain, why complain?*
Tres copas más tarde y con la nueva avalancha de alcohol inundando sus neuronas, se enroscaron de nuevo como dos serpientes en celo sobre el sofá y continuaron regalándose placer en todas las formas posibles.

Luego de un merecido descanso, a las once en punto, Waldo encendió la laptop y se conectó a Internet para acceder a su buzón de Hotmail. Quería enviar a su oficina los datos del vuelo de regreso a la Habana, asegurando que enviaran un auto a recogerle al aeropuerto José Martí. Revisando los mensajes encontró uno en particular que le preocupó. Maribel, la representante de su compañía en Italia que vivía en Roma con todos los gastos pagados por el gobierno cubano, decía estar muy preocupada porque Waldo no aparecía registrado en el hotel asignado para su estancia en esa ciudad.
El joven directivo turístico había planeado ahorrarse el dinero del hospedaje, quedárselo simplemente y pedir una factura falsa a una cubana emigrada que trabajaba en la carpeta de dicho hotel. Nada alarmante en su opinión, a fin de cuentas, no sería el primero ni el último funcionario cubano que practicase este tipo de trucos. En su caso, el negocio era incluso mejor; quedándose en el apartamento de Laura él podría embolsillarse la totalidad de los fondos. Solo que ahora la representante de Horizontes había metido las narices donde no debía. ¿Sabría ella de la existencia de Laura? ¿Sabría que se trataba de una cubana contratada temporalmente por los italianos? ¿Habría descubierto que Waldo planeaba "robarse" el dinero asignado por el estado para alojamiento?
Waldo se dijo que llamaría a esa persona al día siguiente y saldría de dudas. En el peor escenario, se justificaría diciendo que el día anterior había estado visitando sitios históricos hasta muy entrada la noche. El problema no debía pasar de ahí, pensó el joven directivo turístico antes de irse a la cama.

Esa noche, a pesar del cansancio que le dejaran el recorrido por las calles romanas… y la sesión de amor innovativo sugerido por Laura, Waldo encontró dificultades para conciliar el sueño. Otra vez la imagen del Tigre venía a su mente, con la sensible información que había puesto en sus manos y la duda sobre si todo aquello sería verdad, exageración, o una operación desinformativa de la CIA.
Por pura asociación de ideas, su mente voló a un lugar lejano, ocho años atrás. A un cayo deshabitado en el canal de Bahamas donde el entonces primer teniente Waldo Rivero, oficial del departamento clandestino MC del servicio de Inteligencia cubano, había recibido un cargamento secreto de manos del Tigre y sus compinches.
Las imágenes pasaron caóticas por su mente: el desembarco del Tigre y sus compinches en una balsa de goma, las figuras espectrales bañadas por los rayos de luna, la brisa marina con olor a sal batiendo los pinos, las arenas húmedas, la tensión reflejada en los rostros y las armas listas para defenderse de un ataque. Y también el intercambio de bultos y maletas, algunas de ellas preñadas de dólares, junto a los estrechones de manos y las sonrisas falsas tratando de parecer amigos, cuando en realidad se hallaban en las antípodas del espectro moral.
Aquella noche de marzo de 1989, que ahora regresaba a la mente de Waldo, él no había imaginado el huracán en ciernes que removería las bases de su nación. Aquella noche, siguiendo las órdenes de sus jefes, Waldo había compartido la aventura y el peligro con un traficante llamado El Tigre. Nada más, y nada menos que eso.
Ahora, transcurrida una década, la figura espectral bañada por la luna parecía estar otra vez parada frente a él, mirándole con una sonrisa sarcástica mientras Laura, ajena al peligro, dormía enroscada en las sábanas.

Finales de Noviembre. Universidad de La Habana.

El coronel Robledo iba subiendo la escalinata, sintiendo como el sudor le corría bajo la camisa. Al final del camino, en las alturas, podía ver la estatua del Alma Mater y los enormes edificios neoclásicos donde funcionaban las distintas facultades del centro.

Aquellas columnas corintias con los frisos decorados encima, en combinación con los altos ventanales medio Art Deco, siempre le habían impresionado. Sus pasos eran lentos, acordes con la extensión de aquella vía ascendente, llena de una historia heroica nacida en los tiempos en que existía la Autonomía Universitaria, los tiempos en que el estado no decidía cómo se gobernaba una casa de altos estudios.

El ex militar tenía recuerdos muy personales de aquel lugar. Había estudiado allí a inicios de los setenta, en los cursos para trabajadores. Por entonces, siendo un ocupado oficial del Ministerio del Interior, había decidido que necesitaba un diploma no castrense, que las escuelas militares proveían de conocimientos muy específicos, necesarios y útiles para su trabajo, pero no para entender el mundo en su vasta complejidad. Por eso había pasado años asistiendo a clases nocturnas, impartidas en aulas donde encumbrados personajes cobraban vida cada noche. Personajes que décadas atrás, unas veces con talento y otras con sangre, escribieran la historia de Cuba.

Arsenio Robledo había hecho un esfuerzo titánico, desgastador, pero había disfrutado aprendiendo de los filósofos griegos, los movimientos sociales, las culturas orientales, la antigua Roma y la Revolución francesa. A pesar del enfoque marxista, obligado e impuesto por el gobierno al sistema de enseñanza, los grandes acontecimientos de la humanidad hablaban por sí mismos. Y la cultura es siempre herramienta para frenar el adoctrinamiento feroz, por tanto, podría decirse que Arsenio había sido ligeramente más libre tras haberse graduado como licenciado en Historia, en 1975.

Cuando logró llegar al último escalón, se volteó a mirar hacia abajo. Trescientos metros de imágenes épicas golpearon de pronto su psique, recordándole por qué estaba allí. Por aquella escalinata habían marchado los valerosos estudiantes de la década del treinta, derramando un rio de sangre hasta destronar al dictador de turno, el general Machado. Allí había asesinado la Policía a Rafael Trejo, símbolo de la rebeldía juvenil nacida con el siglo. Y como una tromba humana, veinticinco años después, los jóvenes de los

cincuenta habían enfrentado con sus puños las balas asesinas de otra dictadura, la del general Batista.
Aquel era un país de dictaduras, sin duda alguna, pero también de rebeliones, de sacrificios. Los estudiantes de la FEU casi habían ajusticiado al dictador Batista, en 1957, en su propia madriguera: el Palacio Presidencial. Y su líder, José Antonio Echeverría, había muerto como lo hacen los héroes, mirando a los ojos de la Parca con total desenfado y a pecho descubierto, en una esquina de aquella universidad.
Pero la historia la escriben los vencedores, siempre es así – pensó Robledo. Resultaba que ahora, después de años de demagogia, manipulación y control, los únicos valientes habían sido Fidel Castro y sus guerrilleros en el Oriente cubano, en 1958.
El *Comandante* se había adueñado de la Casa de Altos Estudios, a principios de la Revolución, convirtiéndola en su tribuna. Robledo recordó un pasaje interesante de los años sesenta, el día en que Fidel había dicho allí mismo, en esa escalinata frente a una masa compacta de jóvenes fanatizados, que los comunistas chinos se habían anquilosado, que habían traicionado la esencia de las revoluciones populares, que Mao Zedong se había convertido en un emperador proletario. *¡Como habló ese día del culto a la personalidad!* – recordó Arsenio – *Cojones, criticaba a Mao, pero ya entonces era el megalómano más grande de Cuba* – se dijo recordando el discurso al que había asistido, hacía ya mucho, en aquel mismo lugar.
Por unos minutos más, el antiguo coronel continuó siendo arrastrado por los recuerdos, hasta que la realidad lo empujó de vuelta a su misión, al motivo de su visita a la Universidad. En un mes, estaría allí el hombre que debía matar. Allí exactamente, detrás del monumento con la diosa romana Minerva transmutada en una joven cubana de brazos abiertos, acogiendo a quienes tuvieran sed de conocimiento, invitándoles a registrarse en la Alta Casa de Estudios. Porque en ese lugar, en enero, el *Comandante* haría otro de sus montajes escénicos. El líder eterno iba a recibir a su archienemigo ideológico, Juan Pablo II, exactamente detrás de la estatua, en el rectorado. Y lo iba a tratar de convencer de cuánto se parece la religión cristiana

al comunismo. Sería en ese momento que el coronel Robledo interrumpiría la farsa, metiendo una bala en el cráneo del rey, ajusticiando al "soberano de los pobres", cuya traición le había costado un hijo al ex militar.
Ya de vuelta al presente, Arsenio realizó un estudio del futuro teatro de operaciones. Imaginó las posiciones de la víctima y sus escoltas, la muchedumbre inocente, el Papa, el caos después de la ejecución pública, la incertidumbre, y el victimario a casi ochocientos metros de allí en una ventana del Hotel Habana Libre. Siguió con la vista la línea de disparo, desde la entrada al rectorado hasta el edificio masivo que construyera la Hilton décadas atrás. Se vio a sí mismo, desarmando apresurado el fusil, poniendo las piezas en el contenedor, escondiéndolo todo en el closet, conteniendo los deseos de mirar una última vez hacia la universidad. Se imaginó luego en el elevador, después atravesando el lobby lleno de agentes de civil en pleno estado de histeria, y finalmente, caminando apresurado por la Calle L en busca del vehículo de escape.
¡Si pongo las manos en ese fusil, este hijo de puta se muere ese día! – se dijo con total convencimiento el coronel, revisando por última vez los detalles en su mente. Antes de marcharse, sin saber en realidad por qué, tomó el camino inverso al que utilizara para llegar al recinto. Se vio de pronto en la Plaza Cadenas, y de nuevo los personajes del pasado le asediaron. Pensó brevemente que eran muchos los traicionados por el poder actual y por su principal paladín o representante. Varias generaciones habían soñado bajo esos árboles con una Cuba justa, equitativa, sin dictadores. Ninguna de las metas estaba cumplida en su opinión, a pesar de que quienes estudiaban allí, esos mismos muchachos que ahora caminaban a su alrededor, no pagaban un centavo por sus estudios. *Los van a pagar con creces después, trabajando todas sus vidas por salarios de quince dólares mensuales* – razonó Arsenio. Su idea no era nada errada, los impuestos no declarados ni explicados jamás a la población, que ascendían quizás a un exagerado noventa por ciento, sufragaban los servicios de educación y salud en teoría gratuitos. Arsenio lo comprendía, había despertado, pero solo después de varias décadas de sueño profundo.

Ya casi al abandonar la Universidad, Robledo miró las columnas romanas de estupenda factura a la entrada de la facultad de Cibernética. Pensó en Armandito, viviendo ahora en Miami, en el saber que no admite fronteras ni estandartes: una de las pocas cosas que escapan a la ideología…y sonrió, a pesar de todo.

Ciudad de Miami. Estados Unidos. Tercera semana de diciembre de 1997.

David Navarro abordó el *Chevrolet Lumina* aparcado en el área de recogidas del aeropuerto. Se quitó la chaqueta del traje, aflojó la corbata y, tocando la tecla del aire acondicionado soltó:

—¡Carajo, qué calor! ¡Este cabrón lugar se ríe del invierno!

Noé, su colega en Langley, ocupó el asiento trasero y acomodó los abrigos. David se volteó hacia el chofer.

—Vamos a la Cincuenta —ordenó, refiriéndose a una casa secreta de la Compañía, en Coral Gables, desde donde se monitoreaba la operación.

El motor rugió y el auto salió hacia la FL-953, que luego se convierte en la Cuarenta y Dos Avenida y más tarde en la *Le Jeune Road*. Avanzaron a toda velocidad hasta la intersección con la Avenida Catalonia. Allí giraron a la derecha y accedieron a un área de parqueo, al fondo de una casa de dos plantas, en la misma esquina.

Los árboles formaban un dosel denso que mitigaba el calor y bloqueaba las miradas curiosas. Las casas, ocultas tras jardines bien cuidados, ofrecían una privacidad impenetrable. El crepúsculo teñía el cielo cuando los dos hombres cruzaron en silencio la puerta trasera. La casa, de fachada amarilla y techos de teja roja, parecía dormida tras ventanales cubiertos por cortinas pesadas.

El oficial de la CIA sabía que esa noche se reunirían los "Comandos L" en Miami Beach, y que los aplicadores de la Técnica no habían tenido tiempo de cablear el inmueble. Por su urgencia y secretismo, la reunión prometía ser interesante.

David y su segundo acababan de ser regañados en Langley por el jefe del Directorio de Operaciones. El tipo no entendía —o no quería entender— la necesidad de poner micrófonos. Ante su negativa,

David había tomado una decisión arriesgada: ordenar el cableado bajo su única y total responsabilidad.
Sabía que la paciencia no era su fuerte. Todos sus test psicométricos lo señalaban como impulsivo. En el trabajo, esa impulsividad rozaba la obsesión. Pero hasta ahora, sus "arranques de iniciativa" habían dado resultado. No tenía por qué ser distinto. Era su tercer viaje a Langley desde que asumiera el mando del Grupo Especial, y ya se arrepentía de haberlo aceptado.
Lo saludaron sin efusividad. Su cara hablaba por sí sola. Noé, parado detrás, hizo un gesto cortándose el cuello: el jefe no estaba para conversaciones.

- Jefe, la reunión empezó un poco antes de lo previsto, pero los muchachos lograron poner un micro en el teléfono – informó Thomas, un integrante del *team*, mientras David se desprendía del maletín y del saco Armani - Estamos monitoreando desde el van, que está parqueado a unos cien metros de la casa. Tienen buena recepción y nos están reenviando la señal. Si quiere escuchar usted mismo la conversación, solo dígame – y el oficial ofreció a David unos audífonos que sostenía en la mano.
- No, Tom, gracias – dijo el jefe negando con un gesto de cabeza e interponiendo la palma de la mano – Continúen ustedes el monitoreo y me avisan si hallan algo que valga la pena. Necesito unos minutos para ducharme.
- Como usted diga – dijo el hombre e hizo una seña a sus colegas para que le siguieran hacia la habitación colindante
- Por cierto, buen trabajo…Felicitaciones – soltó David antes de que los hombres se perdieran tras la puerta. Luego, volteándose hacia Noé, ordenó - Supervisa a los muchachos, algo extraño está ocurriendo con la gente de Comandos L. Esta reunión de Claudio a última hora me da mala espina. Voy a ducharme y regreso enseguida.
- Por supuesto, descansa un poco – respondió el hombre joven de barba negra, larga pero bien cuidada.

David subió a la segunda planta, donde tenía su habitación privada. En la primera, las áreas comunes estaban amuebladas siguiendo los

patrones de una casa de familia, pero en las dos habitaciones originales se había instalado una docena de equipos electrónicos: monitores, grabadoras, computadoras y radios.

Tras desvestirse y colgar la ropa en una percha, el hombre se introdujo en la ducha y abrió el grifo dejando correr el agua tibia. Necesitaba relajarse, su mente flotaba a la deriva en medio de una tormenta. Se sentía incómodo.

La Agencia le estaba pidiendo acelerar el reclutamiento de nuevos informantes dentro de las organizaciones paramilitares; hombres que se pudieran infiltrar en Cuba de inmediato, pero no le estaban prestando el apoyo necesario para ello. Con el argumento de que la CIA no debía hacer trabajo operativo dentro del territorio nacional, pues esto correspondía al FBI, le estaban atando las manos. Él necesitaba información confidencial de los miembros de aquellos grupos, necesitaba saber qué hablaban, qué planeaban y qué rol tenía cada uno en esos planes. Para esto necesitaba micrófonos y unidades de vigilancia. La CIA los había utilizado antes, excepcionalmente, no entendía por qué ahora titubeaban tanto.

Mientras el flujo de agua refrescante cumplía su objetivo, extrayéndole poco a poco del agujero negro en que su pensamiento se hundía, David reflexionó algo más calmado sobre su situación. Pensó que al menos tenía una ventaja en esta nueva misión: había retornado temporalmente a su ciudad natal, a las esquinas y playas de su infancia, de su adolescencia, al Miami de sus padres, de los amigos de toda la vida.

Aquella urbe había crecido con él, podría decirse que juntos habían logrado una adultez digna, habían alcanzado un propósito: Miami era una gran ciudad, David era un reconocido oficial de Inteligencia. Tal vez aquello funcionara después de todo.

La inmigración cubana había sembrado en Miami su cultura, alimentada de sudor y añoranza por cuatro décadas, entre el mar y los pantanos de la Florida. Los cubanos habían traído a Cuba con ellos y creado una ciudad atípica en los Estados Unidos. Miami era la Habana sin comunismo, según palabras del mismo José León. Y David sabía cómo desenvolverse en aquel sitio, donde sus raíces parecían haberse aferrado a la tierra con tozudez. Algunos decían

que, en Miami, nunca estabas del todo en Cuba, pero tampoco en Estados Unidos.
El problema era que no solo la nostalgia y la perseverancia alimentaban la pujanza de aquella comunidad. Para unos pocos, el odio y el resentimiento eran como una especie de tierra fértil donde labrar diariamente. En aquella ciudad tan esencialmente cubana, que preservaba la idiosincrasia latino-caribeña mezclada con el pragmatismo norteño, había también una minoría que no lograba zafarse de la maraña política, de la "politiquería" convertida en negocio lucrativo …o en modus vivendi. Y dentro de ese grupo, un subgrupo más radical aún vivía en la frontera de la obsesión, en los predios del rencor, en la guerra perenne contra el Comunismo cubano reinante en la isla, ubicada noventa millas náuticas al Sur. Por eso se agrupaban en organizaciones paramilitares y continuaban, febrilmente, entrenándose para una guerra que no acababa de gestarse tras cuatro décadas de planificación.
Luego de ducharse, el Oficial decidió beber un té relajante. Recordaba haber visto una caja sobre la meseta de la cocina con un paisaje nocturno y una luna pintadas, y se dijo que un poco de infusión le vendría muy bien antes de tirarse en la cama.
Iba descendiendo las escaleras hacia la primera planta cuando, de pronto, se abrió una puerta. Briones, uno de los operadores, salió del cuarto de grabación con los audífonos colgando del cuello:

- Señores, esto se pone caliente ¡Estos tipos están preparando algo grande!

Por tres segundos hubo un silencio repentino en la sala de la casa. Los rostros se miraban reflejando una mezcla de asombro y alegría...tal vez también de preocupación. David aceleró sus pasos, terminó de bajar la escalera y ya frente al operador, quitándole los auriculares, dijo:

- Déjame escuchar.

De inmediato entró en el cuarto de grabaciones, al que se accedía desde el comedor colindante. Luego de ajustarse los audífonos y después de sintonizar mejor la recepción, la cara de David comenzó a cambiar de coloración. Se dejó caer en la butaca de Briones mientras éste chequeaba la cinta de la grabadora, y continuó

escuchando la conversación. Todos los presentes se colocaron audífonos auxiliares. La tensión parecía flotar en el aire. Ahora hablaba el conocido como José Mariano.

- *"Te repito que esto está aprobado por el más alto nivel dentro de la CIA. Esta operación sería el final de Castro. Si tenemos éxito, al gobierno americano no le quedará más remedio que intervenir y meter una invasión. Coño, Claudio, ¿qué mejor que eso podemos esperar?*
- *Llevamos casi cuarenta años esperando por la dichosa invasión, Mariano. No sigas soñando, no van a intervenir, no les interesa.*
- *Pero esta vez es distinto. Fidel Castro no puede justificar ante el mundo que asesinen a un visitante de esa jerarquía, en un viaje que él mismo promovió y fue su puñetera idea. El mundo tendrá que reaccionar contra él. Esta vez no va a ser Girón, Claudio. Y nosotros vamos a estar en el centro de todo. Esto nos pone en una posición privilegiada cuando haya que entrar en Cuba, ¿no te das cuenta de que es una oportunidad única?*
- *¿Cómo no?, ¿cómo no? ¡Tan buena como la que tuvieron los comemierdas que se involucraron en lo de Kennedy! Mira a ver dónde carajos están. ¡Muertos, José Mariano! Y no hay un cristiano que abra la boca sobre eso después de tanto tiempo, porque sabe que estos gallos no andan con paños tibios. Cuando se trata de seguridad nacional, te desaparecen del mapa y nadie se atreve ni a llorarte.*

La voz se había interrumpido de pronto. Solo se escuchaba la estática del micrófono y una especie de ronquido, una respiración agitada. En el cuarto de grabaciones podría sentirse hasta un alfiler cayendo al suelo. Tras unos segundos de espera y miradas interrogantes, la voz del tal Claudio continuó:

- *No sé, esto no me parece buena idea. Además, una cosa es matar al tirano y otra a… una personalidad internacional de ese calibre. No, definitivamente no voy a autorizar que involucres a Comandos Libertad en una estupidez como esa, ni tampoco que contrates a la gente del "Tigre".*

Sencillamente no quiero que nuestro nombre aparezca en ese plan… Espero que no hayas hablado con nadie sobre esto… ¿o lo has hecho?

- *¡Oye, José Mariano! – era una tercera voz que se escuchaba por primera vez – ¿Qué haces? ¿Te volviste loco? ¡No, no, coño! - A continuación, se escucharon una serie de ruidos, como de muebles rodando, un chasquido metálico, luego otro, y otro más…y un grito ahogado seguido de un estruendo mayor - ¡Ayyyy… cabrón! ¡Hijoeputa!*

- Coño… ese tipo se echó a Claudio – soltó David apenas saliendo del estupor, mirando con ojos de lechuzo a sus camaradas.

En ese instante Briones recibía una llamada por radio. Eran los del van de vigilancia aparcado cerca de la casa de Claudio Vergara, el jefe de "Comandos L". El especialista, con expresión de angustia en el rostro, se volteó hacia David e informó:

- Jefe, dice Neil que acaba de salir un tipo de la casa. Se está montando en un *Honda Civic*, quiere saber sus órdenes.
- *Stand by*. *Stand by* hasta que yo diga – el cerebro del oficial comenzó a trabajar a altísima velocidad. Si intervenían, se pondría en evidencia que habían instalado un micrófono sin autorización de sus jefes. Por otro lado, aunque con mucho ruido de fondo, había escuchado claramente a José Mariano mencionar al "más alto nivel de la CIA al tanto de la operación" – *Piensa David, piensa rápido, coño* – se dijo.

Tras unos segundos de indecisión, el jefe del Grupo ordenó:

- Briones, que recojan y vengan para acá de inmediato.
- Copiado – y el oficial comenzó a retransmitir la orden – *Orión, Orión, dice Cóndor Uno que regresen ahora mismo.*
- *Recibido, Cóndor, vamos saliendo* – escuchó Briones la respuesta. Luego, mirando a David, levantó el pulgar.

Nadie podía imaginarlo, pero en aquel preciso instante *La Muerte* había iniciado un conteo regresivo para los técnicos de Orión…y para los hombres de la Casa Cincuenta.

Los tripulantes del Van no tuvieron tiempo de reaccionar. En el momento en que el chofer encendía el motor, desde dos autos en marcha, cuatro subametralladoras con supresor de sonido descargaron una lluvia letal de proyectiles sobre los *técnicos* de la CIA. Segundos después, mientras los heridos agonizaban en el suelo, varios encapuchados entraron a la parte posterior del van y requisaron casetes y cintas. Concluido el breve trabajo de "limpieza", los atacantes se marcharon a toda velocidad en sus autos, ante la mirada atónita de dos transeúntes que se mantenían a distancia. Uno de ellos, sobreponiéndose al miedo, se había decidido a avanzar hacia el vehículo cuando tres potentes granadas incendiarias explotaron dentro del mismo. El van quedó envuelto en llamas y humeante.

David tomó por el brazo a Noé y lo llevó hacia la habitación colindante. Una vez encerrados allí, el jefe de la operación pasó el seguro a la puerta. Luego, guardándose el casete con la inusitada grabación en el bolsillo de su chaqueta, preguntó:

- ¿Te das cuenta de lo grave de la situación? Tú entiendes de qué hablaba esta gente, ¿verdad? – el jefe del grupo apretó con fuerzas el antebrazo de su subordinado.
- Creo que demasiado, van a matar a…- comenzó a decir Noé, con los ojos queriendo salírsele de las órbitas.
- Van a matar a Juan Pablo Segundo en su visita a la Habana – terminó la frase David - ¡Es eso, carajo! ¡Van a matar al Papa! Y alguien "*arriba*" en la Compañía está involucrado. Por eso no querían que investigáramos demasiado, nos estábamos acercando.
- Carajo, jefe…eso está bien torcido. ¿Qué se supone que hagamos ahora? – preguntó angustiado Noé.
- Desaparecer, hermano. Hay que esconderse y buscar la forma de denunciar esto…pero poniéndonos a salvo primero.
- ¿De verdad crees que la Compañía está involucrada? El tal Mariano podría haber estado alardeando – se aventuró a razonar Noé.

- No me jodas…que tú eres viejo en este negocio. Esto es una Operación Negra, y nos ha cogido en el lugar y momento equivocados.
- La verdad es que sí. Es lo que parece.
- Exacto. Entonces, evacua la unidad. Que cada cual haga lo que pueda para esconderse – ordenó el jefe del Grupo y poniendo una mano en el hombre de su subordinado, continuó - Esperen mi señal. Yo voy a tratar de buscar una solución y les aviso cuando sea seguro vernos
- OK… ¿Y qué hacemos con la grabación?
- Esa es nuestra única carta para negociar, así que me la llevo – razonó el jefe de equipo.
- De acuerdo. Tiene sentido.
- Bueno, me voy por la cocina. Pero primero voy a hablar con la gente – dijo David y, sacando su pistola Beretta calibre nueve milímetros, montó una bala en la recámara.

Ambos hombres se estrecharon las manos mirándose a los ojos. David fue hacia la puerta. Antes de abrirla, se volteó e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, el que fe correspondido con otro de Noé.

La Habana, tercera semana de diciembre.

Waldo Rivero acababa de incorporarse a su trabajo en Horizontes después de tomarse unos días de descanso. El propio presidente de la cadena hotelera le había sugerido que lo hiciera, y él había aceptado. Su mente necesitaba un *breik*. Había decisiones serias que tomar y debía pensar con calma en sus próximos pasos. Ahora, de regreso a la oficina, acababa de recibir una llamada de la presidencia citándole para una reunión urgente.

Desde su retorno a La Habana, la semana anterior, sentía un nudo desagradable en el estómago. Sabía que debía informar a sus antiguos colegas del Ministerio del Interior sobre lo ocurrido en Roma, aunque le repugnara la idea de volver a ese mundo de espías, lealtades rotas y moral selectiva. Lo habían traicionado en el pasado. Recordaba con amargura el verano de 1989, cuando, por el mero hecho de ser un operativo en el departamento de Tony de la

Guardia, fuese encerrado en Villa Marista, incomunicado durante días como como un vulgar criminal. En Cuba, caer en desgracia bastaba para ser culpable. Ahora, en los años noventa, el Ministerio se había degradado: la Contrainteligencia ya no cazaba espías, sino cuentapropistas; el dólar, otrora demonizado, circulaba sin pudor, y la corrupción impregnaba cada nivel policial. Nadie cuestionaba leyes absurdas que convertían a los emprendedores en delincuentes; solo se reprimía a quienes intentaban sobrevivir. La Seguridad del Estado se había vuelto el látigo de la desesperanza. Pensó en Rolando y su paladar: símbolo de una Cuba que buscaba oxígeno bajo un sistema caduco. Waldo ya no sabía en quién confiar. Todo había cambiado, o quizá no.

Estaba casi decidido a llamar esa noche a Humberto, antiguo colega y paracaidista de su compañía en Tropas Especiales, quien después de la debacle del ochenta y nueve había optado por convertirse en Oficial Operativo de la Contrainteligencia. Según dos amigos comunes, el hombre ya era teniente coronel y dirigía una Sección dentro de ese órgano; era por tanto la persona ideal para recibir la información entregada por el Tigre.

Con cierto disgusto por la repentina reunión a que acababan de convocarle, Waldo se dirigió a la oficina del vicepresidente. Su informe sobre la misión comercial en Italia tendría que esperar.

Como otras tantas veces, la frase "urgente" lo había puesto en alerta. En su país, desde siempre, la urgencia se asociaba con problemas graves, con situaciones complejas que solo los de "arriba" conocían y que debían ser resueltas por los de abajo. Al acceder a la oficina del director, Waldo corroboró que no se equivocaba. Además de Ignacio, el segundo hombre en la cadena, había allí cuatro caras desconocidas. Demasiado desconocidas, o quizás demasiado uniformes en su expresión, como para no adivinar que aquellos eran gente de la Seguridad del Estado. Ignacio, el vicepresidente, fue quien primero habló:

- Waldo, estos compañeros de la Contrainteligencia necesitan hablar contigo. Vas a tener que ir con ellos, así que deja tu carpeta aquí. Después la recoges cuando regreses… ¿Está bien? – la voz del individuo llevaba un tono más grave que el

habitual, sus manos se movían recogiendo papeles sobre el buró como si no quisiera dejar ninguno allí, su mirada parecía esquiva.

- No hay problema. Pero si querían verme, podían haber pasado por mi oficina – respondió el joven directivo ganando tiempo, ordenando sus pensamientos. Era una persona ecuánime, pero eso no impedía que un cierto nerviosismo comenzara a subirle desde la rabadilla hasta la nuca. La Seguridad no se llevaba a nadie a conversar en "*otro lugar*" por motivos banales, ni para debatir el estado del tiempo. Él, además, tenía cierta amarga experiencia al respecto.
- Tranquilo, compañero. Mi nombre es Sergio y soy coronel de la Seguridad. Solo queremos que venga con nosotros, para una conversación muy importante que nuestros jefes quieren sostener con usted – intervino el de mayor edad entre los visitantes y ofreció la diestra a Waldo, quien la estrechó mirando a los ojos del oficial con profundidad.
- Pero… ¿estoy detenido o qué es lo que pasa? – preguntó el joven.
- Es solo una conversación. Por favor venga con nosotros - la voz de Sergio, aunque amable, era firme y compulsoria. Su brazo indicaba el camino hacia la puerta.

Waldo se orientó situacionalmente. Un coronel que se acababa de identificar, el asunto tenía prioridad y era grave. Otro tipo, voluminoso y con expresión de "*lo sé todo*", debía ser el oficial de caso. Y dos jóvenes fuertes, como gorilas blancos, esos eran patrulleros de Villa Marista, la fuerza en caso de necesidad. El joven aceptó la invitación, en definitiva, él no tenía nada que ocultar. O así quería creerlo.

Una vez dentro del Lada, aparcado casi en la esquina de M y Veintitrés, Waldo divisó un segundo vehículo con otros tres tripulantes estacionado unos cincuenta metros detrás. Los dos jóvenes patrulleros del G-2 se sentaron en el asiento trasero, a ambos lados suyo. Aquello se tornaba cada vez más cercano a su concepto de una detención. Aunque no lo hubieran esposado y los

autos fueran *civiles*, no cabía dudas de que aquello era un arresto en el sentido técnico de la palabra.

- Control Veinte, estamos saliendo con el encargo - dijo el chofer por la radio, para acto seguido iniciar la marcha e incorporarse a la Avenida Veintitrés, en dirección al Malecón.

En todo el trayecto hacia su destino, primero por el Malecón y luego por la Quinta Avenida de Miramar, los tripulantes y su pasajero no cruzaron una sola palabra. Waldo iba haciendo un recuento mental de sus acciones durante las últimas dos semanas, buscando un hecho que justificase los acontecimientos vividos por él en ese instante, pero no hallaba explicación aparente. Era imposible que supiesen de su conversación con el Tigre, ni de que estaba a punto de informar los detalles de esta al organismo competente.

Una media hora más tarde, los dos autos abandonaron la Quinta Avenida. A partir de ese punto, comenzaron a adentrarse en una zona residencial de grandes mansiones con fabulosos jardines, ocupadas fundamentalmente por embajadas y firmas extranjeras. Waldo comprendió con claridad que lo estaban conduciendo a una Casa Operativa. Él las conocía bien, había usado algunas durante su trabajo en MC.

El auto dobló con rapidez, accediendo a los predios de una mansión de arquitectura neocolonial que ocupaba la esquina de la manzana. La puerta de madera, insertada en un muro perimetral de piedras, se había abierto y cerrado con sincronismo exquisito dejando pasar a los dos autos de la Seguridad. Waldo pudo ver los jardines bien cuidados, los ventanales de cristal bajos los techos tejados, y las cortinas tras los cristales bloqueando la vista hacia el interior de la mansión. Sin decir palabra alguna, todos descendieron de los vehículos y atravesaron la gran terraza copada por dos almendros, pasando de inmediato a un salón climatizado donde podían verse muebles modernos, de buena factura, y un gran televisor junto a dos equipos de video. No había casi ningún adorno, y solo se escuchaba el sonido de la consola de aire acondicionado. La temperatura era, tal vez, más baja que la necesaria.

El coronel Sergio invitó a Waldo a sentarse en una butaca y preguntó si deseaba beber agua o refresco. Sobre la mesa de centro

había una bandeja plateada, con galletas, lascas de jamón y trozos de queso.
Dos minutos más tarde entró en la habitación un nuevo sujeto. Vestía guayabera y llevaba varios bolígrafos en sus bolsillos, además de una agenda en la diestra. *Este es el escribano* – pensó Waldo con cierta ironía. Ahora frente a él estaban sentados el coronel, el Oficial de Caso sin identificarse, y el tipo de las notas.

- Bueno, Waldo, el coronel ya se identificó así que me toca a mí hacerlo – abrió la sesión el hombre en sus cuarenta, alto, corpulento y con el pelo corto, ralo, echándose hacia adelante en la butaca - Mi nombre es Alexis y soy Mayor de la Seguridad, oficial de caso. Mi otro compañero aquí presente es el teniente Mazola, Instructor judicial de Villa Marista. Te hemos traído con nosotros porque necesitamos aclarar una serie de cuestiones… y conversar sobre un tema de especial interés para la Seguridad.
- ¿Y para eso necesitan un instructor? Entonces estoy detenido – comentó Waldo, tanteando el ambiente, posando su mirada alternativamente en los rostros de cada uno de sus "captores" sin hallar expresión definida en ninguno de ellos.
- Mira Waldo, nosotros sabemos quién eres, sabemos de tu experiencia anterior, así que no vamos a andar con rodeos – intervino el coronel y, con total desenfado, tomó una lonja de queso de la mesa de centro y la engulló - No estás oficialmente detenido, pero después de esta conversación tendremos que decidir cuál va a ser tu estatus. Y eso va a depender de tu cooperación, ¿entiendes? – concluyó el hombre su exposición mientras terminaba de masticar el alimento.
- Entiendo, claro. Y estoy tranquilo pues sé que no he cometido ningún delito, así que como usted dijo, vayamos al grano… ¿Qué quieren saber? – soltó el detenido y se recostó en su butaca, cruzando los brazos sobre el pecho, sintiendo como la respiración se le aceleraba.

- Para empezar, ¿dónde te quedaste tú en Roma? Porque en el hotel Majestic no fue – preguntó Alexis de pronto, mirando a los ojos de Waldo tras leer algo dentro de una carpeta repleta de papeles que reposaba sobre sus piernas. Waldo recordó el correo electrónico de Maribel, la representante de Horizontes en Italia. *¡Así que era eso!* – pensó el ex militar y comprendió que en realidad estaban *pescando*... La Seguridad cubana no tenía cómo comprobar si él se había quedado en un lugar diferente al hotel Majestic.
- No entiendo por qué dice eso – respondió Waldo, tratando de poner expresión de asombro - Yo me quedé allí, en ese hotel, tal y como estaba previsto. Pueden revisar la factura y el comprobante de pago, están en el departamento de contabilidad de mi agencia – y tras la explicación, el joven se pasó la mano por el cuello removiendo el sudor.
- Eso puede arreglarse…falsificarse – aseveró Alexis, esbozando una sonrisa a todas luces forzada.
- Supongo que sí, pero yo jamás lo he hecho – mintió Waldo, maldiciendo el hecho de vivir en aquel país donde todos mentían.
- Mira, Waldo…nosotros sabemos que tienes una novia en Roma. Una cubana que trabaja allá, contratada por el Vaticano – comentó Alexis y ahora sí los sentidos del ex militar se pusieron en alerta. ¿Sería posible que le hubiesen seguido en Roma?
- Es cierto, tengo una novia cubana que está viviendo allí – explicó Waldo con voz pausada, tratando de respirar despacio y profundo, ganando tiempo para organizar mejor sus ideas – Y de hecho la vi un par de veces, pero no por eso dejé de hacer mi trabajo. Y mucho menos…
- Escucha Waldo – le interrumpió Alexis con brusquedad, levantando la mano e interponiéndola entre ambos – No nos hagas perder el tiempo. Sabemos que te quedaste con tu novia en Roma, lo cual es una violación de la disciplina laboral, pero esa no es la razón por la cual te trajimos aquí. El problema es más grave que eso.

- Ah, ¿no? ¿Y cuál es la razón entonces? – preguntó el joven directivo del Turismo inclinándose hacia adelante, apoyando los codos en ambas piernas y entrelazando los dedos de las manos. Su rostro comenzaba a tornarse un poco rojizo.
- Que tu novia tiene relaciones con el Opus Dei. Tú sabes lo que es eso, ¿verdad? – soltó Alexis y se levantó de su butaca, mientras el otro oficial, el instructor judicial, escribía unas notas en su agenda.
- Claro que sé lo que es el Opus Dei. Y la Santa Sede y el puñetero Jesucristo también. Lo que no sé es de dónde sacan ustedes que Laura está vinculada a ellos – replicó el veterano de Angola haciendo una mueca de desprecio mientras negaba con la cabeza y seguía con la vista al mayor Alexis. El oficial de la Seguridad daba pasos de un lado al otro de la sala. El coronel permanecía impasible, observando como un águila a punto de lanzarse sobre su presa.
- Tenemos pruebas, Waldo. Tu novia trabaja con los curas. O para decirlo como se debe, con la Inteligencia Vaticana – aseveró Alexis deteniéndose en medio del salón, sin entrar en detalles. Esto hizo pensar a Waldo que mentía, que aquello no pasaba de ser una sospecha.
- Señores, Laura es una científica que estudia obras de arte. ¿Qué interés podría tener el Opus Dei en ella? ¿Qué información podría darle ella a esa gente?
- Información tal vez no…pero acceso a ti, sí. Y tú manejas secretos, ¿O no? – inquirió el mayor ladeando la cabeza, con expresión de "eso sí no lo puedes negar".
- No me jodan, ahora resulta que soy yo quien le interesa al Opus Dei…y que están usando a Laura para acercarse a mí. Señores, dejen de ver películas de espías, esto se pasa de ridículo – aseveró Waldo sonriendo mientras negaba moviendo la cabeza.
- Mira, muchacho – intervino de pronto el coronel Sergio echándose hacia adelante en su butaca, luego extrajo un cigarrillo de la cajetilla que reposaba sobre la mesa de centro y lo encendió con su propia fosforera. Tras una calada

profunda, expulsó el humo hacia el techo y continuó – Nosotros te hemos investigado bastante antes de traerte aquí. Y a tu familia también. Sabemos tu historia de servicios y la de tu padre. Pero no se puede negar que tu familia tuvo muchos vínculos con la Iglesia antes de la Revolución. Tu abuela es católica todavía y va a misa los domingos, a Santa Rita. Tu padre estudió en una escuela burguesa católica en los cincuenta. ¿En serio tú no crees que eres un buen candidato para ellos?

Ahora sí se habían extralimitado. El tono de la insinuación, con un trasfondo clasista, resentido, hirió profundamente el orgullo del joven. Respirando hondo para calmarse, mientras miraba al hombre con ojos chispeantes, Waldo respondió:

- Mire, coronel, le voy a decir algo…Yo tenía trece años cuando mi padre se mató en un accidente. Y aunque no lo conocí mucho, le aseguro que fue más hombre y más revolucionario que todos ustedes juntos. Así que no vuelva a mencionarlo, porque por ese camino …le aseguro que va a tener motivos reales para meterme preso – aquí el joven se detuvo y observó a los presentes con mirada felina. Luego se recostó al espaldar de la butaca, apretando con ambas manos los brazos del mueble, el rostro totalmente rojo y la respiración agitada.

La respuesta de Waldo había dejado a todos en silencio. Su indignación no parecía fingida. Tal vez se habían precipitado, quizá ni él ni su novia tenían contacto con los curas del Opus Dei. Y quién sabe, tal vez sí se había alojado en el Hotel Majestic, como afirmaba.

- Escucha, Waldo, no hay necesidad de alterarse…y mucho menos de amenazar – comenzó a decir el coronel Sergio en tono conciliatorio, dejando el cigarro reposar en el cenicero. Luego sirvió un poco de ron en un vaso y lo ofreció a Waldo, pero este lo rechazó haciendo un gesto de negación e interponiendo la palma de su mano. El coronel prosiguió - Esto no se trata de guapería ni de fuerza, si hubiéramos querido usar la violencia lo hubiéramos hecho desde un principio. Te trajimos a este lugar para conversar…

- Y para cuestionarme a mí y a mi familia, aparentemente – interrumpió Waldo al coronel, quien mostró una sonrisa forzada.
- Nadie está cuestionando a tu familia aquí. Pero yo te voy a hacer una pregunta y quiero que seas sincero en tu respuesta. Dime honestamente: ¿Tú eres el mismo Waldo que fue a pelear a Angola? ¿El que siguió el ejemplo de su padre, un alto oficial del MININT? ¿Tú crees que eres el mismo revolucionario que eras entonces?
- Obviamente no soy el mismo —respondió Waldo, ya más sereno—. Nadie puede serlo después de todo lo que ha pasado. La URSS se desintegró, China y Vietnam abrazaron el mercado, Angola legalizó a la UNITA. ¿Y la Kuacha? Hoy tiene diputados en un país que, por cierto, es totalmente capitalista. Solo un comemierda seguiría siendo el mismo después de tanto fracaso.
- Entonces… ¿ya tú no crees en la Revolución? – indagó el coronel y saboreó el trago que antes había ofrecido a Waldo. Los otros dos oficiales observaban muy tranquilos en sus sillas, como estudiantes en una clase, la actuación del jefe.
- Yo creo que a la Revolución hay que modernizarla, cambiarla. Se puede salvar lo bueno, el sistema de educación, la salud pública, por ejemplo. Pero la economía hay que hacerla nueva, con nuevas concepciones, porque tal como está no funciona.
- Tú sabes que por hablar así podrían removerte del cargo, ¿verdad? En tu cadena hay gente que piensa que eres un reformista – explicó Sergio en un tono muy pausado, casual, degustando el ron y mirando el vaso como si las palabras no importaran mucho. Luego, poniendo la bebida sobre la mesa, continuó - En tu cadena muchos te ven como un reformista. Te toleran por tu historial... pero pensar así, y decirlo en voz alta, es peligroso– terminó su idea el alto oficial y arqueó las cejas, mirando con atención al joven directivo de Horizontes.
- Le voy a decir algo, para que entienda quién soy y cómo pienso —dijo Waldo, recorriendo con la mirada a todos - Me

gusta mi trabajo y lo hago bien. Pero si mantenerlo significa decir lo que no pienso y volverme un oportunista, prefiero quedarme en la calle. Mis principios no se negocian. Y si eso molesta a alguien, que se joda.

Waldo no lograba entender si la negación de la realidad en aquella gente era un mecanismo de defensa emocional o una creencia ingenua en la utopía. Le exasperaba que no vieran las grietas del sistema con la misma claridad que él. Aquel proceso social se había convertido en un eufemismo irremediable tras las exequias del comunismo europeo, tras la necrosis económica que se comiera, como un cáncer, la idea del igualitarismo a ultranza. La dictadura del proletariado elucubrada por Lenin, que supuestamente traería un bienestar a la clase proletaria, se había tornado en la dictadura de una idea. Una que funcionaba solo para un grupo exiguo de individuos encumbrados ¿Cómo podía haber personas en Cuba que no lo entendieran? ¿Cómo podía la terquedad superar a la lógica, si la propia práctica había demostrado las fallas de las teorías comunistas? El supuesto Hombre Nuevo seguía siendo el mismo de siempre: tribal, egoísta, marcado por la necesidad de sobrevivir. Y ningún país podía construirse ignorando la diferencia natural entre los individuos.

Resignado, Waldo decidió no desgastarse intentando abrir los ojos a sus interlocutores. Se reclinó en el butacón, respiró hondo y esperó la siguiente pregunta.

Durante el resto del día los oficiales continuaron indagando sobre las actividades laborales de Waldo, sus viajes al extranjero e incluso su vida privada. El joven se limitó a contestar escuetamente en cada ocasión, más bien para ganar tiempo y analizar cuál podía ser el objetivo de aquel proceso de interrogatorio. Estaba convencido de que intentarían reclutarlo, tras convencerse de su desvinculación con el Opus Dei. Se dijo que ya él había hecho bastante…que buscaran a alguien más joven, alguien con sed de aventura o convicción ciega en la locura en que se había convertido la República.

A las siete le sirvieron comida y le informaron que dormiría allí. Podía llamar a casa y decir que había salido a inspeccionar un hotel en

Varadero. "Esto va para largo", pensó, mientras intentaba relajarse. No tenía otra opción que seguirles el juego. Ya vería cómo salir bien parado. Lo único claro era que su encuentro con el Tigre no saldría a relucir. No confiaba en aquella gente: demasiado rígidos, demasiado cerrados. Tendría que encontrar otra vía. Pero eso sería después, cuando por fin lo dejaran salir de aquella casa donde no quería—ni debía—estar.

Miami. Florida. Tercera semana de diciembre.

David Navarro atravesó el umbral de la puerta de la habitación y se encontró a todos sus hombres reunidos en el comedor. Había una evidente tensión en la mirada de cada uno. Todos comprendían la magnitud del problema y estaban convencidos de que se desencadenaría una tormenta.

- Señores, la situación es grave – informó el jefe de grupo a sus subordinados, el rostro contraído, la mirada profunda recorriendo a cada uno de sus hombres - Destruyan todo lo que nos comprometa y salgan ahora mismo de esta casa. Esto es una "Operación Negra", alguien muy arriba está operando "fuera de la reserva". Y en estos casos, cuando algo sale mal siempre pagamos los de abajo. Si alguien quiere ir a la jefatura a pedir apoyo o denunciar esta locura, no lo puedo detener…pero yo les recomiendo pasar a la clandestinidad y desaparecer hasta que las aguas se calmen. Yo voy a hacer lo posible por negociar protección para la unidad…pero tengo que hacerlo desde la sombra – terminó David su exposición y se acomodó la Beretta en la cintura.
- ¿Y cómo lo contactamos, jefe? ¿Cómo sabemos de usted? ¿Va a mantener su número celular? – preguntó Briones, con una cara que no podía expresar más preocupación.
- Negativo. Mi celular lo desactivé. Eso es como un puñetero radio, es rastreable.
- ¿Y entonces? – volvió Briones a su pregunta, un poco más desesperado que antes.
- Pueden usar una dirección de correo electrónico limpia, Noé la tiene. Pero háganlo solo en caso de emergencia. Informen

a Neil cuando llegue. Yo voy a tratar de salvar la grabación, es la única carta que podemos jugar para salir de esta mierda. ¡Señores, cuídense. Nos vemos del otro lado, si es que hay otro lado! - respondió David y, acto seguido, en silencio, estrechó la diestra a cada uno de los oficiales. Luego se marchó hacia la cocina, atravesó la pieza y salió por la puerta trasera de la casa.

El oficial de la CIA ganó la acera y se encaminó hacia su auto, que estaba aparcado en la calle Catalonia, a unos cincuenta metros de la esquina.

Había cubierto la mitad de la distancia hasta el Toyota, cuando dos autos se cruzaron con él. Los vehículos se detuvieron, lentamente, casi llegando a la intersección de avenidas. Algo le puso de inmediato en tensión. Creía haber percibido, a pesar de la penumbra creciente, que los tripulantes del segundo vehículo vestían todos de *overol*. Su corazón aceleró el paso, la respiración se tornó profunda.

Sin dejar de caminar, su mano se movió por instinto y comenzó a extraer la Beretta que llevaba en la cintura, bajo el traje, en el lado izquierdo. En ese momento sintió las puertas del auto cerrarse, y escuchó una voz que ordenaba: *equipo dos, bloqueen las salidas, equipo uno conmigo*. Al oficial de inteligencia no le hacía falta escuchar más. Iban a *limpiar* la casa secreta. Su mente comenzó a debatirse en una terrible dicotomía. Sus instintos le decían que debía continuar caminado, ponerse a salvo, aprovechando el hecho de haber salido de aquella ratonera apenas a tiempo. Sus principios, en cambio, le indicaban que debía hacer algo por sus amigos a punto de ser ejecutados, debía alertarlos.

Por unos segundos, David avanzó hacia el Toyota. La mano le sudaba mientras apretaba la Beretta con fuerza, bajo el traje. Las sienes le latían aprisa. De pronto se detuvo y giró en redondo. Su mirada se cruzó con la de un "*mecánico*" que le observaba con expresión de asombro. Era el único que quedaba en la calle, los demás habían entrado a la Casa Cincuenta.

Todo ocurrió muy rápido. Ambos hombres dispararon al mismo tiempo. Se escucharon tres detonaciones. David sintió un corrientazo en el costado, perdió la fuerza y cayó sobre una rodilla. El

“mecánico” se desplomó contra el auto. David intentó incorporarse, pero resbaló. Cuando por fin logró levantarse con cierta dificultad, vio al “mecánico” iluminado por las farolas del jardín: estaba sentado en el suelo, recostado a la puerta del vehículo, con ambas manos sobre el abdomen ensangrentado y el rostro contraído. La metralleta reposaba en el pavimento, y una mancha de sangre había quedado impregnada en el guardafangos.
Nadie había escuchado la ráfaga de la metralleta debido al silenciador, pero los tres disparos de David habían hecho un estruendo magnífico. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el oficial corrió hacia su auto. Sentía como si un garfio le tirara de las entrañas sin piedad. Pensó en sus colegas e imaginó erróneamente que habían tenido tiempo de escapar. Se introdujo en el Toyota Camry, encendió el motor y aceleró a fondo en busca de la Cuarenta y Dos. En ese momento vio a otro “mecánico” que salía al jardín de la Casa Cincuenta. La ráfaga silenciosa hizo saltar la ventanilla en pedazos, a unos centímetros del rostro de David, quien sintió las partículas de vidrio cortando su mejilla. Dos orificios se veían ahora en el lado derecho del parabrisas. Pisó con más fuerza el pedal de aceleración.
Mientras se alejaba, pudo ver en el retrovisor cómo dos “mecánicos” introducían a su compañero herido en un auto. No tenía idea de qué había pasado con su unidad. Pensó en sus colegas y, por un instante, vio claramente sus rostros. La angustia, superpuesta al dolor físico, lo invadió. Sangraba profusamente por el costado, le dolía respirar, y la vista se le nublaba mientras aceleraba el Toyota, huyendo del peligro. Sentía cómo un líquido caliente corría bajo su ropa hasta el muslo. Jamás había experimentado un miedo como ese. Nunca había estado tan cerca de la muerte, cara a cara, a punto de cruzar el umbral hacia esa luz indefinida que marca el inicio del
fin.

- ¡Tengo que llegar a donde el Viejo! Serénate, David, es solo una herida, te van a coser y ya —se dijo, mientras conducía velozmente, girando a la izquierda, luego a la derecha, y otra

vez a la izquierda, creando un patrón en zigzag que le ayudara a despistar a sus posibles perseguidores.

Media hora después, el Toyota avanzaba a toda velocidad por la *Dolphin Expressway*. Chequeando la imagen del tráfico en los espejos retrovisores, y viendo que no tenía "cola", David comprendió que había logrado escapar. Acababa de esquivar el zarpazo de una Parca bien entrenada y sedienta de sangre, pero las fuerzas comenzaban a fallarle. Su vista se nublaba cada vez más. Sentía que se quemaba por dentro, estaba llegando al límite de lo soportable.

Cuando llegó al *Flamingo Park*, a la esquina de *Michigan Avenue* con la Catorce en *Miami Beach*, David estaba a punto de desmayarse por la pérdida de sangre. Pero no estaba solo. Una silueta emergía en ese instante bajo la farola.

Miami. La Florida. Tercera semana de diciembre. Cuarenta minutos más tarde.

Podría decirse que la calma habitual de aquella mansión, ubicada en el área conocida como *Cocoplum*, acababa de sufrir una sacudida típica de los tiempos de huracanes. Y aunque no había vientos poderosos afuera, en el interior de la vivienda se vivía un ambiente de verdadero caos. El doctor Sotolongo y su esposa, bastante mayores para estos menesteres, ayudaban ahora al joven corpulento que intentaba acomodar un cuerpo ensangrentado sobre la mesa del comedor.

Se trataba de Elías Navarro, primo de David y oficial de la DEA radicado en La Florida, quien por pura casualidad estaba visitando a sus tíos en Miami Beach cuando el primero, apenas con vida, detuviera su auto frente a la casa. La madre de David, tía política de Elías, había salido por suerte unos minutos antes a buscar ciertos productos al mercado, empeñada en preparar una cena especial a su querido sobrino. Y José León, el marido, tampoco había sido testigo del drama. Se había ido el día anterior a la ciudad de Atlanta, por negocios.

Tras descubrir a David desfallecido dentro del Toyota, en la entrada de garaje de la vivienda, Elías había reaccionado con rapidez, auxiliándolo. Y ante la negativa del oficial a ser conducido a un

hospital, el hombre de la DEA había telefoneado al doctor Sotolongo. El cirujano, un veterano de la invasión a Bahía de Cochinos y casi un hermano para José León, no había dudado en ayudarlos aun sabiendo que con ello se adentraba en los caminos oscuros de la ilegalidad.

- Genoveva, necesito mi maletín quirúrgico, desinfectante, hilo de sutura y agujas. Búscalo en mi despacho, corre – ordenó el doctor a su esposa, antigua enfermera de salón. A continuación, dirigiéndose a Elías, dijo con voz firme pero calmada – Necesito que pongas esos cojines de la sala debajo del torso, para elevarlo, apúrate.

Elías trajo los cojines y ayudado por el cirujano, preparó aquella especie de almohadilla gigante. Colocándola bajo el tercio superior de la espalada del herido, hizo que éste quedara en un plano más elevado. David estaba comenzando a recuperar la conciencia, mientras el doctor rasgaba con una tijera la camisa y dejaba la piel al desnudo. La sangre, al parecer, drenaba por la espalda. Los cojines ya se teñían de un marrón rojizo.

Genoveva apareció en el comedor y, sin decir palabra, colocó una manta sobre el aparador, frente a la mesa. La mujer comenzó a distribuir el material quirúrgico junto a los pomos de medicamentos.

La mezcla de olores a sangre, sudor y desinfectantes hizo que Elías comenzara a sentir un poco de mareo. Poniéndose unos guantes, el galeno retiró las telas que el hombre de la DEA había colocado en el torso del herido. El orificio en el costado comenzó a verter un líquido oscuro que se esparcía con lentitud inevitable. Sotolongo limpió con una gaza embadurnada en alcohol la zona de las costillas, removiendo la sangre. Luego inspeccionó los orificios de entrada y salida de la bala, tomó el pulso al herido, lo auscultó brevemente y concluyó:

- Parece una herida limpia. No hay sangramiento profuso y no veo acumulación excesiva de fluidos.
- Eso es bueno, ¿no? – quiso saber Elías, el rostro desencajado.
- Claro, hijo, claro. Creo que la bala pasó entre el hígado y el pulmón, sin tocarlos. Pero le fracturó la costilla. Voy a

drenarlo un poco, desinfectar y estabilizarlo, después necesitamos transfundirlo. Hace falta sangre. ¿Sabes su grupo sanguíneo?

- Ni idea, doctor…- respondió Elías angustiado.
- B positiva, B positiva – balbuceó de pronto David, dejándole saber a los presentes que había regresado…y que iba a luchar por su vida.
- Tranquilo, hijo, vas a salir de esto. Vi cosas peores en Girón… y en Vietnam – alentó el doctor a su paciente y, volteándose hacia su esposa, ordenó – Llama a los muchachos, que vengan corriendo para acá.

El doctor se refería a sus dos hijos, uno de ellos cirujano, el otro "solamente" ingeniero. Pero ambos amigos de David desde su infancia, por tanto, dos seres humanos dispuestos a hacer lo que fuese necesario con tal de salvarlo de la Guadaña. En un momento en que Elías, a pedido del doctor Sotolongo volteaba el cuerpo del herido, éste apretó el antebrazo a su primo y con voz quejumbrosa dijo:

- Primo, olvídate de mí ahora, estoy en buenas manos. Localiza a los viejos, a Lucía y al niño…Tienes que esconderlos, sacarlos de la ciudad. Por favor.
- Por supuesto, David, no te preocupes por eso. Ustedes son mi sangre – dijo el oficial de la DEA y continuó con otra frase, pronunciada en hebreo - **כל היהודים אחראים זה לזה**.

Al ver la expresión de dudas en el rostro de David, Elías explicó:

- Es un proverbio del Talmud. Quiere decir: todos los judíos son responsables unos de otros.
- No sabía que hablabas hebreo – comentó, jadeante, el hombre sobre la mesa.
- Solo me sé esa frase, el viejo la decía. Resiste ahí, que todo va a salir bien. Voy a localizar al tío y regreso en un rato.

David asintió con un gesto de cabeza y acto seguido, cayó en un letargo aliviador.

Tras preguntar al doctor si su presencia era necesaria, y recibir el consentimiento del galeno para marcharse a cumplir su cometido,

Elías abandonó la mansión a toda prisa.
Estaba preocupado, comprendía el peligro que de manera exponencial se cernía sobre su familia. Necesitaba localizar a José León, pero primero debía encontrar a Lucía, la esposa de David, y al hijo de ambos. Después a la madre de su primo y solo entonces, cuando todos estuviesen a buen resguardo, intentaría hallar al tío.
Su padre, el ya fallecido hermano de José León, le había inculcado desde niño el valor de la familia y su precedencia por sobre todas las cosas. De origen ucraniano todos ellos, asentados primero en España – donde habían hispanizado el apellido - y emigrados a Cuba después, en la tercera década del siglo, los Navarro habían sido un clan cerrado, compacto, unido por la sangre ancestral de los israelitas a pesar de los desarraigos y la nueva geografía.
José León y Artemio habían nacido en Cuba, donde producto de la marginación social que generalmente sufrían los judíos, habían tenido que hacerse progresivamente más cubanos que hebreos. Artemio tal vez un poco menos que su hermano. Prueba de ello era el hecho de haber emigrado a Nueva York y no a Miami, en 1960. Según le había dicho a su esposa entonces, en el norte había raíces más firmes y si tenían que ser de nuevo el pueblo errante, mejor serlo entre un número extenso de comunes.
De manera involuntaria, Elías estaba sintiendo una especie de reconexión con su padre, como si el viejo estuviese recordándole desde otra dimensión que los hebreos habían sobrevivido, y lo seguirían haciendo, porque todos eran uno solo en las horas de desgracia.
Antes de aparcar frente al edificio donde estaban ubicadas las oficinas de Lucía, el oficial de la DEA recordó los nombres verdaderos de su tío y su padre: Joseph Liev y Artem. No sabía si aún figuraban en los libros de alguna sinagoga habanera. Pero en ese momento, aquellos nombres ardían en su sangre.

La Habana. Cuba. Diciembre de 1997.

Waldo acababa de ser liberado. El coronel Sergio le había dado una "explicación", entre sonrisas y tazas de café, en su propio despacho, como un gesto de cortesía por tratarse del hijo de un legendario

oficial del MINNT. El historial de servicios del joven, además, había influido en la decisión. Y por otro lado, la Seguridad jamás había tenido pruebas de que Waldo estuviese en contacto con la Iglesia Católica o el Opus Dei. Aquello había sido, por encima de todo, un *bluff*.

Según el coronel Sergio, el motivo de la paranoia era la inminente visita de Juan Pablo II a Cuba. El tema de las relaciones con los curas se estaba investigando muy a fondo, y no había excepciones. Todo lo que oliera a Roma y su curia debía ser chequeado y descartado. Esa era la orden de "arriba". ¿La buena noticia? Pues que la Seguridad había informado del "error" a los jefes de la cadena Horizontes. Y había dejado claro que Waldo seguía siendo una persona confiable.

El joven directivo, por su parte, se había comprometido a informar si en algún momento percibía un "acercamiento" de los curas católicos, aunque para sus adentros se había liberado de todo compromiso moral con aquella gente. Era la segunda vez que le maltrataban, sin él haber hecho otra cosa que su trabajo.

Ahora manejando su Hyundai en dirección al Vedado, Waldo se preguntaba qué haría con la información recibida de manos del Tigre. Casi llegando a su destino tuvo una idea. A primeras luces parecía descabellada, pero podría funcionar si jugaba las cartas adecuadas y en el momento correcto. Estaba muy resentido con sus antiguos compañeros de ideología, y prefería hacer algo por su cuenta a compartir lo que sabía con la Seguridad.

En ese instante, en la radio, las voces de León Gieco y Mercedes Sosa cantaban "Solo le pido a Dios". La lírica de aquel canto no podía estar más alineada con las ideas que rondaban la mente de Waldo. La voz vibrante de la cantautora impregnaba el ambiente con un toque de emoción adicional:

Solo le pido a Dios; Que el engaño no me sea indiferente; Si un traidor puede más que unos cuantos; Que esos cuantos no lo olviden fácilmente; Solo le pido a Dios; Que el futuro no me sea indiferente; Desahuciado está el que tiene que marchar; A vivir una cultura diferente; Solo le pido a Dios; Que la guerra no me

sea indiferente; Es un monstruo grande y pisa Fuerte

….

El penetrante olor a sal proveniente de las olas, que rompían obstinadas contra el muro de concreto, le llegó a Waldo de golpe haciéndole sentir vivo. Venía manejando desde el Este, en dirección al área moderna del Vedado. A su izquierda podía ver la hilera de exquisitas casonas eclécticas, cuya belleza se resistía al embate del mar.…y a los efectos de la desidia oficial. El mensaje de resistencia y perseverancia era claro: no importa cuán abrumador sea el problema, la identidad y la historia han de defenderse con uñas y dientes. Además, aquella poderosa canción que tanto le gustaba seguía recordándole una idea que él gustoso compartía; una frase atribuida a *Edmun Burke*: *Lo único que necesita el Mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada.* Y Waldo se consideraba, todavía, un hombre bueno.

En unos días, si realmente no tenía problemas en la oficina, debía salir nuevamente hacia Italia. Entonces pondría su plan en acción. Los mismos hombres de la Seguridad le habían ayudado a generar esa idea sin ellos saberlo.

Cuando Waldo entró al despacho del presidente de la cadena Horizontes, recién concluía una reunión con los principales directores. Estaban discutiendo el plan de marketing para el año 1998. Dos de los directivos que en ese momento salían saludaron afectuosamente a Waldo, otros dos intentaron ser amables con una prudente señal de cabeza, dejando claro que se trataba de un gesto de estricta educación.

Ya habían comenzado los chismes y *comentarios de pasillo* sobre el joven subdirector. Que si "*estaba preso*", que si lo "*habían destituido y su carrera estaba arruinada*". Si no su carrera, al menos su semblante lo estaba. Las noches anteriores habían dejado su huella, aunque el trauma mayor no era perceptible para un ojo poco observador. El mayor daño yacía en su conciencia. Habían desconfiado de él y no lo merecía.

Waldo sabía que su situación era endeble, su futuro incierto. Si resultaba que el Partido - gendarme ideológico del gobierno presente en cada empresa del país - quería deshacerse de él, ya tenía a la mano el pretexto perfecto para hacerlo. Solo necesitaban echar a rodar entre la militancia el comentario de que Waldo no era confiable, que había estado preso unos días, que la Seguridad lo había estado interrogando. Siendo este Partido el verdadero poder, su opinión prevalecía por encima de lo que pensara la administración.

Para empeorar las cosas, Waldo no formaba parte de esa élite ideológica. Lo habían nombrado subdirector por los innegables méritos de su vida pasada. Y porque con cada vez menos cantera disponible, menos jóvenes dispuestos a convertirse en "hombres nuevos", en comunistas de fila, los líderes cubanos habían tenido que aceptar algunos nombramientos basados en la capacidad intelectual y no en la confiabilidad política. No obstante, a esos directivos "apolíticos" se les vigilaba más de cerca, pues se consideraba que tenían "cimientos más frágiles". El joven veterano lo sabía perfectamente, ése era su caso.

Waldo quedó solo con el presidente de la Cadena, pero debió esperar unos minutos adicionales para poder entablar conversación con él. Un turoperador europeo lo había llamado al celular. Mirando el aparato en la mano del jefe, Waldo sonrió. Tener un tareco como aquel, enorme, era todo un privilegio en Cuba. Aquella tecnología apenas daba sus primeros pasos en la isla. *Y pensar que en el Primer Mundo ya tienen algunos que te caben en la palma de la mano* – pensó el joven mientras esperaba su turno.

Apenas el hombre alto, canoso y de vientre pronunciado terminó la llamada, se dirigió a Waldo usando un tono medio paternal:

- Escucha, Waldito, no le des demasiado importancia a las reacciones de la gente. Ya sabes cómo es el cubano, no puede evitar la especulación – recomendó el presidente de Horizontes y se acomodó en su butaca, invitando a Waldo a hacer lo mismo con un gesto de mano - Creo que haré una reunión para aclarar todo esto oficialmente y que no haya ningún malentendido. Los compañeros de la

Contrainteligencia hablaron conmigo ayer, si ellos dicen que no hay problemas, pues no hay problemas.

- Solo querían hablar cosas del pasado, eso fue todo – informó Waldo y tomó un *brochure* de encima del buró, pero permaneció de pie. Quería largarse de allí lo antes posible.
- Lo sé, lo sé, no te preocupes. Se le voy a explicar a cada uno de los directivos, hay que evitar que empiecen las bolas. Y también voy a informar a la gente del Partido, para que me apoyen con eso – dijo el jefe y comenzó a sacar varios documentos de su portafolio.
- Se lo agradezco.
- No tienes por qué, es lo correcto – acotó el presidente de la cadena y encendió su laptop - Oye…cambiando el tema, quiero hablarte de la próxima misión a Roma. Tu viaje a Italia fue muy productivo, esos contratos con *Presstour* y *Alpitur* son "oro puro". Si esa gente se concentra en vender Cuba como destino, no nos hace falta más nada.
- Habrá que ver, porque ellos operan otros polos en el Caribe también – comentó el joven directivo.
- Sí, pero te aseguro que ninguno con los precios netos que les dimos nosotros. De cualquier manera, necesitamos empujar, ¿entiendes? Quiero que le des seguimiento a esas dos empresas, y que supervises el trabajo de la oficina de representación en Italia – informó el jefe captando esta vez el interés de Waldo, quien se sentó en la butaca ubicada detrás suyo.
- ¿Y las reuniones con los otros turoperadores? Las que estaban planificadas ya desde antes… ¿qué pasa con ellas? – quiso saber el veterano de Angola.
- No, no, eso sigue acorde al plan. Te vas a reunir con ellos y tratar de negociar otros contratos, pero debes priorizar como te dije, *Presstour* y *Alpitur*. Es como dicen los guajiros: "*el ojo del amo engorda al caballo"* – explicó el presidente y giró la laptop hacia Waldo par que pudiera ver la pantalla – Mira la diferencia en precio con respecto al resto del Caribe, aquí en esta tabla. Y no comentes esto, que vino de la gente de

Inteligencia corporativa – sugirió el hombre señalando con el pulgar hacia la pantalla.

- Sí, es evidente que nuestra oferta tiene ventajas – comentó Waldo tras unos segundos observando los datos en Excel - Está bien. ¿Cuándo salgo para allá?
- El cinco de enero. Ya mandé a sacar tu pasaje. Así que vete preparando – concluyó el presidente y se reclinó en su butaca.

Waldo asintió, pero su mente ya no estaba en aquella oficina. Miraba la tabla de precios, pero pensaba en otra cosa: en cómo evitar la tormenta que se avecinaba… sin involucrar a aquellos "hijos de puta" que le habían vuelto a traicionar.

La Habana. Segunda mitad de diciembre de 1997.

La esposa del coronel Robledo cerró la puerta de malla metálica, o peerle, como se conoce en Cuba, y atravesó el jardín que cubría todo el frente de la casa. La hierba japonesa estaba algo seca, el verde ya se mezclaba con el carmelita claro. Desde hacía algún tiempo, la puerta corrediza del garaje se había trabado. En el sótano, bajando la rampa, se veía el Lada parqueado, herrumbroso y despintado; como un dibujo mal hecho del auto fabricado en Kiev quince años atrás.

Carmen accedió al portal donde los sillones, tan herrumbrosos como el Lada, descansaban atados por un cable de acero a un anclaje en la pared. La mujer, bastante atractiva a pesar de hallarse en mitad de sus cincuenta, puso las bolsas de nylon en el suelo y sacó las llaves de la puerta principal. Unos billetes enrollados cayeron al suelo, escapados del bolsillo del vestido, y la señora se agachó a recogerlos. En ese instante, el coronel Robledo abrió la puerta. Dando un paso hacia su mujer, tomó las dos bolsas; luego la besó ligeramente en los labios y sonrió con una especie de mueca al ver los dólares americanos en su mano.

La pareja se encaminó hacia la cocina de espacios sobredimensionados, típicos de las mansiones construidas en la década de 1950, y puso sobre la mesa central los paquetes de comida comprada en la *Shopping* del barrio. Así llamaban los

cubanos, en inglés, a las "tiendas en divisa"; mercados de venta en moneda americana establecidos no hacía mucho por el gobierno. Según decía la prensa oficial, este sistema mercantil paralelo al que solo unos pocos podrían acceder, recaudaría los fondos necesarios para desarrollar programas sociales.

- Menos mal que Armandito puede ayudarnos, la verdad es que no sé qué haríamos sin estos dólares. Pasé ahora frente a la bodega y no había nada más que azúcar y frijoles – comentó Carmen secándose el sudor de la frente.
- Sí, a eso hemos llegado…a que dos personas en plena capacidad de trabajar tengan que ser mantenidos por un hijo en el extranjero – aseveró el excoronel mientras colocaba los paquetes en diferentes compartimentos de la despensa.
- Ay, Arsenio, lo dices como si fuera un pecado, ya sé que no es lo normal pero el niño lo hace con gusto – regañó la mujer a su marido, parada en medio de la pieza con las manos a la cintura - Además, con el nuevo trabajo está ganando mejor salario. Y ya Rebeca va a empezar en la cínica en enero, están saliendo adelante, les va a ir bien. No mandan más porque saben lo orgulloso que eres, solo envían lo mínimo indispensable para que comamos.
- Yo lo sé, Carmucha, lo sé. Y lo agradezco, pero no acabo de acostumbrarme – reconoció él, apoyando las manos sobre una especie de bar interior e hizo una mueca con la boca - No debía funcionar así, si esto fuera un país normal, tú y yo estaríamos trabajando y ganando el dinero que necesitamos para vivir.
- Pero no es un país normal, nunca lo ha sido, lo que pasa es que nos dimos cuenta tarde. Ahora hay que adaptarse y no vivir amargados. Ya cambiará – propuso ella y sacó dos tazas del estante, quitó la tapa a un termo que reposaba sobre el bar, y comenzó a servir café en ellas - ¿Quieres un poco?
- Gracias, Carmucha – dijo el hombre y se tragó la infusión de golpe, ante la mirada de desaprobación de su esposa. Luego continuó - Yo no sé cómo la gente no se rebela. Nosotros no luchamos para esto, para vivir de la moneda del

"enemigo". ¡Coño que claridad tuvieron mis hermanos! Esos dos sabían que esto no iba a funcionar, se lo olieron a tiempo. Y pensar que me pasé veinte años sin dirigirles la palabra porque eran "traidores" – y tras la reflexión, Robledo se quedó mirando hacia la nada, hacia el infinito, a través del cristal de la ventana

- Eso ya no importa. Ellos te perdonaron. Y si no fueras tan orgulloso, aceptarías la ayuda de Ignacio para arreglar esta casa. Por lo menos la puerta del garaje…- dijo Carmen y miró a su alrededor, fijando al final su mirada en una puerta carcomida por el comején.
- No puedo aceptar más ayuda de Ignacio. Ya bastante con que me paga los viajes a España y está haciendo lo del libro de familia, a ver si me dan el DNI. Ya ha hecho bastante con eso. Voy a subir al cuarto a leer un rato, ¿me avisas para almorzar?
- Claro, mi amor…Ve, yo te aviso en una hora más o menos – dijo ella y le besó la frente al marido.

Carmen conocía muy bien al hombre con quien había estado casada tres décadas. Después de una conversación como aquella, donde las fibras del orgullo se le contraían al ex militar hasta el dolor, el excoronel se refugiaba en la lectura para evadir las penas. Nunca se sabría que leía Arsenio, pues lo hacía en privado. Quizás fueran historias de su época de gloria, testimonios de la guerra de Angola, tal vez Girón, ¿quién iba a saberlo?

Robledo subió las escaleras de mármol con agilidad y, tras entrar a la amplia habitación, cerró la puerta pasando el seguro. Luego sacó la gaveta de la mesa de noche, separándola de su base, y la colocó sobre el colchón. Con un poco de esfuerzo, removió la tablilla que cubría el fondo del rectángulo de madera, dejando expuesto un espacio falso, su escondrijo. Nadie, ni siquiera Carmen, sabía de aquel rincón en el que había congelado tanto dolor.

El coronel extrajo dos sobres con sendas cartas y las dejó reposar sobre la cama, luego retornó la gaveta a su lugar. Sentándose en una butaca adyacente, encendió la lámpara de lectura y extrajo el papel doblado del primer sobre. Los trazos familiares de Armandito

le hicieron otra vez sentir la humedad en su rostro. No importaba cuantas veces hubiera leído la carta, aquellos papeles se tornaban un látigo inmisericorde. Era la misma sensación de culpa de la primera vez, cuando descubriera la misiva de despedida en el cuarto de su hijo, el 7 de agosto de 1994. El ex militar comenzó a leer.

"…es por eso por lo que no quisimos contarles nuestros planes, porque no los hubieran entendido. A esta hora debemos estar navegando hacia un lugar donde puede que las cosas no sean perfectas, que no se parezcan siquiera a lo que nos han contado, pero donde tendremos al menos la esperanza de lograr algo con nuestras vidas. Sepan que para mi hermano y para mí esta es una decisión muy difícil. Ustedes han sido los mejores padres que alguien hubiese podido tener. Rectos y exigentes, es verdad, pero a la vez bondadosos, cariñosos, comprensivos, justos, incondicionales en los momentos en que lo necesitábamos. Nos dieron una vida llena de cariño y grandes momentos. Tuvimos privilegios que otros niños no conocieron, gracias a las ventajas derivadas de los cargos que ustedes ostentaban en el gobierno. Aun así, aun siendo una familia privilegiada, nos enseñaron valores morales más importantes que la posición o el reconocimiento social. Hicieron de nosotros dos personas con principios, con voluntad, con espíritu de sacrificio, personas bondadosas y justas. Y pueden estar seguros de que todo ese bagaje nos va a ayudar a salir adelante, a romper todas las barreras, a superar todos los obstáculos.

No se sientan culpables jamás por esta decisión mía y de Arsenito. Ustedes no tienen la culpa de nada. Nosotros entendemos por qué creyeron en la Revolución y por qué le dedicaron sus vidas, en el momento en que lo hicieron. Por entonces aquello parecía un proyecto noble y justo. Ustedes creían que iban a construir un país mejor y todo el mundo hablaba del desarrollo del bloque socialista europeo. Incluso en sus viajes a la URSS, a la RDA, a Checoslovaquia, lo que ustedes veían era mucho mejor que lo que teníamos en Cuba. Era lógico pensar que llegaríamos a ese nivel, a ese estándar de vida. Pero viejos, esa misma gente que inventó el Comunismo, lo desechó, renegó de él, lo enterró, y no quieren saber de nada que se le parezca. El Comunismo es antinatural, el hombre

perfecto que en teoría debe construirlo, no existe, ni va a existir. Y esa gente lo entendió. La economía en ese sistema se vuelve improductiva, se estanca, eso quedó probado. ¿Y que hicimos en Cuba cuando se comprobó que no funcionaba? Insistir, seguir el modelo fracasado, matando de hambre a la población para que unos pocos dirigentes sigan comiendo buena comida y resolviendo sus problemas. Es muy fácil pedirle sacrificios al pueblo cuando tienes la barriga llena, gasolina, carros, vacaciones en la playa. En fin, que nosotros no estamos dispuestos ni podemos seguirle el juego a esa gente, porque vamos a terminar como ustedes, en la extrema pobreza y sin perspectivas de salir de ella. Esto que estamos haciendo es precisamente para sacarlos de ese hueco, para poder ayudarlos en el futuro. Apenas estemos establecidos, comenzaremos a enviarles dinero para que puedan sobrevivir. Y más adelante, si ustedes están de acuerdo, los reclamamos. Se lo juramos por lo más sagrado que haya. Mi hermano no ha querido escribir porque está muy estresado y le duele demasiado lo que vamos a hacer, pero yo estoy escribiendo por los dos…"

Parte III. Supervivencia

"La esperanza es el único bien común a todos los hombres;
los que todo lo han perdido la poseen aún."
Tales de Mileto

Miami. Florida. Segunda mitad de diciembre.

Luego de un paseo por la zona con actitud de *"Realtor estudiando el barrio"*, el hombre alto, delgado y con calvicie ligera abrió la verja de acceso a la mansión de la calle Toledo, ubicada muy cerca del *Coral Gables Biltmore Golf Course*. Aquella área de alto estándar, con sus amplias casas de estilo *Renacimiento Mediterráneo*, techos tejados, jardines y avenidas de exuberante vegetación tropical, era la zona perfecta para los discretos contactos que Rudolph necesitaba realizar. Nacido con la segunda década del siglo XX, este barrio

elitista del condado Dade alardeaba de sus muchos bulevares peatonales, todos copados por el ramaje de árboles frondosos que producían largas sombras a cualquier hora del día. Lo anterior, unido a la irregularidad de sus calles y rotondas, proporcionaban el ambiente perfecto para encuentros discretos. Era por estas razones que Rudolph operaba su casa de seguridad en Coral Gables.

El hombre atravesó el exuberante jardín y se acercó a la puerta de la mansión de dos plantas, cuyo extenso techo tejado, a dos aguas, daba al inmueble un aspecto de chalé español. Tenía una fachada de piedras con ventanas francesas, por donde resbalaba una buganvilia florecida. Tecleando una clave numérica, Rudolph accedió a la vivienda.

Luego de una ojeada a la sala, diseñada con desniveles, mezanines, barandas y gruesas vigas de madera sosteniendo el techo, el hombre concluyó que José Mariano no había llegado aún. Estaba cerrando la puerta desde adentro, cuando sintió el metal frío presionando la región occipital de su cabeza. Sin voltearse y tratando de mantener la serenidad, se dirigió a la persona que le apuntaba con el arma:

- Tengo la clave porque José Mariano me la entregó. Quite eso de mi cabeza, por favor, y le explico con más detalles.

La carcajada resonó en la sala de la casa un segundo después, haciéndole entender que su captor era el propio José Mariano.

- Hijo de puta. Ya te he dicho que no me gustan esos juegos. ¡Un día te vas a llevar una sorpresa! Te van a matar antes de que…
- ¿Quién me va a matar, Rudolph? – lo interrumpió José Mariano y se llevó el arma a la cintura, luego descendió los dos escalones hacia la amplia sala de estar - Porque al menos hoy no ibas a ser tú quien lo hiciera… Debo cuidarme, hay medio FBI detrás de mí. Estoy pensando moverme a Nueva York.
- No creo que eso sea prudente – dijo Rudolph aun sin aliento y se sentó en el sofá, indicando al anfitrión con un

gesto que hiciese lo mismo– Debemos hablar. Los jefes están muy preocupados con lo de Claudio.

- ¿Quieres algo de beber? – preguntó José Mariano mientras abría las pequeñas puertas del bar, tras el cual que podía verse un sinnúmero de botellas con bebidas caras.
- Sí, gracias. Un Scotch a la roca.

Una vez sentados uno frente a otro en el *living room*, cada cual con su trago, Rudolph reanudó la conversación. Trataba de respirar en ciclos profundos para recuperarse del susto recién recibido:

- ¿Qué coño pasó con Claudio, José Mariano? - y el visitante saboreó el Scotch sin dejar de mirar a su interlocutor.
- Le hice una visita de rutina, tuvimos una discusión y las cosas se fueron de control – informó José Mariano poniendo su vaso sobre la mesa de centro - Claudio quería hacer algo que iba a perjudicar nuestros intereses y tuve que cargármelo. Pero eso es secundario ahora, en este momento debemos preocuparnos de la Operación "Revancha", ¿o no?
- No, no es nada secundario, José Mariano. Matar a Claudio fue una locura…era lo último que necesitábamos en este momento. Ahora estás en una lista de sospechosos del FBI y de la Policía de Miami Dade…y eso es un problema serio porque se suponía que estuvieras fuera de todos los radares – razonó Rudolph y se terminó de golpe la bebida, luego se quedó mirando con profundidad al individuo que ahora hacía una mueca de disgusto. José Mariano iba a hablar, pero el hombre de la CIA le indicó que esperara con un gesto de la mano - La Compañía no puede hacer nada por ti si te capturan, José Mariano. Como tú bien sabes, no existe récord alguno de esta operación. Así que a partir de ahora… estás por tu cuenta.
- ¿Por mi cuenta dijiste? - preguntó el anfitrión arqueando la cejas - No te sigo. Hasta donde yo sé, estamos juntos en esto, ¿O se están apendejando ahora?

- Ya te expliqué antes. Por un problema de compartimentación, solo en el más alto nivel conocen de la Operación "Revancha" – explicó Rudolph - Los directivos intermedios no tienen idea de lo que va a ocurrir, para ellos no eres más que un vínculo del pasado, que se ha convertido ahora en criminal y está buscado por la Policía. Nadie en la Agencia va a interceder por ti.
- ¡Hey, hey, detente ahí un momento! ¡Ni se te ocurra que me voy a quedar solo en esto! – gritó José Mariano poniéndose de pie, apuntando con el índice al visitante. Obviamente se había incomodado al escuchar el razonamiento de su interlocutor – Yo soy muy viejo en este negocio y nadie me va a joder tan fácilmente. He tomado mis medidas. ¡Le puedes decir a los de arriba, a los de abajo, a los del medio y hasta el último cabrón involucrado en la operación, que si tratan de joderme… van a salir embarrados ellos también! – terminó el hombre su amenaza y, apoyándose con ambos brazos en el espaldar de la butaca, taladró con la vista al oficial de la CIA.
- Nadie está tratando de joderte, José Mariano, pero la cagaste con esto de Claudio. No podemos protegerte. Si te agarran, no te conocemos. Tú mismo generaste esta situación – explicó Rudolph muy calmado y se levantó del sofá, dando unos pasos hacia el bar donde comenzó a servirse otro trago.
- Ya te expliqué que lo tuve que hacer para evitar que nos jodiera…quería hablar de algo que nos perjudicaría a todos, a ustedes también – mintió José Mariano y sorbió algo de la bebida.
- No veo en que podría Claudio perjudicar la operación en cuestión… a no ser que le hayas comentado de ella, lo cual sería una estupidez de tu parte. ¿Acaso lo hiciste?
- Por supuesto que no. Era otra cosa…era un tema de los campos de entrenamiento y las armas que ustedes nos

entregaron en los setenta. Quería contarle a un periodista sobre eso – volvió a mentir José Mariano con absoluto descaro, mirando el hielo danzar dentro del vaso de *whisky*.

- Entonces… ¿Seguro que no le mencionaste nada de la operación "Revancha"? – preguntó el hombre de la CIA regresando al sofá, sentándose y extendiendo sus brazos sobre el espaldar con el vaso de bebida en la diestra.
- No, no hablamos absolutamente nada de eso – continuó José Mariano con sus mentiras.
- OK. Pero los jefes quieren saber si has hablado de esta operación con alguien más, fuera del círculo de Comandos L. Hay sospechas de que estuviste tratando de subcontratar a un "gatillo", y que buscaste apoyo de Claudio para que fuera algo "oficial" de la organización – comentó Rudolph mientras ingería un poco más de Scotch - Eso pondría en dudas tu confiabilidad. Según la idea original, nosotros nos encargábamos de situar el arma en Cuba y tú ejecutabas el plan, personalmente…
- ¿De dónde carajo sacaron esa historia del segundo "gatillo"? - interrumpió José Mariano a su interlocutor, ahora en evidente estado de alerta y mostrando cierto nerviosismo, delatado por el tic nervioso de sus dedos alrededor del vaso de whisky.
- Tenemos recursos, somos el aparato de espionaje más grande del mundo, no lo olvides.
- Pues están muy mal informados o no están haciendo bien su trabajo. Si les llegó una información al respecto, lo cual dudo mucho, no es más que un chisme. Yo no he hablado de esta operación con nadie – dijo José Mariano y se levantó de la butaca, luego comenzó a dar pasos de un lado a otro.
- Entonces ¿harás tú mismo el trabajo? – presionó un poco Rudolph.
- Por supuesto, eso está decidido. Apenas reciba la mitad del pago me muevo hacia Cuba.

- Perfecto. Aunque… ¿sabes qué?, tienes razón con lo de Nueva York. Debieras alejarte de la Florida antes de viajar a Cuba, así que desparécete ahora mismo y en una semana espera mi llamada, nos veremos allí y entonces ultimamos los detalles – concluyó el oficial de la CIA y, dejando el vaso vacío sobre la mesa, se puso de pie - Ah, otra cosa José Mariano, no hagas ni una locura más porque si hay la menor posibilidad de fracaso, se cancela el contrato. Esta es una "operación negra". El único resultado válido es el éxito, aquí no hay segundas medallas, es el oro o nada, ¿entiendes lo que digo?
- Va a ser el oro, estoy convencido – aseveró José Mariano e intentó una sonrisa, aunque le salió más bien una mueca.

Y con estas palabras ambos hombres se despidieron. Segundos después, el señor Rudolph abandonaba la casa y se alejaba de ella aplicando varias medidas de contravigilancia. El susto recibido había aguzado sus sentidos haciéndole ver su vulnerabilidad. Estaba comprendiendo que había un riesgo adicional en aquella operación encubierta, uno no calculado inicialmente; José Mariano no era más que un psicópata. Quizás los cubanos radicales de Miami, cuya vida se había convertido en una carrera obsesiva por erradicar el Comunismo en la isla, lo considerasen un héroe. Pero en términos prácticos el tipo era un vulgar matón con un propósito, que podía variar según el grado de alucinación que sufriese o, incluso, de su necesidad de supervivencia. No es que Rudolph se considerase un santo, para él estaba claro que iban a franquear las barreras de la ley y de la moral; pero si llegado el momento, algo le decía que no había garantías de resultado positivo, él pararía la acción. De José Mariano no podría decir lo mismo.

Una hora más tarde, luego de muchos giros y maniobras para asegurarse de no tener "*cola*", el hombre alto parqueaba el Chevrolet Impala rentado en el *parking lot* de la Miami Beach Marina, en Alton Road. Durante unos minutos caminó con aire despreocupado por los muelles, como lo haría un señor retirado buscando una embarcación en venta, hasta abordar finalmente el

"Cosmos", un yate de bandera Bahamesa. Un hombre de mediana estatura y cabellos rubios, rizados, exhibiendo una musculatura formidable a torso desnudo, salió a su encuentro. Rudolph pudo ver el viejo tatuaje de los SEAL en su hombro derecho. Sin palabras, se estrecharon la mano y el marinero le invitó con un gesto a sentarse en el cómodo salón del yate. El individuo le sirvió un trago de whisky con hielo y se acomodó en el lado opuesto del *pullman*.

– ¿Tienes todo listo? – preguntó el recién llegado.

– Como acordamos, el escondrijo es perfecto, ni con perros ni con técnica podrán detectarlo, ¿cuándo salgo?

– Todavía no tengo la fecha, debes esperar mi aviso, pero será pronto, no más de dos días. ¿Tienes tu pasaporte británico contigo?

– Seguro. Todo está en regla, yo y el barco. ¿Qué hay del pago?

– Mitad en la salida, mitad al regreso. No salgas del barco en estos dos días, es incómodo pero necesario, trae lo que requieras a bordo. Las instrucciones para la misión te serán entregadas en el momento de partir, igual que la carga, solo en el último minuto.

– OK, estoy a la espera entonces, ¿Quién vendrá con el "*equipo*"?

– Yo mismo, George. Solo yo conozco tu identidad y la ubicación del "Cosmos". Si viene alguien más puedes matarlo con tranquilidad, porque es una trampa.

Rudolph colocó el vaso vacío sobre la mesa de centro y abandonó el sofá. Luego de estrechar la diestra al anfitrión, sin palabras de por medio, ganó el muelle con una agilidad que asombró al marinero a bordo del yate. Luego de mirar con discreción en todas direcciones, el maestro de la conspiración metió su diestra en el bolsillo de la chaqueta y sintió la frialdad del metal. La racha de brisa le hizo sentir algo parecido al escalofrío, una sensación divorciada de la imagen que aquella geografía transmitía al visitante. Rudolph siguió caminando entre los yates, con la mano aún en el bolsillo. No podría

aseverarlo, pero por un segundo sintió que aquella brisa era una advertencia.

Glacier National Park.

Montana. Cerca de la frontera con Canadá. Montañas Rocosas. Diciembre 1997.

David Navarro miró hacia el exterior de la cabaña y contempló la nieve caer por unos minutos. Se sentía muy deprimido, estaba lejos de su esposa e hijo, aislado del mundo en una zona montañosa cercana a la frontera con Canadá y sin poder comunicarse con el exterior, a pesar de tener dos teléfonos celulares en su habitación.

Aunque esto no era lo peor, lo más doloroso era saberse traicionado y perseguido, como si fuese un peligroso animal, por los mismos hombres y la agencia a los que había dedicado lo mejor de su vida.

Ahora estaba esperando por su primo Elías para cruzar la frontera y entrar al país vecino. Allí se escondería un tiempo y, tras conseguir nueva documentación, intentaría salir del continente. Había sido una suerte encontrar a este familiar en la casa de su padre, cuando le hirieran en el encuentro de la Casa Cincuenta. Desde entonces no había podido hablar con *El Viejo*, y no tenía la menor idea de cuándo regresaría éste a La Florida.

Elías era oficial de la DEA, pero antes que nada era familia. No había hecho falta dar muchas explicaciones, luego de la intervención quirúrgica que le salvara la vida, se necesitaba un lugar seguro donde desaparecer de la civilización. Y el primo lo había garantizado en tiempo récord y absoluto secreto. La cabaña en la frontera había sido su idea, pues pertenecía al hermano de su amante, quien no la usaba nunca en invierno.

El oficial de la CIA, convertido súbitamente en prófugo de una "justicia" bastante injusta, tenía consigo una copia de la grabación que causara la muerte de todo su equipo. El recuerdo de sus compañeros, seleccionados por él mismo cuando se creara la oficina del Grupo Especial, le hizo levantarse bruscamente de la silla en un arrebato de cólera. El dolor de la herida lo inmovilizó por breves segundos. Tomando aire, se trasladó hasta un butacón cerca de la estufa y se dejó caer soportando el dolor. Había tenido una suerte

digna de registrarse en los libros de medicina forense. La herida tenía orificios de entrada y salida, pero el proyectil no había interesado ningún órgano vital, pasando entre el hígado y la parte inferior del pulmón. Aunque sí había roto una costilla, al entrar en el torso y salir por espalda.

David observó a través de la ventana los pinos nevados, subiendo y bajando según el relieve montañoso y pensó brevemente en cuán resistentes eran aquellos árboles. Ni la ventisca ni el frío podían vencerlos o doblegarlos, no se quebraban, no se deshojaban, seguían ahí erguidos con una dignidad tremenda. Se dijo que iba a necesitar una fortaleza similar para sobrevivir a la avalancha que se le venía encima, para encontrar el camino a la libertad…y a la verdad, ahora cubierto de incertidumbre. Apretó en su mano la inseparable Beretta, que se había convertido en una extensión del brazo.

Era improbable que sus perseguidores lo ubicaran en aquel inhóspito lugar, pero si por solo un segundo sospecharan que existía una copia de la grabación original destruida por los "*cleaners*" en el minivan, removerían cielo y tierra tratando de encontrarlo. Y en ese caso, si tenía que enfrentar a una muerte segura y recurrente, a una Parca rencorosa y resentida por el fracaso de su primera visita, lo iba a hacer como un legionario romano defendiendo las puertas de Roma. Iba a vender muy caro su pellejo, eso estaba ya decidido.

Antes de abandonar la Casa Cincuenta, David había tenido tiempo de recoger algunos disquetes con información clasificada, relacionada con el caso que costara la vida a su equipo. Tomó uno de ellos y lo introdujo en el lector de *floppies* de la laptop*,* que permanecía encendida sobre una mesa rústica en el centro de la cabaña. Ya había consumido la segunda batería para hacer funcionar la computadora portátil. Se dijo que debía leer lo más rápido posible para economizar recursos.

En la cabaña no había fluido eléctrico, solo con las dos baterías restantes podría revisar los informes y refrescar los detalles de la operación y sus implicados. Tenía que adelantarse a sus perseguidores y tratar de predecir sus próximos movimientos y ubicación, tanto como la de los implicados en la investigación.

Fijó su mirada en la pantalla fluorescente y comenzó su lectura.

José Mariano Morejón Ávila:

Nacido en la Habana en 1955, arribó junto a sus padres a Miami por vía marítima en los primeros días de 1959.

Hijo de Abigail Morejón, unos de los principales dirigentes de la organización Comandos L o Comandos Libertad, fundada por un grupo de ex miembros de la brigada 2506 que desembarcó en Bahía de Cochinos, Cuba, en 1961. Fallecido en 1980.

José Mariano se incorpora a Comandos L desde muy joven. En 1970, a los dieciséis años, se le considera miembro activo de la organización.

En 1974 forma parte de la tripulación de una lancha que atacó a un barco cubano de pescadores en el canal de Bahamas dando muerte a uno de sus tripulantes.

Existen informaciones que lo vinculan al atentado realizado al canciller chileno del gobierno de la Unidad Popular, liderado por Salvador Allende, Orlando Letelier, en octubre de 1976. Esta acción estuvo enmarcada dentro de la Operación "Cóndor".

Se conoce que estuvo vinculado al CORU en esos años y participó, junto a Orlando Bosh y Luis Posada Carriles, en la preparación de la voladura en pleno vuelo de un DC-8 de la línea Cubana de Aviación, que acababa de despegar de la isla de Barbados, también en octubre de 1976.

Se vincula a Otto Reich, a la sazón alto funcionario del Departamento de Estado que dirigía la Oficina de Diplomacia Pública. Esta institución funcionaba como fachada para la recaudación de fondos privados, destinados a la lucha contra el Sandinismo en Nicaragua y las guerrillas izquierdistas del Frente Farabundo Martí en El Salvador. Indirectamente y en el marco de su trabajo con estas empresas fantasmas, José Mariano estuvo vinculado con el teniente coronel Oliver North, asesor de Seguridad Nacional de la administración Reagan, y principal procesado en el juicio por el caso "Irangate".

En 1987 y 1988 participa activamente junto a Posada Carriles, como asesor de la Compañía, en operaciones de apoyo y entrenamiento a las organizaciones anti-Sandinistas basificadas en Honduras, las

cuales combatían a ese régimen procubano en Nicaragua. En estos años toma parte directamente en varios combates contra las tropas del Ejército Popular Sandinista y es herido gravemente en octubre de 1988. Evacuado hacia territorio hondureño, regresa a Estados Unidos donde es atendido.

Existen informaciones sin verificar que indican su vinculación con organizaciones narcotraficantes con base en la ciudad de Miami.

A partir de 1989 y hasta 1993, José Mariano desaparece de la vida pública en la ciudad. A través de fuentes de la DEA se conoce que estuvo radicado un tiempo en la ciudad de Cali, Colombia, donde aparentemente trabajó como jefe de seguridad de una compañía petrolera local. Se sospecha que participó en operaciones de lavado de dinero (procedente del negocio de las drogas), a favor de los hermanos Orejuela, líderes del cartel de Cali.

En 1992 se vincula a Ramón Berteaux, delincuente internacional de origen cubano también conocido como "El Tigre", investigado por la DEA por supuestos vínculos con oficiales de la Inteligencia Cubana en Ciudad Panamá, a finales de los 1980. Estos oficiales de lo que entonces se conocía como Departamento MC, operaban un canal de narcotráfico internacional hacia Estados Unidos a través de Cuba, en coordinación con el cartel de Medellín liderado por Pablo Escobar… "

En ese punto David se detuvo bruscamente. – *¡Aquí está, carajo, este es el "Tigre" que se menciona en la grabación! ¡Tiene que ser!* – se dijo en voz alta, mientras cerraba el documento PDF en su computadora y comenzaba, con desespero, a leer las etiquetas de los restantes disquetes desparramados sobre la mesa de madera.

- Míralo aquí – susurró eufórico y a continuación, tomó el que decía "*DEA / files*", suministrado por su primo Elías.

Allí debía estar la información que más necesitaba. El tal "Tigre" era ahora su objetivo principal, en tanto todo indicaba que sería uno de los "*gatillos*", durante la operación de asesinato de su Santidad Juan Pablo II.

Esta vez leyó con mayor detenimiento. En el reporte de la DEA sobre el "*Tigre*" había una información, recibida a través de un *informante confidencial* de la agencia, donde se planteaba que el hombre había salido huyendo hacia Londres. Se explicaba que esto había ocurrido

después de una "situación tirante" con el *conocido por José Mariano*. Había datos sobre la vigilancia aplicada al Tigre en diferentes momentos, en los cuales se apreciaban ciertas incongruencias, pero algo quedaba claro: el tipo tenía un primo radicado en Londres, un sacerdote católico apostólico romano nombrado Agustín, quien viajaba una vez al año a Miami para visitar a su familia.
No había más elementos sobre este *hombre de Dios*, pero aquello era más que suficiente, David debía moverse a Londres y encontrar al cura. De alguna manera tenía la corazonada de que éste le llevaría hasta el primo mercenario. Un sacerdote católico, con ese nombre, no sería difícil de encontrar en una ciudad donde la religión predominante es la anglicana. Si lograba capturar al Tigre y hacerlo confesar, podría usar a la prensa europea para desatar un gran escándalo. Un escándalo que ni la CIA podría desmentir con su aparato de propaganda y manipulación de información.
Solo esperaba que Lucía y Abel hubiesen podido ocultarse. Al punto a donde habían llegado las cosas, ya no sabía en quien confiar dentro de la CIA. Si alguien en los niveles superiores era capaz de engendrar una conspiración de tal magnitud, asesinando al Papa para inculpar a Fidel Castro y desatar un verdadero Apocalipsis, entonces esa persona sería muy capaz de secuestrar a su hijo y esposa con tal de forzarlo a entregarse.
El oficial de la CIA era judío porque venía del vientre de su madre, una hija del pueblo hebreo; pero no practicaba la religión desde muy pequeño. Su padre, al parecer, después de perder tanto, no había querido pasarle la carga de unas tradiciones que pesaban tres mil años. Aun así, ese día, David pidió en silencio a Yahvé que protegiese a su pequeño hijo y no pudo evitar que las lágrimas le saliesen como un rio desbordado. Se juró que iba a hacer pagar muy caro al responsable de todo aquello, aunque no sabía dónde estaba el hilo conductor de la conspiración. No quería pensar que hubiera responsabilidad alguna en los funcionarios de la Oficina Oval, pero no tenía dudas: a muy alto nivel, en la administración de su país, habría implicados. La CIA era un brazo secreto del propio gobierno, nadie podría engendrar semejante plan sin la anuencia de al menos un colaborador cercano al presidente.

David sintió el ruido del motor de un vehículo. Tomando su Beretta, se levantó de la silla con mayor velocidad de la que él mismo hubiera imaginado. La herida estaba cerrada y solo sentía un ligero dolor al hacer movimientos bruscos, pero era soportable. Se asomó con mucho cuidado a la ventana de la cabaña y sintió su cuerpo relajarse; era el primo Elías quien venía a traer comida y sabría Dios cuáles noticias desde Miami.

Ambos hombres se fundieron en un abrazo bajo el umbral de la puerta. El recién llegado tenía algunos restos de hielo en su barba negra y rala, la temperatura había bajado esa mañana a menos veinticinco grados.

- ¿Qué noticias hay? ¿Cómo están Lucia y el niño?... ¿Y mi madre? ¿Lograste reunirla con el Viejo? – preguntó David atropelladamente, cerrando la puerta y sentándose en una butaca rústica frente al primo, quien se había dejado caer sentado sobre la cama.
- Tu mujer y tu hijo están con un sacerdote bautista y su familia en las afueras de Monterrey, en México. Son de toda mi confianza, no te preocupes, están a salvo – explicó Elías mientras removía la nieve de sus pantalones y de las mangas de la chaqueta - A tu madre la tuve escondida en una casa de seguridad varios días, mientras ubicaba al tío José León, no te cuento…casi me vuelve loco, pero al final entendió que debía hacerme caso y estarse tranquila. Me reprochó, por supuesto, haber salido contigo de su casa sin avisarle. Pero le expliqué que en aquellas circunstancias hubiese sido más impedimenta que otra cosa.
- Y ahora, ¿dónde está? – quiso saber el oficial de la CIA, su cara contraída por la angustia evidente.
- Después de contactar personalmente con tu padre y siguiendo sus instrucciones, se la envié por avión para Atlanta. Les expliqué a ambos que, aunque estás bien y seguro, por ahora deben mantenerse ocultos. Le ofrecí ayuda al tío para esconderlos en la Florida, pero me dijo que lo dejara todo en sus manos, que me contactaría apenas

pudiera, y que priorizara tu salida del país. José León es conspirador viejo, el sabrá lo que tiene entre manos.

- ¡Gracias a Dios! Y gracias a ti primo, has corrido un gran riesgo con todo esto – reconoció David.
- Esa es la familia, David, lo único que de verdad tenemos en esta Tierra. ¿Qué otra cosa esperabas que hiciera? Oye, a lo que viene. Aquí traigo la documentación para sacarte hacia Canadá – informó Elías y poniéndose de pie, se acercó a su primo y le entregó unos documentos - Hay que maquillarte un poco para que te parezcas a la foto del pasaporte. En el Niagara, cuando cruces para el otro lado, te va a recoger un colega de toda confianza y te va a llevar hasta Toronto. Son un par de horas nada más. Vas a hospedarte en un hotel discreto allí, por un par de noches, usando ese pasaporte. A partir de ahí me dices que debo hacer…estoy a tu disposición.
- De allí tendré que volar a Londres. Creo que he descubierto a una persona que puede ser útil para desenmarañar este lío, y voy a necesitar tu apoyo – dijo David mientras miraba con atención la foto del pasaporte y hacía una mueca, no parecía seguro de que llegaría a tener aquella fisionomía después de maquillado.
- Por supuesto. Ah, otra cosa David, lo de cruzar la frontera no va a ser tan sencillo. No podemos arriesgarnos a que te identifiquen en un puesto de control de Inmigración. Y tampoco tengo como pasarte por las zonas de bosque, no dispongo de guías locales para algo así – comentó el oficial de la DEA.
- OK, y entonces ¿cómo lo haremos? – preguntó el fugitivo.
- Tendremos que hacer un viaje bien largo, cuatro días por carreteras secundarias, atravesando el país. Te voy a llevar hasta un club de paracaidismo que está a unos veinticinco kilómetros del Niagara. Allí te van a montar en una avioneta.

Y te van a lanzar desde arriba…solo debes volar y caer del lado correcto – explicó Elías y ensayó una sonrisa a medias.

- ¿Qué? ¿Estás hablando en serio? – replicó David echándose hacia adelante y arrugando la frente - No me jodas Elías...yo no he saltado con un paracaídas desde la academia, y eso fue hace más de quince años.
- Lo sé, pero al menos te acordarás de lo básico ¿no? Como aterrizar, como volar el *parafoil*. Te van a tirar con línea estática, la apertura de la campana la hará un instructor desde el avión. Lo tuyo es solo volar y aterrizar. Otro colega mío te esperará del lado canadiense – describió el de la DEA lo que consideraba, tal vez erróneamente, un simple procedimiento.
- No es tan sencillo, primo, si el viento no está en la dirección correcta, voy a ir a parar a otro lado…o peor, al mismísimo lago Ontario – dijo el hombre de la CIA negando con un gesto de cabeza.
- Ya hablé de eso con el instructor y dice que el viento allí, en las tardes, siempre sopla del lago hacia tierra. Dice que es perfectamente posible. La avioneta va a volar muy cerca de la frontera. Te repito, solo debes navegar el paracaídas hacia el Oeste y aterrizar.
- Elías, esa es la idea más loca que he escuchado en mi cabrona vida, pero bueno…Tú sabrás. Si es la única vía para escapar de este país, que sea lo que sea. Lo haremos así – dijo David, resignado.
- Perfecto. Entonces, me voy a quedar esta noche aquí y me regreso mañana. Hay tormenta de nieve y casi no pude llegar. ¿Tienes leña suficiente? – preguntó el visitante y recorrió con la vista el interior de la cabaña.
- Sí, hay bastante, mira detrás de ti para que veas, esto parece un almacén.
- Ok. ¿Podemos preparar algo caliente? ¡Estoy congelado!

- Ahí en la cocina hay leche, chocolate en polvo, jamón curado y queso. Ah, y también un pan que, por cierto, parece sacado de una película rusa de los años veinte.
- Genial. Con eso es suficiente – afirmó Elías sonriendo. Luego puso unos maderos bajo el fogón artesanal y roció un poco de alcohol sobre ellos. Utilizando su fosforera produjo una llama y, con mucho cuidado, la acercó a la madera, que empezó a arder progresivamente.
- ¿Conseguiste el teléfono celular que te pedí? – preguntó de pronto David, recordando lo aislado que estaba del mundo en aquel lugar tan remoto.
- Sí. Un Motorola *StarTAC*. Pertenece a la empresa de un amigo. Esta ahí en el maletín – informó Elías y se movió hacia el estante donde se guardaba la comida. – Pero te advierto, no creo que haya cobertura aquí en las montañas. Apenas te sales de la ciudad la señal se pierde.
- Claro, pero al menos me servirá en Canadá. Toronto tiene buenas redes de conexión, lo sé por experiencia propia.

David tomó el equipo del maletín y se sentó en la cama, mirando a un punto indefinido entre los troncos de madera de la pared. No lograba salir de su asombro, o tal vez de su temor. Había hecho catorce saltos en paracaídas, como parte de un entrenamiento especial para oficiales de campo destinados a zonas de conflicto bélico. Pero solo había sido eso, entrenamiento, sin tener que aterrizar en "territorio enemigo real". Esta vez el asunto era distinto, pues donde quiera que aterrizara le esperaría la incertidumbre, el peligro, lo desconocido. ¿De veras no había otra forma de cruzar hacia Canadá? Esa noche, mientras el fuego crepitaba y la nieve cubría los cristales, David intentó dormir. En poco tiempo debería lanzarse al vacío. Y no solo en sentido literal.

La Habana. 22 de diciembre.

Waldo había decidido visitar a su antiguo jefe, Rolando, sabiendo que en horas de la mañana el restaurante La Terraza estaría vacío.

La apertura para el almuerzo era a las 12:30 pm, por tanto, podrían conversar en privado mientras degustaban un par de tragos.

Necesitaba desahogarse. Y necesitaba que alguien le reafirmara algo que, increíblemente, él mismo no se atrevía a afirmar. Quería escuchar a su amigo decirle que aquella sociedad respetaba su historia pasada. Y que de algo servían las cicatrices grabadas en su piel por una guerra lejana en el tiempo y la geografía. Una guerra que, por entonces, había creído necesaria y honorable. Se sentía un poco deprimido, algo que no reconocería jamás en un país como el suyo. Eso allí era "*cosa de mujeres"* …o en buen cubano, "*mariconería barata"*.

Mientras manejaba su Hyundai por la Quinta Avenida de Miramar, la emblemática vía urbana con mansiones eclécticas de los años veinte y árboles bien podados en la alameda central, el hombre sintió que no llegaba aire a sus pulmones. No podía dejar de mirar a los espejos retrovisores. *¿En verdad necesito todo esto? ¿No sería mejor colgar el sable y largarme de una vez de este país?* Se preguntó mientras giraba tomando una calle secundaria, para volver otra vez al cuestionamiento inevitable. *Y en ese caso… ¿cómo quedaría la vieja? ¿Cómo me ganaría la vida en Italia? ¿Podría Laura ayúdame a buscar trabajo a través de los curas?* La idea de un futuro plagado de incertidumbre no ayudaba a su equilibrio emocional. *Y para colmo el asunto del Tigre…que no le mencioné a esos cabrones. ¡Cojones, que estrés! Tengo que echarme un trago con Rolando o esto me va a liquidar*.

Aunque se hallaba inmerso en la preparación del viaje a Italia, las variables fuera de su control lo inquietaban. Sabía que, como funcionario del Turismo, podía recibir instrucciones, recoger su pasaporte visado y ser llevado al aeropuerto, sin garantía alguna de que abordaría el avión. La Seguridad del Estado tenía sus propios métodos y ejercía su magia de manera torcida: las prohibiciones de salida solo se revelaban en el último momento, cuando el viajero, frente al oficial de Inmigración, descubría que "había un problema" y no podía partir. Nunca se explicaban las razones, pero una marca

roja en la computadora dictaba el destino de la persona que, a partir de entonces, quedaba varada en su país de nacimiento.
Tras cruzar el elegante portón de madera, el joven directivo del Turismo saludó a los camareros que preparaban las mesas. Desde el jardín, notó que la mansión había crecido: una segunda planta se alzaba sobre la original. Se sorprendió por la rapidez de la obra, aunque sabía que, en Cuba, con dólares y materiales robados, todo era posible. Los obreros del Estado, contratados por un "cuentapropista" dueño de un negocio y bien pagados en moneda dura, construían en semanas lo que en al sector público le tomaba años.

Waldo recordó la casa de su amigo treinta años atrás: majestuosa, aunque más sencilla y algo despintada. Siempre la había admirado, era un símbolo del barrio elitista que, pese a los cambios políticos, seguía albergando a la élite… ahora revolucionaria. Miramar, con sus almendros en las aceras, sus casas biplantas de los años cincuenta con ventanales estilo Miami, terrazas amplias y jardines exuberantes de *marpacíficos* y buganvilia; todo aquello era parte del paisaje de su niñez. En los sesenta, aquellas mansiones de los burgueses que huían del comunismo habían sido cedidas a los nuevos dirigentes. Los padres de Rolando, antiguos campesinos convertidos en líderes tras la *Revolución*, habían adquirido aquella casa como recompensa por su lealtad al Partido.

- Dime, *broder*, ¿cómo te lleva la vida? Hace rato que no caías por aquí…la última vez que pregunté por ti me dijeron que estabas de viaje – comentó Rolando una vez sentados en el área *VIP,* tras ofrecer el habitual mojito a su amigo.
- Estuve de viaje, sí. Estuve en Italia con Laura y...
- Coño, compadre. ¿Y por qué no te quedaste allá? – interrumpió el dueño de la Paladar a Waldo.
- Ya sabes por qué, porque no es el momento aún – explicó el directivo de Horizontes y sorbió un poco de la bebida.
- Claro… *pa* ti nunca es el momento – razonó Rolando mientras negaba con la cabeza - Mira, mi hermano, acaba de

despertar…si sigues comiendo mierda se te va a ir ese tren.

- Está bien, ya lo sé. Me lo has dicho mil veces. Pero no es de eso que te quiero hablar – dijo Waldo y, echándose hacia adelante, invitó con un gesto de mano a su amigo a hacer lo mismo - Hay un tema ahí que necesito consultarte…un tema delicado.
- OK, dispara… ¿Qué es lo que pasa? – indagó el antiguo capitán de Tropas Especiales.
- Estoy *enmarañao*, Rolo - comenzó Waldo, bajando el tono de voz. Luego, tras terminarse el trago, continuó - Después que regresé de Italia, la gente del G-2 me detuvo y me llevaron *pa* una casa operativa. Me tuvieron allí varios días. Parece que salí mencionado dentro de una investigación, y querían comprobar si realmente tenía que ver con aquello.
- ¡Mentira, compadre! ¿Otra vez esa gente jodiendo? – soltó Rolando y miró con atención a su amigo, con los ojos muy abiertos - Pero bueno, todo se aclaró, ¿no? Porque de otra forma no estarías aquí contándomelo.
- Aparentemente. Pero estoy preocupado, muy preocupado, porque no sé si en realidad se convencieron de que soy inocente – explicó Waldo y exhaló con fuerza el aire de sus pulmones - Ahora tengo que irme otra vez *pa* Italia…y tengo miedo de que esos cabrones me paren en el aeropuerto y no me dejen salir del país.
- Sí, claro…siempre puede pasar una cosa así. Depende de ellos y lo que crean que hiciste o no – razonó el antiguo jefe de pelotón y encendió un cigarrillo.
- ¿Qué tú crees? ¿Me arriesgo a ir "así como así" … o trato de buscar información con algún socio de los que me quedan dentro del "aparato"? El punto es que no me gustaría hacer olas y que sea peor el remedio que la enfermedad. ¿Me entiendes?
- No sé, Waldo, en estos tiempos es difícil saber en quién confiar. Si tocas a alguien de adentro y te echa *palante*, se te

pone peor la cosa, porque entonces sí van a creer que no eres inocente – explicó Rolando y, tras soltar una nube de humo, quedó pensativo. Luego, con voz calmada, continuó - Tal vez sea mejor correr el riesgo, ir *pal* aeropuerto y ver qué pasa cuando estés allí.

- Sí, quizás sea mejor hacer eso. Lo que pasa es que entonces no voy a dormir hasta el día del viaje.
- Esto es Cuba, *broder*. Así funcionan las cosas aquí, nunca hay nada seguro.
- De verdad que este país se está poniendo del carajo, Rolando. Cada vez machacan más a su propia gente. ¡Coño, con todo lo que hicimos por esto… y no confían en uno!
- No es que no confíen, Waldi, es que nunca confiaron. Lo que hicieron fue usarnos, te lo estoy diciendo hace rato. Te he dicho una pila de veces, que te vayas a vivir afuera con Laura, pero tú sigues perdiendo el tiempo con ellos, trabajando *pa* ellos – y dicho esto, el dueño de la Paladar hizo una seña a un camarero pidiendo otro mojito para su amigo.
- Me lo has dicho, es verdad. Y cada vez me doy más cuenta de que es así. Uno trata de no verlo, porque es de madre haber hecho tanto y darse cuenta de que no sirvió *pa* nada. Pero el sol no se puede tapar con un dedo – razonó Waldo y negó con la cabeza.
- Así mismo es. Mira, ¿tú te acuerdas del teniente coronel Braulio Quesada? El jefe de batallón en Techipa.
- Sí, claro que me acuerdo… ¿Por qué?
- Lo fui a ver hace quince días. Ernestico el de Exploración me dijo que lo había visto y que estaba enfermo, vaya, que se estaba muriendo…cáncer del hígado – explicó Rolando y apagó el cigarrillo contra el cenicero en el centro de la mesa - Si tú ves cómo vive ese hombre, Waldo, no lo crees. Ese tipo fue hasta del Ejército Rebelde en la Sierra, pero lo único que sabía era tirar tiros y los cambios lo cogieron demasiado

viejo. La mujer se murió de depresión hace un año, después de que los tres hijos se largaron *pa* la *Yuma*. Y como está retirado desde el ochenta y nueve, nadie se acuerda de él, nadie lo va a ver. Está en un apartamento de *micro* en San Agustín, comiendo la mierda que le dan por la libreta, el carro desbaratado y sin gasolina. Los vecinos lo llevan al hospital porque le tienen lástima. Eso es lo que logró ese pobre viejo después de darle su vida a la Revolución, mi hermano. Yo lo voy a ayudar a partir de ahora, a ver si por lo menos se muere con un poco de dignidad, pero eso no debía tocarme a mi…tú lo sabes. Mira, *broder*, vete *pa* Italia y si consigues algo allá, quédate, hazme caso, te va a ir mucho mejor. Después te llevas a tu hermana y a la vieja, siempre hay manera de lograrlo.

- Cojones, Rolo, que pena eso que me has contado de Quesada – comentó Waldo contrayendo el rostro. Luego agradeció con un gesto al camarero, quien acababa de poner el segundo mojito sobre la mesa y, tras unos segundos mirando abstraído hacia el suelo, continuó - Avísame cuando vayas a verlo de nuevo, quiero ir contigo… ¿A dónde ha llegado esto, compadre, cuando a un tipo como ése lo dejan tirado así, como un perro? ¡Me cago en diez, *broder*!

Waldo se terminó su mojito y dejó la frase atravesada en su garganta. Conocía las condiciones en que vivían muchos cubanos a esas alturas, pero en el fondo, de manera subconsciente, se alejaba de aquella realidad cuanto podía con tal de seguir adelante y hacer su trabajo, el que de alguna manera le convertía en un privilegiado. Tenía al menos un buen auto, gasolina, viajes al extranjero que le aportaban algunos dólares, además del dinero resultante del alquiler de habitaciones en el apartamento de su madre. Y ahora Rolando, de pronto, le había contado la historia de Quesada como tirándole un cubo de agua helada encima, sacándole abruptamente de su amnesia voluntaria, trayéndole a la cruda realidad de los traicionados.

Había venido a ver a su amigo para quejarse de su infortunio, de las sombras recientes con que el poder parecía estarle eclipsando la luz. Y para tratar, quizás a través del diálogo, de combatir la incertidumbre que generaba ser un rehén de ciertas políticas nacidas del fanatismo oficial. Ahora, después de su visita, se iba convencido de que sus problemas no eran tan graves como imaginaba. Si un héroe como Quesada se preparaba estoicamente para dejar este mundo, sin mendigarle a los oportunistas políticos lo que éstos le habían negado (y que por derecho propio le correspondía), él, el hijo de Rogelio Rivero, tampoco iba a quebrarse.

Región del Niagara, del lado americano. 24 de diciembre. Club de Paracaidismo Deportivo "*Northern Skydiving*".

En una esquina de la nave pintada de color rojo, alargada y voluminosa, David esperaba por su primo Elías, quien había entrado a las oficinas del Club. Tras una breve conversación con dos individuos dentro del local donde se planificaban los vuelos y saltos al vacío, el oficial de la DEA salió al área donde reposaban más de una docena de contenedores, con sus paracaídas dentro de ellos.

Se trataba del área de plegado, cubierta por un enorme techo convexo que formaba una especie de semicírculo sobre el suelo tapizado de lona verde oliva. A esa hora de la tarde no había allí nadie más que David, con su vista fija en los contenedores y la sensación de que la saliva no le bajaba por la garganta. Muy pocos paracaidistas se aventuraban a saltar en diciembre, con temperaturas bajo cero o cercanas a éste. Ese día en particular, solo dos habían saltado en la mañana para apreciar las legendarias cataratas, navegando sus paracaídas desde los mil quinientos metros de altura. Como había explicado Elías a David, este era un deporte de verano, otoño y primavera, pero casi nunca de invierno. El dueño del Club, paracaidista profesional, era un amigo muy cercano y veterano de la DEA, que había servido con Elías años antes en el estado de Nueva York.

El club haría su único vuelo de esa tarde, sin que sus dueños tuvieran una idea clara de quien era el tipo misterioso que debía saltar sobre el área de *Blairville*, del lado americano, casi a orillas del

río que desemboca en el lago Ontario. Solo sabían que era alguien vinculado a Elías, y que estaba cumpliendo una tarea "*off the book*" orientada por el oficial. Para gente que provenía del mundo de la acción, de las agencias federales, esto era suficiente.

Elías se acercó a su primo acompañado de los dos individuos, ambos en sus cincuenta avanzados, pero aún atléticos para su edad, e hizo las presentaciones de rigor. Steve, el dueño del club, era algo más comunicativo, el piloto, Jack, apenas parecía conocer el alfabeto.

- Me dice Elías que hace muchos años no saltas, pero estás certificado… ¿cierto? – indagó Steve tras los estrechones de mano.
- Sí, claro, solo necesitaría refrescar un poco lo básico, si no les molesta – respondió David, cada vez más convencido de que aquello era la locura más grande que haría en su vida
- Por supuesto, eso es lo que haremos en un momento. Quiero mostrarte el equipo y chequear todos los detalles, especialmente los procedimientos de emergencia. Te vamos a dar un dos sesenta, acorde con tu peso. Y vas a saltar asistido, con línea estática. Yo voy a hacer de *coach*, conozco el área perfectamente. Entonces, vamos a movernos hacia allá para hacer el entrenamiento, ¿OK?

Durante la siguiente media hora, David practicó caídas y *rollovers*, sintiendo que el vendaje en su torso se movía exponiendo el área dañada por la bala. El dolor aumentó, pero disimuló ante el instructor. Luego, suspendido de un arnés y creyendo que la herida terminaría por abrirse, ensayó el procedimiento de emergencia con el paracaídas de reserva. Exhausto, sin poder apenas hablar y rechinando los dientes en cada nuevo movimiento, esperó a que Steve diese por concluida la sesión. Finalmente, el dueño del club lo declaró listo y ordenó preparar el avión.

Dos horas después, envuelto en su overol azul y con un casco cubriéndole la testa, David caminó hacia la Cessna 206, cuya hélice vibraba en marcha. El director del club, equipado con su paracaídas, se apartó al notar que Elías necesitaba hablar con su "asociado".

- Escucha, primo – comenzó el oficial de la DEA un último chequeo de los detalles operacionales - Tienes contigo en los bolsillos interiores dos pasaportes, dos tarjetas de crédito y dos licencias de conducir…más el cash que pude resolver y el celular. Recuerda los mapas y las fotos aéreas que estudiamos. Te sueltan encima del Joseph Davis Estate Park, y planeas hasta el otro lado del río, donde está la fábrica de vinos. Doscientos metros río abajo, y doscientos tierra adentro, hay un decampado grande, los terrenos del Centro Nacional Croata. Allí vas a ver el van con una cruz anaranjada en el techo, y allí va a estar mi hombre esperándote. Tienes un celular activo en el bolsillo derecho, para caso de emergencia. ¿Todo claro?
- Muy claro, sí, aquí abajo. Vamos a ver allá arriba. Igual esto es una locura, pero no hay de otra. Tranquilo…será lo que tenga que ser. Oye, no tengo como pagarte todo lo que has hecho…
- Cállate la boca…y solo procura aterrizar donde debes. Ven acá, dame un abrazo…

Ambos primos se abrazaron brevemente, conscientes de la incertidumbre que los envolvía. Aunque no era el primer salto de David, sí sería el primero sin control total sobre las variables de la acción. Con tanto tiempo pasado desde que hiciera su curso de infiltración aérea, había olvidado algunos de los patrones que deben gobernar la psique en situaciones extremas, cuando se cruza la frontera entre osadía y locura. Cuando juegas a desafiar la gravedad, debes hacerlo como si hubieses nacido con alas, de lo contrario la oscuridad te devora. No hay margen para cometer errores. Y David estaba consciente de ello. David y Elías sabían que aquella podía ser su última despedida.

La rotación de la hélice del Cessna, con su sonoridad característica, trajo a David de vuelta a la terrenalidad del pequeño aeropuerto. El viejo Steve dejó a David entrar primero al avión y le ordenó sentarse en el suelo, de espaldas al piloto. A continuación, abordó él mismo, revisó el equipo de su "cliente" y enganchó el *moquetón* a una anilla

metálica. Haciendo una seña, rotando su índice en el aire, Steve indicó al piloto despegar. La avioneta comenzó a rodar por la pista de hierba, en cuyos laterales podía verse pequeños islotes de nieve acumulada en días anteriores. La temperatura era de menos diez grados Celsius. Elías vio como la pequeña aeronave se elevaba en el aire y tomaba rumbo a las cataratas del Niagara. Entonces hizo algo que desde chico no hacía, comenzó a rezar los fragmentos que recordaba de un viejo Talmud traducido al inglés.

Veinte minutos más tarde, a dos mil metros de altura, David observaba la imagen más sublime de su vida. El río caudaloso, como una arteria vital de la Tierra, llevaba sus aguas desbocadas hacia un destino inevitable, la caída en el lago apacible decenas de metros más abajo. La fusión de aquel torrente de vida, violento, dinámico, con el remanso de paz en el fondo del embalse natural, generaba una explosión de partículas acuosas que ascendían por millones y flotaban en el aire, haciendo una danza cíclica, creando una nube mística de gran belleza. El ex oficial de la CIA estaba presenciando aquel acto estético de la Madre Naturaleza, desde el auditórium más exclusivo que los humanos pudiesen disfrutar, desde las alturas, desde las nubes. Se dijo que no en balde las cataratas del Niagara, por derecho propio, compartían lugar en la lista de las grandes maravillas de este mundo.

Mientras David se abstraía unos segundos de su misión, el veterano Steve, arrodillado en la misma puerta del Cessna, miraba hacia abajo a través del cristal de su casco de salto. Ambos sentían un frío cortante, hiriente, a pesar de la ropa de lana bajo el overol. La baja temperatura hacía que a David le doliera la costilla aún más, lastimada durante las practicas realizadas esa tarde en el club. Ahora pensaba en su hijo, sus padres, su esposa, y la duda comenzaba otra vez a martillar su psique. ¿Estaría haciendo lo correcto? ¿Sería capaz de navegar su paracaídas y aterrizar donde debía?

No tuvo tiempo de cuestionarse más sus decisiones. Tras una seña de Steve, el piloto disminuyó las revoluciones y la avioneta comenzó a volar muy despacio, apenas manteniéndose en el aire. David percibió el cambio de ritmo de motor, y su corazón aceleró el paso.

El grito de "a la puerta" lo estremeció, como clara indicación de que ahora venía el momento de la verdad. Agarrado del marco del fuselaje y con sus piernas colgando, esperó la segunda voz de mando: "Preparado" …y un segundo más tarde el grito de: "Salto".

Su cuerpo recibió el golpe de la masa helada de aire apenas se lanzó al abismo, mientras extendía brazos y piernas haciendo un arco perfecto. La sensación de vacío en el estómago duró muy poco, apenas la cuerda se tensó, su extremo haló la tapa del contenedor sacando la bolsa del paracaídas. El violento tirón frenó la caída bruscamente, haciendo a David balancear su cuerpo, tirando sus piernas hacia arriba con violencia. En cuatro o cinco segundos, la campana estaba perfectamente abierta sobre su cabeza.

David zafó las agarraderas de los timones, metió sus manos en ellas, y comenzó a ubicarse desde su altura, mirando la geografía casi dos kilómetros más abajo. Cuando encontró los puntos de referencia, trazó en su mente el patrón de planeo, y comenzó a manejar su paracaídas. Le dolía la costilla al punto de enloquecer, pero esto era ahora secundario. De momento, debía volar cruzando el río, con el gigantesco lago Ontario a su derecha, hasta aterrizar en el terreno rectangular al fondo de una finca en el lado canadiense. Acababa de ver, entre la nieve y las hierbas, el van negro con una cruz naranja en el techo. Allí estaba su hombre, hasta allí tenía que llegar.

Por unos cinco minutos el ex oficial de Inteligencia maniobró su paracaídas planeando hacia territorio canadiense, hasta que inició la aproximación final, la parte realmente peligrosa de aquella locura. Estaba a unos cien metros de su marca y a unos cien de altura. Soltando los frenos, avanzó impulsado por el aire a unos cincuenta kilómetros por hora. Cuando le separaban unos tres metros del suelo, haló despacio los timones hasta llevarlos a la ingle. Todo parecía perfecto, hasta que no lo pareció. El *frenado* se había iniciado un poco tarde, resultado de la falta de práctica. Entrando a demasiada velocidad sobre el terreno, David pisó la hierba mojada con residuos de hielo. Una de sus botas se enterró en un desnivel, provocando un violento tropezón. Su cuerpo rodó un par de metros

hasta que se detuvo. El paracaídas había quedado detrás de él, ondulando ligeramente con las ráfagas de aire.

El individuo que había estado observando la trayectoria de David, usando unos prismáticos militares, abandonó la furgoneta y corrió hacia el centro del descampado. Su rostro reflejaba preocupación, el aterrizaje no parecía haber sido nada suave. No sabía en qué estado encontraría al enviado de Elías, o si aquello terminaría en heridas serias. Y llevar al sujeto a un hospital estaba fuera de la ecuación. Cuando el hombre logró levantar a David del suelo, sintió un alivio repentino. El infiltrado estaba magullado, adolorido, congelado de frio, pero estaba consciente y ubicado espacialmente. Podía andar por sus pies, aunque con cierta dificultad. Y aseguraba hallarse bien, pedía con ahínco marcharse de inmediato de aquel lugar.

Tras desenganchar el paracaídas del cuerpo de David y doblarlo sin mucho cuidado, haciendo de él una masa de nylon y cuerdas, el receptor de la operación lo guardó en una bolsa gigantesca y lo introdujo en el van. Luego ayudó al ex oficial de la CIA a abordar el vehículo, en su parte delantera, y dando marcha atrás, abandonó la finca donde al parecer, no había otras almas además de las suyas. Ahora debían dirigirse a Toronto, a donde arribarían según el plan dos horas más tarde. Una vez en la ciudad, el fugitivo podría considerarse a salvo. Allí se hospedaría unos días en el Thompson Hotel como el señor Huge Mackenzie, empresario australiano en tránsito hacia Londres. La primera etapa del plan de escape estaba casi concluida. David estaba al menos fuera del territorio americano. La próxima frontera a cruzar sería la del silencio.

Washington DC. Finales de diciembre de 1997.

El señor Edward Mac Neill, envuelto en su gabardina color crema y usando un sombrero que le cubría de la nieve, miró unos segundos la foto del pasaporte ahora en sus manos mientras esperaba por su contacto en el Lincoln Memorial. La imagen del hombre calvo, delgado y de mirada cansada le impresionó. Pensó que había envejecido demasiado rápido, tenía cincuenta y seis años cumplidos de los cuales había pasado treinta en la CIA, viajando de una latitud a otra durante sus misiones como oficial primero y jefe después,

dentro de la organización de Inteligencia más grande del mundo. – *¡Parezco un maldito anciano, Dios mío!* – pensó mientras guardaba en su bolsillo el documento, que muy pronto destruiría y en el cual se apreciaba el nombre de Rudolph Van der Rein. Quitándose los guantes, sacó de la gabardina una cajetilla de Marlboros y encendió un cigarrillo. Antes de guardarla, echó un vistazo a la fosforera anticuada que jamás se separaba de él y sonrió. *Esta mierda va a lograr lo que no pudieron Hezbollá y Amal juntos* – pensó, mientras exhalaba el veneno en forma de humo, recordando un programa de TV demasiado descriptivo sobre el cáncer de pulmón.

En ese instante, una sombra con forma humana se acercó a sus espaldas, sigilosamente, hasta quedar a unos metros de distancia. Aquel sexto sentido que muchas veces le salvara el pellejo, avisó a Edward de una presencia tras las columnas, situadas alrededor del monumento a Abraham Lincoln. Sin moverse, introdujo su mano en el bolsillo de la gabardina tomando la diminuta pistola calibre treinta y dos. Habiendo vivido toda su adultez como si caminara por el filo de una navaja, y habiendo visitado latitudes donde la vida valía lo que un funeral breve y barato, siempre estaba listo para salvarse usando la violencia. Y ahora más que nunca, pues se sabía inmerso en un océano conspirativo de aguas profundas, rodeado de criaturas de alma oscura, bastante peligrosas. Edward se volteó rápidamente dispuesto a defenderse. Para su sorpresa, se tropezó con la mirada indiscreta del subdirector de la CIA, el señor Robert Lambert, quien sonreía desde lo alto.

- Llegas media hora antes, me asustaste – dijo relajando su diestra dentro del bolsillo.
- Tú también has llegado muy temprano – replicó el jefe de los Servicios Clandestinos de la Compañía.
- Es mejor precaver, quería asegurarme de no encontrar intrusos o curiosos.
- Sí, claro. Entonces, ¿cómo va la cosa? – indagó el subdirector y escaneó con la vista, discretamente, los alrededores.

- Ya José Mariano salió hacia Cuba vía México. El Cosmos navega en este momento con su paquete desde Las Bahamas y arribará a la isla muy pronto. El marinero va a salir del país casi inmediatamente, por aire, para evitar cabos sueltos en el terreno, dejando el fusil en el yate atracado en la Marina. José Mariano recoge el arma el día antes de la acción – explicó Edward y dio una calada profunda al cigarrillo, exhalando luego el humo hacia arriba.
- ¿Y el chivo expiatorio para inculpar a Castro? ¿Estás seguro de que esa parte del plan funcionará? – preguntó Lambert, mirando a su interlocutor con intensidad - ¿Cómo era que se llamaba…Aurelio?
- Arsenio. Arsenio Robledo – le rectificó Edward y se subió el cuello de la gabardina.
- Exacto, el coronel Robledo. ¿Qué hay con él?
- José Mariano lo va a contactar una vez tenga el arma en su poder. Se verán el mismo día del atentado en la habitación del Hotel Habana Libre. Allí lo adormecerá con una droga de acción retardada, de manera que el tipo muera unas horas más tarde, cuando ya todo esté hecho. Hará su disparo cuando llegue el momento y antes de retirarse, accionará el fusil otra vez, pero poniéndolo en brazos del coronel para que sus huellas queden impregnadas. Y para que haya residuos de pólvora en su ropa – Edward se interrumpió en ese punto y comenzó a caminar, al ver una pareja que merodeaba observando la estatua de Lincoln. Lambert le siguió, la vista fija en los dos jóvenes recién llegados. Una vez alejados de ellos, el jefe de división de la CIA concluyó su explicación - Cuando la Policía cubana entre allí, tendrán a su "tirador" fallecido "de un infarto".
- ¿Y estamos seguros de que ese hombre acudirá a la cita? Al encuentro en el hotel, quiero decir – preguntó en un susurro el subdirector de la Agencia.

- Robert, ese hombre fue reclutado por mi hace meses para matar a Fidel Castro. Se le hicieron varias medidas activas de comprobación…y está limpio. Es un convencido, un tipo valiente. Tiene un resentimiento enorme contra los Castro pues los considera culpables de la muerte de uno de sus hijos. Claro que va a acudir al encuentro – En ese punto Edward se detuvo y observó con atención el rostro de Abraham Lincoln. Luego lanzó el cigarrillo dentro de un cenicero y continuó - Es una pena, pero un sacrificio necesario si queremos que el plan funcione. Matando a Castro no íbamos a terminar con su gobierno, pero inculpándolo de la muerte del Papa…tiene que haber una respuesta masiva. Incluso Europa tendría que abandonar a la isla a su suerte.
- ¿Y cuándo se revelaría la identidad del supuesto asesino, del coronel?
- Después de las primeras horas del escándalo, filtraremos a la prensa la historia del tipo y sus vínculos con Raúl Castro y familia. Tenemos fotos de Robledo con ellos, se las robamos al hermano en Madrid, y las suplantamos con copias. Más los videos del entrenamiento con el fusil fuera de Cuba.
- Y ¿estás seguro de que José Mariano no habló de esto con nadie? – preguntó Lambert mirando a los ojos de su subordinado.
- Él jura que no – respondió Edward ladeado la cabeza, haciendo una mueca ligera con los labios - Si lo hizo, es él mismo quien se pone la soga al cuello. Nosotros siempre vamos a negar nuestra relación con el plan. Si falla, no sale de la isla, los comunistas lo fusilan. Y si ellos nos acusan eso no es noticia, nadie acá les va a hacer caso – concluyó el hombre con una sonrisa.
- ¿Y qué hay de David Navarro? No sabemos exactamente hasta dónde conoce de la operación. Aunque hayamos culpado a los islámicos del ataque a la Cincuenta, David

podría hablar, dar una entrevista. ¿No crees que es un peligro muy serio? – razonó Lambert y observó los alrededores con mucha atención, nuevos visitantes acababan de llegar al monumento y eso no le gustaba en lo absoluto.

- Déjame explicarte algo, el equipo *de limpieza* revisó la furgoneta de la técnica y recogió el casete con la grabación de la reunión. También revisaron los cuerpos de los técnicos y no hallaron nada más. Allí no quedó nada que pueda incriminarnos.
- Igual no estoy tranquilo con ese cabo suelto.
- Concuerdo contigo, debemos hallar a Navarro. Pero no te preocupes. Aunque el muchacho es listo y tiene mucha experiencia, está acorralado y va a cometer algún error, ahí lo agarraremos.
- Edward, confío en que lo hayas hecho todo con absoluta profesionalidad. El asesor del presidente me advirtió que, si algo fallaba, él no saldría implicado.
- Puedes decirle que todo está bajo control.
- No estás entendiendo – dijo el subdirector y tomó al otro hombre por el antebrazo, alternando la mirada entre los nuevos visitantes al monumento y el rostro de su amigo - Quienes financian esto, los que ponen el dinero, están sentados en la cima del mundo corporativo. Allí no funciona la ideología, para ellos es solo negocios. Quieren acabar con Castro para poder entrar y repartirse la isla, pero no al precio de ir a la cárcel ninguno de ellos. Si esto sale mal, no es que nos vayan a silenciar o mandar a un puesto en las islas Fiji… nos van a matar, ¿entiendes eso bien?
- Perfectamente, siempre lo he entendido – respondió Edward y miró la mano de su jefe, quien de inmediato le liberó el brazo.
- A veces me pregunto si no estamos cruzando una línea demasiado gruesa. Si no estamos yendo demasiado lejos – dijo Lambert y fijó la vista en la estatua de Abraham Lincoln.

- Robert, deja el asunto de las líneas a los políticos, ese es el juego de ellos. El nuestro es el de los resultados. Siempre ha sido así, aunque no se atrevan a decirlo. Todo va a salir bien, confía en mí.

El silencio que siguió parecía pesar más que las columnas de mármol. Ambos hombres quedaron allí, de pie, inmóviles, observando al presidente americano del siglo anterior, tal vez en busca de una opinión o consejo... o de absolución.

Sobre el Mar Caribe. Finales de diciembre.

La joven aeromoza de Mexicana de Aviación se acercó al señor del traje azul oscuro, quien leía detenidamente la revista sobre los destinos turísticos del Caribe.

- ¿Desea algo de beber el señor? - preguntó en español

- Una cerveza, por favor – respondió José Mariano, quien volaba ahora como el señor German Barrios Callejas, empresario dominicano en viaje de vacaciones a Cuba.

El cubanoamericano miró por la ventanilla el azul Caribe que se extendía a veintiocho mil pies bajo la nave. Se preguntó si su "*abastecedor*" habría arribado a la marina Hemingway en la Habana. De éste dependía en buena medida el éxito del plan. Si lograba introducir el fusil de francotirador, pasando el control de Aduanas y Guardafronteras, lo demás era muy sencillo. Él estaría vigilando el barco desde su bungalow y solo tendría que entrar al mismo para sacar los maletines con las piezas del Barret.

Aquello no podía ser más profesional, el genio de Rudolph había pensado en grande. Solo había un eslabón débil en aquella cadena conspirativa, el coronel Arsenio Robledo podía echarse para atrás a última hora. Por un segundo, pensó en otro desenlace menos perfecto, más humano; que el viejo coronel se oliera algo y temiendo una trampa, intentara matarle en el momento del encuentro.

Unas horas antes de la acción, debía reunirse con el excoronel cubano reclutado por Rudolph, en una habitación del Habana Libre, frente a la Universidad. Allí lo anestesiaría con una inyección,

dispararía al Papa en el momento indicado, y luego haría un segundo disparo colocando el arma en brazos del coronel, dejando sus huellas como prueba. Después, saldría a toda velocidad rumbo al aeropuerto.

El hombre moriría poco después, sin llegar a cumplir el objetivo para el que tanto se había entrenado: matar a Fidel Castro, a quien culpaba de la muerte de su hijo. Una misión fantasma, concebida por la CIA—o más bien por un funcionario renegado de esa agencia —cuyo único propósito era facilitar el verdadero atentado e incriminar al gobierno cubano.

José Mariano sonrió ante la sencillez del plan: solo dos personas más involucradas. Una desaparecería tras completar el abastecimiento; la otra sería un cadáver pocas horas después. Un cadáver que, habiendo sido un alto oficial del Ministerio del Interior y amigo íntimo del sobrino de Fidel, bastaría para implicar a la poderosa familia en el magnicidio. Como colofón, la CIA filtraría a la prensa informes sobre supuestas "discrepancias" entre Fidel y su hermano respecto a la visita del Santo Padre. Querrían mostrar que Raúl Castro y su hijo, alto oficial del MININT, habían enviado un mensaje radical al mundo: que Cuba seguiría siendo comunista, atea… y que ni Dios mismo podría cambiar esa realidad.

José Mariano era un inmoral, aunque el mar de soberbia y narcicismo en que habitualmente transcurría su vida no le permitiese verlo…o aceptarlo. Pero era un sujeto muy estable en su inmoralidad, sin más bandera que su ego ni más escudo para justificar la violencia que el sentimiento de superioridad, de guerrero elegido, de supuesto redentor de una causa. Para él la moral era peldaño y no barrera. Supuestamente era y había sido educado como católico, sin embargo, no sería un problema asesinar al líder del catolicismo en el mundo con tal de eliminar a su peor enemigo, Fidel Castro. Sus compañeros lo conocían como un animal primario e iracundo, pero le perdonaban la ira en tanto les ayudaba a adelantar su agenda, a sembrar miedo a la traición entre los adeptos. Habría que ver cómo pensarían ahora, después de conocer que había asesinado a Claudio, solo porque éste no lo había apoyado

en su locura. A José Mariano no le importaba, él iba a pasar a la historia como el tipo que había tumbado a Fidel…*infringiendo un pequeño daño colateral: la muerte del Papa Juan Pablo II.*

Mientras tanto, en el Estrecho de la Florida.

George tecleó un código en el equipo GPS del yate "Cosmos" y segundos después recibió la señal del satélite indicando la posición exacta en que se encontraba. Con un compás midió en la carta náutica la distancia al faro del Morro de la Habana y se sorprendió de estar a solo treinta y cinco millas de su destino. Un par de horas más a "full de máquinas" y estaría frente a la capital de Cuba. Corrigió el rumbo manualmente hasta que el girocompás indicaba 210 grados y puso el timón en régimen automático. A continuación, revisó el libro de las frecuencias internacionales de radio y buscó las del puerto Marina Hemingway, preparándose para hacer su llamada y solicitar entrada a la instalación.

George había estado en Cuba antes. Había entrado dos veces por vía marítima, capitaneando su propio yate. Su ciudadanía británica había ayudado a que el navegante solitario fuese siempre bienvenido – Gran Bretaña era bien vista por las autoridades cubanas, siendo uno de los primeros emisores de turismo europeo a Cuba. Obviamente, los polizontes locales desconocían que el hombre era también americano. Y que había defendido las barras y estrellas del norte en geografías lejanas, asesinando a decenas de enemigos. Tampoco imaginaban que alguna que otra vez, aquellos feroces guerreros le habían dejado cicatrices en el cuerpo a George. Pronto la isla estaría recibiendo, otra vez, al inocuo viajero inglés que escondía bajo su piel al veterano Navy SEAL. Y en esta ocasión, el hombre traía consigo un arma que cambiaría el destino de la nación caribeña.

El marino descendió al camarote de proa, y fue directo al área de las camas. Levantando el colchón de una de ellas, removió una pieza de poliespuma gris, luego una plancha metálica, y finalmente una gaveta repleta de ropa. Envuelto en plástico, allí estaba el contenedor con el fusil Barret especial y sus proyectiles. Un arma pintada de negro, si ningún brillo, de diseño futurista y metal frio. George sonrió…a medias. Quienquiera que fuese a usar aquel fusil

debía ser alguien muy particular. Un tipo para quien la vida y la muerte no fuese muy diferente de los cristales en la mira telescópica de aquel Barret. Alguien importante iba a morir en los próximos días. George solo debía asegurarse de no estar allí para entonces. Pero en la guerra, eso él lo sabía muy bien, suele abrirse un abismo entre lo planeado y el resultado.

Londres. 6 de enero de 1998.

David Navarro se sentó en la cama de su habitación dentro del Hotel *Olympic House*, en la calle *Sussex Gardens*. La instalación tenía una ubicación perfecta, estaba rodeada de grandes parques metropolitanos y a cuatro paradas en metro de *Picadilly Circus*, zona de mucho movimiento durante todo el día. Era un hotel pequeño y discreto, de arquitectura victoriana con bellos portales de altas columnas, altas ventanas de guillotina, cornisas y balcones enrejados en medio de la ciudad histórica.

Llevaba tres días en Londres, después de haber pasado una semana recuperándose en Toronto, dando tiempo a que sus tobillos se desinflamaran. Ahora sentía que estaba listo para continuar con sus planes.

El día anterior había hecho una búsqueda minuciosa en Internet, desde un ciber-café cercano, para ubicar las iglesias católicas de la ciudad, sus direcciones y teléfonos. A continuación, había llamado una por una a las que aparecían en la lista, preguntando amablemente por el padre Agustín en cada caso. En su llamada número dieciséis le habían respondido que el párroco estaba en una misa, que podría llamarle más tarde o dejar su recado. Ahora David miraba el círculo rojo en el papel, sobre la mesa de noche: *Notre Dame de France (French Church), Leicester Place, Leicester Square, London WC2* - leyó en voz alta.

Luego de unos minutos pensando en sus próximos pasos, haciendo un chequeo mental de tareas y posibles escenarios, se levantó de la cama y descubrió a un hombre mucho mayor, canoso, mirándole desde el espejo. Alguien que pudiera ser él mismo dentro de veinte años, pero definitivamente no en ese instante. El disfraz, maquillaje,

o transmutación si debía ser sincero, era excelente. Con la ayuda del amigo de Elías en Toronto, David había logrado transformarse en el personaje que su nuevo pasaporte reflejaba: el empresario australiano Huge Mackenzie. Tomando su abrigo de la butaca, recogió todos los documentos, el dinero, las tarjetas de crédito facilitadas por su primo y abandonó la habitación. Tras descender por las estrechas escaleras, atravesó el recibidor y salió a la calle.

Una vez en la acera, extrajo su gorro tejido de lana y lo caló en su cabeza, estaba cayendo una nevada ligera y la temperatura había descendido a dos grados Celsius bajo cero. En *Paddington Station*, a unas cuatro cuadras de su hotel, bajó a la estación del metro y tomó el tren hasta el *Picadilly Circus*. Allí tomó otro hasta *Embankment*, un nodo de interconexión de varias líneas, donde podía subir y bajas escaleras a su antojo y asegurarse de no ser seguido. Minutos más tarde, tomaba un vagón de la línea *Northen* hasta la estación de Leicester Square, su destino de esa mañana.

A pesar del frío, había movimiento de personas en la plaza. Atravesando el parque rodeado de teatros, salas culturales y restaurantes, el que en tiempos más cálidos se inunda de jóvenes y artistas callejeros de todo tipo, David se detuvo en la rotonda frente a la estatua en mármol de Shakespeare. Descubrió la ubicación de las cámaras de CCTV y estudió brevemente los posibles "puntos ciegos". Antes de continuar caminando hacia la iglesia, sonrió al ver como el pulgar del escritor señalaba a un letrero que rezaba: *No hay oscuridad sino ignorancia*. Se dijo que hubiese preferido seguir a oscuras e ignorante de aquella conspiración internacional, que verse en la situación en que se encontraba.

Abandonando la plaza, David tomó una callejuela que nacía entre dos edificios victorianos de exquisita factura. El americano avanzó media cuadra hasta encontrar la iglesia de *Notre Dame de France*, una estructura de ladrillos y paredes medianeras compartidas con los dos edificios colindantes. Cuando penetró al templo la misa oficiada por el padre Agustín aún no había terminado. Bajo el domo de estilo romano, sostenido por arcos montados sobre columnas y con la imagen de la virgen María a sus espaldas, el religioso hablaba en

latín. Los feligreses, bajo el domo romano iluminado por el óculo, le escuchaban con atención.

David sacó una cámara digital diminuta y aparentó tomar algunas fotos del recinto religioso. Se concentró en las bellas ilustraciones monocromáticas de la vida de Cristo, realizadas por el artista Jean Cocteau. Luego enfocó con el zoom el rostro del sacerdote, bañado por la luz proveniente de los cristales del domo. Cuando tuvo el mejor ángulo, apretó el obturador y fijó una imagen del párroco. Tras guardar el equipo en el bolsillo de su abrigo, permaneció un rato más observado la misa, la iglesia y a cuanta persona estaba presente.

Una vez terminada la ceremonia religiosa y cuando los asistentes comenzaban a retirarse de la edificación, David se trasladó hasta el restaurante suizo *Mövenpick Marché* ubicado en la esquina de la plaza. Allí se sentó a esperar pacientemente, bajo el toldo del área exterior, a pesar de la temperatura de seis grados centígrados sobre cero. Quería ver salir al cura para seguirle y descubrir los lugares que visitara. Debería esperar horas, quizás días, pero tenía tiempo. Al menos hasta mediados de ese mes.

Después de haber consumido unas patatas suizas con queso, una ensalada *Caesar* y un *Ribeye steak* que no le pareció bien cocido, ordenó el postre que había captado su atención; un helado de avellanas. En ese instante, sin embargo, vio la figura fotografiada en su mente salir de la Iglesia. Llamó al camarero con premura, pagó lo consumido con una apreciable propina y se marchó del restaurante para comenzar la persecución clandestina.

El joven sacerdote, con paso apurado, se dirigió a la estación del metro sumergiéndose dentro del oleaje de personas que se movía en todas direcciones. David le seguía a unos treinta metros de distancia, y apenas tuvo tiempo de subir al vagón de la *Northen Line* que había tomado su objetivo. En la estación de *Embankment* estuvo a punto de perder el rastro del perseguido, pero logró ubicarlo en el último minuto abordando el tren de la *Circle Line* y corrió hasta capturar la entrada del vagón contiguo. Por unos minutos, ambos hombres viajaron bajo las calles de la ciudad

tranquilamente, hasta escuchar la grabación por el altoparlante del tren que decía: *Next stop, Tower Hill*...

David vio al sacerdote tomar su *sobretodo* y ponérselo nuevamente, mientras se levantaba de su asiento. El ex oficial de la CIA se aprestó a continuar el seguimiento secreto. Desde la estación del Tower Hill, el hombre de Dios se movió a pasos rápidos entre los bloques de edificios modernos, primero siguiendo las anchas avenidas, y luego las callejuelas aledañas, pero siempre aprisa. Finalmente se detuvo en la entrada de un edificio de apartamentos más modesto, con paredes de ladrillo y seis pisos, casi al final de la calle *Portsoken*. En la fachada había un letrero lumínico que rezaba: *Marlin Lodge*.

Parado detrás de una columna, el oficial de Inteligencia pudo ver al joven cura entrando en el lobby del edificio, tras abrir la puerta principal con una llave. A pesar del frío, David decidió quedarse en la esquina para ver salir al padre Agustín y continuar el chequeo de sus movimientos. Tomó una barra de chocolate que había comprado previamente y comenzó a ingerirla, buscando tener reservas de energía. Una vez agotado el alimento, tomó unos sorbos de whisky de la caneca que llevaba para la ocasión, en el bolsillo de la gabardina, mejorando la temperatura interior de su cuerpo.

Diez minutos más tarde, David sintió una especie de calor en el rostro. El cura se despedía en el lobby de un hombre de mediana edad, cuyo físico coincidía perfectamente con la fisonomía del conocido por "Tigre". Con la mayor discreción posible, David tomó una foto y se movió más hacia la esquina, por miedo a ser detectado. El padre Agustín salió a la calle y regresó por sus pasos, cruzándose con él. Mirando los números de un edificio, como quien busca una dirección, le dejó pasar y esperó a que se alejara.

Su plan operativo acababa de entrar en la segunda fase, ahora bebía elaborar una estrategia para atrapar al mercenario hospedado en el *Marlin Lodge*. Todo había ido mejor que lo imaginado una semana atrás, aunque debía reconocer que la información suministrada por Elías, a partir de las investigaciones de la DEA, había sido la clave de tan rápido éxito.

Al diablo con la espera – pensó David. Si iba a atraparlo, necesitaría algo más que paciencia. Necesitaba un arma.

En ese mismo instante, en Roma.

Waldo y Laura habían decidido almorzar en el restaurante *Fortunato*, ubicado en la Vía del Panteón. Durante su breve caminata hasta el lugar, ambos habían apreciado la arquitectura romana tradicional: las fachadas barrocas o renacentistas de colores ocre con molduras de estuco, ventanas ornamentadas, cornisas elegantes e incluso escudos nobiliarios junto a inscripciones hablando del linaje de los vecinos originales.

Waldo se sentía complacido, la sugerencia de su novia había sido excelente. El establecimiento se caracterizaba por una decoración sobria y refinada, con interiores que destacaban por su sencillez y buen gusto. Las mesas estaban dispuestas de manera ordenada, cubiertas con manteles blancos impecables, y el mobiliario consistía en sillas de madera que aportaban calidez al entorno. La iluminación era suave, las paredes estaban decoradas con elegantes elementos de madera, lo cual creaba una atmósfera acogedora y tranquila, ideal para una experiencia gastronómica memorable.

Waldo observaba ahora a Laura degustar su plato de *Salmone Affumicato*. Le gustaba la elegancia con que la joven manejaba los cubiertos, y a la vez, le provocaba una atracción un poco morbosa. Definitivamente, aquellas manos tenían algo sensual que despertaba en él la compulsión por tocarlas. Forzando su mente a regresar a los predios de la Roma histórica, donde ahora almorzaban felices, Waldo comenzó a preguntarse cómo haría para iniciar aquella conversación, planeada durante su vuelo a Italia unas horas antes. Había arribado a Roma el día anterior, y tendría un par de días para preparar sus reuniones de trabajo con los turoperadores locales. Por razones obvias, había dejado el tema escabroso de la historia del *Tigre* para esa mañana.

- ¿Qué? – dijo ella al sentirse observada.
- Laura, tenemos que hablar de algo muy serio…

- Sé lo que me vas a decir, no pongas esa cara de condenado a muerte subiendo al patíbulo. Ya lo decidí. La respuesta es *Sí*, me regreso a Cuba, el doctorado se queda para más adelante. Me quiero casar contigo y crear una familia, Waldi. Sé que vas a ser un buen esposo y un gran padre, de veras lo sé – dijo ella con una sonrisa, que enseguida cedió paso a una expresión de interrogación.

Waldo permaneció en silencio por unos segundos ante la mirada penetrante de la muchacha, quien había esperado una respuesta más inmediata y efusiva de su parte. Finalmente reaccionó, preguntando:

- ¿En serio? ¿Estás segura, Laura?
- Si, muy segura. Pensé mucho en nosotros mientras estabas en Cuba, y entendí que no puedo seguir tomando decisiones como si fuera mi madre. Yo no soy ella – explicó la joven científica y terminó de tragar el salmón. Luego sonrió y continuó - Sus experiencias con los matrimonios fueron muy malas, pero esa fue su vida, no la mía. No tengo por qué vivir con sus miedos. Voy a tratar de ser feliz contigo y ya, así de sencillo
- Coño, Laura…eso es lo mejor que he escuchado en mucho tiempo. Me haces muy feliz con esa decisión. Teniéndote a ti yo no necesito más nada – dijo él tomándole la mano a la joven, apretándola.
- Ah, ¿no? ¿Y qué hay de los hijos? – preguntó ella liberando su mano y cruzando los brazos, ladeando la cabeza mientras sonreía - Porque yo quiero tenerlos. Y quiero que sean tuyos, de nadie más.
- Por supuesto, corazón, quise decir "por ahora". Claro que en el futuro habrá que tener niños. Y tú vas a ser una madre espectacular, estoy seguro…

Waldo quedó pensativo, la mano de Laura atrapada en la suya. Tenía dudas de cómo iniciar la conversación relacionada con el atentado al Papa, en especial habiéndose desviado hacia un tema tan serio

como el que Laura, de repente, había traído a colación. Imaginaba, además, el impacto que la nueva noticia tendría en ella.

- Escucha, Laura. Hay algo que estaba a punto de decirte cuando empezaste a hablar, algo muy delicado. Pero ahora no sé si sea el momento …
- No, no, mi amor, dime. ¿Qué ocurre?, ¿es sobre nosotros?
- No, es sobre mí, sobre algo que supe hace un tiempo y es realmente grave – explicó él y comenzó a cortar el pescado.
- Me estas asustando. ¿De qué se trata? – preguntó la joven y sorbió un poco de vino, mirando intrigada a su novio.
- Tiene relación con la Iglesia y el viaje del Papa a Cuba. Pensé en comunicárselo a unos amigos del Ministerio del Interior, pero…En fin, que cuando estuve en la Habana me cogieron preso, y me tuvieron unos días en una Casa Secreta de la Seguridad, interrogándome.
- ¿Qué? ¿La Seguridad del Estado? – preguntó ella sobresaltada, dejando los cubiertos en el plato e interrumpiendo su cena.
- Sí, Laura, ellos mismos. Me estuvieron interrogando varios días porque creían que estaba en contacto con un servicio de inteligencia extranjero. Al final se convencieron de que aquello era una estupidez y me soltaron – ahora Waldo había interrumpido la cena y se había inclinado hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa. La joven lo miraba con los ojos muy abiertos, así que decidió completar su explicación - Después hablaron en mi trabajo, ya sabes, para limpiar la imagen. Solo por eso pude venir a Italia, de lo contrario me habrían expulsado de la cadena.
- Pero ¿eso qué tiene que ver con la iglesia? – indagó ella limpiándose la boca con la servilleta, sintiendo la comida atravesada en su garganta.
- No tiene nada que ver. O sí, pero son dos cosas separadas. Lo que quería comentarte es algo que conocí en Londres, y

es realmente grave.

- OK, te escucho. Acaba de decirme, me vas a matar de un infarto – pidió ella, más asustada que intrigada.

Él bajó la mirada, respiró hondo, y solo entonces se atrevió

- Laura, hay un complot para asesinar al Papa en la Habana dentro de unos días… y tengo que hacer algo para evitar que eso ocurra – Waldo se interrumpió un segundo, evaluando la expresión facial de su novia quien lo miraba incrédula – La Santa Sede tiene un Servicio de Inteligencia que se conoce como La Entidad. Necesito llegar a ellos a través de alguno de los curas con los que tienes buenas relaciones, necesito que me pongas en contacto con ellos.

Laura no respondió, se había quedado sin habla, sus manos petrificadas sosteniendo el tenedor y la copa ahora inmóviles. Sus grandes ojos azules tenían una expresión de franco terror. Cuando se recuperó de la sorpresa, preguntó en tono muy bajo:

- Dios mío, Waldo, pero… ¿cómo es qué tienes esa información? ¿Estás seguro de que es algo real? – indagó la joven, con la noticia rebotando de forma caótica en su mente, la respiración cada vez más acelerada.
- No importa cómo lo sé, lo importante es que hay que hacer algo para evitar que maten al Papa. ¿Me vas a ayudar?
- Claro Waldi, claro que voy a ayudarte. Solo prométeme que no vas a estar en peligro, que no te vas a involucrar en nada violento.
- Por supuesto que no, Laura. Ya tuve bastante violencia en mi vida anterior y no necesito ni un ápice más. Lo único que quiero es evitar que el Papa vaya a Cuba. Debemos informar a los curas sobre lo que va a pasar, quizás cancelen la visita…o cambien la fecha.
- Está bien, está bien. Déjame pensar…Mira, vamos a llamar al padre Giuseppe ahora mismo – y diciendo esto, Laura pidió la cuenta al camarero explicando que debían marcharse

de inmediato. Lo que estaba en juego ya no era solo su relación… sino la historia misma, el futuro, el de muchos.

Santa Sede. Roma. Biblioteca Vaticana.

Unas tres horas después de la conversión entre Laura y Waldo, un joven sacerdote estrechaba la mano de este último y se sentaba con sus interlocutores, alrededor de una mesa circular. Laura los había conectado. El padre Giuseppe, quien trabajaba para el Opus Dei pero se vinculaba secretamente con otras ramas más oscuras del Vaticano, había concertado inmediatamente una entrevista con Waldo. La información que Laura acababa de proporcionar debía canalizarse sin dilación, pero primero el sacerdote debía obtener más detalles.

La reunión transcurría en Villa Tevere, la sede central de la prelatura del Opus Dei. Se trataba de un antiguo complejo señorial romano que, con el tiempo, se había ampliado incluyendo varias edificaciones. En una de ellas, la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz, en una habitación adyacente a la cripta donde reposan los restos del fundador de la organización, la pareja de cubanos se sentaba en torno a la mesa de gruesa madera con el padre Giovanni frente a ellos. La decoración era muy religiosa, varios santos observaban desde sus nichos y la luz tenue, medio rojiza, daba un toque misterioso al salón sin ventanas. Un equipo de climatización mantenía la temperatura adecuada en el salón.

Durante unos veinte minutos el padre Giuseppe escuchó el relato con gran interés. Su rostro iba transformándose mientras recibía los detalles de aquella historia cada vez más insólita. Un plan macabro se estaba tejiendo en aquel preciso momento; una terrible conspiración a espaldas de Dios para asesinar, nada más y nada menos que a su representante ante los Hombres. El magnicidio tomaba forma mientras el reloj caminaba hacia el inicio del fin. El pastor de la Iglesia Católica estaba a punto de iniciar un Vía Crucis en pleno siglo XX. Aunque esta vez no se trataba de mostrar el camino de la Luz a través del sacrificio, ni habría resurrección como prueba de la razón. Esta vez, sencillamente, iban a descabezar a la

Iglesia de Cristo "sabría Dios" con qué objetivo. Una vez terminada la exposición por parte de Waldo, el padre preguntó:

- Acláreme algo, señor Rivero. Si su amigo iba a ser el ejecutor del atentado y se echó para atrás… ¿quién lo va a llevar a cabo entonces?
- No es mi amigo padre, es solo un conocido – rectificó Waldo al sacerdote - Y no, no dijo nada. No tenía idea de a quién podrían utilizar en su lugar. Aunque obviamente debe ser alguien vinculado al señor José Mariano Morejón…o quizás él mismo, a fin de cuentas, no es más que otro pistolero disfrazado de opositor político.
- Y su fuente le mencionó que el arma entraría a Cuba por vía marítima, por la Habana…pero no especificó el lugar del magnicidio, ¿cierto? – inquirió el cura, mientras las cuentas del rosario pasaban de mano, una tras otra.
- No padre, solo habló del abastecimiento por vía marítima, días antes de la acción.
- ¿Y por qué no informó usted a las autoridades de su país? Según me ha dicho en su relato, estuvo vinculado a agencias del gobierno cubano en el pasado, debe tener amigos a quienes les debiera interesar todo esto, ¿no es así? - la expresión facial del hombre de Dios se le antojó a Waldo demasiado mundana, aquel hombre parecía razonar más como un espía que como un sacerdote.
- Tengo mis razones para no hacerlo padre. Pero estoy seguro de que el Ministerio para las Obras en el Exterior de la Santa Sede, o La Entidad como le llaman ustedes, sabrá cómo proceder para evitar la catástrofe. Por eso le pido que contacte lo antes posible a las personas indicadas – presionó el joven cubano acercándose al borde de la mesa, apoyando sus brazos en ella.
- Usted no es creyente según sus propias palabras, hijo mío, entonces ¿qué le motiva tanto a ayudarnos, además del sentido elemental de decencia? Si no le ofende mi pregunta,

claro – preguntó el clérigo, poniendo algo parecido a una sonrisa en su rostro.

- Además de la decencia y el sentido común, hay razones personales muy poderosas. Si esta desgracia ocurre, de seguro se desencadenará una guerra en mi país. Un asesinato de esa magnitud sería la justificación para la intervención de tropas extranjeras en Cuba, especialmente las de Estados Unidos. Mi familia está allí, mis amigos, mi gente… es mi país Padre. ¿No cree que sean razones de peso? – y Waldo mostró las palmas de las manos, dejándolas así en esa posición por unos segundos. El sacerdote asintió con un gesto de cabeza.
- Claro, es perfectamente comprensible. Entonces, hagamos lo siguiente. Yo voy a visitar al padre Giovanni, que trabaja en el Ministerio para las Obras en el Exterior. Le contaré cuanto me acaba de decir y le entregaré el disquete que usted ha preparado. Mañana les llamaré para comunicarles su respuesta, pero sé de antemano que esto tendrá una alta prioridad en los asuntos vaticanos – y dicho esto, el padre Giuseppe se levantó de la mesa ofreciendo la diestra a Waldo.
- Supongo que por ese ministerio se refiera usted a quienes yo imagino – comentó Waldo, estrechando la mano menuda del sacerdote mientras le miraba a los ojos.
- Muchas gracias por lo que han hecho, La Santa Iglesia jamás olvidará este gesto. Ahora los acompañaré a la salida. Seguidme, por favor – dijo el cura evadiendo una respuesta concreta y, tras liberar su mano, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Londres. 7 de enero.

David salió a la calle desde la estación del metro en *Picadilly Circus* y se ajustó su gabardina. Debía apurarse con el plan, su objetivo podía marcharse de la ciudad en cualquier momento, de hecho podría estarlo haciendo en ese instante. Subió caminando por Regent

Street, mientras consultaba la nota de papel donde su primo le había escrito una dirección. Estaba en el Soho, un barrio de la capital británica bien energético y centro de una activa vida nocturna que incluye restaurantes, clubs, teatros y tiendas. El primo Elías había visitado Londres durante una operación combinada con la Policía de la Federación Rusa y la rama especial de Scotland Yard, cuando asesoraba a ambas agencias en el desmantelamiento de un canal de drogas desde esa ciudad hacia Moscú. Y al parecer no todos los implicados habían sido arrestados, algunos habían quedado en las calles. Con uno de ellos David contactaría muy pronto.

Unas cuadras más adelante, torció a la derecha en *Beak Street* y por ésta caminó buscando la intersección con Marshall. La mezcla ecléctica de arquitectura y establecimientos llamó su atención; había de todo allí: tiendas de marca, restaurantes, bares, edificios históricos, librerías y cafés de estilo europeo. Tras doblar en Marshall a la izquierda, identificó el edificio que buscaba unos cincuenta metros más adelante. Era una torre moderna de ladrillos grises y rojos, cuya entrada privada tenía gruesas puertas de cristales.

Luego de presionar el botón del apartamento número cinco en la pizarra metálica, una voz con fuerte acento irlandés respondió:

- Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?
- Buenas tardes, busco a Cillian, dígale que vengo de parte de *Viasheslav*, tengo un recado muy urgente para él.
- Está bien, suba. Le abro la puerta – dijo la voz y un timbre sonó.

Un minuto después, un joven rapado con sendas anillas en sus orejas y un bigote proverbial, unido a una barba en forma de "*chivo*", todo de un color parecido al fuego, abría la puerta del apartamento. La expresión era vulgar y no se necesitaba ser un adiestrado policía para identificar al sujeto como un ejemplar del bajo mundo londinense. David se preguntó si aquel espécimen no estaría perdido geográficamente, definitivamente el Soho no parecía el hábitat natural de tan pintoresco individuo. Aquel lugar, además, le parecía demasiado llamativo. Hubiese preferido un edificio sin

tanto lujo ni vecinos de alto estándar para un encuentro que requería, sobre todo, discreción. El rostro y el cabello, además del nombre y el acento del anfitrión, sugerían que era descendiente de irlandés, pero David solo estuvo seguro de ello al escucharle hablar.

- ¿Qué desea? ¿Quién es usted y por qué me busca?
- Vengo de parte de Viacheslav, me dijo que podías ayudar si se trataba de buen dinero.
- ¿Cómo sé que no eres poli? – preguntó el tipo, escaneando a David con la mirada y haciendo un gesto medio despectivo.
- Como mismo sé que tú eres Cillian – respondió David y miró hacia ambos lados del pasillo. No quería tener esa conversación en la puerta - Además, por el acento te habrás dado cuenta de que no soy inglés sino australiano. No tendrás cuentas pendientes por allá, ¿o sí?
- Entra.

Media hora después, con la penumbra invernal apoderándose de la ciudad, David caminaba por Oxford Street. En su bolsillo, apretaba la empuñadura de una Browning 9 mm. Llevaba dos cargadores: el original de trece cartuchos y uno extra. Le había costado caro, pero ya estaba listo para cazar al Tigre.

En la primera esquina dobló hacia una bocacalle y después de cerciorase de no ser observado por ningún transeúnte, envolvió el arma con restos de un abrigo que pescó de un latón de basura, dentro del cual efectuó un disparo. Se sintió tranquilo al ver que funcionaba. El ruido, amortiguado por la envoltura del arma, no había causado alarma en el vecindario.

David se sumergió de vuelta en el metro y se dirigió a Leicester Square. Una vez fuera del "*tubo*", caminó por una calle aledaña a la plaza y se acercó a un Austin aparcado en la acera. Lo había rentado horas antes y dejado en ese lugar, como parte de su plan operativo. El ex oficial de la CIA abordó el auto y encendió el motor, dejándole funcionar un rato. Debía estar caliente para cuando regresara al vehículo. Volvió sobre sus pasos y se sentó otra vez en el portal del *Mövenpick Marché*, donde fue recibido por el mismo dependiente del

horario de almuerzo. La sustanciosa propina de la ocasión anterior hizo que el muchacho se esmerara, dando un caluroso recibimiento al turista australiano.

La visibilidad había disminuido debido a la neblina y esto preocupaba a David. El frio arreciaba con la caída de la noche, por ello el ex oficial de la CIA alzó el cuello de su abrigo. Comenzó a pensar, evaluando todos los *pros* y los *contras*, como había aprendido a hacer durante sus veinte años de trabajo en el espionaje. El padre Agustín podría salir de la iglesia sin que él lo notara, con lo cual perdería el chance de "capturarlo" y que le condujera hasta el Marlin Lodge. En ese caso tendría que montar vigilancia en el lugar donde se escondía el Tigre, y forzar las cosas en el momento en que el cura lo visitase. Demasiada complicada esa variante, el hombre de Dios podría reaccionar con un ataque de pánico. Podría haber alguien más en el lobby del edificio. Preocupado por tantas variables fuera de control, David tomó una decisión: debía actuar en ese mismo instante. Debía dictar el curso de las acciones de manera activa, no pasiva. David terminó su cena, pagó y se encaminó a la Iglesia.

El padre Agustín se asomó a la puerta, alarmado por el recado que le había traído uno de los monaguillos: "*un hombre con acento extraño le busca en la entrada, dice venir desde Varsovia con un mensaje del arzobispo de esa ciudad"*. La alarma se convirtió en pánico cuando se vio encañonado por el visitante, quien cubría su arma y buena parte del brazo con un abrigo carmelita.

- Padre, va a tener que acompañarme. No es nada personal…pero no tengo opción. Venga conmigo.
- Pero hijo mío, es que…
- No tengo tiempo para repetirle mi orden – le interrumpió enérgicamente David – Si no hace lo que le digo, me obligará a dispararle aquí mismo.

El sacerdote comprendió al instante que no estaba frente a un novato. El aplomo y la seguridad presentes en las palabras del visitante le convencieron de su resolución a llevar a cabo la

amenaza. Esa persona había usado antes las armas, estaba claro. El hombre de Dios comenzó a caminar, seguido de David, mientras volteaba la cabeza y preguntaba:

- ¿A dónde vamos?
- Siga recto hasta la esquina y doble a la derecha. Hay un Austin negro aparcado a unos veinte metros, suba al volante.
- Esto tiene que ver con Ramón, ¿verdad? – dijo el padre refiriéndose a su primo.
- En el auto le explico, ahora camine.

Por unos minutos ambos hombres bordearon la plaza que, a pesar de la hora y el clima, parecía palpitar con su habitual vida nocturna. El prelado giraba su cabeza de vez en cuando, rezando por no encontrar la figura del hombre trigueño que le apuntaba con un arma bajo las telas del abrigo. Finalmente llegaron a donde David había aparcado el Austin. Una vez que hubieron entrado al coche, David se dirigió al sacerdote:

- Escuche Padre. Efectivamente mi problema no es con usted, sino con Ramón. Hay gente peligrosa buscándome. Gente que quiere matarme. Y solo hablando con su primo podré resolverlo. Lo siento, pero me tiene que llevar al *Marlin Lodge* … debo ver a Ramon allí.
- ¿Y cómo sé que no nos matará a ambos? – indagó el sacerdote mirando a su captor a través del retrovisor.
- Porque no soy un asesino. Los asesinos son otros. Y desgraciadamente trabajan para el gobierno de mi país – explicó David, inclinándose ligeramente hacia adelante, y continuó - Yo era oficial de la CIA, ¿me entiende? Y mataron a mi equipo a sangre fría para silenciarlos. Estoy decidido a resolver este asunto a como dé lugar y su primo es un elemento clave, le repito: no soy yo el malo de la película aquí, debiera preocuparse más por Ramón y su historial delictivo que por mí.

- Lo sé, hijo, sé perfectamente quién es Ramón, pero es mi única familia. Solo le he ayudado a permanecer oculto por un tiempo y le he pedido que se marche lo antes posible – explicó el cura mientras veía sus manos temblando sobre el volante - Él también está perseguido por su gobierno según me contó, de hecho, estoy gestionando su viaje a Roma para ver a las autoridades eclesiásticas y….
- Padre, me va a disculpar – interrumpió David al hombre de la sotana - No tenemos tiempo para esto ahora, por favor conduzca.

Roma. Santa Sede. Enero de 1998.

Oficinas del Ministerio para las Obras en el Exterior, también conocido como La Entidad.

El padre Giovanni terminó de leer el documento en su laptop. Su expresión facial denotaba preocupación. El ambiente del lugar era austero pero elegante, con paredes de tonos marfil adornadas con discretos frescos religiosos y grabados donde se apreciaban pasajes bíblicos sobre justicia y protección. Un crucifijo presidía la estancia, ubicado sobre un amplio escritorio de caoba oscura que transpiraba autoridad y sobriedad. Sobre el escritorio, además de una lámpara de bronce de diseño clásico, reposan documentos cuidadosamente organizados en carpetas con el sello del Vaticano, un teléfono cifrado para comunicaciones seguras y un codificador de seguridad avanzado. También podía verse una Biblia muy antigua, de siglos anteriores, junto a un rosario y una estatua pequeña de San Miguel Arcángel, el santo guerrero patrón de la protección espiritual a través de la espada.

En el informe que el sacerdote acababa de leer se describían elementos de un supuesto plan para asesinar a Su Santidad Juan Pablo II, durante su visita a Cuba, planificada para el mes de enero. Acostumbrado como estaba a analizar informaciones secretas de alto interés para su ministerio, la iglesia católica y el Santo Padre, su primera pregunta al padre Giuseppe fue:

- ¿Cuán confiable es el sujeto que entregó esta información?

- No lo conocía hasta ahora. Es el prometido de una joven cubana que realiza estudios en Roma, patrocinados por la Santa Sede, y fue a través de ella que llegó a nosotros – respondió Giuseppe, sentado como si fuese una estatua en la butaca de fieltro al otro lado del buró - Actualmente es funcionario del Ministerio de Turismo de Cuba, pero en el pasado fue militar y estuvo involucrado en la guerra civil de Angola. También formó parte del aparato de Inteligencia cubano a finales de los ochenta. Eso fue lo que me comunicó en el contacto que sostuvimos.
- ¿Y por qué no informó a los cubanos, a las autoridades locales allá, quiero decir? ¿No sería esto más lógico, especialmente con ese pasado que dice tener? – indagó el hombre de la Entidad, mientras leía algo en su laptop.
- Argumenta tener motivos poderosos para no hacerlo, creo entender que su ruptura con los militares allí no fue precisamente apacible. Por ello espera que seamos nosotros quienes investiguemos el complot, e impidamos que se produzca el viaje del Santo Padre a la isla.
- Su Santidad no va a cambiar de opinión, no va a cancelar la visita – aseveró el anfitrión y se detuvo a observar un fresco donde un Pontífice de otra era oficiaba una misa, rodeado de cardenales - Para Él ésta es una misión encomendada por la Divina Providencia y no va a defraudar ni al Creador ni al pueblo cubano. De todas formas, habrá que imponerle de todo y tomar medidas extremas para su protección.
- En lo que pueda ser útil, padre Giovanni, solo tiene que ordenar. Me siento honrado de poder servir a Dios y a su pastor en la tierra en asunto tan delicado e importante.
- Lo sé Padre, usted tiene toda nuestra confianza. Le agradezco en nombre de Dios lo que ha hecho. Esté listo para una entrevista muy pronto con el cardenal Poggi y el Santo Padre.

- Gracias, esperaré en mi oficina por si me necesita… y que Dios le guíe en esta difícil tarea – y dicho esto, el padre Giuseppe se levantó de la butaca, fue hacia la gruesa puerta decorada con ribetes dorados y abandonó la habitación.

El padre Giovanni era un experimentado oficial de Inteligencia, además de un servidor de Dios en la casa magna. Sus conocimientos sobre operaciones de espionaje, contraespionaje y análisis de información los había adquirido durante años de estudios en la Academia de los Carabinieri primero, y en la INTERPOL después. Había cumplido misiones de investigación en América Latina y África, más de una vez, pero nada se comparaba con lo que acababan de poner en sus manos. Esta vez se trataba de la vida del pastor de Dios en La Tierra.

Aun cuando el Creador había salvado a su Santidad de la muerte años atrás, después de recibir un balazo de parte de un terrorista turco, no se podía dejar todo en manos de la Divina Providencia. El sentido común, cualidad humana también presente en los hombres de Fe, le decía al sacerdote que la Iglesia estaba entrando en una carrera contra reloj. La voluntad divina en sí misma no iba a alcanzar esta vez, iba a hacer falta voluntad humana y mucha. Pero para eso estaba La Entidad. Para tornar la histórica y tradicional sotana en una moderna cota de malla, para adicionar cierta humanidad mundana a la espiritualidad; para lanzar a la batalla a unos cruzados secretos cuya existencia era poco conocida pero absolutamente real. Unos cruzados cuyas armas habían evolucionado tanto como la propia civilización humana. La iglesia de Cristo, además, tenía una vasta red de información, quizás la más vasta de todas. En situaciones como esta, escasos minutos separaban a Roma del último de sus confesionarios. Aunque la seguridad interna de la Santa Sede descansara en el Cuerpo de Gendarmería, incluida la protección de los cardenales, obispos y hasta la del Santo Padre, el espionaje como tal era cuestión de los curas. Pasar y recibir información, influenciar procesos políticos, o negociar con los servicios de Inteligencia de otras naciones, era una tarea que solo a algunos sacerdotes ordenados les estaba encomendada. Así había

sido por cinco siglos, desde que en 1566 se creara la llamada Santa Alianza por el Papa Pío V.

El padre Giovanni miró un file que reposaba abierto en su buró, y comenzó a leer un fragmento subrayado con marcador. Era una solicitud de un padre católico de Londres, pidiendo ayuda para enviar a Roma a una persona, en cuyas manos yacía una información ultrasecreta de gran interés para la más alta jerarquía eclesiástica. Decía el sacerdote londinense, párroco de la Iglesia *Notre Dame de France*, que el asunto era muy urgente y estaba en juego el futuro de la Santa Sede. La persona en cuestión pedía protección para su vida y solo entregaría la información a los encargados de la seguridad Papal.

- Tiene sentido. Al cubano le entregaron la información en Londres hace un mes. Y ahora el padre Agustín dice tener a alguien escondido en esa ciudad, queriendo informar al Papa sobre algo terrible para la Iglesia – pensó en voz alta Giovanni, para a continuación ordenar a su secretario – por favor, Abelardo, comuníqueme con los aposentos papales. No hay un segundo que perder.

En ese mismo instante en el Marlin Lodge Aparhotel.

Cuarenta minutos después de haber sido secuestrado a punta de pistola en la entrada de su templo, el padre Agustín tocaba a la puerta del miniapartamento donde se ocultaba el Tigre. A un lado, y fuera del alcance del visor, David permanecía con el arma bajo el abrigo apuntando hacia el picaporte. El sacerdote ya había hablado con su primo por el intercomunicador, desde el lobby, por lo que éste no sospechaba de peligro alguno. No obstante, en los últimos días, el fugitivo había decidido recibir a cualquiera que le visitara con su arma en la mano, oculta tras la espalda. Y esta vez no sería una excepción.

El Tigre miró por el visor para cerciorase una vez más de que no había peligro. Al ver a su familiar, la única persona que le visitaba además del superintendente, comenzó a abrir la puerta. La patada

propinada por David a la misma hizo que el golpe, en pleno rostro, tuviera un efecto brutal.

El Tigre recibió el portazo de sorpresa sin poder esquivarlo. La madera, gruesa y dura, le fracturó el tabique y parte de la boca. Su cuerpo cayó semi consciente sobre la alfombra al lado de su Colt calibre 45. Mientras David entraba y ponía un pie sobre su garganta, el padre Agustín echó a correr por el pasillo con todas las energías que el terror produce en creyentes o ateos. Ya casi llegaba a las escaleras cuando escuchó la llamada y se detuvo:

- ¡Padre!

Al voltearse, vio por primera vez el arma desnuda en la diestra de David, apuntándole. La Colt del Tigre colgaba de la otra mano, para hacer más patente la amenaza. Aun en la distancia, el sacerdote creyó sentir la frialdad del metal…y de la mirada del hombre que le apuntaba desde la puerta del apartamento. No le fue difícil comprender que el sujeto no erraría el tiro, así que regresó resignado sobre sus pasos hasta la habitación.

- Dios santo, ¡es usted un salvaje! – dijo con cara de espanto, al ver a su primo tendido sobre un charco de sangre en la alfombra.
- Sí, claro…y su primo es un angelito inocente. Venga, ayúdeme a levantarlo, no se quede parado ahí. Está inconsciente, no muerto.

Luego de atar las manos del Tigre a la espalda, David y el sacerdote acostaron al sujeto en el sofá de la saleta comedor. El ex oficial de la CIA aplicó un pañuelo a la nariz del sujeto tratando de controlar el sangramiento, y pidió al cura que continuara sosteniendo la tela sobre el rostro de su primo, quien comenzaba a quejarse, balbuceando una frase en español.

Por un rato, mientras el sacerdote cuidaba del herido, David realizó una inspección pormenorizada del apartamento, cuyas áreas estaban mezcladas dentro una pieza única. Había un amplio ventanal, tapado por dos cortinas gruesas, un sofá y una butaca, una mesa de comer con dos sillas, y un bar con dos butacas altas a través del cual se

veía la cocina. En la pared del fondo, una mesa alargada sostenía un televisor bastante grande, donde un programa informativo daba noticias de actualidad. Aunque solo podían verse los cintillos con el resumen pues el volumen estaba desactivado.

Muy pronto, David encontró varios documentos impresos de su interés, los cuales estudió detenidamente. Una laptop estaba encendida sobre la mesa de comer, los programas abiertos en la pantalla. Obviamente, su propietario había estado revisando algo en el equipo antes de la inesperada visita. David dedicó unos minutos a leer los archivos que pudo abrir en la computadora, esperando por la recuperación del individuo, que ahora yacía alelado en el sofá. Cuando éste logró tener plena conciencia, el americano se sentó frente a él y comenzó a explicarle quién era y por qué estaba allí.

El delincuente floridano no tardó mucho en comprender que solo tenía una opción. Había vivido las últimas semanas como un animal perseguido por depredadores mayores, por tanto, era solo cuestión de tiempo que le capturaran. Y había jugado sus cartas, tratando de ganar el pequeño margen que necesitaba. A pesar de su mala suerte, y la decepción que sentía por haber fracasado cuando casi llegaba a la meta, se consoló diciéndose que éste no parecía el peor de los desenlaces. Su captor no era más que otra presa dentro de la densa jungla en que su vida transcurría, y en la cual había sobrevivido hasta ahora. Solo que una presa con dos pistolas cargadas… y un desprecio visceral por los aventureros, delincuentes y gente sin principio que, como él, le habían jodido su carrera. Se dijo que debía cooperar con el ex oficial de la CIA y de esta forma, quizás, ganar algún tiempo extra. Tal vez no lo matara y se conformara con obtener la información que buscaba. Finalmente, el Tigre aceptó la propuesta de David de "testificar" ante una cámara de video, explicando cuanto sabía de los planes ideados por José Mariano Morejón y sus misteriosos amigos.

Dos horas después de haber irrumpido David en la guarida del cubanoamericano, todo estaba listo para la esperada confesión. Con el padre Agustín sentado en una butaca, ubicada fuera del ángulo de una cámara de video – la que había traído el sacerdote en un

maletín por órdenes de David - y el reo sentado exactamente frente a ésta, el antiguo espía apretó el obturador e hizo una seña a su prisionero para que comenzara a hablar. La cinta de video ocho comenzó a rodar, grabando la explicación que tanto había buscado David:

"Mi nombre es Ramón Berteaux, pasaporte número I45678659, y vivo en Miami, Florida. Soy ciudadano americano, pero nací en Cuba porque mis padres son de allí y emigraron a los Estados Unido en 1960. Me dedico al negocio del transporte marítimo, y soy propietario de dos embarcaciones registradas en Las Bahamas. Tengo tarjeta de residencia permanente en ese país.

Desde muy joven, por mi origen, he sido un luchador por la libertad de Cuba y he colaborado con las organizaciones anticastristas de Miami, entre ellas Comandos Libertad. A mediados del mes de octubre de 1997 fui citado por José Mariano Morejón Ávila, uno de los capitanes de Comandos L, para una reunión privada. Años atrás, él y yo habíamos "trabajado" juntos en el traslado de armas para la organización, trayéndolas desde Centro y Sur América hasta Los Estados Unidos.

El punto es que José Mariano me ofreció un "trabajo", por el cual dijo me pagarían cerca de un millón de dólares, mitad antes de la ejecución, mitad al terminarlo. Me explicó que se trataba de asesinar al Papa Juan Pablo II durante su visita a la Habana, usando un fusil calibre cincuenta equipado con mira telescópica y silenciador. Dijo que era un plan muy profesional, elaborado al más alto nivel dentro de la CIA, para inculpar a Fidel Castro y su gobierno, generando una situación que propiciara la intervención militar americana en la isla. José Mariano es un hombre vinculado a la Compañía, eso lo sabe mucha gente en Miami. No me dio otros detalles en ese momento y respondí que lo pensaría, porque pensé que, si decía que no, me iban a eliminar de su organización y perdería algunos negocios que tengo con ellos. Pero jamás consideré en serio hacer una cosa como esa, quiero dejarlo bien claro, yo no iba a dispararle al Papa así me ofrecieran mil millones.

Aquello me preocupó mucho, algo no encajaba, me parecía demasiado radical como para que la CIA estuviera involucrada. Necesitaba saber si esto era una cosa seria, o solo me estaban "probando" con una medida "activa". Pensé que a lo mejor me estaban poniendo el peor escenario delante para ver cómo reaccionaba y así saber si estaba dispuesto "a todo".

Como soy viejo en este negocio, le monté a José Mariano una operación de vigilancia secreta, chequeando todos sus movimientos dentro de la ciudad. Y descubrí que se reunía con un hombre alto, calvo, de unas 180 libras, nombrado Rudolph. Pude escuchar su nombre utilizando un micrófono direccional, en un momento en que ambos se despedían en la puerta de la casa donde se reunían: calle Toledo número 321, muy cerca del Coral Gables Biltmore Golf Course. Ésta es una foto del sujeto saliendo de la casa y ésta otra es de José Mariano – El Tigre mostró ante la cámara una imagen primero y la otra a continuación.

Buscando más detalles de la operación, hice un registro en la casa de José Mariano durante un viaje de éste a New York. En la chimenea encontré restos de papeles quemados y me los llevé para analizarlos después con equipos ópticos. Con esa técnica pude estudiar la información "salvable" de los documentos, y comprendí que aquello iba en serio. Había un fragmento de un croquis del barrio habanero del Vedado, donde aparecía la Universidad de la Habana. En otro documento, había una lista de frecuencias de radio relacionadas con la navegación marítima…solo se podían leer algunas, pero identifiqué claramente dos de ellas pues tenían escrito al lado las palabras "Morro" y "Hemingway". En una tercera hoja, menos destruida, se veía claramente el esquema de un fusil Barret calibre cincuenta desarmado en piezas. Y había un cuarto documento que parecía la impresión de una reserva turística, un paquete o algo así, en la Habana, pero el texto estaba tachado con grafito. Con estos elementos, busqué información adicional y descubrí que, entre los lugares a visitar, el Papa había seleccionado la Universidad. Esto fue publicado en la prensa cubana y un periódico italiano repitió la noticia. No me hacía falta más, en mi

mente ya tenía una idea elemental de la operación. José Mariano tenía un plan concreto, solo faltaba el ejecutor, yo…Y tenía serias dudas, tenía miedo del mero hecho de haber escuchado semejante locura. Si de verdad la CIA estaba detrás de aquello era muy probable que funcionara, pero era también muy probable que eliminaran a cada uno de los involucrados después de la acción. José Mariano empezó a llamarme con insistencia en la primera semana de noviembre, y como no le respondía, me dejó varios recados en el contestador, algunos con tono bastante agresivo. Y el 7 de noviembre, pasó algo que le "puso la tapa al pomo". Mi auto no arrancaba y tuve que traer a un mecánico, amigo mío, para arreglarlo. No volamos por los aires porque Dios no quiso – en esta parte el Tigre se persignó haciendo la señal de la cruz – *Le habían colocado una bomba casera, que no explotó porque un cable se desconectó.*

Realmente me aterroricé, esto era evidencia de que querían "borrarme", y con esa gente no se juega. Decidí huir y venir a Londres, para tratar de llegar a la Santa Sede a través de mi primo Agustín, que es párroco de una iglesia católica aquí. A esas alturas, ya sabía que los únicos que me podían proteger eran los curas en el Vaticano. Y para eso tenía que alertarlos.

El Tigre detuvo en seco el relato. Pareció dudar. Hubo un intercambio de miradas entre él y el sacerdote, quien asintió levemente. David lo observaba sin pestañear, sintiendo cómo la gravedad del relato superaba con creces sus expectativas. El delincuente tomó una bocanada de aire, lo exhaló despacio y continuó.

Estando aquí en la ciudad, me tropecé por casualidad con un antiguo colega, un cubano, e intenté enviar la información a Cuba a través de él, pero no he tenido noticias suyas hasta ahora. Después del contacto con esa persona, logré que un amigo, que trabaja en un laboratorio arqueológico, estudiara el documento que no había podido descifrar, el que estaba tachado a lápiz. Resultó que el texto debajo del grafito era un email confirmando una reserva de habitación en el hotel Habana Libre, en enero, durante la visita del

Papa. Chequeando un mapa de la Habana, vi que entre el hotel y la Universidad había unos setecientos metros de distancia, por tanto, deduje que este lugar podría ser el nido de tirador para ejecutar el atentado. Para finalizar, hace un par de semanas me llegó una noticia que, aunque no pruebe nada, estoy seguro tiene que ver con esta locura de José Mariano. A Claudio Vergara, el jefe de Comandos L, y a su segundo, los asesinaron durante una reunión en Miami. Estoy seguro de que están cortando cabos sueltos, eliminando eslabones.

Y bueno, ahora pasó lo que pasó. Mi primo ya había conseguido que me recibieran en el Vaticano cuando fui apresado aquí, en Londres, y no pude entregar la información a los curas como había planeado...Eso es todo lo que sé y lo juro por Dios. Es todo lo que sé.

David apenas contenía la rabia mirando la foto de su jefe en manos del delincuente. Se preguntaba quién más estaría involucrado y hasta dónde podía llegar aquella conspiración. El ex oficial de Inteligencia sabía que en la CIA, desde siempre, existían grupos de poder muy ligados a la extrema derecha, gente que respondía a un gobierno invisible al ojo común. Gente que, con el final de la Guerra Fría y la victoria de Occidente sobre el Comunismo Europeo, estaba deseando dar el golpe de gracia, terminar de una vez con el "quiste remanente de la enfermedad" que, en medio del Caribe, se negaba a perecer. Por esta razón, David no podía entregar las pruebas a la CIA sin saber primero quién estaba limpio, aun cuando ahora tuviese un buen cúmulo de ellas.

Con la grabación del equipo Orión y ésta nueva cinta de video tenía suficiente para ir a la prensa, la BBC quizás, pero debía pensar muy bien antes de tomar una decisión. Aún faltaban cabos por atar. Sintió una gran amargura al recordar a sus compañeros asesinados, pero se dijo que estaba próximo a vengarlos. No es que pensara que la Agencia Central de Inteligencia fuese una asociación de santos y beatos, él conocía de sobra el largo legado de intervenciones radicales y operaciones negras llevadas a cabo por sus predecesores, en nombre de la libertad. Desde Guatemala en los cincuenta,

América Latina y Vietnam en los sesenta y Chile en los setenta, la CIA había practicado la filosofía de que *el fin justificaba los medios*.

Al menos si no la Agencia como organización, algunos de sus oficiales, cegados por el fanatismo, habían cruzado la frontera de la moral en ambas direcciones, no una sino varias veces. Guerras en países con los cuales no había guerra, bajas militares en conflictos que nunca existieron, gobiernos derrocados por la fuerza y con baños de sangre que salpicaba hasta el territorio americano, todo ello había ocurrido y David lo sabía. Pero a los nuevos reclutas en "La Finca" les hablaban de operaciones más potables, patrióticas y honorables, que también se habían realizado en cinco décadas de trabajo. Operaciones clásicas de enfrentamiento a la KGB; el brutal servicio de inteligencia ruso que, desde Moscú, había promovido o derrocado gobiernos a su antojo.

El joven oficial entendía que hasta el sol puede tener manchas, pero… ¿Asesinar a Juan Pablo II en la Habana para inculpar a Castro y desatar una invasión que acabara con su régimen? ¿En serio? Ya esto no eran manchas en el sol, esto era apagar el astro rey y traer la oscuridad para siempre. Demasiado inmoral. Esto iba a encolerizar a Dios mismo y las consecuencias iban a ser nefastas.

- Nos va a matar, ¿verdad? – preguntó el Tigre, quien apenas podía soportar el dolor en la nariz y la boca fracturadas por el portazo.
- No, no los voy a matar, pero no les garantizo que alguien más no lo haga. En buena ley, Tigre, debería mantenerte prisionero, pero no tengo los recursos para hacerlo en esta maldita ciudad, estoy solo en esta "aventura". No puedo confiar ni en mis antiguos colegas. Por eso te voy a dejar aquí y tú sabrás cómo cuidarte, yo tengo cosas urgentes que hacer. Buena suerte a los dos.

Y dicho esto David se levantó de su asiento, tomó las fotos, el casete de video, las armas incluyendo la Colt del Tigre y caminando de espaldas, se acercó a la puerta de salida. Evidentemente sus detenidos no harían acción alguna contra él, pero era mejor

precaver. Con extremo cuidado abrió la puerta, chequeó que el pasillo estuviera desierto y se marchó a pasos rápidos. En la habitación quedaron sentados, uno frente a otro, el delincuente internacional y su primo sacerdote, mirándose con expresión de *¿Y ahora que carajos hacemos?*

Madrid. 6 de enero de 1998.

Arsenio Robledo salió del Parque del Retiro y, doblando hacia la izquierda, caminó con paso firme en dirección a la puerta de Alcalá. Iba convencido de que en unos días haría historia… o más bien de que la cambiaría. En la medida en que la fecha de la acción se acercaba, el mundo se le hacía más pequeño, el tiempo más preciado. Ya no era el momento de planificar, discutir variantes, imaginar escenarios donde la situación, por alejada del peligro real, le permitía encontrar soluciones teóricas perfectas. Tampoco era el momento de disparar con el fusil Barret a unas planchas de metal, unas veces inmóviles, otras en movimiento. Eso había quedado atrás, era una etapa vencida. Ahora se acercaba el momento en que abriría fuego contra el hombre que, por treinta años, definiera el sentido de su vida. Un hombre protegido por uno de los sistemas de escolta más eficientes del planeta.

Ya frente a la Puerta de Alcalá, el majestuoso monumento que casi cumplía doscientos veinte años, se detuvo a contemplar la obra del maestro Sabatinni. Le encantaba poder admirar de tan cerca el fragmento de muralla, decorado al estilo neoclásico, con sus guerreros portando banderolas y lanzas, con aquellos arcos enormes que fueran antaño las puertas de acceso a Madrid. De los tres Arcos Triunfales post romanos que conocía en Europa, incluyendo el de París y la Puerta de Brandemburgo, éste era el que más le gustaba.

Parado bajo las piedras añejas, pensó en lo bien que le había ido en la vida a su hermano. Un apartamento en el centro de la ciudad, a pocas cuadras de allí, debía costar una fortuna. Y en treinta años Ignacio había sido capaz de convertirse en propietario, habiendo llegado a Europa sin un centavo en los bolsillos. A diferencia de Arsenio, él había pagado por ese inmueble, no se lo habían regalado. Aunque, a decir verdad, el excoronel había tenido que ir a

tres guerras y conocer el lado más oscuro de los humanos, por tanto, lo del regalo era muy relativo.
El antiguo militar continuó su camino por la calle Alcalá, hasta llegar a la rotonda donde se halla la Fuente de las Cibeles; fotografiada a esa hora por un numeroso grupo de turistas guiados por un tour leader. Por un par de minutos el hombre se deleitó con la Diosa mitológica inmortalizada en la piedra, que conduce su carro tirado por dos leones – dos antiguos personajes mitológicos, convertidos en animales como castigo a sus excesos amorosos. Observó después, extasiado, el Palacio de Cibeles al otro lado de la calle, un exquisito edificio de estilo neoplateresco con fachada blanca muy ornamentada, torres, arcos y relieves que le daban un aspecto majestuoso.
Antes de continuar su caminata, extrajo del bolsillo de su abrigo un documento. Un pasaporte español con el nombre de Alfredo Porras. Mirando la foto, no reconoció al sujeto que se suponía era propietario de esa identidad. Se dijo que habría que trabajar bastante para parecerse a Alfredo. Retornó el documento al bolsillo y continuó caminando por Alcalá hasta la esquina con Calle del Marqués de Cubas, donde torció a la izquierda y avanzó unas dos cuadras, hasta llegar a su destino.
Tocando los botones de acceso al edificio de cuatro plantas, con altos ventanales y balcones que le recordaban el *ArtDeco* de su Habana, subió por la escalera hasta el segundo piso. Todavía las palabras de Rudolph resonaban en su mente. Se habían visto dos horas antes en el Parque del Retiro. La conversación, muy breve, había transcurrido bajos unos árboles deshojados frente a una pequeña cafetería, desde donde podía verse, al otro lado del estanque, la majestuosa estatua ecuestre de Alfonso XII rodeada de la columnata. El hombre de la CIA, envuelto en su habitual gabardina, había dicho con expresión circunspecta:

- *Ahora todo depende de usted. El destino de su nación y de millones de cubanos estará en sus manos en los próximos días.*
- *Lo sé. Y estoy preparado. Cumpliré mi misión, aunque sea lo último que haga – había respondido Arsenio.*

- *Aquí tiene el pasaporte visado a nombre del señor Alfredo Porras. Su vuelo llega tarde a la Habana, por tanto, el Check In probablemente se hará después de medianoche. A esa hora todo es más rápido. Ya sabe cuál es su habitación y la del correo que le entregará el arma, la hora y la fecha del contacto. Yo le recogeré el día antes de su partida, e iremos a un piso franco aquí en Madrid donde pernoctaremos. Un especialista hará la transformación. Y no se preocupe, aunque esa persona conocerá los rostros de Arsenio y Alfredo, no sabrá nada de su identidad. Nos vemos el día 20, su hermano le avisará del punto de recogida.*

Ignacio no había llegado aún. El coronel fue directo a la cocina y comenzó a armar la cafetera. Necesitaba un poco de la infusión, el cuerpo le pedía un café bien fuerte. O al menos todo lo fuerte que aquella "*mierda a la cual llamaban expresso"* podía ser. Cinco minutos más tarde, el hombre que en tres semanas cometería el crimen más osado de la historia de Cuba, quizás de toda América Latina, se sentó en la cama y sacó las hojas gastadas de tanto leer. Mientras sorbía la infusión, sus ojos recorrieron el papel unos minutos. Mientras más avanzaba en la lectura, menos aire cabía en el pecho del coronel y más sensación de vacío sentía en su estómago. Un fragmento en especial le hizo sentir que su interior iría a reventar.

"…ya habían pasado varias horas desde que se hundiera la balsa, estábamos agotados, no se veía casi nada alrededor, nada más que en los momentos en que salía la luna entre las nubes. Yo me mantuve una parte del tiempo al lado de Arsenito, ayudándolo para que no se hundiera porque estaba muy cansado y el pedazo de madera no era muy grande. Sus dos compañeros de la Universidad se estaban turnando conmigo, para que yo pudiera descansar, pero la verdad es que casi ninguno de nosotros tenía fuerzas ya y pensábamos que íbamos a morir allí, en medio del océano. Lo peor fue que el mar se picó, y empezaron las olas, ya entonces era más difícil mantenerse a flote. Yo de verdad no sé qué pasó, viejo, porque era Ernestico quien estaba con mi hermano cuando

desapareció. Y los dos se perdieron a la misma vez. Tiene que haber sido que se desmayaron y el oleaje se los llevó. Los cuatro que quedábamos gritamos, los llamamos, nadamos alrededor de las tablas, pero fue en vano. Lo que sí te puedo decir, fue lo último que hablamos, cuando me tocó el turno a mí de aguantar a mi hermano y mantenerlo en la tabla, a flote. Antes de desaparecer en el mar, Arsenito me dijo: Mandy, no te preocupes más por mí, coño, que te vas a ahogar tú. Trata de llegar, mi broder, tú estás más preparado, tú vas a salir adelante. Y vas a ayudar a los puros, yo sé que los vas a ayudar. Mi herma…diles que los quise mucho, los respeté mucho, que fueron los mejores padres del mundo. Diles que no se rindan… que sigan palante, y que nos perdonen por esto…Eso fue lo que tu hijo, Arsenio Robledo Estévez, quiso decirles a ustedes cuando creyó que no los vería más. Su último pensamiento fue ese, uno de agradecimiento, de respeto, de amor infinito. Mi hermano se murió sabiendo que yo nos los iba a abandonar jamás y que ustedes no se iban a rendir. Y aunque no le prometí nada, solo le dije que se callara la boca, que íbamos a llegar juntos a la Florida, se fue convencido de que yo me iba a ocupar de ti y de mami mientras viva. No le cuentes nunca los detalles a la vieja, pero sí dile lo que Arsenito pensaba, lo que me dijo…"

Mirando hacia la fachada del edificio al otro lado de la calle, a través de un líquido borroso que lo distorsionaba todo, el veterano combatiente de tantas guerras dijo en voz alta: *No me he rendido, mijo. No me he rendido*. Y rompió a llorar como un niño al que le han secuestrado su última esperanza de felicidad.

Parte IV. Revelaciones

"Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido y de salir a luz.

Lucas 8:17 La Santa Biblia

Roma. Enero de 1998.

Laura había decidido dormir un poco más, e irse al mediodía a la Biblioteca Vaticana. Después de unos días de mucha tensión, provocada por el asunto de la visita del Papa a Cuba y los planes para asesinarle, la calma de la noche anterior le había traído de vuelta los deseos. Había estado observando a su novio en la ducha, bien entrada la noche, y decidido sonsacarlo. Solo que el joven, después de unos días acumulando bríos, había reaccionado con más energías que las esperadas. Después de hacer el amor con desespero dentro de la creciente nube de vapor que inundaba el baño, habían tenido una segunda ronda en la habitación, sin importarles los quejidos del colchón y el mundo exterior. Para cuando el sueño les venciera, estaba casi amaneciendo en Roma.

Eran las 10:00 cuando el timbre persistente del teléfono despertó a la joven.

- ¡Aló!
- Aló ¿Laura? Es el padre Giuseppe, estuve tratando de localizarte en la biblioteca, pero no te encontré. ¿Estás bien?
- Ah, sí, claro. Es que anoche trabajé hasta muy tarde y decidí dormir un poco más esta mañana – mintió ella mientras Waldo sonreía desde su esquina de la cama, bajo las sábanas.
- Bueno, siento haberte despertado. Pero me acaban de comunicar que desean entrevistarse con tu novio, lo antes posible.
- Sí, claro, ¿a qué hora y dónde? – la joven sintió como la tensión regresaba, cual un resorte al que acaban de privar de su estado de reposo.
- En el Antico Caffe Greco, en la Vía dei Condotti, a las 12:00 en punto. ¿Sabes dónde está?
- Sí, lo conozco, estaremos allí.
- Ehh, Laura… lo siento, tu novio debe ir solo.
- Ahh, está bien, comprendo. No se preocupe padre, yo le indicaré cómo llegar.

La joven colgó el auricular y, al girarse, encontró a Waldo acariciándole las piernas.

- Era el padre Giuseppe. Quieren verte en el Antico Caffe Greco, pero dicen que a ti solo. No me gusta esto Waldi. No entiendo por qué no puedo ir contigo.
- Bueno, tratándose de lo que se trata, no me sorprende. ¿Pero qué importancia tiene que vaya solo?
- No sé… ¿Y si te secuestran? – la expresión de su rostro le decía a Waldo que ella realmente creía esto posible.
- Laura, estás viendo muchas películas policiacas – respondió él sonriendo – Pero que bobería, mujer. Son curas. Y tú los conoces mejor que yo. ¿A qué hora debo estar allí?
- A las doce en punto. Pero te insisto, no es buena idea que vayas solo.
- Ok. Ya veo por tu cara que no voy a convencerte. Mira, vamos a hacer lo siguiente – propuso él, levantándose de la cama y tomando los pantalones de encima de la cómoda - Para que estés tranquila, salimos juntos de aquí y tú te quedas en una esquina cerca del Café, hasta que yo termine la conversación con ellos. ¿Te parece bien?
- Sí. Hagámoslo así. Va a ser mejor así.

Dos horas más tarde, en la parte trasera de un taxi estacionado a una cuadra de la entrada del Antico Caffe Greco, Laura sentía que el reloj no avanzaba, mientras trataba de no pensar en cuánto le cobraría el chofer una vez concluida la espera. Desde su posición podía ver la callejuela estrecha con sus edificios renacentistas, sus balcones con rejas torneadas y altas ventanas con molduras. Al final de la calle, repleta de transeúntes a pesar del frio, se alzaba majestuosa la fachada de la Santísima Trinidad del Monte y su conocida escalinata. El chofer sonrió, al ver la imagen de Laura en el espejo mordiéndose las uñas. La chica devolvió la sonrisa y se guardó las manos en los bolsillos. No es que desconfiara de la Iglesia, pero todo aquello era una situación anormal y nueva para ella.

Mientras tanto, entre un cappuccino y otro, Waldo conversaba con los hombres del Ministerio para las Obras en el Exterior. En el interior del café, emblemático por su historia romana de algo más de dos siglos y por las visitas de personajes ilustres, la temperatura era agradable. El joven cubano pensaba en cómo le hubiese gustado a Laura acompañarle, en el lugar había cientos de obras de arte incluyendo pinturas, esculturas y fotografías históricas. La atmosfera era elegante, las mesas eran de mármol y las sillas de terciopelo, y había espejos enmarcados en oro junto a lámparas de estilo art déco.

Tras un sorbo prolongado a su cappuccino, Waldo decidió presionar un poco a sus interlocutores:

- En conclusión, ¿qué quieren que haga?
- Bueno, esto es lo que hemos pensado – respondió el padre Giovanni, quien se sentaba al lado de su colega Giuseppe, y sorbió un poco de la infusión. Luego se inclinó hacia adelante, y bajando el tono de voz, continuó - La Santa Sede comunicará la información a las autoridades cubanas para que investiguen todo lo puedan investigar. Mientras tanto, enviaremos de manera secreta a un oficial nuestro a la Habana y quisiéramos contar con usted para que le asista… de manera anónima, obviamente – explicó el sacerdote y puso su mano sobre una biblia, encima de la mesa. Tras una pausa y un suspiro profundo, miró fijamente a Waldo y volvió a la carga con su explicación - El Santo Padre se ha negado a suspender su viaje y nos ha ordenado hacer nuestro trabajo mientras él hace el suyo, encomendado por Dios. Espero entienda la profunda fe que nuestro pastor tiene en el Creador del Universo. Siempre ha considerado Su Voluntad como el único factor determinante en el curso de los acontecimientos
- Ya veo. Muy valiente de su parte – comentó Waldo y observó con detenimiento a ambos curas, luego tomó un poco de su cappuccino y continuó – Esto puede meterme en problemas, y tal vez ya no tenga vuelta atrás. Pero si no hay

otra opción, cuenten conmigo. Aunque no sé cómo podré ayudar a su hombre en la Habana. Todo lo que sabía se los he informado. No tengo manera de conocer más detalles.

- Hay muchas maneras de ayudar, solo con estar en contacto será suficiente. Se trata de asistir a nuestro oficial para facilitar sus movimientos y comprender cómo funciona todo allá, ubicar lugares o personas que debamos contactar, eso es todo.
- Está bien, pero confío en que mantengan el anonimato como me han prometido – soltó el veterano de la guerra de Angola.
- Así será, los encargados del contacto con su gobierno serán otros funcionarios de la Iglesia. Nuestro hombre no mantendrá vínculos oficiales sino informales durante su estancia en la isla – explicó el sacerdote y miró a su colega, quien asintió con un gesto de cabeza - No queremos usar la palabra clandestinos, pues no es prudente tratándose de hombres de Dios. Espero me entienda…
- Perfectamente padre. Yo fui parte de ese mundo al que llama clandestino y sé cómo funciona. Además, cada estado tiene el derecho a defenderse con sus propias herramientas. Y ustedes son un estado, más grande de lo que aparentan – aseveró el joven y sonrió, sin que la expresión facial de sus interlocutores cambiara en nada. Los curas apenas se movían en sus sillas - Entonces, acepto colaborar con la Iglesia, pero le aclaro que mientras no sea violando las leyes de mi país, debo hacer hincapié en esto.
- Por supuesto, por supuesto. Solo nos resta asegurarle que La Iglesia está abierta a todos los hombres de corazón noble como usted, no olvidaremos jamás lo que está haciendo por nosotros. Usted y los suyos podrán contar con nuestro apoyo en el futuro, en lo que necesiten.
- Gracias Padre, le creo.

Londres. 12 de enero.

En la puerta de *Notre Dame de France*, el padre Agustín saludó al hombre que se hacía llamar Jacques y hablaba el inglés con acento galo. Tenía el aspecto de un galgo, alto, estilizado, musculoso. Cualquiera diría que el porte era elegante, hasta tropezarse con la mirada profunda, la expresión helada. Entonces sería más bien un *Dóberman* lo que el interlocutor vería frente a sí. Para sorpresa y mayor confusión de Agustín, el hombre se quitó el *sobretodo* dejando ver el collar negro alrededor del cuello de la camisa.

- Perdone… ¿es usted sacerdote?
- Eso depende, padre. Confórmese con saber que respondo al Creador tanto como usted, y le sirvo con igual devoción. Ahora a lo nuestro, ¿dónde está el sujeto? – cortó el visitante al clérigo, con sequedad.
- Sí, claro. En cualquier caso, Bienvenido a la Casa de Dios. Sígame por favor, el señor Ramón está esperándole.

El hombre alto, con su andar firme, siguió al cura a través de pasillos y estancias poco iluminadas hasta que, bajando por una escalera angosta, arribaron a una puerta de metal. Agustín introdujo la llave en el cerrojo y, luego de dos vueltas enteras, la abrió ligeramente y se deslizó al interior de la habitación en penumbras.

El Tigre, quien hasta ese momento había estado tirado en un camastro, se levantó presuroso esperando ver el rostro familiar de su primo. La sorpresa tensó sus nervios de manera involuntaria, al ver a una segunda persona allí con expresión facial ininteligible, fría. La imagen de David Navarro empujando la puerta días atrás le hizo reaccionar instintivamente, y se irguió sobre sus pies llevando la mano a la espalda, apresando el metal con fuerza. De inmediato se congeló al ver que el visitante, mucho más rápido que él, ya había extraído su arma de debajo del traje y le apuntaba mostrando el extremo de un silenciador. El padre Agustín intervino con voz quebrada, mientras su pierna derecha se movía sin control:

- ¡No por favor, no otra vez! Tranquilos señores…Ramón, mi colega aquí es el enviado del Vaticano. Ha llegado antes de

tiempo, por eso no te he avisado. Por favor, deja tus manos tranquilas, ¿está bien?

El Tigre, sintiendo el sudor frio a pesar de la calefacción, movió ambas manos muy despacio hacia adelante y abrió las palmas, haciendo una señal de paz al individuo que aún le apuntaba con su pistola.

- Hágame el favor – dijo el tipo de fuerte pronunciación nasal dirigiéndose al Tigre - Con extremo cuidado, usando su mano zurda, saque el arma de la cintura y colóquela en la mesa frente a usted. A partir de ahora no la necesitará.
- Haz lo que te dice, primo – confirmó el cura la validez del pedido.
- Está bien. Tranquilos, no pasa nada – aseveró el cubanoamericano y procedió a hacer lo que le habían ordenado.

Una vez la pistola reposando sobre una mesa rústica de madera, a medio metro de la cama, el hombre alto se acercó a ésta, tomó el arma y la metió en su cintura, del lado izquierdo. Guardando la suya propia en la sobaquera, haló una silla y se sentó en ella frente al Tigre. El párroco quedó de pie, incapaz de moverse, tal vez de respirar.

- Señor Ramón, déjeme explicarle quien soy y cómo van a funcionar las cosas – comenzó el visitante su introducción y tras una pausa, continuó – Mi nombre es Jacques y represento a la Santa Sede en este asunto…o al mismísimo Dios si quiere verlo así. He sido encargado de llevarle a Italia, a Roma, y es lo que haré, no le quepa la menor duda. Pero para ello tendrá que confiar en mis habilidades y seguir mis instrucciones al pie de la letra. ¿Está claro?
- Bueno, si le han enviado desde la Santa Sede, ellos sabrán, así que me pongo a sus órdenes.
- Perfecto. Entonces vayamos al grano. El traslado va a ser complicado pues no podemos usar el canal aéreo, sus datos biométricos deben estar en las computadoras de la Interpol.

Y por vía marítima, aunque más segura, tardaríamos demasiado. De manera que iremos por tierra. He traído conmigo un pasaporte que debemos terminar de confeccionar, con el cual usted viajará bajo la identidad de un diplomático vaticano. ¿Tiene las fotos que se le pidió?

- Sí, el padre Agustín me había comentado que las necesitaríamos. Son de antes del…, del accidente en el que me rompí la nariz. Espero que sirvan, y que estos esparadrapos no sean un problema a la hora de mostrar el documento.
- No lo serán. Los curas también tropiezan cuando es la voluntad de Dios, así que, si le preguntan al cruzar la frontera, solo explique que tuvo una caída después de la misa – sugirió con una sonrisa, o más bien una mueca, el visitante - Vamos a cruzar en tren hacia París, en el Eurostar. Y de allí continuaremos en auto. No sé cuan familiarizado esté con el catecismo, pero le advierto, en las próximas setenta y dos horas deberá recitarme la Biblia… como si la hubiese escrito usted mismo. Aquí tiene una, léala, estúdiela con detenimiento. Y estos son algunos documentos básicos sobre diplomacia vaticana. Lo importante está marcado, apréndaselo. Puede que su vida dependa de ello.
- Gracias. Lo haré – dijo el Tigre algo más relajado. El tipo sentado frente a él no solo destilaba seguridad, sino que tenía además sentido del humor – Una pregunta, ¿es usted sacerdote?
- Sí, pero no como el padre Agustín aquí a mi lado. Él es del siglo XX, yo del XI.

El Tigre y su primo sonrieron, el primero con cierto dejo de admiración, el segundo con la sombra del miedo caminando a su alrededor por la habitación. El padre Agustín conocía la historia de su Iglesia, sus templarios y sus cruzadas. Pero siendo el mundo moderno un lugar tan brutal y destructivo, prefería ignorar cómo se

libraban esas batallas en el siglo XX. Ahora, frente a Jacques, ya no podía.

Diciéndose que lo importante ahora era poner a salvo a Ramón…y de paso a sí mismo, el sacerdote se persignó y preguntó al señor Jacques en qué podía ayudar.

- De momento, padre, en transcribir usando esta laptop todo lo que el señor Ramón me va a contar. Luego yo me encargo de encriptarlo y hacer dos copias de seguridad… por si el Altísimo reclama nuestras almas antes de tiempo. Aun si no llegáramos a la Ciudad Vaticana, la información tiene que estar en manos de Su Santidad lo antes posible. Usted sabe teclear, ¿verdad?

El sacerdote asintió. En ese momento, comprendió que la Divina Providencia pondría a prueba su devoción pastoral. La iglesia estaba en peligro mortal y para salvarla, él tendría que luchar en aquella guerra como un soldado más.

Londres 13 de enero. Olympic House Hotel.

David Navarro se sentó en la cama de su habitación y clavó la vista en la ventana. El gris afuera era intenso, la bruma envolvía a Londres poco a poco dejando un mínimo de claridad. Luego de dos minutos inmóvil en aquella posición, se levantó y entró al baño, abrió el grifo de agua tibia y vertió una cantidad generosa del líquido refrescante en su rostro. En el espejo había una figura con el ceño medio fruncido, que le miraba como preguntado: *¿Y ahora qué vas a hacer?*

Mientras el Tigre se preparaba para iniciar su viaje a Roma, el antiguo oficial de Inteligencia se debatía entre los principios éticos en los cuales había sido educado y el instinto de conservación innato a todo ser vivo. Le resultaba extremadamente difícil decidir sus próximos pasos. Lo más negativo de la situación era el no saber dónde se originaba y hasta dónde llegaba la conspiración.

Si se trataba de un complot interno en la CIA, podía contar con los políticos, el senado e incluso el presidente, siempre habría maneras

de llegar a ellos con la información. Pero ¿quién le garantizaba que todo estaba a ese nivel y no al más alto?

Si enviaba la información a los cubanos o al Vaticano, con seguridad impedirían el atentado, pero quizás matando al ejecutor. Y si esto pasaba, todo aquello no sería más que un plan fallido, refutable por parte de la Agencia con medidas de manipulación de la opinión pública. A fin de cuentas, ésta era una de las especialidades de ese aparato de Inteligencia. Hablar con los cubanos, además, sería para él un acto de traición; pactar con el enemigo era como tener una piedra gigantesca amarrada a su conciencia, algo que le ahogaría a la larga en las aguas de la culpa.

Por otro lado, si realmente mataban al Santo Padre, de inmediato se desencadenaría la propaganda contra Cuba y todos aquellos a quienes iban a culpar, fueran lo que fuesen. En ese escenario, liberar las grabaciones y películas en su poder, a través de la prensa, sí tendría un impacto significativo en el desenlace de aquel drama. Si el presidente o alguien cercano al mismo estuviesen involucrados, el escándalo interno traería consigo la renuncia del gabinete y los culpables, o al menos sus chivos expiatorios serían juzgados. Ese sería el momento de pedir inmunidad y salir a la luz, siempre podría justificarse diciendo que había estado perseguido y acosado como un animal salvaje en una cacería, y que solo entonces había podido emerger de las penumbras.

El plan era egoísta, sin dudas, pero que Dios lo perdonara porque al final, era la única manera de castigar a quienes le habían jodido su carrera. Si no eran castigados, puede que el plan fracasara y Su Santidad siguiera con vida, pero… ¿quién sería el próximo blanco de aquellos intocables asesinos?

David no estaba del todo decidido, pero su balanza se inclinaba cada vez más hacia la opción menos altruista: esperar por el peor desenlace de los acontecimientos y entonces actuar. Aquello era obviamente la negación de su esencia, una contradicción con todo cuanto había aprendido del viejo Navarro, pero ¿qué otra salida había? En otras crisis enfrentadas a lo largo de su vida, David había dejado que aquel carácter reactivo suyo tomase las riendas. Había

hecho gala de una impulsividad selectiva que, hasta ahora y por suerte, producía buenos resultados. Esta vez, sin embargo, había demasiado en juego. Esta vez no estaba seguro de nada.

Lo peor era que quedaba un cabo suelto, el Tigre. Si David lo había encontrado, los demás podrían también hacerlo. El tipo podía hablar en cualquier momento, aunque después de lo ocurrido era muy probable que se convirtiese en la sombra más inocua de Londres, que se esfumara entre la bruma legendaria de aquella ciudad. Lo más lógico en su caso era tratar de escapar.

David debía tomar una decisión antes de que el Santo Padre pisara tierra cubana. Y debía también llamar al primo Elías, con quien tenía establecida una línea telefónica segura a través del teléfono celular, para saber de sus padres, su mujer y su hijo. Fuera cual fuese el resultado de aquella locura, tarde o temprano, tendría que encontrarse con los suyos. Solo faltaba saber dónde y cómo. Definitivamente, si sus enemigos no lo mataban pronto, el estrés y la incertidumbre lo harían con toda seguridad.

El exoficial de la CIA entró en la ducha y dejó que el agua caliente corriera por su cuerpo. Aun así, no logró disipar el frío que se le había instalado más adentro: la sensación de una psique congelada por la incertidumbre y la duda

Paris. 16 de enero

Sentado frente al buró de madera, dentro de una pequeña habitación del hotel Du Lions, Jacques encendió su laptop y esperó a que el software cargara todos los programas. Los convencionales, de uso público utilizados por millones de usuarios en el planeta, y los secretos, usados por una minoría de humanos entrenados en el espionaje moderno. Una hora antes, había caminado por los alrededores del hotel, donde se cruzan la Avenue du Général Leclerc y la Place Denfert-Rochereau. Como un turista más, había tomado fotos de la arquitectura centenaria, del León de bronce, del Museo de la Liberación y de la entrada a las Catacumbas. Más tarde, de regreso al hotel y después de un café en el Indiana - el restaurante ubicado en los bajos del edificio - había transferido las fotos a su

laptop. A partir de ese punto, todo era cuestión de dejar a la tecnología hacer lo suyo. Un programa, diseñado por la sección de Seguridad Digital vaticana, encriptaba los mensajes escritos en el procesador Word. Y luego los compactaba e insertaba como pequeños puntos (píxeles) en una imagen digital cualquiera. Usando ese software, Jacques había pegado su mensaje miniaturizado en el cuerpo del León de Bronce, fotografiado anteriormente. Un mensaje que describía, en detalles, hora y media de conversación con el Tigre.

El agente de Inteligencia solo debía subir las fotos a un sitio web, uno al que tenía acceso desde cualquier punto con conexión a Internet. Su controlador en La Entidad, quien también accedía a esa plataforma digital usando una contraseña, debía descargar las fotos en una computadora ubicada en los predios de la Ciudad Vaticana. Y con los softwares creados por la Casa de Dios, descomprimir y decodificar el texto convertido por Jacques en un pixel.

- ¡Hecho! Su informe está ya accesible a quienes deben decidir los próximos pasos – informó Jacques al "sacerdote" acostado en una de las camas de la habitación, una vez terminada la operación de *subida* de las fotos. Luego concluyó - Ha hecho lo correcto, amigo, debe sentirse satisfecho
- Y lo estoy, le juro que lo estoy, pero eso no me asegura que salga con vida de esta aventura. No estaré tranquilo hasta llegar al Vaticano y hablar con esas personas cara a cara. Puede que allí recuerde detalles importantes que, ahora, por el estrés de esta situación, haya olvidado – respondió el Tigre moviendo la tira blanca y rígida, que en los últimos días parecía empeñada en asfixiarle.
- No se preocupe, el plan nunca ha sido deshacerse de usted. Tendrá oportunidad de aportar más datos cuando lo estime prudente.
- No, no…no es lo que quise decir, Jacques, creo que me ha malinterpretado.

- Sé lo que quiso decir. Y no se preocupe, no le estoy juzgando. Yo entiendo cómo funciona su mundo, pero el nuestro tiene otros patrones – explicó el enviado de Roma y se levantó de la silla, encaminándose hacia la puerta - La Casa de Dios puede emplear a gente como yo para defenderse, pero jamás violaría la ética cristiana.
- ¿Gente como usted? ¿Qué quiere decir con eso?
- Usted sabe lo que quiero decir – dijo Jacques y se detuvo, volteándose hacia Ramón, mirándolo con profundidad - Gente dispuesta a usar un arma, y entrenada para ello. Gente dispuesta a defender a la Santa Iglesia a toda costa.
- ¿Ha asesinado a alguien alguna vez?
- Depende de qué se entienda por *asesinar*. Pero igual no es una pregunta que usted debiera hacer, ni yo responder. Ahora descanse, "Padre Anselmo". Mañana salimos al alba, y va a ser un viaje agotador por toda la costa mediterránea – y dicho esto el hombre de la Entidad avanzó hacia la puerta de la habitación.
- Nunca me dijo su apellido. Si ya estamos juntos en esto y nos vamos a jugar la calavera, la verdad que podría decírmelo, ¿no le parece? – preguntó Ramón, y el otro se detuvo una vez más, esta vez con expresión de disgusto.
- De Molay, mi nombre es Jacques de Molay.
- Suena elegante. Es francés, ¿cierto?
- No podía serlo más – explicó el francés y abandonó la pieza.

Mientras se encaminaba hacia la cocina, Jacques sonrió apretando las comisuras de los labios. Sentía que su estómago iba a estallar del aire contenido a la fuerza. Le costaba creer que el Tigre no hubiese entendido la broma. Pero era comprensible, hasta cierto punto. Alguien dedicado al crimen y la acción en su estado más puro, alejado del catolicismo y sin haber tenido el privilegio de estudiar historia europea, no tenía por qué conocer al último Gran Maestre de

la Orden del Temple. Ni de la devoción, entrega y valor de los caballeros Templarios que defendieran la Cristiandad hasta el siglo XIV, ni de cómo habían sido quemados en una hoguera de Paris los últimos soldados de Dios. *Bueno, no los últimos. Todavía el Creador tiene caballeros, aunque sin cabalgadura o cruces al pecho. Nos hemos adaptado a la modernidad, sí. Pero seguimos dispuestos a arder en la hoguera, si la causa lo exige* - se dijo el hombre al servicio de la Casa Magna, pensando en sí mismo y la tarea por delante.

La Habana. Lunes 20 de enero.

"La ciudad de la Habana se prepara para recibir por primera vez al Líder espiritual del catolicismo en el mundo".

"Como acontecimiento único han calificado los expertos la visita de Su Santidad Juan Pablo II a Cuba, el próximo 21 de enero, considerando que no se repetirá un hecho similar en largo tiempo debido a las circunstancias especiales en que ocurre. Diferentes personalidades del mundo religioso coinciden en calificar la visita como histórica y sin paralelo. En primer lugar, el Santo Padre tiene avanzada edad y su salud ha sufrido un deterioro evidente en los últimos cinco años, en segundo lugar, no es nada habitual que se reciba al Pastor de Dios en un país comunista, de los cuales solo dos mantienen el modelo clásico: Cuba y Corea del Norte. Es conocido que tanto chinos como vietnamitas, han adoptado un modelo económico mixto que comprende los dos sistemas socioeconómicos en pugna, el socialismo y el capitalismo.

La última vez que Su Santidad visitara un país bajo el régimen marxista leninista, su Polonia natal, la influencia fue tan decisiva que, meses más tarde, los ciudadanos dirigidos por el líder sindical Lev Walesa se sublevaban contra el régimen del General Jaruzelski. Poco después el comunismo dejaba de existir en ese país. Ahora los analistas y expertos se preguntan si los cubanos recibirán una influencia similar de parte del Papa, si los segmentos de la población que no apoyan al régimen se sentirán alentados por el discurso evangélico de Su Santidad, pero sobre todo, hasta qué punto se le permitirá al líder de la Iglesia Católica interactuar con los creyentes

de la isla y expresar libremente su mensaje divino. Para algunos estudiosos este será el principio del fin del régimen de Fidel Castro. Según otros, el veterano gobernante utilizará la visita para manipular a la opinión pública interna y externa, convenciendo a muchos de su amplitud de pensamiento y espíritu de concordia. Los que comparten ésta última teoría, ponen como ejemplo el hecho de que la maquinaria de propaganda del Partido Comunista ha lanzado una convocatoria a los ciudadanos, exhortándoles a dar un caluroso recibimiento a Juan Pablo II; de manera que, si el pueblo cubano asiste masivamente a los lugares de encuentro con el Papa, todo se vería como un éxito del gobierno, que pidió a sus ciudadanos actuar de esa manera, apoyando la política oficial…"

Waldo no terminó de leer el artículo de la revista española, escrito por su corresponsal en la Habana. *Mira que comen mierda esta gente* – pensó – *No va a pasar nada diga lo que diga el Papa, este país no es Polonia donde todo el mundo era católico. Si me dijeran que el rey de los Yoruba va a hablar en la Plaza de la Revolución… eso ya es otra cosa. El tema aquí no es el impacto de la visita, sino que el señor de la sotana pueda hacerla y que se vaya a su palacio en Roma apenas la termine. Esto no me gusta nada, el Papa llega mañana y no sé qué han hecho los curas con la información. ¿La Habrán pasado al G-2? ¿Serán capaces esa gente de parar esta puñetera locura?*

Pensó en Laura, en qué estaría haciendo en ese momento. Por un instante, sintiéndose bajo el escrutinio de su propia moralidad, pensó que su padre no le habría aplaudido por la alianza pactada con la Iglesia. Como cuestión de fondo, o de principios, evitar el magnicidio o por lo menos ayudar a evitarlo, era lo correcto. Las consecuencias de la muerte del Papa en Cuba serían fatídicas para la isla, para todos sus habitantes incluyendo a los Rivero. Pero Waldo no había tomado aquel desvío en el camino, torciendo hacia Roma, solo por principios. Un pequeño oportunismo, agazapado, latente bajo su piel, le había movido en esa dirección. Si todo salía bien, si Juan Pablo II regresaba a la silla de Pedro feliz de haber traído su verdad a los cubanos, la Casa de Dios le estaría agradecida a él, al

hijo de Rogelio Rivero. Y en consecuencia, se vería compelida a ayudarle en sus planes de establecerse en Italia. Porque estaba decidido, tenía que hacer su vida en un país desarrollado, con Laura, con los hijos que tendrían en el futuro. El joven tomó la revista e intentó continuar la lectura, mientras la imagen de unos ojos azul intenso jugaba con su psique, halándole fuera del papel. Sabía que, aunque fingiera tranquilidad, algo estaba a punto de romperse.

Mientras tanto, en la jefatura de la Seguridad del Estado cubana en la Habana. Villa Marista.

La Operación "Pastor", cuyo objetivo era impedir el magnicidio del Papa, orquestado por oficiales renegados de la CIA, se dirigía al más alto nivel dentro de la Contrainteligencia cubana. El general de brigada Orosmán Quintero supervisaba personalmente cada detalle y lideraba al nuevo equipo investigativo creado para ello. Días antes, un oficial del Opus Dei en la embajada vaticana había contactado al enlace cubano del Ministerio del Interior. La Iglesia Católica informaba que un fusil de alta precisión, destinado al atentado, había ingresado a Cuba por vía marítima, posiblemente a través de una marina. También sabían que los ejecutores eran cubanoamericanos radicados en Miami y que el objetivo era generar una crisis política entre Cuba y Estados Unidos. Una crisis así podría escalar rápidamente a una confrontación militar, en la que Cuba tenía todas las de perder. En resumen: extremistas de Miami, en siniestra alianza con elementos radicales de la CIA, pretendían erradicar el comunismo insular provocando una intervención militar norteamericana. Sin embargo, faltaba la pieza clave del rompecabezas: la identidad del tirador y el lugar exacto donde planeaban asesinar al Santo Padre.

En la habitación climatizada, ubicada en el segundo piso de una edificación moderna construida en los cincuenta en la barriada de La Víbora, el general Quintero miró a cada uno de los reunidos. Se había producido un largo silencio como respuesta a la pregunta que acababa de hacer. El ruido de la consola de aire acondicionado, un equipo añejo traído hacía mucho desde Japón, adicionaba tensión al ambiente. A ambos lados de la mesa central con forma rectangular,

los rostros contraídos se miraban buscando un voluntario que respondiese a la interrogante. Alguno que otro había desviado la mirada hacia la pared, tal vez esperando que los hermanos Castro, tranquilos y serios en sus respectivas fotografías, los sacasen del apuro. El primero en reaccionar fue el coronel Sergio, quien dijo:

- Mi opinión es que, ante la duda, debemos detener a todos los sospechosos marcados en este momento. Es preferible tener que justificarse ante gobiernos y embajadas por detener a sus ciudadanos o empleados, que decirle al mundo: "*no pudimos hacer nada para impedir el asesinato del Papa*".
- Entonces, ¿tu sugerencia es detener a todos los sospechosos ahora mismo y después decantar? – preguntó el jefe del servicio de contrainteligencia.
- Sí, ese es mi criterio, general.
- ¿Qué se sabe del Vaticano? ¿Han enviado alguna nueva información, algún nuevo elemento que nos haga avanzar en la investigación? – indagó el jefe.
- Esta mañana me reuní con el enviado especial, me trasladó su preocupación por no haber podido obtener más detalles – informó el teniente coronel Braulio, ayudante del jefe de la Dirección - Solo conocen lo informado en el primer contacto: que un terrorista de las organizaciones contrarrevolucionarias de Miami le dispararía al Papa con un fusil de alta precisión, que el arma entró al país por mar, pero no se conoce ni la identidad del tirador, ni fechas de entrada, ni el lugar del atentado
- ¿Y la gente de la Inteligencia, tienen algo nuevo?
- Me reuní con ellos hoy muy temprano – dijo el Mayor Andrés, de la Sección Especial que trabajaba en función de la operación "Pastor", la protección del Santo Padre y su comitiva – No han detectado movimientos sospechosos de ningún integrante de las organizaciones paramilitares en Miami. Sin embargo, una fuente dentro estas organizaciones

piensa que la muerte del jefe de Comandos L, en noviembre pasado, podría tener relación con este atentado.

- ¿Y el estudio de las embarcaciones arribadas en el último mes por puertos y marinas? ¿Hay algún indicio? – quiso saber el general Quintero.
- En este momento, general, se trabaja en la preparación de dos registros secretos en embarcaciones sospechosas. Una de ellas está en la Marina Hemingway desde finales de diciembre. Su propietario solo estuvo tres días en el barco y después salió por el aeropuerto José Martí, en un vuelo hacia Grand Cayman – informó el Mayor Alexis.
- Coño… ¿Pero qué preparación ni ocho cuartos? ¡Cáiganle arriba a esos barcos ahora mismo, no podemos darnos el lujo de perder un minuto! A estas alturas hay que actuar y después se piden disculpas si hace falta. ¡Aseguren esas embarcaciones de inmediato! – bramó el general, con la certeza de que un error como aquel bastaría para arruinar su carrera… o algo mucho peor.
- A sus órdenes, general, permiso para retirarme – dijo el mayor Alexis y acto seguido salió de la habitación. Iba algo turbado; el señalamiento en público del jefe le había puesto en tela de juicio ante sus colegas, podría interpretarse que le había faltado iniciativa.

La reunión continuó por otra media hora. Cuando terminó, cada uno de los presentes salió sabiendo que una sombra se cernía sobre la isla… y que el tiempo para hallar la luz perdida se agotaba.

Marina Hemingway. La Habana. 20 de enero de 1998. 16: 00 horas.

José Mariano miraba desde su bungalow, entre sorprendido y asustado, como un grupo de hombres uniformados portando fusiles de asalto AKM abordaban el "Cosmos". Comenzó a pensar aceleradamente. El fusil Barret estaba con él, por suerte había decidido cambiar el plan y lo había sacado unos días antes de lo previsto. *¿Y si el yate estaba bajo vigilancia y me detectaron*

mientras extraía el arma? – se preguntó mentalmente, para responderse de inmediato - *No, en ese caso me habrían detenido allí mismo, o estarían buscándome aquí, ahora, en el bungalow.* Entonces ¿qué rayos pasaba? El coronel Arsenio no tenía forma de conocer su paradero, sus órdenes eran hospedarse en el hotel Habana Libre, frente a la Universidad. Y esperar allí por el "abastecedor" que le entregaría el Barret. *No, esto es un golpe de suerte de la Seguridad* – se dijo – *El "puñetero" marino del "Cosmos" debe haber hecho algo mal, dejado algún rastro. Si la cosa fuera conmigo, ya estarían aquí y no en el yate.*

Sus nervios estaban al estallar. Portaba una pistola MAB francesa calibre nueve milímetros en la diestra, mientras observaba tras la cortina como llegaba otro auto Lada con las siglas G-2 y DSE marcadas en la puerta. Ese no era buen momento para salir, pero si esperaba mucho, aquello se tornaría un avispero. Ahora llegaba un auto cerrado, de los conocidos como *técnica canina*, y descendía un perro pastor alemán con su entrenador.

¡Carajo, ese maldito animal me va a rastrear hasta aquí! - dijo en voz alta. Estaba pensando abortar la misión, parecía lo más aconsejable. Pero la imagen de tres millones de dólares americanos, apretaditos a punto de reventar en una maleta, le decía que tomara el riesgo. Decidió jugarse la poca suerte que podía quedarle, éste iba a ser su último trabajo. Después de esto viviría como millonario, escondido en una isla, sí, pero bañándose en dinero. Y las nuevas generaciones hablarían de él como *el tipo que tumbó a Fidel Castro*. ¿Qué más podía pedir para su ego y su bolsillo? Con gran aplomo, José Mariano salió del bungalow. A unos ochenta metros de distancia, el grupo de militares armados parecía un enjambre de avispas alrededor de una colmena.

El hombre de Miami se subió al Toyota estacionado frente a la puerta. Encendió el motor y, sin apenas calentarlo, avanzó muy lentamente rodando paralelo al canal, hacia la avenida principal que conduce a la salida de la Marina. La zona era llana y extensa. Cuatro canales de un kilómetro de largo cada uno, con atracaderos y cabañas de dos niveles construidas con mampostería, madera y

cristal en cada rivera, todo ello a orillas del mar. Entre el bungalow donde se hospedaba el asesino y el que había utilizado el capitán del Cosmos, podían verse dos cabañas de por medio. A pesar de la distancia, algunos militares desviaron la vista, curiosos, viendo como aquel vehículo rentado se alejaba. Sin apenas mover la testa, respirando en ciclos profundos, José Mariano vio en el retrovisor como las figuras se hacían más pequeñas. Pensó en el fusil, desarmado y oculto bajo la goma de repuesto dentro del maletero. Se estaba acercando a la garita de la salida, donde siempre había un custodio…o dos. Sus nervios se tensaron de pronto. Además de los seguratas, había allí dos militares armados hasta los dientes.

El cubanoamericano tenía dos juegos de pasaporte consigo. Uno dominicano a nombre de German Barrios Callejas, destinado a los vuelos de entrada y salida además del hospedaje en el hotel Habana Libre. El otro era un documento colombiano, con el nombre de John Jairo Urbino, para alojarse en la marina y rentar el auto. A partir de ahora solo podría usar el primero, pues el segundo estaría "*quemado*" en los próximos minutos. Siendo como era un animal con instinto de conservación desarrollado, pensó que era mejor usar el alojamiento de emergencia establecido en su plan operativo. De momento evitaría los hoteles, se iría a una Casa Particular reservada por un amigo mexicano, un apartamento que usualmente permanecía rentado por meses, aunque el inquilino no lo usara. Y en los próximos minutos abandonaría el Toyota que había rentado como el señor Urbino, y alquilaría un auto diferente usando el nombre de German Barrios.

Debía franquear la garita, y le preocupaba que lo detuvieran para solicitar documentos de identidad. No tenía idea de cuanto sabían acerca de él los polizontes, tal vez tuviesen un retrato hablado o una foto suya hecha en computadora. Se aceraba el momento de la verdad, las manos le sudaban. De pronto, el viento de la buena suerte pareció soplar a su favor.

La garita estaba ubicada entre dos calles, una de entrada y otra de salida. Los militares estaban ahora discutiendo, acaloradamente, con un turista a bordo de un auto que intentaba acceder a la Marina.

Fue por ello por lo que nadie prestó atención al Toyota que se acercaba casi silencioso por la derecha, rodando con el impulso. El turista, que intentaba pasar a la instalación y se negaba a identificarse, le estaba haciendo un regalo celestial a José Mariano. Con su mala leche y sus protestas se había llevado toda la atención de los polizontes, quienes ahora rodeaban el auto e intentaban sacarlo por la fuerza.

El cubanoamericano se deslizó en su vehículo, muy despacio. Ni siquiera notaron su presencia, el Toyota pasó inadvertido pisando la cadena que reposaba en el asfalto y continuó rodando en busca de la salida. El auto alcanzó la Quinta Avenida y torció a la izquierda. Luego aceleró, dirigiéndose hacia el Este, hacia la ciudad de la Habana. El asesino acababa de superar un obstáculo serio, y tal vez por eso sonreía. Lo que no sabía era que la suerte, al devolverle la sonrisa, no era sincera.

Londres. Miércoles 21 de enero. 1:00 PM, Hora local.

David Navarro había tomado una decisión. Informaría a la Santa Sede del complot para asesinar a Juan Pablo II. Y al mismo tiempo, publicaría su historia denunciando a los creadores de aquel plan macabro. Dudaba mucho que El Tigre hubiese llegado al Vaticano. Si él, David, lo había encontrado en solo unos días, los renegados de la CIA debían haberlo despachado ya junto a su primo hacia el Infierno.

Después de muchas horas de análisis y sufriendo de un aislamiento emocional profundo, había comprendido algo claramente: utilizar el magnicidio consumado como escudo para salvar su pellejo… y su carrera, era algo demasiado inmoral. Si permitía que el asesinato ocurriera, podría quizás tener un futuro junto a los suyos, tal vez hasta consiguiera un castigo ejemplar para los culpables; pero su conciencia quedaría como una barca llena de piedras haciendo aguas en medio de un pantano. No podría vivir tranquilo sabiendo que su egoísmo había allanado el camino a aquellos renegados, a aquellos locos que pretendían descabezar a la Iglesia de Cristo con fines políticos y movidos por un fanatismo turbio e insolente.

Por el momento su esposa e hijo estaban a salvo, y el primo Elías se las arreglaría para reunificarlos con los viejos fuera de Estados Unidos. José León, hasta donde él sabía, tenía algunas cuentas en el extranjero con bastante capital. Nunca había entendido el motivo de su padre para guardar aquel dinero en bancos europeos o en islas del Caribe, pero el resultado de tal previsión daría frutos ahora. Pensando en ello, se dijo que José León había vivido con gran austeridad a pesar de haber tenido gran éxito en sus negocios. El Viejo siempre aseguraba que no sería una carga para su hijo cuando se retirara, que tendría una vejez feliz pero independiente.

El día anterior, el ex oficial de la CIA había establecido contacto con un periodista de la BBC. El tipo era joven, y la ambición se le notaba por encima de la ropa. A David se le antojaba el clásico sabueso periodístico en busca del Pulitzer, dispuesto a jugarse sus huesos y los de cualquiera, con tal de convertirse en sensación televisada…o escrita. Era el tipo perfecto para una exclusiva cargada de dinamita… o más de bien de materia radioactiva, que hiciera a la audiencia británica e internacional saltar en sus butacas frente a una TV. David le daría toda la información, le serviría de trampolín al éxito imperecedero, a la cima profesional, pero solo cuando esa misma información estuviese en manos del Vaticano.

Era el plan perfecto en su opinión, primero alertaba a los curas y les daba la oportunidad de cancelar la visita papal a la Habana. Luego, cuando todas las cadenas televisivas y periódicos especularan sobre los motivos de la interrupción del viaje, la BBC lanzaría una noticia demoledora; la verdadera razón del acontecimiento: un plan de asesinato del Santo Padre. Una entrevista con un exoficial de la CIA, mostrando pruebas contundentes del complot internacional, incluyendo la identidad de un alto funcionario de la Compañía a cargo de la operación.

Ahora David se preparaba para salir de su hotel, el *Olympic House*, desde donde se trasladaría a la embajada de la Santa Sede en Londres. La visita a la Nunciatura Apostólica la haría usando el disfraz de empresario australiano. La entrevista con el periodista la haría siendo él mismo, David Navarro, el oficial de la CIA traicionado

y perseguido por sus propios colegas, luego de descubrir el complot más inmoral que se hubiese gestado en América hasta entonces.

Atravesando el pequeño lobby del hotel, cuyas piezas de madera y cristales pulcros dejaban transpirar cierta elegancia, David salió a la callejuela frente al edificio, separada de la avenida *Sussex Gardens* por una alameda llena de árboles. Unos pocos autos estaban parqueados a esa hora en las cercanías del *Olympic*. Como ya era habitual en cada salida del hotel, el ex oficial de Inteligencia comenzó el escaneo visual del medio circundante en busca de indicios de vigilancia.

Fue entonces que, de manera inesperada, vio aquel rostro en extremo conocido y familiar. Sentado en un Audi, a unos metros de distancia, un hombre sesentón de cabellera canosa le miraba con expresión de alegría y… según le pareció, también de preocupación. Los sentidos de David se aguzaron automáticamente, había otras personas dentro del auto con actitud vigilante, con mirada penetrante, escudriñando cada puerta, cada árbol o cada rincón del parque. Los instintos comenzaron a gobernar su conducta, el entrenamiento a dictar el curso de la acción.

Su padre le había reconocido a pesar del disfraz, eso era obvio, pero también lógico. Estando en contacto con el primo Elías, podía haber visto una foto de su pasaporte australiano y conocido donde se hospedaba. La incertidumbre venía de los acompañantes de José León, demasiado profesionales, demasiado vigilantes. Esos tipos era de un servicio secreto, tenían que serlo.

David evaluó las vías de escape, era posible que su padre estuviese allí contra su voluntad, tal vez prisionero de aquellos individuos. La cuadra entera era un bloque compacto, una misma edificación que incluía varios hoteles de estilo Victoriano con paredes medianeras entre ellos. A continuación del *Olympic*, en dirección a *London Street*, estaba el *Beverley House*. Esa era la ruta de escape más cercana. Tal vez entrando por la puerta principal y corriendo escaleras arriba, se lograba alcanzar la azotea. Y una vez en esta, se podía descender por la escalera de incendios al fondo del edificio, saliendo a la calle Norfolk Square.

David comenzó a caminar en dirección a la esquina de London Street. De pronto, el individuo sentado al lado del chofer abrió su puerta. El ex oficial de la CIA buscó con su diestra la pistola Browning bajo el traje gris oscuro, mientras ganaba la entrada del Beverly House, sin perder de vista a los inesperados visitantes que acompañaban a José León. Estaba a punto de sacar el arma cuando el Viejo hizo una seña de negación con la cabeza, indicando a David que no actuara. Hubo un momento de confusión, el supuesto australiano buscó cobertura tras una columna del Beverly, su diestra todavía apretando la Browning. Luego de unos segundos de conversación entre el tripulante del auto y José León, éste último descendió del Audi y, con paso seguro, caminó hacia David.

El encuentro fue algo raro. Ambos hubiesen querido abrazarse, como correspondía a un padre y un hijo que han estado separados por la geografía, por el acecho de un peligro real, abrumador. Se dieron en cambio un fuerte estrechón de manos, dejando traslucir la alegría únicamente en el brillo de los ojos, la mirada de afecto infinito.

- ¿Quiénes son esa gente, viejo? – indagó David preocupado, observando el Audi aparcado en la callejuela frente al hotel
- Tranquilo, son amigos de tu primo Elías, todo está OK. No podemos hablar aquí…sígueme hasta el Austin plateado aparcado casi en la esquina, y entra al asiento delantero – respondió el viejo Navarro
- Espera, espera ¿Estás seguro de esa gente? ¿Cómo sabes que son de confiar? Es que...
- Escucha, todo está bajo control, tu primo está sentado en el Austin. Muévete, hay que salir de aquí ya, ahora – interrumpió José León a su hijo y abandonó la terraza del hotel, encaminándose hacia la esquina de London Street

Por un par de minutos, David siguió a su padre a unos pasos de distancia, buscando el lugar donde el pequeño Austin esperaba por ellos. Dos de los tripulantes del Audi tomaron posición en la calle, sus manos dentro de los bolsillos de las gabardinas. Aquello parecía una evidente maniobra de protección. Para David ya no había dudas,

eran profesionales de un servicio especial, casi seguro de la DEA. Pero ¿cómo habría logrado Elías organizar aquella operación, involucrando tanta gente? ¿Y cuál era el objetivo de aquel despliegue de fuerzas? Además, ¿por qué meter al Viejo en esto?

David abordó el Austin y encontró la diestra de su primo extendida en señal de bienvenida. Una sonrisa en su rostro le indicó que todo iba a salir bien. Tras el estrechón de manos, sin mediar palabra, Elías puso el auto en movimiento. Una vez fuera del área de estacionamiento, el Austin se posicionó detrás del Audi, que ahora doblaba en la esquina de London. David se sentía como el actor de un thriller cinematográfico a quien no le han adelantado nada del guion. Sintiendo que la curiosidad agotaría de una vez su paciencia, decidió no esperar más y preguntó a Elías:

- ¿Qué demonios está pasando, primo? ¿Qué es el dispositivo este? No me parece nada discreto…
- Tranquilo, David. Ha aparecido una opción que no nos esperábamos. Sé que no es lo que prefieres, pero créeme, es la solución al problema. Vamos a entrevistarnos con la gente del consulado cubano.
- ¿Qué? No, no, primo, eso no es una opción…eso es pactar con el enemigo, eso es traición. Viejo, ¿tú estás oyendo eso? – preguntó David volteándose hacia a su padre, quien se sentaba en el asiento trasero del auto.
- Tu primo tiene razón, está arreglado. Deja que él te explique los detalles. Y no es traición, porque no vas a ser tú quien se entreviste con ellos, sino él. Es un contacto oficial y autorizado por su agencia…Elías, por favor, explícale los detalles de una vez.
- OK, esta es la situación – comenzó el oficial de la DEA mientras conducía a toda velocidad, sorteando la marea de autos - Mi agencia comenzó hace unos meses a colaborar oficialmente con los Antidrogas cubanos, y me acaban de asignar a la fuerza de tarea europea que coordina aquí, en Londres, el intercambio operativo. Hace un par de días, le

comuniqué al enlace en el consulado de Cuba que tenía una información muy sensible, relacionada con la visita del Papa. Un plan de asesinato, concretamente. Y quedé en entregarle las pruebas que obtuviste del Tigre. Si alguien puede parar esto y evitar que asesinen a Juan Pablo II son los propios cubanos. El tío y yo lo discutimos y llegamos a la conclusión de que es la mejor opción ahora mismo.

- No, de ninguna manera – refutó David la teoría de su primo - Los cubanos no son los únicos, la Santa Sede también puede resolver esto. Cuando ustedes aparecieron yo iba camino a la Nunciatura, iba a pasar la información a la Entidad. El vuelo de Alitalia sale a las 3:30 de la tarde, esa gente puede parar la salida del Papa una vez que sepan del plan de atentado.
- David…el vuelo Papal ya despegó, cambiaron la ruta y harán una escala sabrá Dios donde. Lo verificamos hace media hora con amigos de la Interpol en Roma. – informó el oficial de la DEA, mientras observaba los retrovisores y maniobraba para adelantar a otros autos dentro del denso tráfico londinense.
- ¡No me jodas! ¡Coño, Elías! – soltó David disgustado, abrumado por la noticia que acababa de echar por tierra su plan. Luego de unos segundos de incomodo silencio dentro del vehículo, el antiguo operativo de la CIA continuó con tono de aparente resignación - OK, como ustedes digan entonces. Si ese vuelo despegó, lo que yo iba a hacer ya no tiene sentido. Pero asumiendo que tu idea funcione, que podamos evitar la muerte del Papa sin revelar mi identidad… ¿Hasta cuándo tendré que esconderme? ¿Qué voy a hacer con mi familia aquí en Londres? ¿Cómo haremos después para denunciar el complot en Estados Unidos y poder regresar?
- Eso mejor te lo explica el tío. Él se va a encargar de esa parte – sugirió Elías y observó al viejo Navarro a través del espejo retrovisor.
- Exacto. De hecho, he podido adelantar bastante en esa dirección. – intervino José León desde el asiento trasero,

inclinándose hacia adelante – Tú sabes que yo siempre he mantenido vínculos con la comunidad hebrea en Estados Unidos, sobre todo con los amigos de mi hermano cuando estaba vivo. Entonces, me reuní con dos miembros muy importantes de la comunidad. Y gracias a ellos, he conseguido la protección del consulado israelí aquí en Londres. Nos van a acoger y dar refugio temporal, hasta que todo se haya resuelto.

- ¿Cómo? No lo entiendo, ¿por qué harían eso? Israel es aliado de nuestro país… ¿Qué sentido tiene esconder a un americano que puede estar buscado por las autoridades? – inquirió David, mirando alternativamente a cada uno de sus familiares.
- No, no me has entendido. El refugio nos lo conceden a tu madre, a Lucía, al niño y a mí. Tú debes seguir con tu cobertura y tu identidad australiana hasta que esto termine. Pero vamos a estar en contacto a través de Elías.
- Sigo sin entender por qué carajos los israelíes harían algo así – dijo David, abriendo los ojos en señal de asombro.
- David, tengo vínculos muy fuertes con ellos. Hay cosas que no sabes. Por ejemplo, que dos veces cuando eras un niño fui a pelear voluntario a Israel. En 1967 y en el 1973. Tengo buenos amigos allí, créeme – explicó el viejo Navarro sonriendo.
- ¿Cómo?… ¿qué coño me estás diciendo, viejo? ¿Que fuiste a la guerra en Israel? ¿La vieja sabe esto? – y el ex oficial de la CIA se volteó totalmente, mirando desconcertado a su padre.
- Por supuesto que lo sabe, ha sido un secreto hasta ahora entre nosotros. Y nadie fuera de este maldito auto tiene que saberlo. Entonces, volviendo al tema de los Estados Unidos. Hay un senador de origen hebreo, un tipo decente, un patriota, al cual pude llegar también a través del lobby israelí en Washington. El tipo es el jefe del Comité de Inteligencia del Senado. Estuve hablando con él, le expliqué lo que está

ocurriendo y se comprometió a llegar directamente al presidente. Hay una reunión a finales de enero en la Casa Blanca donde él va a participar, y está dispuesto a entregar lo que tengamos a Bill Clinton… "en sus manos". Pero esto lo haremos cuando se haya terminado la visita de Juan Pablo II a Cuba. Mientras tanto, nosotros estaremos bajo inmunidad diplomática, y tú… escondido lo mejor que puedas, esperando mi aviso. ¿Has entendido, hijo?

- Lo estoy procesando, viejo. Lo estoy procesando – soltó David y se acomodó en su asiento, soltando todo el aire de sus pulmones en una especie de suspiro.

La Habana. Miércoles 21 de enero de 1998. 6:00 PM, hora local.

Waldo estaba sentado frente al televisor en la sala de su casa. El rostro contraído y la mirada fija, clavada en la pantalla del aparato. La tensión no pasó desapercibida a sus familiares: la madre, la hermana y el cuñado, quienes se movían incómodos en los asientos.

Bajo una ligera llovizna, el inmenso MD-II de Alitalia había tocado tierra unos minutos antes. Ahora se abría la puerta que daba directamente a la escalerilla. En la pista, el presidente cubano, sus colaboradores cercanos y las máximas autoridades eclesiásticas de la Isla, esperaban para recibir a Su Santidad Juan Pablo II. Una larga alfombra de color rojo conducía hacia un púlpito sencillo y austero, construido especialmente para que los mandatarios hicieran sus respectivos discursos.

El jefe de protocolo de la Iglesia, el nuncio apostólico y el cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, subieron a dar la Bienvenida a su Santidad. Después, muy lentamente, Juan Pablo II descendió por la escalerilla seguido de su séquito.

A continuación, siguiendo la tradición ya establecida en sus visitas a otros países, el Santo Padre se arrodilló con evidente esfuerzo y besó la tierra cubana. Luego unos niños en uniforme de escuela le presentaron una bandeja con tierra de todas las provincias del país.
El presidente cubano saludó al Sumo Pontífice y éste le presentó a

los miembros del séquito papal. Siguieron unos minutos de saludos protocolares que parecían no acabar nunca. Ahora tocaba el turno a los discursos.

El Santo Padre, vistiendo sotana blanca elegante pero sencilla, con su cofia en la testa y zapatos rojos, fue sentado en una silla de madera y mimbre que no parecía muy cómoda. Fidel Castro, envuelto en su elegante traje Armani de color oscuro, se movió hacia el púlpito. Quizás deseando que el líder espiritual de los católicos no se perdiera una sola sílaba de su discurso, Castro comenzó a leer con voz pausada:

"*Santidad:*

La tierra que usted acaba de besar se honra con su presencia. No encontrará aquí aquellos pacíficos y bondadosos habitantes naturales que la poblaban cuando los primeros europeos llegaron a esta isla. Los hombres fueron exterminados casi todos por la explotación y el trabajo esclavo que no pudieron resistir; las mujeres, convertidas en objeto de placer o esclavas domésticas. Hubo también los que murieron bajo el filo de espadas homicidas, o víctimas de enfermedades desconocidas que importaron los conquistadores. Algunos sacerdotes dejaron testimonios desgarradores de su protesta contra tales crímenes.

En ese punto, Waldo percibió un halo de manipulación que para nada le sorprendía. El señor Castro, sin haber terminado un primer párrafo, ya estaba hablando de los "curas buenos" que se habían solidarizado con los inditos, a punto de ser exterminados por los brutales colonizadores. A partir de ese instante, Fidel Castro comenzó a dar una clase de historia americana, con una diatriba matizada de análisis político, juicios morales y denuncia de la injusticia que caracterizó la conquista del Nuevo Mundo. Algo que Juan Pablo sabía de memoria, y por lo cual la Iglesia Católica, bajo su mandato, se había disculpado.

Luego pasó al relato de la esclavitud importada por los europeos, al salvajismo de las rutas de sangre y sudor africanos que nutrieron de fuerza laboral a las colonias del Caribe, a la formación de la

nacionalidad cubana con su gran mezcla racial y religiosa. No podía faltar una lección de historia sobre las luchas por la libertad del pueblo "más sacrificado del mundo", terminando con analogías entre el Holocausto nazi y el embargo económico del gobierno americano a la isla de Cuba. *Igual que la Iglesia, la Revolución tiene también muchos mártires,* decía el *Comandante*.

Como si jamás se hubiese marginado a un solo católico en Cuba, Fidel Castro explicaba al ilustre visitante que: *… pensamos igual que usted en muchas importantes cuestiones del mundo de hoy y ello nos satisface grandemente; en otras, nuestras opiniones difieren, pero rendimos culto respetuoso a la convicción profunda con que usted defiende sus ideas.* En una extensa liturgia revolucionaria, el gobernante cubano explicó al detalle "*la desigualdad del mundo actual, la explotación por parte del capital transnacionalizado de las riquezas del Tercer Mundo*".

Un fragmento del discurso en especial hizo que a Waldo se le revolvieran las entrañas: *"El respeto hacia los creyentes y no creyentes es un principio básico que los revolucionarios cubanos inculcamos a nuestros compatriotas".* Lo que vino después, casualidad o no, sería un referente para el choteo cubano de finales de siglo. El veterano de Angola no pudo evitar sonreír al ver al anciano Pontífice adoptando aquella posición sedente tan curiosa. Encorvado en la silla, con el codo apoyado en ella, había reposado su cabeza en la mano. Pero esta le tapaba el rostro, como si le costara creer que escuchaba aquella historia tan mal contada.

Ya finalizando el extenso discurso, Fidel explicó a Su Santidad que Cuba era el país "con menos niños sin escuelas, menos enfermos sin hospitales, más maestros y más médicos por habitantes" que cualquier otro visitado por el portador del anillo de Pedro. Cuando el mandatario terminó, Waldo se estaba cuestionando muchas cosas, pero sobre todo, cuál era la intención del líder comunista al invitar a Juan Pablo II a Cuba. Qué esperaba sacar el veterano político de aquella visita.

Se escucharon los aplausos de la multitud, que no solo se componía de altos funcionarios sino también de gente simple invitada al

evento. La isla que tanto renegara de su pasado católico, parecía feliz de hallarse navegando las aguas de retorno. ¿Pero cuán serio sería ese regreso a las raíces? ¿Cuán flexible quería tornarse aquella "Revolución" que había estigmatizado a todo el que profesara la Fe cristiana? Tal vez Juan Pablo II se estaba haciendo esa misma pregunta en aquel instante.

A continuación, el Santo Padre, ayudado por sus asistentes, caminó hasta el micrófono. Pronunció su discurso en español, como era costumbre en un hombre erudito que dominaba varias lenguas, y las utilizaba en el lugar donde se hablaran durante sus visitas. El anciano encorvado, con bastante lentitud también, se dirigió a los presentes:

"Señor Presidente,

Señor Cardenal y Hermanos en el Episcopado, Excelentísimas Autoridades, Miembros del Cuerpo Diplomático, Amadísimos hermanos y hermanas de Cuba:

Doy gracias a Dios, Señor de la historia y de nuestros destinos, que me ha permitido venir hasta esta tierra, calificada por Cristóbal Colón como "la más hermosa que ojos humanos han visto". Al llegar a esta Isla, donde fue plantada hace ya más de quinientos años la Cruz de Cristo — cruz celosamente conservada hoy como un tesoro en el templo parroquial de Baracoa, en el extremo oriental del País— saludo a todos con particular emoción y gran afecto.

A continuación, el Sumo Pontífice agradeció a todo el clero cubano, desde el cardenal Jaime Ortega Alamino hasta el último sacerdote local, por su dedicación a la prédica cristiana. Reconoció la entrega y perseverancia de diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a los que dijo deberse en el Señor como Pastor de la Iglesia Universal. El Papa habló durante varios minutos del evangelio y su impacto en los hombres, de los valores fundacionales de la religión católica, los méritos de Cristo y su sacrificio en nombre de la humanidad. Una parte en especial del discurso llamó la atención a Waldo, aquella en el que Juan Pablo II explicaba los objetivos de su visita:

…vengo, en nombre del Señor, para confirmarlos en la fe, animarlos en la esperanza, alentarlos en la caridad; para compartir su profundo espíritu religioso, sus afanes, alegrías y sufrimientos, celebrando, como miembros de una gran familia, el misterio del Amor divino y hacerlo presente más profundamente en la vida y en la historia de este noble pueblo, sediento de Dios y de valores espirituales que la Iglesia, en estos cinco siglos de presencia en la Isla, no ha dejado de dispensar…

El joven educado en el más ortodoxo ateísmo, experiencia común a toda su generación (nacida y crecida dentro del fenómeno Comunista), no pudo dejar de sonreír ante lo que le pareció era puro proselitismo religioso. …*Por eso, ya desde los primeros momentos de mi presencia entre Ustedes, quiero decir con la misma fuerza que al inicio de mi Pontificado: No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo, dejen que Él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado....* Aquello era, en opinión de Waldo, un mensaje muy bien diseñado y sutil, sobre todo si se evaluase desde la cima de la historia. Tan bien diseñado como el que, en sentido inverso, transmitiera el Partido Comunista en los inicios de la Revolución de 1959. Quizás después de todo Fidel tenía razón y el *Comunismo* era una versión del *Cristianismo*.

Ya al final, Waldo reconoció un cierto tono conciliatorio en el discurso del anciano ilustre, experto tanto en política como en ideologías. Y junto a éste, como colofón a una estrategia bien trazada que a la larga daría frutos, un pedido de flexibilización a las autoridades locales y regionales, una tregua que permitiese la apertura necesaria reclamada por los cubanos.

…Hoy, como siempre, la Iglesia en Cuba desea poder disponer del espacio necesario para seguir sirviendo a todos en conformidad con la misión y enseñanzas de Jesucristo.

Por eso acompaño con la oración mis mejores votos para que esta tierra pueda ofrecer a todos una atmósfera de libertad, de confianza recíproca, de justicia social y de paz duradera. Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba, para que este pueblo, que como todo hombre y nación

busca la verdad, que trabaja por salir adelante, que anhela la concordia y la paz, pueda mirar el futuro con esperanza.

Cerrando su discurso, Juan Pablo II encomendó el éxito de su visita pastoral a la Santa Patrona de Cuba, La virgen de la Caridad del Cobre. Un gesto que además de simbólico, podría tener gran impacto en la percepción de la masa. En Cuba, no solo los católicos veneraban a esta santa. Los creyentes de los cultos sincréticos con raíces africanas la habían incorporado como *Ochun*, hacía mucho, al santoral transculturizado de su religión. Y no sería errado decir que, hasta los ateos de trinchera, en momentos de duda, pedían su intervención para solucionar ciertos problemas. El Santo Padre terminó su discurso con un *¡Alabado sea Jesucristo!,* tras lo cual vinieron los aplausos cerrados de las delegaciones oficiales.

Waldo miraba a las personas en la pantalla del televisor y se preguntaba si no estaría entre ellos el asesino, agazapado con su arma esperando el momento propicio para disparar. No creía que fuera el lugar idóneo para un atentado, pero como decía el viejo dicho cubano "*el Diablo son las cosas*". Al día siguiente el Pontífice debía volar a la ciudad de Santa Clara, donde daría una misa gigante en los terrenos del Instituto Superior de Cultura Física "*Comandante Fajardo*". Veinticuatro horas después, visitaría Camagüey, donde en la opinión de Waldo había pocas probabilidades de consumarse el magnicidio. Pero en el atardecer del 23 estaba previsto el regreso por avión a la Habana y la visita a la Universidad. Allí conocería el lugar donde reposaban las cenizas del padre católico Félix Varela, considerado el primer gran pensador cubano. A partir de ahí, la vida del Pastor de Dios estaba otra vez en peligro.

Waldo dejó de mirar la televisión, levantándose de la butaca una vez que el Papa abordara el "*Papamóvil*". Este legendario vehículo, en el cual Su Santidad hacía los recorridos por el mundo después de sufrir un atentado en Roma, había arribado a Cuba días antes. Era un auto especial, cubierto totalmente con vidrio blindado y le permitía al Pontífice ir cómodamente parado, a resguardo, saludando a las multitudes que le vitoreaban.

El joven veterano de Angola se miró al espejo y descubrió un rostro que se tornaba rojizo por momentos, un individuo que apenas podía controlar su respiración. ¿Qué rayos pasaba que el padre Giovanni no le llamaba? ¿Cómo terminaría todo aquello? Cuando se volteó, tuvo total comprensión de que un silencio desagradable había invadido la sala de su casa. Su madre y su hermana le observaban como quien está a punto de arrodillarse ante un altar en busca de respuestas.

Cuando volvió a mirar la pantalla de la TV el auto papal se movía con el anciano adentro, de pie, entre una muchedumbre que lo vitoreaba. El comentario sorpresivo de su pequeña sobrina le sacó de sus cavilaciones, haciéndole reír.

- Tío, el viejito parece que está en el acuario – dijo Claudia, sin entender por qué tenían encerrado a aquella persona mayor en lo que, le parecía, era una pecera.

Hotel Habana Libre. Dos días después. 23 de enero. 09:00 AM.

Arsenio Robledo caminó por el lobby del hotel con la certeza de ser el señor Alfredo Porras, un empresario español hospedado desde hacía dos noches en la habitación 1004. Solo siendo extranjero, o cubano emigrado definitivamente, podría alguien reservar habitación y hospedarse en un hotel de Cuba. Probablemente esta isla fuese el único lugar del mundo donde los nacionales tenían vetado ese derecho, pero así funcionaba el *"Paraíso Socialista"* y los cubanos, al parecer, lo habían aceptado.

Robledo era ahora un señor mayor, de calva profunda, blanco en canas y con un bigote copioso unido a la barba en el mentón, todo plateado. El hombre no había imaginado que la distribución de cabellos y sus colores tuvieran semejante efecto en la expresión facial de quien los portaba. No hacía mucho habría jurado que Rudolph exageraba, cuando sugiriese la posibilidad de convertirlo en un empresario europeo, un tipo maduro en busca de putas y negocios en la Habana barroca de los noventa. Y ahora, después de un paseo entre los custodios, supuestos expertos en identificar a

jineteras, *chulos* y foráneos, Arsenio estaba tranquilo. No lo podría reconocer ni su propio reflejo en los cristales del lobby.

Tal como lo habían acordado los involucrados en la operación, el 4 de enero había salido por el aeropuerto José Martí el ciudadano cubano Arsenio Robledo Ramírez, portando un Permiso de Viaje a España junto al correspondiente visado de ese país en su pasaporte. El 21, en horas de la noche, el hombre de negocios Alfredo Porras había arribado a la Habana en un vuelo de Aireuropa, procedente de Madrid, y tomado un taxi muy tarde en la noche hacia el Hotel Habana Libre. De madrugada, el *Check-in* era siempre más expedito.

El señor Robledo, o Porras según el documento de identidad europeo, observó la cúpula con claraboyas traslúcidas coronando el gran salón. Su vista hizo un paneo por el impresionante salón, recién remodelado por la compañía española Meliá que ahora administraba el hotel. Había elementos nuevos, modernos, pero los pisos y paredes originales de mármol seguían siendo el sello distintivo de su elegancia. El enorme mezanine, con su escalera de acceso enroscada cual serpiente en una gruesa columna, le recordó al coronel la buena arquitectura que había tenido Cuba en los cincuenta. En una esquina del salón, junto a los amplios ventanales que cubrían la fachada del hotel, Robledo notó la presencia de los corresponsales de la prensa extranjera. En los butacones y sofás ubicados alrededor de las mesas de centro, los periodistas se estaban tomando un refrigerio mientras sus colegas ensamblaban los trípodes y cámaras para la próxima sesión de entrevistas. El exmilitar logró identificar a Christiane Amanpour, la famosa reportera de CNN, entre los reporteros que cubrían la visita papal a la Habana. Sonrió imaginando a esta figura del periodismo global mientras daba la noticia de la muerte de Fidel Castro.

Robledo desvió su mirada hacia una muchacha que limpiaba las mesas en el centro del salón. La chica estaba sonriente a pesar de que eran muchas, demasiadas mesas por limpiar. Iba a necesitar una hora para terminar la tarea, pero seguía sonriendo. *Quizás sea ingeniera* – pensó el hombre en su disfraz de extranjero. Un joven recepcionista en la carpeta, elegante y sereno, trataba de explicar a

un turista que no podía cambiarlo de habitación porque el hotel estaba lleno. Y el tipo, con marcado acento argentino, le preguntaba cómo era posible que *aquella mierda se hubiese llenado*. El custodio de la puerta principal, un joven negro bastante corpulento, daba pasos como un guardia de cuartel haciendo un recorrido monótono sin quitarle la vista a la mulatica de escasas ropas que, con sus dólares en el ajustador, aún no se decidía entrar. ¡*Qué clase de fauna hemos creado con esto del turismo!* - se dijo el antiguo revolucionario y decidió que era hora de hacer una caminata en las áreas exteriores. Quería evaluar el terreno, o como decían en las academias de la KGB, el teatro de operaciones. En unas horas, después del almuerzo, subiría al piso veintidós a encontrarse con la historia…o más bien a escribirla con sangre.

Ciudad el Vaticano. 23 de enero. 8:20 pm en Roma. (2:20 pm en la Habana)

El director de Seguridad del Cuerpo de Gendarmería, Gian Luca Borsini, caminaba de un lado al otro dentro de la habitación mirando de vez en cuando hacia el reloj de pared. Frente a él, sentado en una poltrona más añeja que la curia misma, el teniente coronel Philippe Widmer pasaba una tras otra las hojas contenidas en una carpeta con ribetes dorados. Oficial de la Guardia Suiza y experto en Protección Personal, Philippe se había quedado en el Vaticano como enlace con el dispositivo de seguridad papal en la Habana. Ambos hombres esperaban ahora, diríase que ansiosos, por la visita inminente de un personaje eclesiástico importante. Un sacerdote cuyo poder no emanaba de rangos militares o jerarquía religiosa sino de poseer, por voluntad divina, la llave de todos los secretos vaticanos. Debían reunirse con el Cardenal Luigi Poggi, director de La Entidad. Y con unos misteriosos visitantes que, se decía, traían información actualizada sobre el plan de asesinato del Sumo Pontífice.

En el techo cóncavo de la sala de reuniones, ubicada en el Palacio Apostólico, varios frescos describían la vida de los santos misioneros: San Pablo apóstol en el centro, rodeado de figuras posteriores como san Francisco Javier, san Bonifacio, san Patricio y san Junípero Serra.

En las paredes, grandes cuadros con pinturas renacentistas mostraban escenas de la Evangelización del Nuevo Mundo, y una hilera de esculturas de mármol recordaba a los fundadores de la iglesia, los seguidores de Cristo. En el centro había una mesa de caoba ovalada, muy grande, rodeada de sillas de alto respaldo tapizadas en terciopelo rojo o burdeos, con detalles en la madera dorada. Y detrás del atril, ubicado en el extremo de la habitación, presidían la escena un enorme tapiz con el escudo pontificio y un Cristo macizo de oro sufriendo el suplicio en la cruz.

La gruesa puerta de madera se abrió y el padre Andrea Costello, vistiendo sotana negra y collar blanco alrededor del cuello, cruzó el umbral. Se trataba del ayudante del cardenal Poggi, su brazo derecho en temas de Inteligencia. De inmediato, el cura se hizo a un lado para ceder el paso a sus acompañantes. El primero en acceder a la sala de reuniones fue el anciano cardenal, ataviado con sotana blanca, banda roja en la cintura y un crucifijo de oro macizo en el pecho. A continuación, entraron otro sacerdote y un civil, quienes quedaron de pie tras el conspicuo príncipe de la Curia. Los presentes se acercaron y besaron la mano del cardenal.

- Gian Lucca, Philippe, les presento al señor Ramón Berteaux y al padre Agustín, al padre Costello ya le conocen - hizo su introducción el director de La Entidad y continuó explicando - El señor Berteaux es la fuente del informe que tienen en sus manos, el cual espero hayan leído detenidamente. Lo hemos invitado a esta reunión para que puedan preguntarle lo que estimen conveniente, con vistas a garantizar la vida de nuestro Pastor. Por favor, tomen asiento – y tras recibir la orden, los recién llegados y quienes esperaban se sentaron en torno a la mesa. El cardenal ocupó la cabecera.

Cada butaca tenía al frente una carpeta roja y dorada con el sello Papal. El cardenal Poggi abrió la suya e indicó con una señal de mano al señor Borsini que comenzara su ronda de preguntas. Dirigiéndose al Tigre, quien ahora parecía más un hombre de negocios que un delincuente internacional, el director de Seguridad de la Gendarmería abrió la sesión:

- Señor Berteaux, ante todo permítame agradecer sinceramente su presencia aquí hoy, realmente apreciamos su gesto. Quisiera hacerle una pregunta preliminar… ¿Cuál es su relación con el señor José Mariano Morejón? ¿Cuán bien lo conoce?
- Sí, Eminencia, yo…
- Oh, no, no, no… señor Berteaux – interrumpió el funcionario al Tigre - mi colega y yo no somos sacerdotes, somos servidores de la Casa de Dios, puede llamarnos por nuestros de pila, por favor.
- Ah, claro, perdón. Bueno, le decía señor Borsini, que conozco a José Mariano desde hace unos veinte años. Lo conozco muy bien – comenzó Ramón, moviéndose inquieto en la silla - Ambos somos de origen cubano, nacidos en Cuba quiero decir. Y ambos militamos en organizaciones que se oponen al Comunismo en nuestra patria – mintió el delincuente internacional, tratando de dar la imagen de un defensor de las *causas justas* que, desde siempre, la Iglesia de Cristo había abrazado.
- Entiendo. Y ya que es tan cercano a este individuo, ¿podría decirme algo con objetividad? ¿Será este hombre capaz de una acción como esta? ¿Es realmente alguien tan desalmado? – preguntó Borsini, mirando alternativamente los documentos en la carpeta y el rostro del invitado.
- Totalmente. José Mariano tiene el alma más fría que haya visto yo en alguien. No conoce los límites, si cree que lo que debe hacer es un pecado, pero adelanta la causa o ganará buen dinero…pues lo hace y ya está – aseveró el Tigre, afirmando con un gesto de cabeza y haciendo una mueca algo ridícula.
- Entonces, ¿qué es? ¿un luchador ideológico, o un mercenario? ¿que lo motiva más? – quiso saber Borsini, ahora observando fijamente al Tigre.

- Pienso que la ideología ha sido siempre una pantalla para él. Es verdad que el Comunismo le molesta, pero solo porque su familia lo perdió todo cuando Fidel Castro tomó el poder. Su interés de cambiar las cosas en Cuba tiene un solo objetivo, recuperar las propiedades de su familia.
- ¿Y cuánto le ofreció concretamente a usted por participar en esta locura? – preguntó de pronto el teniente coronel Philippe Widmer, mientras se agarraba la barbilla con una mano e inclinada la cabeza hacia un lado.
- Medio millón de dólares americanos. Lo cual me hace pensar que a él le ofrecieron, al menos, el triple – explicó el Tigre, con tono seguro y pausado.
- Señor Berteaux, su informe original tiene ciertas lagunas en las que quisiéramos ahondar. Por ejemplo, ¿Cuán seguro está usted de que alguien en la CIA forma parte de este complot? – indagó el teniente coronel.
- Totalmente seguro. Tras mi conversación con José Mariano, monté una operación de vigilancia secreta. Y descubrí que se reunía con un hombre que, después pude saber con certeza, es un alto oficial de esa agencia.
- ¿Y cómo lo supo? – preguntó el alto oficial frunciendo el ceño.
- Mostrando una foto que saqué del tipo a un oficial en activo…alguien que conocí recientemente – explicó el Tigre, tergiversando la historia de su encuentro con David Navarro. – Este oficial me confirmó que, efectivamente, el señor de la foto era un alto directivo de la Agencia.
- ¿Tiene usted la foto?
- Sí, digitalizada, porque la original fue destruida – volvió a mentir el delincuente, sabiendo que David la había "confiscado". El padre Agustín, sentado a su lado, se revolvió en el asiento y entrelazó los dedos de las manos como si rezara.

- Y dígame una cosa, señor Berteaux – ahora hablaba el director Borsinni - ¿Nunca mencionó José Mariano el lugar y la fecha del magnicidio? ¿Nunca dio detalles al respecto?
- Emm...me van a perdonar todos por no haber informado esto antes, pero es que temía por mi vida y quería estar seguro de que… en fin, que sí lo mencionó. El atentado estaba planeado para el día de la visita del Santo Padre a la Universidad de la Habana. Y el disparo se iba a realizar desde el Hotel Habana Libre, a unos setecientos metros de distancia.

Un silencio sepulcral se apoderó de la oficina vaticana, como si todos los reunidos hubiesen caído, de pronto, en una cripta oscura de las tantas existentes bajo la basílica de San Pedro. En tres horas y media, teniendo en cuenta la diferencia de meridianos, el Pastor de Dios estaría en la Universidad de la Habana. Y muy probablemente, su asesino estaría apuntándole con un fusil de precisión desde cualquier ventana del Hotel Habana Libre. El cardenal Poggi tomó el crucifijo con ambas manos, cerró los ojos y ante la mirada expectante de los funcionarios y el padre Costello, dijo con voz temblorosa:

- ¡Padre Nuestro que estás en los cielos, protégenos del Mal, no permitas que nuestros enemigos prevalezcan! – y a continuación, poniéndose de pie, mirando con el rostro contraído al director de Seguridad, ordenó – Envíen inmediatamente esta información a la Habana, al comandante Estermann y al Inspector General Cibin. A las autoridades cubanas también, por supuesto.

El director de La Entidad se refería al líder de la Guardia Suiza y al jefe de la Gendarmería, quienes compartían en ese momento la responsabilidad del dispositivo de seguridad papal. Siendo una operación de protección en territorio extranjero, era obvio que la parte cubana, a cargo de los "anillos exteriores" alrededor del Papa, debían conocer también la información acabada de revelar.

Antes de abandonar la sala de reuniones, el director de la Entidad hizo una seña al padre Agustín y a su primo para que se acercasen. Cuando estaban a solo dos pasos de distancia, el alto funcionario clerical comentó casi en un susurro:

- La Casa de Dios no olvidará jamás su ayuda, señor Berteaux. Ahora debo marcharme, pero sepa que de momento está usted bajo la protección absoluta de la Santa Sede. Después nos reuniremos y conversaremos sobre su futuro. Y sobre cómo podemos ayudarlo. Queden con Dios.

A las 8:45 pm de Roma (2:45 pm en Cuba), un mensaje codificado era enviado a la Habana desde el Vaticano. Un diplomático de la Nunciatura Apostólica en la capital cubana, miembro de La Entidad, se encargaría de comunicar al jefe de la seguridad papal, al enlace del Ministerio del Interior y al padre Giovanni, la nueva información recién recibida desde Roma. Información que ahora, de ser procesada con celeridad y profesionalismo, podría preservar la vida de Juan Pablo II. El Vaticano acababa de conocer el posible lugar del magnicidio y, probablemente, la ubicación del nido de tirador desde donde el asesino dispararía al Sumo Pontífice. Tomando un rosario en sus manos, el padre Andrea Costello comenzó a rezar agradeciéndole a Dios por no haber abandonado a su pastor…ni a su rebaño.

La Habana. Hotel Tryp Habana Libre. 02:45 pm, hora local.

José Mariano sintió los toques en la puerta de la habitación 2204 y su espinazo se contrajo. Una reacción lógica e instintiva en quien estaba a punto de cometer un doble asesinato. Los toques se repitieron después del minuto exacto, de nuevo tres golpes secos. Al mirar por el visor, descubrió el rostro de un hombre muy parecido al de la foto que tantas veces Rudolph le había mostrado. El cubanoamericano abrió la puerta y dejó pasar al sujeto.

Sin decir una palabra, el coronel Arsenio sacó del bolsillo de su chaqueta un trozo de fotografía. José Mariano hizo lo mismo y, con cautela, juntó su fragmento con el que le mostraba Robledo. La imagen de un joven con mirada intensa quedó completa. Desde el

papel, su expresión parecía darles su aprobación, como si invitara a ambos hombres a estrecharse la mano. El coronel extendió la diestra y, zarandeando con pulso firme la mano del anfitrión, dijo:

- Espero haya tenido un viaje placentero. ¿Cómo está Ignacio? – era la seña acordada.
- Muy bien, disfrutando de su nueva casa – ahora José Mariano daba la contraseña provista por Rudolph.
- Finalmente nos encontramos. Un placer conocerle…Y gracias por todo, sé que está corriendo un gran riesgo al hacer esto.
- De ninguna manera, amigo. Es un privilegio conocerle y poder servir a la causa – respondió José Mariano sonriendo, tratando de lucir emocionado.
- Vayamos al grano. No quiero que se exponga más de lo necesario. Muéstreme el equipo y váyase, yo me encargo del resto – el coronel sonaba enérgico, decidido. Sin embargo, acababa de cambiar las reglas del juego. José Mariano tendría que improvisar y crear condiciones para extender su presencia en el lugar.
- Sí, claro. Bueno, aquí está la maleta con los componentes del arma, puede revisarla – dijo el mercenario y colocó el contenedor sobre la cama - Solo quiero asegurarme de que esté operacional. ¿Lo ensambla usted mismo o quiere que le ayude?

Arsenio Robledo miraba constantemente hacia la puerta, su vista alternando rápidamente entre el individuo que había traído el arma, la maleta sobre la cama y el pasillo de salida al exterior. La habitación era muy amplia. La cama era enorme, y además de las dos mesas de noche había un mueble con el televisor, un minibar y dos butacas en torno a una mesa de cristal. La respiración del coronel era profunda, la mirada también. Luego de tres segundos, el ex militar respondió:

- Puedo hacerlo yo mismo. Permítame – e inclinándose sobre el colchón abrió el contenedor donde cada parte, incluido el

cañón, había sido insertada en una hondura del forro interior.

Con su mano zurda, el coronel extrajo la pieza compuesta por culata y guardamonte. Entonces ocurrió algo inesperado. Iba a sacar el cañón con la diestra cuando, reflejado en la pantalla del televisor, vio la figura del hombre a sus espaldas que le apuntaba con algo parecido a una pistola. La reacción fue instintiva, dictada por una experiencia de vida pletórica de situaciones violentas. Robledo se volteó con una agilidad sorprendente, a tiempo de esquivar el dardo que venía directo a su cuello. Con el mismo movimiento giratorio proyectó la culata del Barret contra el rostro de José Mariano, quien trastabilló dando pasos hacia atrás hasta caer aparatosamente y golpearse la cabeza contra el mueble del televisor. Ambos hombres acaban de iniciar un duelo mortal sin previo aviso, sin testigos, sin palabras.

El coronel, haciendo uso de su aplomo y viendo que su oponente estaba atontando, que intentaba levantarse sin lograrlo, hizo entonces algo impensable. No corrió el riesgo de una batalla a puñetazos, más afín con un escenario de personas jóvenes y atléticas. Con impresionante rapidez, mirando a veces a quien le había intentado inyectar sabría Dios qué cosa, terminó de armar el mini Barret acoplando sus piezas. No llegó a insertar la mira telescópica pues no hacía falta, pero sí el silenciador. Para cuando levantó el arma y apuntó al pecho de José Mariano, éste había logrado extraer la pistola MAB de su cintura.

Arsenio Robledo fue más rápido. El disparo hizo vibrar el fusil en sus brazos como si hubiese pasado electricidad a través de él. En una secuencia única, se escuchó un fuerte chasquido metálico y el pecho se le reventó al hombre que intentaba pararse, mientras su cuerpo era proyectado contra la base del closet. La sangre había salpicado toda la habitación. La pistola de aire que había lanzado el dardo reposaba al lado de la cama, mientras el líquido rojizo cubría poco a poco la alfombra y seguía los contornos del arma, como el cauce de un rio cuando encuentra un obstáculo. La MAB había ido a parar a un rincón, bajo el televisor.

La muerte acababa de abrazar a José Mariano con una fuerza poderosa. El destino que tanto había tentado a lo largo de su vida, le había condenado de manera sumaria e inapelable. El orificio en el pecho era grande, aunque nada comparable con el boquete horripilante en la espalada, por donde había salido el proyectil.

En medio de aquel silencio abrumador, cargado de un halo de incredulidad, el exmilitar cubano se sentó en la cama. Su respiración parecía la de un toro acosado por los matadores; su mente, el motor de un avión a reacción en pleno despegue. Cuatro guerras fratricidas no disminuían, al parecer, el impacto que la muerte violenta tiene en los humanos. ¿O sería la falta de práctica? Quizás fuese la cercanía física con la víctima. Porque, aunque Robledo estaba psicológicamente preparado para matar esa tarde, nada menos que a Fidel Castro, haber reventado a José Mariano le estaba haciendo cuestionarse que carajos hacía allí, en ese lugar. Con la inspiración y exhalación de aire, llenando y vaciando sus pulmones de manera suave, el aplomo comenzó poco a poco a retornar a su alma. Su psique, a funcionar como debía en aquella situación.

Las interrogantes de rigor comenzaron a dar vueltas en su cabeza: ¿Qué había pasado? ¿Por qué su enlace había intentado asesinarle? ¿O inyectarle lo que fuera que contenía el maldito dardo aquel? ¿Era el tipo un espía del G-2 cubano? ¿Lo habían descubierto los de la Contrainteligencia? Tras una reflexión inmediata, el veterano militar se respondió las dos últimas preguntas: No, si le hubiesen descubierto los del G-2, habrían entrado como una tromba en la habitación tratando de apresarle. Nada mejor para la propaganda comunista que un traidor confeso, actuando en contubernio con el Imperio americano. Entonces, ¿a quién respondía aquel tipo que había traído el fusil? Tenía la mitad de la foto que él, Arsenio, había entregado a Rudolph. Y conocía la frase acordada, por tanto…La respuesta llegó a su mente como un barco que sale de la bruma: el tipo respondía al hijo de puta de Rudolph. Ese era el traidor, lo había sido desde un inicio… ¿Cómo no lo había visto venir? ¿Cómo había confiado ciegamente en él? ¿De qué le había servido el maldito slogan "*confía, pero comprueba",* que tanto le martillaran en la

mente sus antiguos profesores del KGB*?* Ahora todo se iluminaba de repente, mientras comprendía su papel de *chivo expiatorio*. Que él asesinara a Fidel Castro no había sido nunca el verdadero plan. *Esa era la tarea de José Mariano* – pensó el hombre sentado en la cama – *la mía era cargar con la culpa. ¡Hijos de Puta, cabrones, me cago en sus madres! Pero se jodieron, porque estoy vivo y tengo el juguetico del que tanto alardeaban. Además, porque ya sé que funciona, y lo voy a usar* – concluyó mirando al cadáver de José Mariano.

La Habana. 23 de enero. 03:00 pm, hora local.

Waldo caminaba por la calle Sesenta de Miramar en dirección a la Quinta Avenida. Se dirigía a la iglesia de San Antonio para reunirse con el padre Giovanni, quien lo había llamado y citado para ese lugar. El sacerdote había dicho tener una información importante que compartir con él. Aunque por el tono de su voz, Waldo había concluido que la palabra "importante" no reflejaba la verdadera categoría de dicha información. Había urgencia y angustia en las palabras del religioso, el veterano de la guerra de Angola lo había podido percibir.

La iglesia, con su arquitectura ecléctica, destacaba en aquella emblemática esquina: altos ventanales con vitrales, gruesas paredes de piedra y una torre con campanario coronada por una cruz que sobresalía en el paisaje urbano. Para muchos, era un punto de referencia inconfundible. Waldo la conocía bien, aunque no por motivos religiosos. Nunca había rezado, ni allí ni en ningún otro sitio, porque simplemente no sabía cómo hacerlo. Su familiaridad con la iglesia se debía más bien a los alrededores, especialmente a la alameda central de la Avenida, donde solía correr cuando era adolescente, como tantos otros jóvenes del barrio.

El discurso de recibimiento del *Comandante* no se iba de su cabeza esa tarde. Verdades históricas aparte, la megalomanía habitual del proceso político y social cubano había florecido, diríase que multiplicado como panes y peces en las palabras de bienvenida al Pontífice. Fidel había comparado la reconcentración de campesinos

ordenada por el Capitán General español Valeriano Wyler, a finales del siglo XIX, con el Holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial. El viejo Valeriano había sido un hijo de puta, no había dudas al respecto… ¿Pero compararlo con Hitler, o Himmler, o Göring? Es que Cuba tenía que ser el extremo en todo. Si había sacrificio, el cubano era el supremo, si había genocidio, la isla era una fosa colectiva de ciento once mil kilómetros cuadrados y si de cultura se trataba, Cuba había inspirado al renacimiento italiano. Los primeros en todo, sin competencia o comparación posible. Waldo recordó de pronto como él mismo había crecido repitiendo, cual papagayo, que Varadero era la playa más linda del mundo. No entre las más…sino LA MAS.

La instrucción elemental masiva en Cuba, sumada a la propaganda megalomaníaca, lograba que millones de seres se creyeran el non plus ultra de cada cualidad valiosa. La verdadera cultura universal hubiese descubierto que la gloria, casi siempre, es compartida. Resultaba que ahora Cuba tenía *menos niños sin escuelas, menos enfermos sin hospitales, más maestros y más médicos por habitantes que cualquier otro país del mundo visitado por Su Santidad* … ¿Es que acaso Europa había desaparecido en una nueva glaciación, o que el Santo Padre no había visitado a nadie en el Viejo Continente? La otra parte del discurso que Waldo apenas lograba conciliar con la realidad era la que hablaba *del respeto hacia los creyentes y no creyentes, como un principio básico que los revolucionarios cubanos inculcaban a sus compatriotas, definidos y garantizados por la Constitución y las leyes.* ¿Y entonces por qué en los sesenta, setenta y ochenta, se había marginado a los católicos en Cuba? ¿Por qué habían expulsado a estudiantes de las universidades debido a su catolicismo? ¿Por qué a muchos católicos les habían puesto trabas insuperables para estudiar en niveles superiores de enseñanza, aun teniendo excelentes notas en los preuniversitarios? Waldo era testigo de que así había funcionado su isla hasta no hacía mucho, no se lo habían contado, lo había vivido.

Honestamente, la política es un estercolero en todas partes – se dijo mientras veía la iglesia a unos pasos – *Ahora resulta que ya la*

religión no es el "opio de los pueblos", que los cubanos somos muy religiosos, católicos de pura cepa y Dos Santos es muy socialista en una Angola muy capitalista… ¿Y nuestros muertos que coño eran?

Cuando Waldo entró a la Iglesia, una cierta aureola sacra le invadió. Sintió la misma rara sensación que experimentaría una puta tomando el sacramento. Recordó como a sus diez años gustaba de bombardear aquel templo con huevos para incomodar al sacerdote. Se preguntó si le reconocería Dios ese día, años después, tal vez buscando la redención a través de la ayuda que daría al padre Giovanni.

El olor a incienso, junto a las campanadas en lo alto de la torre, lo regresaron a la realidad. El hombre del Vaticano se encontraba sentado en un banco, aparentemente rezando, pero interrumpió su conversación con el Supremo para dirigirse al recién llegado:

- Acabamos de recibir una información donde se habla del hotel Habana Libre, ese parece ser el lugar donde se oculta el asesino. En tres horas Su Santidad estará en la Universidad de la Habana, la distancia entre ambos puntos es mínima y perfecta para efectuar un disparo – en ese punto el hombre se interrumpió, se persignó y susurró algo, luego volteó su rostro y mirando a Waldo con profundidad, continuó - La Seguridad del Estado cubana ha sido informada y tendrá a su gente vigilando, pero todo lo que hagamos es poco. Necesitamos situar a un hombre nuestro en algún edificio alto, frente al hotel. ¿Cree que puede usted ayudarnos a conseguir un local así…podría ser un apartamento de alquiler, por ejemplo?

Waldo quedó pensativo. Casualmente conocía a una persona que vivía en un quinto piso, frente al Habana Libre. De hecho, no solo la conocía, era bien cercana a él. Pero también era una persona mayor, involucrarla en algo así parecía en realidad un abuso de confianza, una acción de poca o ninguna fe. Porque obviamente no podría decirle de qué iba aquello. Sintiendo muchas dudas, pero creyendo que la gravedad de las circunstancias lo empujaban a tomar la decisión, el joven respondió en voz baja:

- Conozco a una señora que vive frente al Habana Libre, en un quinto piso. Es la tía de un amigo de la infancia... Puedo pedirle que me deje usar el apartamento para una supuesta reunión de trabajo y así vigilar las habitaciones más críticas, las más cercanas a la Universidad en el extremo derecho. Si el asesino va a disparar, tiene que hacerlo desde esa zona – concluyó Waldo y se quedó observando a dos ancianas que acababan de entrar al templo.
- Perfecto, si usted garantiza eso, al menos tendremos ojos sobre la posible línea de disparo. Nuestro hombre le va a llamar en dos horas y se pondrá de acuerdo con usted – informó el hombre de Dios y, mirando a las señoras que ahora comenzaban a rezar, bajó aún más el tono y continuó - Le recuerdo que debemos mantener absoluto secreto, no se supone que la Iglesia de Cristo se involucre en acciones paramilitares de este tipo, ¿entiende?
- Le entiendo, padre…solo acláreme una cosa ¿Está usted pensando en ubicar un francotirador contratado por ustedes en ese apartamento? De ser así, tiene que informármelo, necesito saber en qué terreno estoy caminando aquí.
- Sí. Eso es exactamente lo que queremos hacer - reconoció el oficial de la Entidad y se quedó mirando fijamente a Waldo. Luego continuó - Aunque no es imprescindible que acompañe a nuestro hombre. Con que facilite su acceso al lugar es suficiente.
- No, no se preocupe. Prometí ayudarles y lo voy a hacer. La persona que vive allí no se sentiría tranquila si no estoy yo presente. Tendré que decirle que se trata de un amigo con el que tengo negocios en Italia. Es una anciana en realidad, no creo que sea problema organizar esto – explicó el veterano de Angola.
- Entonces espere la llamada dentro de media hora, mi hombre le recogerá en su casa. Yo debo incorporarme a la delegación oficial vaticana, antes de la visita de nuestro

pastor a la Universidad. ¡Que Dios le ayude…y nos ayude a todos!

- Eso espero, padre, eso espero – dijo Waldo antes de levantarse y marcharse apresuradamente.

El joven tenía un torbellino de ideas en su mente. Se preguntaba cómo habría obtenido la Iglesia aquella información crucial sobre el lugar del atentado. Pero, sobre todo, se preguntaba por qué el Tigre no lo había mencionado en su contacto inicial de Londres. ¿O sería que no lo sabía y los hombres de Dios tenían mejores fuentes de información?

La Habana. 23 de enero. 03:40 PM

Media hora más tarde, tras una breve conversación con el "experto" enviado por el Vaticano a Cuba, Waldo abordaba un auto con matrícula de Turismo frente a su casa de Miramar. Ya había llamado a la tía de su amigo, la que vivía frente al Habana Libre, preguntando si podía reunirse con un "turoperador extranjero de mucha confianza que le estaba ayudando a conseguir trabajo en Roma". La señora no había puesto reparos. Carlos Manuel, su sobrino, su único familiar cercano vivo y ahora emigrado a Chile, era como un hermano para Waldo. De hecho, éste último era el único que tras la partida del muchacho se ocupaba de ella. En otros tiempos, muchos jóvenes habían conocido y visitado aquella casa, incluso pernoctado en ella. Pero desde hacía cinco años pareciera que todos habían fallecido. Waldo era el gran sobreviviente. El único soporte de la anciana para sobrellevar una soledad que, cada vez más, le recordaba la existencia del *reparto Boca Arriba*, ese al que no queremos ir ni de visita.

Mientras viajaba por el Vedado, un barrio pletórico de mansiones eclécticas y algunos edificios de arquitectura moderna, Waldo observó al conductor. El hombre miraba esporádicamente por los retrovisores, cruzaba la luz del semáforo cuando estaba a punto de cambiar y de inmediato torcía en una esquina, tomando una nueva ruta. En dos oportunidades realizó giros en U. Su vista se posaba de cuando en cuando en el *samsonite* negro, ubicado entre los dos

asientos. Mas de una vez el "francés" preguntó los nombres de las calles a Waldo, como para estar seguro de que tomaba el curso correcto. Después de un periplo que incluyó ciertos rodeos algo cansones, el auto aparcó a dos cuadras de la calle L, donde vivía la tía del amigo de Waldo. Ambos hombres descendieron del vehículo y, sin decir palabra, se encaminaron hacia la avenida.

El edificio no tenía elevadores, y el puntal era alto. Su estilo cercano al Art deco, lo que le hacía contrastar con las viviendas colindantes, un poco más modernas. Los visitantes subieron hasta el final de las escaleras y Waldo tocó con los nudillos en una puerta ubicada a la derecha. Al abrirse la misma, el joven vio la sonrisa de siempre en el rostro afable de la anciana.

- ¡Waldito, que bueno que viniste! Pasen por favor.
- ¿Cómo estás, Nena? Mira, te presento a mi amigo Jacques, el turoperador italiano de quien te hablé. Jacques, la señora María Luisa, que es como un familiar para mí – realizó Waldo las presentaciones de rigor y, una vez en la sala, besó a la dueña de la casa.
- Encantada, Jacques…disculpe la indiscreción, pero ese nombre, ¿no es francés? – dijo la anciana tendiendo la mano.
- Un placer conocerla, señora. Soy francés, pero vivo en Italia hace veinte años – dijo el extranjero y para sorpresa de los otros dos, besó la diestra de María Luisa a la usanza de los caballeros.
- ¿Puedo ofrecerles un café? Acabo de colarlo.
- Muchas gracias, el mío sin azúcar, por favor – respondió el hombre de fuerte pronunciación nasal.

A partir de ese momento, los visitantes y la anfitriona socializaron unos minutos. La conversación, como era de esperarse, versó más que nada sobre el acontecimiento histórico: la visita del representante de Dios al país más ateo, quizás, del Universo. En un momento dado, la anfitriona trajo unas tazas con el café recién colado. El aroma de la infusión quedo flotando en el aire, ajeno a la guerra silenciosa que se avecinaba.

Cuando Waldo consideró que había cumplido con la mínima cortesía del visitante, habiendo conversado animadamente unos minutos con la tía de su amigo, pidió a ésta su consentimiento para pasar al cuarto. El mismo que siempre usaba cuando pernoctaba en el Vedado, con el objetivo de hacer compañía a la anciana.

- Bueno Nena, ahora necesito reunirme con Jacques y discutir el proyecto con el que me está ayudando. Como te comenté, es algo personal. Un contrato temporal en Roma… ya sabes, para conseguir un dinerito extra, que la cosa está bien mala acá. ¿Podemos usar el cuarto de Carlos Manuel?
- Por supuesto, hijo, claro. Y suerte con tu proyecto…es una excelente idea.

Tras excusarse el francés, o quienquiera que fuese el extranjero, ambos hombres accedieron a la habitación cuya ventana ofrecía una magnífica vista del Hotel Habana Libre. Luego de cerrar la puerta y pasar el seguro, Waldo invitó al individuo a poner su portafolio sobre la cama. Sin mediar palabras, el enigmático personaje dejó reposar el mismo sobre la colcha de color verde y, tras teclear una combinación numérica, lo abrió de par en par. En menos de dos minutos, todas aquellas piezas de metal, circulares unas, rectangulares las otras, se habían acoplado conformando lo que, sin dudas, era un avanzado fusil de francotirador. Al final del proceso, el experto de los Servicios de Inteligencia Vaticanos acopló el silenciador, la mira telescópica, e insertó un pequeño magazín de cinco balas en el arma. Luego de un *Ya estamos listos*, Jacques entreabrió la ventana, observó el hotel y sus alrededores. Retirándose un par de metros hacia detrás, se sentó tranquilo en una butaca. En su regazo descansaba el fusil, en sus manos unos binoculares con los que pronto comenzó su tarea de vigilancia.

Vaya con los curas de la Entidad, de verdad que no se andan con paños tibios… ¿de dónde carajos habrán sacado al Robocop este? Se preguntó Waldo mirando al hombre, cuya conducta parecía estar más cercana al mundo del crimen que a Dios. Sin salir de su asombro, impresionado por la rapidez con que el sujeto había ensamblado el rifle, retomó sus interrogantes *¿Y cómo habrán*

entrado este artefacto al país? Deben haber usado la valija diplomática de la Nunciatura. Ya al final, evitando la fascinación que el moderno fusil le producía, el joven veterano regresó a la realidad de su complicada situación, a la aceptación de los abismos reales en que podría caer en los siguientes minutos: *Ojalá este tipo no tenga que usar el cabrón fusil, porque nos van a meter presos a todos aquí, incluida la pobre Nena*.

La Habana. 4:00 PM.

Mientras tanto, en la Jefatura de la Seguridad del Estado cubana había una actividad febril. El General Quintero impartía órdenes en todas direcciones, mientras sus ayudantes tomaban llamadas telefónicas y transmitían recados y reportes. Ya se había recibido en la Habana la información procedente del Consulado en Londres. Un oficial Antidrogas cubano, enlace con la Interpol bajo fachada de funcionario diplomático, acababa de enviar a Cuba el video donde el Tigre revelaba los detalles del plan de atentado contra Su Santidad Juan Pablo II. El mismísimo video entregado a él por Elías Navarro, primo de David. También a través del Vaticano, del enlace de la Nunciatura, se acababa de recibir información indicando que, definitivamente, era el Hotel Habana Libre el lugar desde donde el asesino intentaría realizar el magnicidio. El círculo se cerraba, por dos vías diferentes la Seguridad había recibido información congruente. La Contrainteligencia cubana tenía la identidad ahora de un involucrado importante, José Mariano Morejón Ávila, su archiconocido enemigo.

- ¿Qué se sabe de los huéspedes del hotel? – preguntó el general al mayor Alexis, ambos parados en torno a una mesa alargada llena de documentos y fotografías.
- Estamos chequeando las entradas efectuadas durante los últimos siete días. Se le pidió un listado a la administración con todos los datos de cada huésped, para revisar en archivos buscando antecedentes. Se reforzó la vigilancia en todas las áreas del hotel con personal vestido de civil, y tenemos en cada piso una pareja de hombres armados con equipo de radio. Tenemos además un Puesto de Mando

funcionando en las oficinas del director – informó el oficial operativo.

- Está bien, sitúen francotiradores adicionales en las azoteas de los alrededores. Ninguna es más alta que este edificio, pero algo es mejor que nada – dijo el general y se levantó de la silla, luego continuó impartiendo órdenes mientras caminaba de un lado a otro del salón - Coordinen con la gente de la escolta del *Jefe*, ellos saben cómo hacer para establecer un escudo humano de protección e impedir la visibilidad a un tirador. Compañeros, no tengo que decirles… preservar la vida del Papa es muy importante, pero por encima de todo, está la del *Comandante*. Quien hace un disparo, hace dos, sobre todo un asesino entrenado. ¿Quedan claras las prioridades aquí?
- Sí, General – se escuchó la respuesta, a coro, en la habitación.

El nivel de tensión entre los miembros de la Seguridad cubana había alcanzado su pináculo. Aquella investigación, junto a la operación militar organizada como colofón de un proceso tan complejo, había tenido un objetivo primario: evitar la muerte del Pastor de Dios en su visita al último reducto del ateísmo mundial. La muerte del Papa en la Habana, sin lugar a duda, podría desencadenar un vendaval, un acontecimiento bélico devastador al cual la isla no podría sobrevivir. Sin embargo, llegado el momento de la verdad, ahora que escasos minutos separaban el proyectil homicida del solideo en la testa divina de Juan Pablo II, las prioridades comenzaban a mutar. La protección de la vida de Fidel Castro - principal paradigma para todo miembro de los organismos armados cubanos - tomaba precedencia. En una sociedad como aquella, educada en el caudillismo, el máximo líder debía ser visto como la esencia del fenómeno. Proteger al hombre que proveía la luz, el único capaz de adivinar el futuro, el único que desde la más febril iconoclasia ideológica podía, a pesar de todo, hablar con Dios, era la primera tarea asignada a los militares de la nación. Y lo quisieran o no, lo razonaran o no, lo primero iba a ser ahora preservar al *Comandante*.

Fidel era para ellos el *pueblo*, la *nación*, la *supervivencia*. A partir de ese momento, el único Papa que no podía caer era ése.

Terminada la breve reunión, el mayor Alexis se reunió con su equipo, distribuyó algunas tareas y partió a toda velocidad hacia el hotel Habana Libre. En medio de tanta tensión, sentía por momentos una pincelada de protagonismo que lo impulsaba a tomar decisiones radicales. Tenía que ser muy eficiente. Aquel día podía convertirlo en un héroe… o en el responsable de una catástrofe.

23 de enero. La Habana. 5.00 PM

La Universidad de la Habana era un enjambre de personas, en media hora estaba previsto el arribo de la delegación papal y sus anfitriones cubanos. A la entrada del Rectorado de la Casa de Altos Estudios esperaban, de pie, el rector, decanos de diferentes facultades, distinguidos profesores y otras personalidades reconocidas de la cultura en el país. Una visita como ésta no se repetiría con seguridad en los próximos cien años, por tanto, cada uno de los presentes se congratulaba de poder presenciar tan relevante acontecimiento.

El despliegue de agentes de Seguridad era impresionante, aunque los cubanos habían hecho gala de una excelente discreción. Casi todos los encargados de preservar la vida del Sumo Pontífice y del presidente Fidel Castro vestían de civil y se mezclaban con el público. Lo que no podrían percibir otros miles de personas, ajenas al dispositivo militar, era la presencia de avezados francotiradores en varias azoteas circundantes, escrutando cuanta ventana quedara en su campo visual.

Se sintió un murmullo generalizado, como el producido en un avispero cuando aparece un intruso. Por la callejuela que rodea la Plaza Cadenas, el legendario parque con árboles y bancos que ocupa el centro de la Universidad de la Habana, emergió el primer Mercedes Benz negro con cristales oscuros. Acto seguido se divisaron otros dos siguiéndole a corta distancia. Una vez frente al rectorado, los tres autos detuvieron la marcha a un tiempo y con impresionante sincronismo, unos doce uniformados descendieron

velozmente ocupando posiciones alrededor de la caravana. Uno de los escoltas abrió la puerta trasera del segundo Mercedes y entonces apareció la figura del anciano barbado, vistiendo un elegante traje azul Prusia. Todos los presentes aplaudieron febrilmente como era costumbre en Cuba al arribo del presidente, el "*Comandante*", como le llamaban desde 1959, cuando Fidel Castro llegase al poder después de veintitrés meses de guerra de guerrillas en las montañas.

Hacía pocos años que el gobernante había aparecido en público por primera vez vistiendo ropas de civil. Durante casi cuatro décadas de gobierno, sus hábitos de líder guerrillero no le habían permitido despojarse del uniforme verde olivo, ni tan siquiera en eventos internacionales. Los cubanos se preguntaban ahora quién lo habría convencido de la necesidad de un cambio de imagen, pues en las últimas reuniones interestatales fuera de Cuba en las que había participado, se le había visto usando el traje azul.

Para los exiliados cubanos, Castro era un enemigo despiadado; para figuras literarias como Gabriel García Márquez, un amigo leal. En la isla, muchos lo veían como un líder tiránico, mientras que un grupo más reducido lo consideraba el benefactor de los pobres. Sin importar la perspectiva, era innegable que aquel anciano polémico era uno de los políticos más longevos y experimentados del mundo. Incluso sus más férreos opositores le reconocían una extraordinaria habilidad para mantenerse en el poder, liderando un régimen comunista a solo noventa millas de los Estados Unidos. Esa misma destreza le permitía, cuando era necesario, asegurar el apoyo de una parte de sus compatriotas, valiéndose de estrategias psicológicas e influencias diversas. Para muchos expertos, la visita del Santo Padre no era más que otra muestra del talento del septuagenario político para movilizar masas a su favor y acaparar la atención en cualquier evento político o social dentro de la isla.

La multitud se aglomeró en torno a Fidel, mientras éste saludaba al rector y sus acompañantes. En los próximos minutos arribaría el Sumo Pontífice, y el presidente cubano quería recibirle con todos los honores a la entrada del Aula Magna. El lugar era muy simbólico, un

sitio histórico donde generaciones de estudiantes habían forjado sus luchas políticas desde principios del siglo XX. Pero era también el único lugar visible desde lo alto del Hotel habana Libre. Y esa visibilidad lo convertía, irónicamente, en un blanco perfecto.

Hotel Habana Libre, La Habana. 06:30 pm.

El mayor Alexis y sus acompañantes atravesaron a paso rápido el lobby del hotel, construido por la Hilton en los cincuenta y nacionalizado por el Gobierno Revolucionario en 1960; ahora administrado por una cadena hotelera española. Con premura y sin mucho protocolo, los militares ocuparon la oficina del gerente cubano, quien desde ese momento, probablemente, respondía más a la Seguridad del Estado que a la Casa Matriz de Madrid.

- Buenas tardes, compañeros, ¿tenemos la lista de las reservaciones sospechosas? – preguntó Alexis, dirigiéndose a dos oficiales que permanecían en la oficina como coordinadores del Puesto de Mando.
- Sí, Mayor, aquí está. Como verá, hay cuatro reservas que nos llamaron la atención – respondió el teniente Ignacio, uno de los coordinadores – Fueron hechas con mucho tiempo de antelación, demasiado en nuestra opinión. Hay una en específico muy llamativa, fue pedida por una agencia de viajes hace tres meses especificando el piso y los números de un grupo de habitaciones como preferidas de su cliente. Todas con visibilidad hacia la Universidad. En la solicitud explican que se trata de un hombre de negocios importante y que prefiere el ala Sur del hotel. Es además el único que tiene nombre hispano: German Barrios Callejas. Acabamos de verificar que el huésped entró ayer veintidós de enero, no sabemos si está en la habitación ahora. Es la 2204.
- Déjenme ver la foto del huésped… ¿La tienen?
- Esta es una fotocopia de la hoja de reserva con el pasaporte, no tiene mucha calidad, pero…- y el teniente le alcanzó a Alexis el documento.

El Mayor de la Contrainteligencia comparó la imagen borrosa del papel con la que traía en su maletín, la del colombiano reservado en el bungalow de la Marina Hemingway, el que había estado merodeando alrededor del yate "Cosmos". Ya no tenía duda, los señores German Barrios Callejas y John Jairo Urbino eran una misma persona. Sin poder contener su excitación y deseando que el mismísimo Cronos detuviera el tiempo en ese instante, el oficial casi gritó a sus subordinados:

- ¡Coño, este es el tipo, es el Objetivo! Avisen a la gente del piso veintidós que vamos para allá. ¿Dónde están las llaves? Traigan las de las habitaciones contiguas, a ambos lados de la 2204.

El gerente del hotel hizo una seña a su secretaria, quien de inmediato se encaminó hacia la carpeta a buscar las llaves de las habitaciones marcadas en la lista. Un minuto después, Alexis y su equipo estaban listos para comenzar la operación. La tensión se respiraba. Los rostros contraídos, los corazones galopando como caballos al final de la carrera

- Ignacio, avisa a la gente de Seguridad Personal, alerten a los francotiradores sobre la ubicación de estas habitaciones, necesitamos vigilancia especial sobre ellas. Vámonos ya - y dicho esto, el mayor de la Seguridad del Estado se encaminó hacia los elevadores seguido de un grupo de hombres de negro, fuertemente armados, miembros de la Unidad Élite Antiterrorista del Ministerio del Interior.

El coronel Arsenio Robledo corrió ligeramente la cortina de la habitación en el piso veintidós. A través de sus prismáticos, observó las azoteas de los edificios cercanos. No le pareció ver hombres apostados en ellas, pero esto no quería decir nada, podían estar muy bien camuflados. A continuación, dirigió su mirada hacia la Universidad, donde en ese momento un enjambre de personas aplaudía y gesticulaba. Pudo distinguir entre la multitud al hombre que había aprendido a odiar en los últimos años, luego de haberle

casi amado en términos ideológicos toda su vida anterior. El escudo humano, formado por los escoltas de mayor estatura, le permitía divisar la cabeza de Castro solo por momentos. Pensó de pronto en una imagen trágica. Un grupo de jóvenes inexpertos, con un sueño común demasiado fuerte como para reconocer el peligro frente a ellos, la vista en el lejano horizonte, la mar embravecida advirtiéndoles que la libertad casi siempre sale cara. Pero ellos allí, creyendo que el deseo profundo de ser libres podría más que las fuerzas oscuras del destino y sus elementos. Volviendo a la realidad de ese instante y a la razón de su presencia en aquel lugar, el veterano oficial se dijo que si quería traer paz a su espíritu debía controlarse y sacar las emociones de su mente. Respirando despacio, en ciclos estables, regresó al estado de calma fría del asesino que debía ser. Tendría que disparar desde un ángulo muy difícil. No podía salir al balcón, pues los francotiradores que con seguridad se ocultaban en los alrededores lo descubrirían. Por ello usaría el trípode de apoyo, ahora armado cerca de la pared sureste de la habitación. El artefacto de metal, ligero y resistente, podía soportar perfectamente el peso del potente fusil Barret calibre cincuenta.

Arsenio tomó el arma que reposaba sobre la cama y la acopló al trípode. Así, de pie y recostado ligeramente a la pared, tomó puntería hacia la Plaza Cadenas de la Universidad. Iba a ser un disparo legendario, digno de un campeón olímpico…o más bien de un asesino cinco estrellas. Solo tendría unos segundos para ejecutar el tiro, aquellos en los cuales el *Comandante* caminara hacia la entrada del rectorado.

En ese preciso momento le pareció escuchar un ruido afuera, en el pasillo.

El mayor Alexis esperó a que algunos comandos entraran a las habitaciones contiguas a la 2204, e hizo un gesto de interrogación al jefe de la Unidad Especial de Asalto. Este, casi en un susurro, preguntó haciendo uso del radio:

- Móvil Uno y Dos, ¿posición?
- Móvil Dos en posición, en el balcón.
- Éste es Móvil Uno, tengo un problema, hay dos huéspedes armando alboroto – el ruido de fondo de la transmisión corroboró las palabras del oficial, en los audífonos se escuchaban expresiones acaloradas, en francés.

El jefe del Comando 43 hizo una señal de interrogación a Alexis, quien respondió con otra afirmativa. Un integrante de la Unidad Especial pasó la tarjeta magnética por la cerradura, mientras todos los demás, cinco en total, esperaban en fila con sus AK-74 plegables listos para la acción. El jefe del equipo empujó entonces la puerta sin resultado alguno, estaba atascada con un objeto, evidentemente interpuesto en el camino.

- ¡Túmbala! - ordenó Alexis y, acto seguido, dos comandos arremetieron contra la puerta utilizando un cilindro de metal, cual si fuesen caballeros medievales tomando una fortaleza sitiada.

Arsenio Robledo escuchó un ruido y sus sentidos se aguzaron. Desmontó el arma del trípode, liberó el seguro y giró hacia la puerta. Entonces oyó unos gritos en francés. Aunque amortiguadas por la pared contigua, las voces confirmaban que algo anormal estaba ocurriendo. Comprendió que le habían descubierto y le estaban rodeando. Sus años de acción en tantos escenarios distintos le daban la experiencia y el olfato de los viejos cazadores, por ello le tomó menos de un segundo entender que la única vía de escape era el balcón. Aunque a veintidós pisos de altura, era posible para un hombre entrenado descolgarse y caer en la habitación del nivel inferior, el veintiuno... muy peligroso, pero posible. Sin pensarlo más, salió al espacio abierto con el fusil en los brazos.

Ya en el balcón, oyó un estruendo: los asaltantes embestían la puerta para derribarla. Levantó el Barret y escaneó las azoteas circundantes con el visor. Se detuvo en una silueta: un francotirador apuntándole. Vio un resplandor y apretó el gatillo. Los proyectiles se

cruzaron en el aire. Robledo sintió un golpe seco en el rostro, un dolor punzante. Su oreja izquierda estalló en pedazos, destrozada por la bala enemiga, mientras su propio disparo alcanzaba al francotirador. Ambos habían abierto fuego a un mismo tiempo.

El coronel soltó el arma. Sin tocarse siquiera la cara ensangrentada, corrió hacia la baranda con intención de descolgarse hacia el piso inferior. Entonces sintió un golpe en el pecho que le robó el aire, y un ardor atroz quemándole el tórax. Cayó de rodillas. Quiso apoyarse en la pared con la mano derecha, pero su cuerpo se negaba a responderle. En sus pulmones no había aire sino fuego. Su cabeza dio bruscamente contra el suelo y quedó tendido boca abajo, con la total y breve certeza de que ahora sí sus días terminaban. Sin haber escuchado el segundo disparo, no podía imaginar desde donde le habían acertado.

Unos segundos antes…en el apartamento de la señora Nena.

Waldo se levantó de la cama y enfocó sus prismáticos hacia el ala sur del Habana Libre. Llevaba media hora vigilando, como observador de apoyo, con aquel viejo equipo heredado de su padre. Hasta ahora no había detectado nada inusual.

De pronto, percibió una sombra que se movía en uno de los balcones. Al segundo siguiente vio a un individuo - el coronel Robledo - disparando con un fusil. Tras el fogonazo, algo saltó desde la cabeza del sujeto y se incrustó en la pared.

Jacques, también, lo había visto todo a través de un equipo óptico. Con una rapidez que solo nace del entrenamiento, soltó los prismáticos, tomó el fusil y siguió a la figura con el visor telescópico. Cuando el hombre iba a alcanzar la baranda, haló suavemente el gatillo. El arma dio un estrechonazo y se escuchó un sonido metálico. Un casquillo vacío voló hasta la cómoda. Jacques vio al coronel Robledo desplomarse.

El humo gris, proveniente del silenciador del fusil, ascendió hacia el techo impregnando la habitación con un fuerte olor a pólvora. Tras unos segundos de observar el área de interés, el experto en

Inteligencia Vaticana bajó el arma y se acercó a la cama. Había abatido al blanco; la misión estaba cumplida. Depositó el fusil sobre el colchón y comenzó a desarmarlo mientras murmuraba:

- Amenaza neutralizada. Debemos salir de aquí ahora mismo. Recoge el casquillo, por favor.

Waldo salió del estupor al escuchar la orden, soltó sus prismáticos y se dedicó a borrar la evidencia del crimen. No podía creer que, al final, había terminado siendo testigo… y cómplice, de un homicidio. En su más profundo interior, había estado animándose y evadiendo la realidad todo ese tiempo, diciéndose que aquello era necesario pero la responsabilidad recaería en otros, en los hombres de la Seguridad cubana. Ellos serían solo un apoyo, un último recurso. Y ahora acababan de convertirse en los actores principales del drama. Habían matado de un disparo a un ser humano, con un arma introducida ilegalmente al territorio nacional, actuando en capacidad de policías sin serlo de forma alguna. Y también habían salvado la vida al Pastor de Dios, claro. O al menos eso pensaron ambos individuos mientras enmascaraban tanta ilegalidad.

En un radio de setecientos metros alrededor de la Universidad habanera, un ex coronel del Ministerio del Interior y un joven oficial de ese organismo yacían agonizando, producto de graves heridas recibidas casi al mismo tiempo. Cuando el mayor Alexis y sus colegas penetraron finalmente en la habitación 2204 del Habana Libre, encontraron un cadáver ensangrentado en el suelo. Al voltearlo, comprendieron que se trataba del señor German Barrios… o John Jairo Urbino. Aunque en el fondo sospechaban que quien yacía allí, ejecutado de manera atroz, no era otro que José Mariano Morejón Ávila. Al ganar la terraza de la habitación, los miembros del equipo de asalto se tropezaron con el coronel Arsenio Robledo. El hombre estaba ahogándose con la sangre que manaba de su pecho, destrozado por una pequeña bala explosiva.

El Mayor Alexis miró al jefe del Comando 43 y con los ojos muy abiertos, arqueando las comisuras de los labios, ordenó:

- Pidan una ambulancia, rápido. – Luego se agachó y colocando su mano en el pecho ensangrentado de Robledo, se preguntó a sí mismo en un susurro - ¿Y este quién coño es? … ¿Se mataron entre ellos o qué?

El viejo coronel, en un esfuerzo supremo, atrapó la muñeca de Alexis. La apretó con fuerza. Luego le dedicó una mueca de desprecio…… y exhaló su última bocanada de aire. La mano se desprendió y cayó al suelo. Sus ojos quedaron muy abiertos. En los minutos siguientes, en un edificio ubicado trescientos metros al sur del hotel Habana Libre, los equipos médicos apostados en las cercanías corrían escaleras arriba. Acababan de recibir la orden, a través de la radio, de socorrer a un francotirador del Ministerio del Interior gravemente herido.

Mientras tanto, en el rectorado de la Universidad de la Habana, el presidente cubano daba la bienvenida a Juan Pablo II. Comenzaba así la ceremonia de recibimiento con las presentaciones de personalidades de la cultura, y una introducción a la vida del sacerdote católico Félix Varela, "*el hombre que enseñó a pensar a los cubanos* ".

La Habana 25 de enero de 1998

Después de una intensa agenda de visitas, encuentros y reuniones, incluyendo una misa multitudinaria en la iglesia de la Caridad del Cobre en Santiago de Cuba y una visita al Santuario de San Lázaro en La Habana, Juan Pablo II se preparaba para el momento más significativo de su viaje a Cuba: la Misa en la Plaza de la Revolución.

Este encuentro con las masas de la capital marcaría el punto culminante de su visita pastoral, el esfuerzo sincero de un líder excepcional de la Cristiandad por llevar el mensaje del Evangelio a aquellos que, según su fe, habían quedado apartados del rebaño. Ante los ojos del mundo, ocurriría algo impensable: el hombre señalado como uno de los artífices intelectuales de la caída del comunismo en Europa, iba a oficiar una misa multitudinaria en el último reducto comunista del planeta.

Aquella explanada, devenida ágora revolucionaria, espacio abierto entre grandes edificios construidos en los años cincuenta y diseñada como Plaza Cívica para actos políticos, había sido testigo de la radicalización progresiva de la sociedad cubana. Allí había lanzado sus discursos encendidos Fidel Castro, año tras año, moldeando la imagen de profeta salvador de unos humildes que lo ovacionaban, en una especie de trance colectivo. Allí, en ese mismo lugar, había anunciado al mundo a principios de los sesenta que Cuba era y sería por siempre Comunista, enemiga de las religiones que "adormecen a las masas como el opio". Y ahora, en enero de 1998, el líder de la Revolución estaba allí, vistiendo un elegante traje negro que contradecía el testimonio fotográfico de casi medio siglo, para aplaudir al responsable de repartir aquel "opio" que él tanto aborrecía. El militar amante de la oratoria, el guerrillero devenido artista de la palabra era ahora un convencionalista que recordaba de pronto su educación escolástica.

La actividad estaba casi al comenzar. En una tarima blanca con un trono dorado al frente, el coro de jóvenes seleccionado por los párrocos locales cantaba canciones religiosas, parte de una liturgia no escuchada en público durante casi cuatro décadas. En un nivel más bajo, un mar blanco y rojo de cardenales, obispos, sacerdotes, diáconos y monaguillos asistentes, esperaba la llegada de Juan Pablo II. Todos querían besar el anillo de Pedro y escuchar la histórica homilía a punto de ocurrir.

Frente al pódium, en los primeros palcos, Fidel Castro y sus ministros también esperaban el arribo del Sumo Pontífice. Al lado del *Comandante* podía verse a Gabriel García Márquez, invitado especial del gobierno a la celebración. Y detrás de los dirigentes políticos locales, una masa gigantesca de cubanos permanecía en pie, coreado lemas que salvo por ligeros cambios de letra, recordaban la diatriba antiamericana habitual de los actos públicos celebrados en el lugar. Ahora se escuchaba el lema: "Se ve, se siente, el Papa está presente". Meses atrás podría haberse escuchado, con el mismo ritmo y cadencia: "Fidel, seguro, a los yanquis dale duro".

Nadie podía explicar con certeza lo que ocurría en la Plaza. Para algunos, era la fe reprimida emergiendo; para otros, simple obediencia al llamado estatal Partido Comunista que había convocado a todos los cubanos a la misa. Y estaban quienes, más cínicos, creían que los cubanos iban a todo, ya fuera una misa, una boda o un funeral, con igual entusiasmo.

Con un coro de fondo, que ahora cantaba canciones tradicionales cubanas de alegoría religiosa, el Santo Padre entró al podio usando una capa verde encima de la sotana blanca, y su tiara de ribetes dorados sobre la testa. Un asistente retiró de inmediato la mitra papal y el Pontífice quedó cubierto solo por el pequeño solideo en la coronilla. El cardenal Jaime Ortega hizo entonces su introducción y a continuación, Juan Pablo II comenzó a dar su misa en español mientras un asistente mantenía la Biblia frente a sus ojos.

La Eucaristía Dominical duró una media hora, durante la cual el Pastor de Dios entregó la hostia consagrada a una larga fila de fieles que se arrodillaban frente a él, uno tras otro. La ceremonia religiosa era observada desde el fondo por dos personajes, que no por antagónicos en el sentido filosófico dejaban de tener ciertas aristas comunes. Dos gigantescas pancartas, cubriendo las fachadas de sendos edificios, mostraban las imágenes de Jesucristo por un lado… y el Che Guevara por el otro. Dos iconos de filosofías contrapuestas, muertos defendiendo sus ideas de la manera más dramática posible un milenio y medio aparte, se miraban asombrados de lo que estaba ocurriendo.

Ese mismo día, en horas de la tarde, Juan Pablo II abordaría su avión con rumbo a Roma convencido de que el mensaje divino había llegado al pueblo cubano. Solo el tiempo podría decir si estaba siendo demasiado optimista.

La Habana. 30 de enero de 1998.

Waldo Rivero había visto la partida de Juan Pablo II en la televisión. Fidel Castro, acompañado de varios funcionarios públicos y del clero local, había ido a despedirlo. El acontecimiento histórico era un éxito, todos lo decían, la prensa local alababa la bondad y espíritu de

concordia de Su Santidad, su sincera voluntad de ayudar a los cubanos guiado por la Divina Providencia. Pero, sobre todo, alababa la respuesta del pueblo, que no había hecho ninguna manifestación de inconformidad frente al Santo Padre.

El único desentono era el discurso pronunciado por el arzobispo de Santiago de Cuba durante la homilía celebrada en esa ciudad, cuando se tornara abiertamente crítico del gobierno y le cuestionara su rigidez dogmática comunista. El sacerdote había nombrado las cosas por su nombre. Waldo recordaba fragmentos del discurso:

"…Cuba es un pueblo que tiene una entrañable vocación a la solidaridad, pero a lo largo de su historia, ha visto desarticulado o encallados los espacios de asociación y participación de la sociedad civil, de modo que le presento el alma de una nación que anhela reconstruir la fraternidad a base de libertad y solidaridad …" "…un número creciente de cubanos que han confundido la Patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido en las últimas décadas, y la cultura con una ideología…" "…Son cubanos que, al rechazar todo de una vez sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran esta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo…"

¡Qué clase de cojones tiene ese cura! Hay que ser arrestado para decir tantas verdades delante del gobierno cubano en pleno. Le van a cerrar la Catedral de Santiago cuando el Papa se vaya. – Se había dicho el joven exmilitar escuchando las palabras de Monseñor Pedro Meurice Estiú.

Pero no, no parecía que hubiese voluntad de venganza. Todo lo contrario, el clero cubano había sido moderado, conciliatorio, usando la crítica con medida, cortesía y delicadeza, por tanto, serían premiados por el poder. A partir de ahora, un país que había llegado a prohibir los árboles de Navidad declaraba Fiesta Nacional, Día Feriado, el 25 de diciembre. Se le otorgaba a la jerarquía eclesiástica, además, un espacio en la Televisión oficial, la única

existente, donde podría esporádicamente dirigirse al público con mensajes pastorales.

Hay que ver que esto es grande, caballero, ahora resulta que ser católico es un mérito - pensó Waldo recordando a su padre, educado en un colegio americano donde se cantaban odas al Señor y se asistía a misa; convertido luego al comunismo durante la radicalización del proceso, y muerto con un carné rojo del Partido en el bolsillo de su uniforme militar.

Ahora el joven directivo del Ministerio del Turismo, después de haber recibido una extraña llamada desde la Nunciatura Apostólica, esperaba en la puerta de la mansión que albergaba a la representación diplomática vaticana. Le habían citado para un contacto con el nuncio, quien decían, estaba muy interesado en conocerlo y transmitirle un mensaje importante.

Le preocupaba mucho que le hubiesen llamado por teléfono a su casa. Sabía que muchas representaciones diplomáticas, si no todas, tenían "pinchadas" sus líneas telefónicas. En otras palabras, la Seguridad cubana ya sabía a esa hora de la visita que Waldo Rivero haría esa mañana a la Nunciatura, ubicada en la calle Doce de Miramar.

Cuando el custodio, después de consultar por el intercomunicador y verificar su identidad le cedió el paso a Waldo, este sintió que transitaba a otra dimensión. Dejando atrás la cerca de altísimos barrotes pintados de negro, el joven veterano de Angola caminó a través del jardín exuberante, rebosante de olores provenientes de las flores tropicales. En la puerta de la mansión de dos plantas, en cuya fachada se podía ver el escudo vaticano, un funcionario lo recibió y le pidió seguirlo hasta un área de espera.

Waldo seguía siendo ateo, pero después de los sucesos recientes estaba empezando a creer que había algo más allá de la materia, que incluso ésta no era del todo conocida y había un ente cósmico superior donde todo se conectaba. Podía sentirlo, algo importante estaba a punto de ocurrir.

Después de unos quince minutos sentado en un saloncito de espera, dentro de la sede diplomática, un funcionario que no llevaba collar le pidió pasar a la oficina donde le esperaban. Su sorpresa no pudo ser mayor cuando encontró, además de al Nuncio, al padre Giovanni. Tras las presentaciones y saludos, hechas por el sacerdote de la Entidad, todos tomaron asiento. El embajador vaticano tras su elegante buró de maderas talladas; Waldo y el espía apostólico en unas butacas frente al primero. Los religiosos, esta vez, vestían ropas de civil, trajes negros con collar blanco indicando su pertenencia al clero.

- Señor Waldo Rivero, es un verdadero privilegio conocerle. Le agradezco haya aceptado nuestra invitación, y le pido disculpas por no haber explicado con antelación el motivo de esta – dijo el Nuncio Apostólico - Espero entienda que por la vía telefónica no podíamos darle detalles, es un problema elemental de discreción.
- Lo entiendo perfectamente, Monseñor. Es un placer también conocerle – dijo Waldo e hizo una inclinación de cabeza.
- Gracias, señor Rivero. Pues bien, ahora que está usted de cuerpo presente, puedo explicarle las razones de este encuentro. Primero que nada, en nombre de la Iglesia de Cristo y del Santo Padre, queríamos agradecerle desde lo más profundo de nuestros corazones todo lo que ha hecho por nosotros – la voz del nuncio era grave, a Waldo le recordaba la de un locutor legendario de la televisión local. Podía sentir un halo de solemnidad en ella. El diplomático vaticano continuó - Puede que no lo vea así, pues según entiendo es una persona de gran modestia y humildad, pero usted ha salvado al Vicario de Dios del magnicidio… y a esta Iglesia de un gran cataclismo terrenal.
- Le agradezco sinceramente Monseñor. Y no es falsa modestia, créame, pero ha sido solo una pequeña ayuda. Sus hombres…quiero decir las personas al servicio de la Iglesia, han sido los responsables de evitar la catástrofe –

comentó Waldo y miró al padre Giovanni, recordando al enigmático personaje que días atrás había disparado su fusil en el apartamento de la señora Nena.

- No conozco los detalles, eso corresponde al padre Giovanni obviamente, pero igual pensamos que su participación fue determinante en el desenlace favorable de los acontecimientos. Lo cual me lleva a un segundo aspecto de este contacto privado. Padre, por favor, le concedo la gracia de ser usted quien comunique las buenas nuevas al señor Rivero – invitó el nuncio al sacerdote de la Entidad.
- Hijo mío, cumpliendo la encomienda de la curia romana y de Su Santidad Juan Pablo II - comenzó el oficial vaticano, tras levantarse de su silla y tomar una caja metálica dorada de encima de la mesa – te entrego la medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*, una de las más altas condecoraciones papales, otorgada a quienes hayan prestado un servicio excepcional a la Iglesia católica o al Papa.
- Pero…Monseñor, yo no soy católico, soy ateo – soltó Waldo poniéndose de pie, sin salir del estupor.
- Usted es parte del rebaño, señor Rivero, no tenga dudas de ello. Y ha servido con una devoción a la Iglesia que ya quisieran muchos feligreses poseer. Además, esta orden se entrega por igual a clérigos y laicos – explicó sonriendo el embajador apostólico.
- No sé qué decir, no me esperaba esto, la verdad. Muchas gracias, es un gran honor recibir esta medalla. Pueden decirle al Santo Padre que le agradezco de todo corazón – dijo Waldo, usando el término religioso para referirse al Papa.
- Hay algo más – retomó el Nuncio la iniciativa, con tono misterioso – Siguiendo las recomendaciones del padre Giovanni, quien le conoce a usted al parecer muy bien, la Santa Sede ha decidido ofrecerle toda la ayuda posible en caso de que desee trasladarse a vivir a Italia. Sabemos que su prometida, la señorita Laura Sarmiento, una científica

> reconocida, acaba de recibir una oferta de trabajo permanente en el Vaticano. Si lo desea, y considera conveniente, el Santo Padre puede interceder ante las autoridades italianas y conseguir para usted un permiso de residencia en Italia. Podemos ayudarle, incluso, a encontrar trabajo allí. Cuando digo la Santa Sede, quiero decir Su Santidad. Solo estoy transmitiéndole un ofrecimiento personal de Juan Pablo II, nuestro Pastor.

Waldo estaba anonadado. Mentiría si dijera que no lo había pensado, que no había valorado pedir ayuda a los curas…al padre Giovanni, por ejemplo. Pero… ¿El Papa quería interceder por él para que conseguir su residencia legal en Italia? *Coño esto como tener al mismísimo Dios de mi lado* – se dijo el joven sin todavía creer lo que estaba sucediendo.

Cuando media hora más tarde Waldo regresó a su casa, distante solo unas cuadras de la Nunciatura, estaba feliz, radiante. Tenía la certeza de que se avecinaban grandes cambios en su vida. Lo único que podía interferir con el proyecto de irse a Italia, era que la Seguridad supiese algo del disparo efectuado por Jacques. Pero hasta el momento no habían visitado a la señora Nena. Probablemente no sabían nada. El joven continuó a pasos ligeros, caminando por la Quinta Avenida, pensando en la caja de plata con la medalla encima de la mesa del Nuncio.

Tenía seis medallas ganadas con sangre y sudor, otorgadas por su gobierno durante la época en que creía estar cambiando la historia. Y estaba orgulloso de ellas, pues le recordaban que había luchado junto a un grupo de héroes, algunos ya en el otro mundo. Pero ésta era distinta. Ésta venía directamente del líder de una organización con dos mil años de historia. La había dejado allí, en la Nunciatura, a sugerencia de los curas. Era una cuestión elemental de discreción. Pero se la entregarían más adelante, en Italia.

Condado de Arlington Virginia. 02 de febrero 1998.

Al otro lado del rio Potomac, frente a Washington.

El señor Edward Mac Neill, o Rudolph Van der Rein si de conspiraciones oscuras se tratase, condujo su SUV *Scalade* muy despacio por la calle que lleva al Memorial del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Cuando llegó a la rotonda, alrededor del monumento, aparcó el vehículo y descendió de él. Por unos segundos observó los árboles desojados, los jardines cubriéndose de blanco, y recordó cuan diferente se veía aquel parque natural en verano.

Caminando por la callejuela más cercana, con su sombrilla en alto para protegerse de la nevada ligera que recién comenzaba, se acercó a las figuras en bronce que tanto habían marcado su vida. Siempre que se paraba frente a los soldados de metal, congelados en el tiempo, uniformados a la usanza de los Marines en la 2da Guerra Mundial, su piel se erizaba. Allí había empezado todo, cuando siendo un niño, su madre, viuda de guerra, le traía a ver al padre transformado en un guerrero metálico. Mirando al monumento, basado en la famosa foto del final de la batalla de Iwo Jima – el momento en que los marines vencedores intentaban colocar la bandera en una loma - pensó en su vida…y en su muerte.

Por diez minutos, Edward Mac Neill estuvo allí inmóvil frente a sus antiguos camaradas, su padre, su abuelo, frente a todos los héroes de todas las guerras en que su país había luchado. A su mente vino la conversación que, unas horas antes, había sostenido en Washington con su amigo Robert, su jefe Robert Lambert, jefe del Servicio Clandestino de la CIA.

En el monumento a Thomas Jefferson, al otro lado del Potomac, se habían encontrado los conspiradores después que Lambert llamara a su subordinado y le diera la "señal de peligro". Allí, dentro de la edificación de estructura neoclásica con su domo y sus columnas jónicas – una réplica del Panteón romano – había tenido lugar la conversión.

- *Esta es la situación. El director me citó esta mañana para una reunión privada. - había iniciado el dialogo Robert Lambert, susurrando y mirando nervioso hacia todas partes - Edward, el presidente tiene en su poder la grabación del*

encuentro entre Claudio Vergara y José Mariano. La del día en que ese hijo de puta mató a Claudio. Va a haber una investigación interna. Esto es grave Edward, en esa grabación se menciona el plan en detalles, y lo que es peor, se menciona a la Compañía. Te dije que David Navarro podía tener algo que nos implicara…Coño, tú me juraste que lo habían limpiado todo en la Casa Cincuenta.

- *Lo sé Robert, lo sé. La he cagado. Ese maldito debe haber tenido una copia de lo que grabaron en el van de vigilancia. Quizás estaban retransmitiendo por radio… ¿Yo qué sé? Esto es un puto desastre, no solo se malogró la operación, sino que ahora estamos nosotros en la mira– había respondido Edward.*
- *Nosotros no, Edward, tú. Eres tú quien está en la mira. La cosa es peor de lo que piensas. En esa grabación no se te menciona, solo se habla de "altos niveles en la CIA". Pero adivina qué, el presidente tiene otro video filmado por David Navarro en Londres, entrevistando al puñetero delincuente aquel que intentó reclutar José Mariano, el tal Tigre. Y el tipo tiene fotos tuyas con José Mariano, las muestra en medio de la entrevista. Te estuvo siguiendo en Miami, Edward. ¿Cómo pudiste ser tan descuidado?*
- *No lo sé Robert, de veras no lo sé. Supongo que subestimé a todos los involucrados. Pero sobre todo a José Mariano y a David Navarro. ¡Maldita sea! ¿Cómo carajos encontró David Navarro al Tigre?*
- *Porque es oficial de la CIA. Y uno de los mejores, tú mismo lo dijiste muchas veces.*
- *Estoy frito. ¿Cuánto tiempo tengo?*
- *Honestamente, no creo que tengas ninguno. El asesor del presidente sabe todo esto, y su gente te ve ahora como el cabo suelto. Van a por ti, Edward. Tienes que desaparecer ya, ahora mismo. Es demasiado el riesgo para ellos si declaras.*

- *¿Y tú? ¿No crees que te vean como una amenaza?*
- *Sí, pero me necesitan para lavar la ropa sucia primero. Después igual me van a liquidar.*
- *Gracias por avisarme, Robert. Te debo una.*
- *No me jodas, es lo menos que podía hacer, hemos sido amigos toda la puta vida. Pero debes saber que esta es la última vez que nos veremos. Lo siento Edward, a partir de ahora estás por tu cuenta. Tienes un plan de escape, supongo…*
- *Claro que lo tengo. ¿quién no lo tiene en este negocio?*
- *Entonces aplícalo ya, hermano. Oye…fue un honor, ¿lo sabes?, ¿verdad?*
- *Si Robert. Para mí también fue un honor.*

Edward Mac Neill miró otra vez con detenimiento las figuras de bronce. Luego su vista bajó hacia la corona de laureles dorados, tallada en el mármol, en la base del monumento. *"El valor poco común, fue la virtud común"* rezaba la frase que intentaba definir al cuerpo de marines. Y debajo, el *motto* del Cuerpo escrito en latín: *Semper Fidelis (siempre fieles).*

El hombre pensó con profundidad en el significado de aquellas palabras. Su abuelo había sido oficial del Cuerpo y peleado en la Primera Guerra Mundial. Su padre había caído en combate ostentando las insignias de teniente de Marines, cuando él tenía solo cuatro años. Ambos habían creído con vehemencia en aquellas dos frases. Tanta tradición y convicciones habían llevado a Edward, recién graduado de abogado, a enrolarse en los marines. Y tras graduarse en el curso de oficiales, había partido hacia Vietnam para pelear su propia guerra.

Allí, en 1965, conocería a Robert Lambert, otro joven oficial que soñaba con detener la propagación del comunismo en el continente asiático. Desde entones les uniría la amistad…y el fanatismo, por lo que harían carrera juntos en la Compañía tras ser reclutados en 1967. Una vida dedicada a erradicar de la tierra lo que, consideraban

ellos, era la semilla del Mal. Una lucha en la que ambos habían cruzado las fronteras de la ley, más de una vez, acometiendo acciones ilegales que después olvidaban gracias al resultado. En esta ocasión, sin embargo, no había nada que redimiera el pecado. El Mal necesario había dejado de ser un instrumento para convertirse en el resultado final del proceso. Y la ley, en el martillo de un juez condenándolos a muchos años de cárcel.

Los Mac Neill eran protestantes, descendientes de inmigrantes norirlandeses asentados en América en el siglo XIX, por tanto, no reconocían como líder religioso al Papa romano. Y esto había ayudado a Edward a justificar la barbaridad en que se había involucrado recientemente. Hoy, parado frente a todos los marines que defendieran con sus vidas los principios en los que creía, estaba comprendiendo que no había tal justificación. Al final Dios era uno solo, aunque tuviera diferentes representantes entre los hombres. Y Dios todo lo veía.

El jefe de la División América Latina de la CIA podía huir. Tenía un plan de escape. Todos en el mundo oscuro de las operaciones encubiertas lo tenían. Y disponía quizás de unos minutos, unas horas para desaparecer. Pero ¿qué clase de vida sería la suya a partir de ahora? Estaría por siempre huyendo de todo y de todos, viviendo el resto de sus días con el temor de que su vecino, en un barrio mugriento tal vez de Kuala Lumpur, fuese un operativo de la CIA dispuesto a ajusticiarlo. No habría retiro con honores, ni estrella en el emblemático muro de Langley. No tendría el respeto de sus amigos, ni siquiera de sus enemigos. Por suerte no tenía hijos a los que dejar semejante ignominia como legado. Estaba su mujer, sin embargo. La pobre Jennifer. Al menos le dejaba dinero suficiente para terminar sus días. Su abogado estaría ahora entregando la carta de despedida donde, entre otras cosas, le decía cómo acceder a las cuentas en el extranjero. Estaba cansado. El mundo que él creía haberse echado sobre los hombros había engordado demasiado, pesaba demasiado para un hombre de su edad.

Sentado en un banco frente al monumento, ya sin sombrilla y con la nieve cayendo cada vez más copiosa, el veterano oficial de la CIA

miró una foto amarillenta e intentó sonreír. Jennifer vestida de novia junto a él, bonita, elegante, con la sonrisa que lo había cautivado el primer día. Detrás se veía a Lambert, y a varios oficiales recién llegados de Vietnam, las sonrisas marcadas por lo vivido en el Infierno. El hombre respiró hondo y miró al cielo gris. Luego extrajo su pistola Glock y se apuntó a la sien. *Semper Fidelis* – dijo en voz baja… y apretó el gatillo.

Londres. 12 de febrero de 1998.

Tres vehículos SUV negros avanzaron por la pista secundaria del aeropuerto de Northolt y se alinearon frente al Gulfstream V, listo para despegar. La operación no era inhabitual en Northolt. Este aeropuerto de la Fuerza Aérea Real prestaba servicios a algunas instituciones civiles, especialmente si el pedido venía, como hoy, del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Quien observara aquel despliegue de fuerzas entendería que se trataba de una operación del FBI. Los hombres que rodeaban la aeronave, envueltos en voluminosos abrigos, lucían las tres letras en sus espaldas. Y todos tenían metralletas MP5 en sus manos. Tras detenerse los vehículos y bajo la mirada vigilante del escuadrón de traslado federal, las personas que viajarían a Estados Unidos comenzaron a abordar. Entre ellos iban una mujer y un niño.

David Navarro se aseguró de que su esposa, su hijo, su madre y el viejo José León, estuviesen sentados y con los cinturones de seguridad colocados. A continuación, viendo que el senador Rubinstein le hacía señas desde el fondo del avión, se trasladó hacia el área donde podía verse una mesa con butacas alrededor. Junto al político, dos individuos estaban sentados y leían con detenimiento unos *files* repletos de documentos.

- Ven un momento, David, siéntate por favor – invitó el senador y los otros interrumpieron simultáneamente la lectura – Los subdirectores Lambert y Jenkins quieren hacerte un par de preguntas antes de despegar.

El presidente del Comité de Inteligencia del senado se refería a los altos directivos de la CIA y el FBI. Ambos esperaron a que David se

acomodara. El señor Jenkins, removiendo sus espejuelos, fue el primero en hablar:

- Estaba leyendo una parte de su informe, señor Navarro, y me surge una duda. La grabación que su grupo especial realizó de la reunión donde José Mariano Morejón ejecutó a Claudio Vergara… ¿Cómo la hicieron? ¿Quién autorizó la aplicación de esa técnica de escucha?
- Bueno, en realidad yo tenía autorización del jefe de mi División – mintió David, sabiendo que Edward Mac Neill no podría contradecirlo estando en una morgue de Washington.
- ¿La tenía por escrito? Porque no se habla de esto en el informe - presionó un poco más el subdirector del FBI.
- Claro, la tenía. Pero imagino que ése y otros documentos hayan sido destruidos cuando atacaron la Casa Cincuenta en Miami – volvió a mentir el oficial de la CIA, quien ahora esperaba ser reintegrado al servicio activo luego de un proceso legal más o menos complicado.
- Esto va a complicar las cosas. El Comité de Inteligencia del Senado va a preguntar sobre esos documentos, ¿no cree usted, senador? – preguntó el funcionario federal mirando al político, arqueando las cejas.
- Con toda seguridad. Pero todo el mundo entenderá que habiendo ocurrido los hechos de la forma en que ocurrieron, David no iba a ponerse a salvar documentos mientras estaban bajo ataque – respondió el senador y ofreció una sonrisa a todas luces forzada a su interlocutor – De cualquier forma, no se preocupe demasiado por los detalles, esta investigación se hará a puertas cerradas.
- Y esto nos lleva a otra interrogante, relacionada con la investigación del Senado – ahora intervenía Lambert, el jefe de los Servicios Clandestinos de la CIA, removiéndose en la butaca… bajando la mirada al portafolios como si allí encontrara un refugio. – El hombre que entregó los detalles

del plan de asesinato al Papa, el tal Tigre. ¿Hay manera de encontrarlo? ¿Tiene alguna pista de su paradero?

El alto directivo de Inteligencia sabía que éste era el último cabo suelto. Si el Tigre había llegado hasta Mac Neill, mientras seguía a José Mariano, ¿quién le aseguraba que vigilando a su colega no hubiese llegado hasta él?

- Dudo mucho que nos acerquemos a ese hombre, subdirector. Cuando lo dejé en Londres, estaba a punto de conectarse con el Vaticano. A estas alturas debe estar protegido por ellos. Debe estar incluso allí, físicamente, en la Santa Sede quiero decir.
- Sí, claro. Y si alguien no comparte información es el Vaticano – aseveró Lambert, quizás un poco más relajado.
- Aunque no debiera usted preocuparse por ello – continuó David, poniendo una sonrisa en su rostro - Esta conspiración fue planeada a espaldas de vuestro Dios…y según entiendo, las sagradas escrituras dicen que Él todo lo ve. Así que la verdad será revelada algún día, de alguna forma. ¿No cree usted? – preguntó el ex oficial de la CIA mirando a su antiguo jefe, quien asintió con un gesto de cabeza mientras tragaba la saliva atravesada en su garganta.

Epílogo:

"La civilización es la victoria de la persuasión sobre la fuerza".

Platón.

Poco después de la visita pastoral del Papa a Cuba, Waldo Rivero obtuvo su carné de residente permanente en Italia. Nadie en el gobierno cubano supo cómo ni por qué. Solo constaba que el joven directivo del Ministerio de Turismo había renunciado discretamente,

y tras varios meses de confinamiento voluntario, había aceptado una oferta laboral en Roma.

En un país donde la política lo atraviesa todo, incluso los afectos, el caso generó rumores. Durante semanas, fue citado por el Departamento de Inmigración. En cada encuentro debía repetir, como si se tratara de un guion interminable, por qué no quería seguir trabajando para la Revolución. ¿Por qué alguien como él –joven, educado, con "todas las oportunidades"– deseaba vivir fuera? ¿Y cómo era posible que tuviese residencia permanente en Italia sin estar casado con una italiana?

Finalmente, a finales de julio, le otorgaron el Permiso de Viaje al Exterior. A comienzos de agosto, Waldo abordó un vuelo hacia Europa. No sabía si volvería. Ni siquiera si quería hacerlo. Pensaba que más adelante podría sacar a sus familiares de Cuba y, en ese caso, el libro de su vida tendría una segunda parte. Una nueva edición, con narradores diferentes.

Roma lo recibió como un espacio fuera del tiempo. Por primera vez, viviría lejos de banderas, de dogmas, de juramentos. Solo, o mejor dicho, acompañado por una mujer a la que amaba y por la promesa de que la Santa Sede lo ayudaría a comenzar de nuevo. A esas alturas, Waldo no dudaba del poder de Dios ni de sus representantes en la Tierra.

Tenía algo inusual para un cubano de su generación: tiempo. Y la convicción inquebrantable de que quería vivir.

Había saltado al vacío desde aviones militares. Se había sumergido en las aguas profundas del océano, donde no existen los colores. Había disparado, matado, sangrado. Había sobrevivido a la guerra, al espionaje, al desencanto… y al amor. Era un sobreviviente. Y eso, en cierto modo, era también una forma de fe.

Aquella tarde caminaba por las callejuelas de Roma, en dirección a la Fontana di Trevi. A cada paso, pensaba en su padre. En Rogelio Rivero, el hombre que jugaba con él y su hermana en el salón del apartamento habanero, el militar de buen carácter que, a pesar de sus demonios, creía en ciertas causas.

¿Qué pensaría ahora, al verlo convertido en inmigrante? ¿Comprendería que el sacrificio no debía heredarse como una deuda? ¿Aceptaría que el amor a la patria también podía significar marcharse?

Waldo llegó a la fuente cuando ya caía la tarde. Se sentó en uno de sus bordes, observó el agua danzar bajo la última luz y sacó del bolsillo una hoja amarilla, gastada en los dobleces. La desdobló con lentitud y volvió a leer, por enésima vez, aquellos trazos tan conocidos:

"…El día en que los hombres entiendan cuán corta es la vida, cuán efímera la oportunidad de hacer algo verdaderamente grande… entonces verán lo poco que se gana en la guerra. Los vencedores de hoy pueden ser los abuelos de los vencidos de mañana… Solo conozco algunos intentos sinceros de sembrar el amor entre los hombres. Los cristianos originales, por ejemplo… ¡Qué lástima que no lograran recoger sus frutos!"

Waldo cerró los ojos unos segundos, como quien guarda un rezo dentro del pecho. Luego dobló la hoja con delicadeza y la colocó dentro de un libro pequeño que sostenía en su otra mano. En la tapa se leía: La Santa Biblia.

Permaneció allí un momento más, inmóvil, mientras las monedas lanzadas por otros viajeros brillaban en el fondo de la fuente; escuchando el murmullo del agua, como si fuese el eco de otra vida que, por fin, había quedado atrás.

El agua seguía corriendo. La ciudad, también.

Y Waldo Rivero, por primera vez, sintió que era libre.